

Documento, monumento y memoria

Desafíos para la archivística y la
museística en tiempos de géneros
confusos

Andrés Castiblanco Roldán
Carlos Arturo Reina Rodríguez
Adrián Serna Dimas

Editores



CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA



© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
© Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico
© Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud)
© Andrés Castiblanco Roldán, Carlos Arturo Reina Rodríguez y Adrián Serna Dimas (editores)
© Giovanni Araque Suárez, Angélica Aguillón-Lombana, Andrés Castiblanco Roldán, Wilson Díaz Gamba, Carlos Jilmar Díaz-Soler, Johanne Estrada Rodríguez, Luisa Fernanda Hernández Mercado, Manuel Andrés Hernández Moreno, Absalón Jiménez Becerra, Fabián Andrés Llano, Carlos Arturo Reina Rodríguez, Diego Mauricio Rodríguez Arévalo, Adrián Serna Dimas y Jaime Andrés Wilches Tinjacá (autores)

ISBN: 978-958-787-454-9
ISBN digital: 978-958-787-455-6
Primera edición, marzo de 2023

Jefe Sección de Publicaciones
Rubén Eliécer Carvajalino C.

Gestión editorial
Andrés Delgado Darnalt

Corrección de estilo
Proceditor

Diagramación y montaje de cubierta
Diego Abello Rico

Fotografías de cubierta
Monumento y placa de Sebastián de Belalcázar (Cali)
Crédito: Andrés Castiblanco Roldán.

Canalización del río San Francisco en los años 30 (Bogotá)
Crédito: Luis Alberto Acuña, colección Museo de Bogotá.

Monumento a la resistencia en Puerto Resistencia (Cali)
Crédito: Andrés Castiblanco Roldán.

Editorial UD
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Carrera 24 n.º 34-37, Bogotá D. C., Colombia
Teléfono: (601) 3239300 ext. 6202
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

*Sistema de Bibliotecas de la Universidad Distrital
Francisco José de Caldas
Catalogación en la publicación (CEP)*

Documento monumento y memoria : desafíos para la archivística y la museística en tiempos de género confusos / Andrés Castiblanco Roldán, Carlos Arturo Reina Rodríguez, Adrián Serna Dimas. Editores. -- 1a. edición -- Bogotá : Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2023.

272 páginas; 24 cm. (Colección Ciudadanía & Democracia)

ISBN: 978-958-787-454-9 ISBN digital: 978-958- 987-455-6

1. Memoria de la humanidad 2. Patrimonio documental 3. Ciencia de la información 4. Archivos 5. Museos. I. Castiblanco Roldán, Andrés, editor II. Reina Rodríguez, Carlos Arturo, editor III. Serna Dimas Adrián, editor IV. Serie.

021.2: CDD 21 edición.

Todos los derechos reservados.

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la Sección de Publicaciones de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Hecho en Colombia.

Contenido

Presentación. Lenguajes de la conservación en archivos y museos diversos: acciones del patrimonio y la memoria	11
<i>Andrés Castiblanco Roldán</i>	
Introducción. Monumento y documento en tiempos de “géneros confusos”	17
<i>Adrián Serna Dimas</i>	
Primera parte. Viejos y nuevos lugares para la archivística	37
Historia, archivos y mundos digitales	39
<i>Carlos Arturo Reina Rodríguez</i>	
El aviso comercial audiovisual como documento y sus acervos volátiles: semióticas del lenguaje de marca y su memoria en la industria publicitaria	59
<i>Andrés Castiblanco Roldán</i>	
Los viajeros están de viaje: turismo, memoria y la experiencia cultural del viaje	83
<i>Fabián Andrés Llano</i>	
<i>Giovanny Araque Suárez</i>	

Los últimos armeritas: entre el recuerdo del lodo y el polvo del archivo	109
<i>Angélica Aguillón-Lombana</i>	
El cine como reto para redescubrir la memoria	125
<i>Manuel Andrés Hernández Moreno</i>	
Archivos efímeros de la memoria	139
<i>Diego Mauricio Rodríguez Arévalo</i>	
Segunda parte. Desafíos de la archivística para los estudios sociales de la memoria	151
El archivo de la dispersión, la memoria y la historia institucional	153
<i>Absalón Jiménez Becerra</i>	
Archivos y fuentes documentales: coordenadas para su investigación	167
<i>Carlos Jilmar Díaz-Soler</i>	
Tercera parte. Las institucionalidades del patrimonio y la memoria: archivos, museos y comunidades	187
La construcción del Museo de Memoria Histórica de Colombia: aprendizajes, tensiones y desafíos	189
<i>Luisa Fernanda Hernández Mercado</i>	
Ruralidad, memoria y construcción de paz: experiencias de organización y resistencia campesina en Colombia tras la firma de los Acuerdos de La Habana. La ZRC del Pato-Balsillas	215
<i>Johanne Estrada Rodríguez</i>	
Instituciones, recreación y mass media como espacios vitales para el relato hegemónico de la memoria: un análisis desde el mito fundacional de Pablo Escobar	225
<i>Jaime Andrés Wilches Tinjacá</i>	
La reconciliación en Colombia a partir de la memoria y sus sentidos	251
<i>Wilson Díaz Gamba</i>	
Sobre los autores	269

En el ámbito de las ciencias sociales, creo que hay muchas cosas que son ciertas. Una es que, en años recientes, ha habido una enorme mezcla de géneros en la vida intelectual, y que esta amalgama de géneros continúa produciéndose.

Clifford Geertz

Pero no porque el arte y la ciencia se escindieran en la historia ha de hipostasiarse su oposición. La aversión a la mezcla anacrónica no santifica a una cultura organizada por compartimentos. Pese a toda su necesidad, esos compartimentos acreditan institucionalmente también la renuncia a la verdad entera.

Theodor W. Adorno

Sin embargo, aun cuando los promotores y emprendedores traten por todos sus medios de imponerlos, los sentidos nunca están cristalizados o inscritos en la piedra del monumento o en el texto grabado de la placa. Como “vehículo de memoria” la marca territorial no es más que un soporte, lleno de ambigüedades, para el trabajo subjetivo y para la acción colectiva, política y simbólica de actores específicos en escenarios y coyunturas dadas.

Elizabeth Jelin

Presentación

Lenguajes de la conservación en archivos y museos diversos: acciones del patrimonio y la memoria

Andrés Castiblanco Roldán*

El proyecto de investigación¹ de esta propuesta analítica traza un itinerario reflexivo desde diferentes orillas, como aporte al proceso en el cual la trayectoria del marcaje territorial (Jelin, 2021; Castiblanco, 2020) en función de sus comunidades requiere pensar el testimonio, el monumento y la memoria como tres elementos medulares en las luchas del espacio, la reivindicación y la resistencia. Aquí el relato se transforma en evidencia y el acervo testimonial se configura en el archivo como modelo clave en la posibilidad de conectar el pasado y lo que

* Investigador principal del proyecto “Marcas Territoriales CIDC-Ipazud”, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

1 Proyecto financiado por el Centro de Investigación y Desarrollo Científico (CIDC) n.º 2405766218, “Marcas territoriales y empoderamientos comunales: el caso del humedal La Conejera como patrimonio ambiental y su resistencia como marca urbana en Bogotá”, de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria y el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Ipazud) (2018-2021).

entraña su aura en la memoria (Didi-Huberman, 2017), con los usos de sus señales en el presente. Esto quiere decir que la relación *documento-monumento-memoria* acota la manera en que la humanidad manifiesta lo que recuerda y comparte con asombro o denuedo en el tiempo lo sucedido.

Ahora, una reflexión conceptual de estas maneras de recordar y hacer recordar propone una suerte de lenguajes de conservación que se desglosan sobre lo documental como vestigio testimonial, lo monumental como patrimonio promisorio y la memoria como algoritmo de resistencia o afirmación hegemónica. Esto plantea, en principio, la necesidad de localizar en el espacio y el tiempo la doble relación de agencia simbólica frente a los cambios de época y órdenes en las sociedades.

Para Wallerstein (1997), esta relación se definió en un *tiempo-espacio transformativo* (p. 11) como una forma en la que se constituyó un segmento de transición entre un momento histórico y otro; allí se ubican cambios en lo material y simbólico de las sociedades y su legado a toda la humanidad. Por medio de esta serie de transformaciones, se constituyen los lugares mnemónicos y su funcionalidad, ya sea en la materialidad o en la virtualidad, cuya significación está en constante mutación con respecto a las prácticas culturales contemporáneas, las cuales atraviesan las instituciones sociales y sus dialectos particulares.

Dichas acciones colectivas se significan y resignifican por su dinámica de construcción social; en palabras de Milton Santos (1990), se desenvuelven en tensiones y asimilaciones de lo que permanece y lo que queda, como: “formas representativas de las relaciones sociales del pasado y del presente, y por una estructura representada por las relaciones sociales que ocurren ante nuestros ojos y que se manifiestan por medio de los procesos y las funciones” (p. 138). El pasado como elemento de reivindicación y de reconocimiento social se fortalece, incluso hoy, con la energía potente que siempre tuvo en asuntos humanos (Castiblanco, 2009; Ballart, 1997) como fuente de identidad personal y colectiva y “como baluarte contra el cambio masivo y angustiante” (Ballart, 1997, p. 37).

La configuración y estructuración de las prácticas, así como los imaginarios, entre otros elementos y acciones simbólicas y materiales, otorgan rasgos de identidad a los sujetos en sus territorios. La falta de conciencia como anamnesis es, en particular, un factor que contribuye a la indiferencia con relación a la validez del archivo, donde hechos, paisajes y vestigios son gestionados y movidos por la volatilidad de las tecnologías de visibilidad. Un ejemplo de esto es el efímero poder de publicidades, perennes propagandas, que van fugaces pero asertivas para dejar huellas en el colectivo.

Por otro lado, tanto las manifestaciones de lenguajes de conservación (testimonios, ritos, monumentos, documentos y artefactos), como la interpretación de estas aluden a una multiplicidad de reflejos referentes de lo patrimonial, la memoria y el archivo. Estos reflejos dejan ver, en el plano del análisis en las

ciencias sociales, las apuestas disciplinares que van del posicionamiento del fenómeno —como acto comunicativo, producción cultural o proceso (Smith, 2011)— y llegan al grado de géneros confusos, por la multiplicidad y posibilidad de sus aproximaciones y efectos.

En ese miasma de miradas, Ballart (1997) asume que el pasado provee a la sociedad de un marco de referencias, pero los episodios del pasado sirven, además, de pauta para apreciar cómo se cumplen, y hasta qué punto, las expectativas personales y colectivas en la experiencia social. Corresponde, finalmente, al análisis interdisciplinario contribuir desde la academia a la reflexión constructiva sobre el peso del archivo y el monumento como memoria y patrimonio accesible al ciudadano, que permita la comprensión de las diferentes formas, en calidad de formatos, documentos y bases archivísticas como nichos de conciencia histórico-social.

Con base en lo anterior, este proyecto de investigación de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria y el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Ipa-zud) se suma a la apuesta reflexiva del programa de Archivística como propuesta que, desde la investigación social, pretende contribuir a la transformación de las maneras de comprender y hacer patrimonio y memoria.

El objeto de la investigación se presenta como lectura semiótica social de las formas de testimonio, resistencia y memoria en el territorio. En este caso, una cultura amnésica social constituye un vacío en las posibilidades de construir patrimonios comunales frente a la devastación de prácticas extractivas como las que se viven en humedales y otros territorios, como se verá más adelante en este libro.

En el caso del patrimonio ambiental, como en otros tipos de patrimonio, se busca romper el orden jerárquico que se ha establecido para determinar qué se conserva y qué se olvida en las lógicas institucionales del Estado, así como en otras instituciones sociales como la educación o, la más influyente, el mercado. Esta última es responsable en gran medida de la financiación y desfinanciación de los organismos de protección, camuflada en este contexto en el silencio del gobierno local frente al sector constructor como depredador de las fuentes hídricas vitales en el equilibrio del medio y el territorio en Bogotá.

Para construir un marco teórico y conceptual innovador frente al patrimonio y la memoria, se ha invitado, en clave colaborativa, a un equipo de investigadores para pensar un estado de la cuestión frente a las fuentes documentales, el archivo y el museo como dispositivos de conservación/circulación, así como frente al documento y sus formatos tanto digitales como análogos, la diversidad de sus fuentes y sus mecanismos materiales de circulación y apropiación, en un sistema complejo que se puede denominar *documental-memorial-patrimonial*. Tal asociación y su manera de llamarlo invoca el peso de la interacción de los valores e informaciones que buscan preservar, circular y procesar, tanto en la conservación

como en la eliminación, toda una serie de informaciones y artefactos que son testimonios de hechos, actores y espacios sociales.

El silencio institucional sobre la depredación territorial de marcas constructoras y comerciales en las fuentes hídricas (Calvachi, 2016; Castiblanco, 2012) se basa en un patrimonio ambiental de monumentos y memoriales no convencionales, no oficiales, frente a la voluntad de legislaciones, alejadas de lógicas sociales que le legitiman y, por lo tanto, le dan criterio de recurso de resistencia en las comunidades. Este distanciamiento entre el sistema memorial patrimonial y las realidades de las poblaciones termina instalando un discurso y unas prácticas institucionales limitadas que, en ocasiones, terminan en el ámbito de lo figurativo, dejando de lado que la memoria y el patrimonio son elementos vitales para la subsistencia de la humanidad en su medio.

Las apuestas que se reúnen en este espacio motivan los esfuerzos de diferentes organizaciones e investigadores convocados alrededor de la reflexión, así como del afán de generar procesos de apropiación social del conocimiento en ejercicios de interacción entre comunidades de investigadores en diferentes organismos, tanto científicos como educativos. Estos encuentros generaron este texto y, a su vez, permitieron un diálogo con estudiantes y profesores de la comunidad educativa en el seminario “Archivo, Historia, Memoria y Patrimonio. Desafíos para la archivística y la investigación social”, organizado por el equipo perteneciente al proyecto curricular en Archivística y Gestión de la Información Digital, con apoyo del equipo de investigación de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, el Ipazud y el Doctorado en Estudios Sociales.

Como resultado de esta colaboración se presenta este libro, organizado como plataforma epistemológica y conceptual de enunciación, que permite dar un piso propio al ejercicio teórico y práctico alrededor del reconocimiento de fenómenos como las marcas territoriales y los empoderamientos frente a las luchas sociales por el respeto y la conservación de espacios públicos, que van desde los lugares de memoria hasta los acervos que referencian los sucesos y los territorios. De ahí la importancia de tejer con las comunidades académicas herramientas conceptuales y teóricas que permitan en un largo plazo orientar la responsabilidad de investigadores y universidades en una manifestación de construcción colectiva con compromiso crítico con el Patrimonio, el Archivo y la Memoria.

Referencias

- Ballart, J. (1997). *El patrimonio histórico y arqueológico. Valor y uso*. Ariel.
- Calvachi, B. (Ed.). (2016). *Los humedales de Kennedy. Dinámica social, ambiental y urbana*. Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca - CAR.

- Castiblanco, A. (2009). Los fines de la memoria y las memorias como fin: herramientas para observar la sociedad, la escuela y el conflicto. En A. Serna (Ed.), *Memorias en crisoles. Propuestas teóricas, metodológicas y estratégicas para los estudios de la memoria* (pp. 127-162). Centro de Memoria, Paz y Reconciliación del Distrito, GTZ-Embajada de la República Federal de Alemania, Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano - Ipazud, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Castiblanco, A. (2012). Memoria, Historia, Escuela y Humedales. En A. Castiblanco y M. Cuineme (Eds.), *Memorias de lucha y cuentos que salvan: los niños y las niñas cuentan cómo se salvó el humedal La Conejera* (pp. 19-58). Alcaldía de Suba, Suba al Aire.
- Castiblanco, A. (2020) Lenguajes culturales en la producción territorial: tramas de un campo en los estudios sociales del lenguaje y la comunicación. *Revista Esfera*, 20, 5-13.
- Didi-Huberman, G. (2017). *Lo que vemos, lo que nos mira*. Manantial.
- Jelin, E. (2021). Las tramas del tiempo. Familia, genero, memorias, derechos y movimientos sociales. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO.
- Santos, M. (1990). *Por una geografía nueva* (P. Bosque, Trad.). Espasa Calpe.
- Smith, L. (2011). El “espejo patrimonial”. ¿Ilusión narcisista o reflexiones múltiples? *Revista Antípoda*, 12, 39-63.
- Wallerstein, I. (1997) El espaciotiempo como base del conocimiento. *Análisis Político*, 32, 3-15.

Introducción

Monumento y documento en tiempos de “géneros confusos”

Adrián Serna Dimas*

Hace más de tres años un relato mío fue prohibido en la Argentina; en él se narraba la inexplicable desaparición de un hombre en una oficina nacional a la que había sido convocado junto con otras personas. Que ese cuento fuera visto como una denuncia y una provocación no tiene nada de extraño; tal vez a los censores del régimen les hubiera parecido más extraño enterarse de que el cuento había sido escrito dos años antes de que en mi país las desapariciones se transformaran en un nuevo, silencioso y eficaz vehículo de la muerte. Un escritor responsable debe asumir las consecuencias de sus escritos, que a veces sobrepasan lo imaginable. Yo inventé un desaparecido, y hoy me toca volver a este terreno horriblemente real y cotidiano. No soy el único que enfrenta ese deber y esa tarea, pero me cabe el triste privilegio de haberlo vivido ya imaginativamente antes de que se concretara en múltiples ocasiones en la Argentina. Un mero personaje de palabras y papel tiene ahora los rostros de mujeres y de hombres bruscamente disueltos en la nada como una nube en el aire; tiene cada vez más nombres, aunque aquí, como en aquel cuento, yo hablé solamente de uno de ellos; pero esa sola persona es legión, y es por ella y de ella que hablo...

Julio Cortázar (2009 [1979])¹

* Facultad de Ciencias y Educación, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

1 Cortázar recuerda aquí la censura impuesta por la dictadura argentina a su libro de cuentos *Alguien que anda por ahí* y en particular al cuento “Segunda vez”. El recuerdo de este episodio encabeza la respuesta de Cortázar a la solicitud que le hiciera Daniel Vicente Cabezas para que el escritor, como miembro del Tribunal Russell, interviniera ante la desaparición de su madre por parte de los militares.

El proceso de formación de la ciencia moderna resultó determinante en nuestra concepción de los archivos y los museos. De entrada, se puede señalar que este proceso cuestionó los vínculos entre la naturaleza como creación divina y el texto sagrado como instancia superior para su conocimiento, es decir, la ciencia puso en consideración la relación de continuidad, contigüidad, similitud o semejanza entre la obra de Dios y la palabra de Dios. No fueron pocas las controversias suscitadas por esta nueva concepción ni pocos quienes padecieron tremendos castigos por proponer o asumir esta ruptura fundamental. De cualquier manera, desde entonces, la realización de la naturaleza en el texto o del texto en la naturaleza solo será asunto de los regímenes de conocimiento más sensibles a la tradición, toda vez que, bajo los nuevos regímenes de conocimiento fundados en la ciencia, el mundo natural quedará consignado en la condición de cosa dada, de obra muda, que únicamente por la mediación del método científico con sus conceptos —esto es, por la presencia distante de la palabra ajena— será objeto de la representación verdadera. El positivismo científico decimonónico se encargará de conducir esta premisa epistemológica y metodológica propia de la indagación del mundo natural a lo que será la indagación del mundo social (Olson, 1995; Horkheimer y Adorno, 1998).

1. La cosa muda, el archivo y el museo

El proceso de formación de la ciencia moderna, al romper la amalgama entre la obra y la palabra, impuso con ello la necesidad de decantar los repositorios existentes en procura de aquellas entidades que, por origen, contacto o fidelidad, podían ser consideradas vestigios, indicios o evidencias de la naturaleza en cuanto cosa —objetos—, así como aquellos escritos que, por fuente, lenguaje o autoridad, podían ser considerados expresiones creíbles o verosímiles de esta —documentos—. La cosa reducida a la condición de objeto y documento será la única experiencia admisible para que procediera la representación verdadera del mundo que debía acometer la palabra ajena en calidad de concepto. Es este el conocido tránsito del monumento al documento, el discurrir entre el conjunto heterogéneo de cosas destinadas al recuerdo —*monere*— y la unicidad del objeto y el documento orientados a la instrucción —*docere*— (Pomian, 1997, p. 4004, traducción propia). Bien se puede afirmar que, si el monumento era propicio para las viejas artes de la revelación, el objeto y el documento lo serán para los nuevos métodos de la investigación.

Ahora, entre la cosa que se cubre de silencio y la palabra abstraída como concepto, orbitará la imagen, el albergue postrero del vínculo íntimo entre la obra y la palabra, allí donde el monumento como conjunto de las cosas preserva aún una última comunión con el documento. Más aún, la imagen tiene inscrita en sus entresijos la historia de la ruptura que no solo enmudeció la cosa, sino que le arrogó toda posibilidad de expresión al concepto y, en la medida en que es una historia denegada, una historia que nunca se presenta como historia, esta

inscripción es en realidad una encriptación. La imagen evoca la relación recursiva entre la obra y la palabra en el momento de su agonía o su extinción, abriendo con ello las posibilidades al acto de la imaginación, mientras el concepto convoca la relación unívoca de la palabra ajena sobre la obra muda, permitiendo únicamente el acto de la representación.

Por lo anterior, bien se puede decir que los archivos antiguos eran monumentos en los cuales concurrían sin distinguir los más variados registros, donde se encontraban o superponían los objetos y los documentos más extraños con las manufacturas y composiciones más diversas, donde se hacía patente aún la simbiosis entre la obra y la palabra, donde permanecía expuesta la imagen en su plenitud, siendo propicios por todo esto para la intervención de las artes y las ciencias más disímiles, heterodoxas o extrañas. Allí bien podían concurrir el sacerdote como el mago, el médico como el brujo, el astrónomo como el astrólogo o el químico como el alquimista. Estos archivos antiguos no eran simples reservorios que apenas tendrían como función conferirle un lugar, un orden o una organización a unos objetos o documentos con los cuales no compartirían ningún vínculo en su naturaleza o carácter; tampoco eran meros compartimentos estancos o instrumentos de almacenamiento para depositar unas cosas con las cuales solo sostendrían una relación accidental o apenas artificial. Por el contrario, estos archivos antiguos, al imponer el parentesco entre los objetos y los documentos, por divergentes que fueran sus orígenes, manufacturas o usos, entraban a participar en la naturaleza de estos, en su carácter, y, al hacerlo, se constituían con lo que estos tenían de realidad o de verdad.

En efecto, en el apogeo de los archivos antiguos, todas las cosas parecían tan nacidas todavía de la naturaleza que bien se podían disponer en vecindad; de hecho, era esa vecindad, por arbitraria que fuera o por artificiosa que pareciera, la que hacía posible la verdad que podían resguardar las cosas en su conjunto —cómo no recordar que el *mouseion* de los antiguos griegos era una suerte de “bosque sagrado” consagrado al culto de las musas que, como lugar ritual, era el que auténticamente conservaba el espíritu de las obras que las diosas inspiraban (Rivière, 1993, p. 70)—. Esta relación de vecindad, que era al mismo tiempo la fuente espiritual de las cosas, de cuanto ellas podían expresar, hacía que cualquier sustracción que se hiciera del archivo antiguo fuese simultáneamente el rapto de una estela de esa verdad que nunca se hallaría completa en el objeto o en el documento sustraído: el vestigio no sería, entonces, aquello que sobrevivía de la realidad, eso que haría posible la verdad, como lo asume la lógica de la investigación, sino que, por el contrario, sería parte de la pérdida de la realidad, lo que oscurecería la verdad, como se asume en la lógica de la revelación.

De cualquier manera, esta relación de vecindad que no tiene modo de orquestarse, orientarse o planificarse, que surge del propio discurrir histórico del archivo antiguo expuesto a las más variopintas cotidianidades, sujeta al criterio

peculiar de cada archivero con sus formas de archivar, es la que hace posible la coexistencia de asteroides celestiales, piedras misteriosas, fósiles del diluvio, cabezas reducidas por salvajes remotos, máscaras tribales exóticas, fragmentos de la crucifixión, huesos de cinco santos o santas, el acta de cualquier rey en cualquier reino y el manuscrito donde reposan las cantidades de grano tasadas y tributadas. Precisamente, esta relación de vecindad estará en la base de “las ‘cámaras de maravillas’ y los ‘gabinetes de curiosidades’, unos más artísticos, otros más naturalistas y etnográficos, pero todos desvelando, bajo un aparente revoltijo, el pensamiento sintético y humanista de sus realizadores” (Rivière, 1993, pp. 69-70).

Así vistos, los archivos antiguos eran a la vez fondo documental, museo y biblioteca, es decir, no admitían distinción entre el objeto y el documento, así como tampoco entre el documento creado de manera singular y el documento creado de manera seriada. Esto debido a que el libro mismo era para ese entonces un manuscrito irrepetible, en el mejor de los casos copiable, que debía buena parte de su autoridad a la cosa que él era, al papiro que lo soportaba, a la grafía de su superficie, a las miniaturas que orlaban sus márgenes. Todo cuanto pudiera leerse, todo cuanto pudiera comprenderse de lo leído, pasaba por la manufactura misma del documento en cuanto cosa, como “si en el umbral de un discurso que, por definición, es el discurso de la verdad, se desplegase otro discurso profundamente ligado a aquel por sorprendentes alusiones *in aenigmate*” (Eco, 1987, p. 98).

Sin embargo, por efecto de la ciencia moderna, los archivos antiguos fueron cediendo ante unos nuevos espacios o lugares que eran acopios debidamente discriminados de registros que, sometidos a unos criterios incisivos de clasificación y calificación, sujetos a una progresiva estandarización y sistematización y acuciosos en sellar la imagen para contener sus desvaríos, se consideraba, eran los únicos en capacidad de preservar la mudez de la cosa para someterla al ejercicio metódico de la palabra lejana que permitiría la representación verdadera del mundo. En estas circunstancias, se escinde el archivo en tanto fondo de documentos únicos, singulares o irrepetibles, la biblioteca como espacio para los documentos seriados, repetibles o salidos de la imprenta y la cámara o el gabinete de curiosidades a manera de albergue de los objetos que precederán al museo científico. Desde entonces, el monumento será asociado a lo no fáctico e invisible, solo sujeto a las artes de la alegoría o la imaginación, mientras el documento será asociado a lo fáctico y visible, sujeto exclusivamente a las ciencias con su representación: “Un semióforo [un símbolo en el que duerme un suceso] es producido como documento cuando él comporta una referencia explícita a los hechos visibles u observables. Además, un semióforo es producido como monumento cuando él comporta una referencia explícita a lo invisible” (Pomian, 1997, p. 4003, traducción propia).

Los nuevos archivos serán escindidos de las cotidianidades de la existencia, sujetos a una administración que, revestida de las técnicas del conocimiento científico, orquestará, orientará y planificará cuanto se considerará susceptible de ser archivado en presunta independencia del archivista y de sus modos de archivar —los archivos “que están sujetos a los cuidados de quien tiene competencia para interrogarlos y así defenderlos, prestarles ayuda y asistencia” (Ricoeur, 2010, pp. 221-222)—. A diferencia de los archivos antiguos, los nuevos, con su disposición física, sus nomenclaturas, sus modos de rotulación y sus criterios de incorporación, clasificación y conservación se pretenderán desprendidos de cualquier relación sustancial con los documentos que albergan, poniéndose al margen de su naturaleza o de su carácter. Será en virtud de este recubrimiento técnico que los archivos modernos habrán de adquirir un fuerte carácter normativo, de consignación de lo establecido, lugares

donde el derecho y la historia se encuentran [...]. Quienes hacen allí las investigaciones, bastante numerosos en el siglo XVII, los conjugan en grados diversos insistiendo sobre uno o sobre el otro, según el caso; la actitud del jurista para quien los documentos son títulos y esa del historiador para quien ellos son fuentes. En teoría, el primero justifica, el segundo constata. (Pomian, 1997, p. 4032, traducción propia)

Ahora, en los archivos antiguos, cada objeto, cada documento, parecía tener una historia que lo rondaba, que lo merodeaba, que lo acechaba, que no era de ninguna manera la historia del espacio y tiempo en que ellos tuvieron suceso, del mundo del cual procedían o del contexto del cual daban testimonio, sino una historia tanto o más apasionante relacionada con la manera como el objeto y el documento habían sido hallados, obtenidos o conservados, esa de la trayectoria que los llevó a quedar inscritos en los propios archivos. Esta historia de un presente persistente que se prolongaba por efecto mismo de unos archivos subsu-
midos en las cotidianidades de la existencia afectaba a esa otra historia del objeto o del documento en sí mismo, por antigua o pretérita que ella pudiera ser. Esta historia más allá del objeto o el documento histórico dormía en formas fantasmales, en tradiciones orales, en testimonios sin referencia, en el mejor de los casos, en formas escritas apenas apócrifas. Por esto, los archivos antiguos parecían provocados por conjuras, por conspiraciones, por celadas, también por accidentes, por imprevistos, por venturas y desventuras. No faltaban archivos que parecían producto de encantamientos u otros que parecían sacados de una maldición.

Los archivos, las bibliotecas o los museos nuevos, por el contrario, despliegan a los objetos o los documentos en función de unas cronologías o unas periodizaciones, de acuerdo a unos esquemas o unas clasificaciones que, tramitados o gestionados por fuerza del concepto o de la categoría, revestidos por esta gracia de un carácter universal y objetivo, pueden emplazar a los objetos y documentos únicamente como vestigios, indicios o evidencias o como fuentes o testimonios

de los marcos espaciales y temporales en los cuales estos fueron concebidos, producidos o utilizados. Aunque estos archivos, bibliotecas y museos tienen unas historias propias en calidad de instituciones, estas no afectan de ninguna manera, o solo afectan de manera marginal, a esa historia de la que sus objetos y documentos son vestigio o fuente. En esta lógica, un archivo nacional no tiene forma de afectar el contenido de un documento colonial. Cuando más, podrá asignarle un lugar o reasignarlo a otro. Tampoco tiene forma de aspirar a realizarlo más allá de su tiempo. Cuando más, auspiciará su interpretación o reinterpretación.

El archivo moderno acogerá al documento irrepitible, lo protegerá en su unicidad y será quisquilloso en resguardar cuanto este tiene de auténtico: el documento de archivo no tiene otro tiempo que el del pasado que tiene consignado, el cual permanecerá intacto incluso cuando el documento sea reproducible. El museo moderno acogerá al objeto original, también lo protegerá en su unicidad y será acucioso en resguardar cuanto este tiene de íntegro: el objeto de museo, igualmente, no tiene otro tiempo distinto que el del pasado del cual es consignación e incluso, cuando sea replicable, lo será para aludir al tiempo de su origen. La biblioteca moderna, por su parte, acogerá al documento seriado, lo dispondrá en un conjunto de semejantes y le asignará un lugar ajustado a distintas clasificaciones, sea la de Brunet o la decimal de Dewey. Esta biblioteca, desentendida del viejo amanuense, anclada al destino de la imprenta, no dejará de auspiciar el documento irrepitible pero, sobre todo, deberá su razón de ser al documento seriado, al que habrá de adquirir en todo tipo de ediciones más allá de cualquier autenticidad, al que habrá de renovar en el tiempo en contra de cualquier originalidad y al que habrá de cuestionar con nuevas adquisiciones en contra de cualquier integridad —de esta manera el archivo antiguo, que ponía en concurrencia tantos espacios y tiempos distintos, se despliega ahora en el archivo, el museo y la biblioteca modernas en una sucesión de espacios y tiempos de corte lineal— (Petrucci, 1999; Goody, 2007, pp. 226-227).

Algo del aura del archivo antiguo mora en nuestras bibliotecas particulares, por modestas que ellas sean, pues allí parecieran mantenerse borradas o desvanecidas las distancias entre el objeto y el documento, también entre el documento singular y el documento seriado, inclusive entre el manuscrito y el libro, cada uno sin ubicuidad precisa ni rótulo determinado, arrastrando la historia de una vida o de varias, depositados en una organización más propicia para el oficio del buscador de tesoros que para la pericia del técnico archivista. Allí coinciden el libro viejo, el extraño, el del oficio; el más reciente, el que nunca pretendimos, el que esforzadamente logramos; el que sobrevivió los tantos naufragios de la adolescencia o el que nos acompaña en el climaterio de la vejez; el que nos acompañó en el ocaso de algún amor o el que nos resucitó para otros tantos después. El que conserva una pasión, un amor antiguo, imborrable en unas huellas tan valiosas como un tesoro remoto. Las bibliotecas particulares hacen de cada libro un original, un ejemplar irrepitible, que solo se puede entender en relación con

los restantes por la sencilla razón de que solo fue leído en relación con los restantes. Cada biblioteca particular es un atlas de nuestra propia existencia, de las creencias, las convicciones, las ideologías, los conocimientos, pero también de los deseos, las pasiones, las emociones, los sentimientos, los afectos, todos ellos puestos en relación, en connivencia, en una complicidad nunca perseguida ni pretendida.

Recién nacidas, estas bibliotecas particulares cambian de orden día a día, en cada arreglo, en cada mudanza; con el paso del tiempo se vuelven cada vez más inmutables, manteniendo los mismos lugares, el mismo orden, la misma vida. No importa cuánto pretendamos reordenar o reorganizar, los libros parecieran seguir un curso sin dictamen que no es otro que la conciencia implacable de lo que somos queriendo o sin querer o de lo que queremos siéndolo o sin serlo. De este conjunto monumental, bien podemos decir lo que le respondiera el monje Malaquías a Guillermo de Baskerville cuando este preguntara por el orden de los libros en la fastuosa biblioteca de la abadía:

Los orígenes de la biblioteca se pierden en la oscuridad del pasado más remoto [...], y los libros están registrados según el orden de las adquisiciones, de las donaciones, de su entrada en este recinto [...]. Basta con que el bibliotecario los conozca de memoria y sepa en qué época llegó cada libro. En cuanto a los otros monjes, pueden confiar en la memoria de aquel. (Eco, 1987, pp. 96-97)

En definitiva, los archivos antiguos permanecerán como una vasta colección de documentos variopintos, puestos en depósito por gracia de distintas contingencias históricas, cuyos disolutos criterios de organización participarán del contenido mismo de lo archivado y los cuales solo serán desentrañables por una suerte de pesquisa de caracteres intuitivos o de unos oficios con rasgos detectivescos. Los archivos nuevos, por el contrario, serán repositorios decantados con minucia en el momento de su adquisición, sometidos a unas técnicas sistemáticas de organización en todo ajenas al contenido de lo archivado que, solo de esta manera, podrán ponerlos a disposición para las prácticas de unos conocimientos especializados. Mientras el archivo antiguo es pasado persistente que no deja de suceder, que recoge sin orden ni distingo toda clase de experiencias, incluidas las del propio archivero, el archivo nuevo es pasado sucedido que solo admite como experiencias aquellas que han sido sujetas a la experticia del archivista profesional desde la distancia de un saber técnico.

Una de las consecuencias de este tránsito fue que al interior de los archivos nuevos solo unos objetos y documentos en particular quedaron recubiertos con el carácter de expresiones fidedignas de la realidad, por lo mismo, evidencias de facticidad y representativos de unas determinadas circunstancias históricas, mientras el conjunto monumental restante fue desplazado a la condición de mera ficción, de trama dispersa de hechos fantasiosos o ilusorios, cuando no de abiertos engaños o mentiras que, como ruinas entremezcladas de distintos

acontecimientos históricos, debían estar fuera de la órbita o, cuando menos, al margen del quehacer científico. Estas piezas en ruinas serían, en el mejor de los casos, expresiones anecdóticas o paisajes pintorescos que, en cualquier circunstancia, serían puramente accidentales o incidentales con relación a los objetos y documentos que eran la expresión o tenían consignadas las políticas gubernamentales, los lineamientos para la administración pública, los actos judiciales, las disposiciones económicas o las certezas científicas, cualesquiera que ellas fueran. El curso del pensamiento social en el transcurso del último siglo se encargará de advertir que, bajo estas piezas en ruinas, y como parte de ellas mismas, estaba en realidad un orden monumental náufrago que, al denunciar los efectos de la mudez de las cosas en medio del soliloquio de los conceptos, era el lugar para reivindicar otros sujetos, otros lugares, otras prácticas sociales de producción de verdad. Será este el lugar de una poética de las cosas que transformará radicalmente nuestras concepciones del archivo y el museo.

2. La poética de las cosas, el archivo y el museo

Contra la filosofía de la historia derivada del tránsito de los archivos antiguos a los archivos nuevos, que al proscribir unos documentos del acervo documental pudo con ello no solo acallar o hacer invisibles a diferentes sujetos sino, al mismo tiempo, reducir la complejidad de los distintos dominios sociales, culturales y políticos, se levantarán tendencias desde diversas disciplinas, en primer lugar, desde la propia historia, con tradiciones como la Escuela de los Annales que, como refiriera Le Goff, abogó por restituir el documento a su conjunto monumental. Esto implicó resarcir a determinados testimonios de los marcos de realidad que les imponía de manera omnímoda el naturalismo positivista, restituirlos dentro del espectro de testimonios más amplio de una época determinada; en últimas, hacerlos partícipes de una mentalidad epocal, por extraña que ella pudiera parecer (Le Goff, 1991, pp. 234-237).

Contra esta misma filosofía de la historia, se alzarán tradiciones disciplinares más recientes, como la célebre descriptiva de Foucault, que igualmente abogó por adentrarse al monumento antes de que fuera “memoriado” en la forma de documento. Esta sería la fuente de la arqueología foucaultiana, de la que el propio filósofo francés dijera lo siguiente:

Hubo un tiempo en que la arqueología, como disciplina de los monumentos mudos, de los rastros inertes, de los objetos sin contexto y de las cosas dejadas por el pasado, tendía a la historia y no adquiría sentido sino por la restitución de un discurso histórico; podría decirse, jugando un poco con las palabras, que, en nuestros días, la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del monumento. (Foucault, 2010, pp. 16-17)

Valga decir que ciertos usos de esta arqueología, en particular en la historia, terminaron prescindiendo de la descriptiva del monumento para incurrir en la

prescriptiva del documento: la petrificación conceptual condujo a que una mirada orientada a describir la dispersión terminara reiterando la inferencia.

Contra esta filosofía de la historia se alzaría también la propia archivística, que pasó “de la identificación estática de piezas a la organización en series para diferentes usos y diferentes autores. La atención se desplaza, así, de los documentos mismos hacia las voluntades y las prácticas de sus autores, o hacia la dinámica de las múltiples lecturas que se crean en la búsqueda de lo profundo” (Poulot, 2006, pp. 187-190, traducción propia). De este modo, los documentos dejaron de ser vistos como testimonios consumados de otro tiempo, organizados solo en función de unas técnicas objetivas o con base en unos modos de clasificación y calificación en el presente. Ahora los documentos, por antiguos que fueran, podían entenderse como testimonios siempre abiertos e inacabados que, por un lado, debían ser restituidos en sus relaciones con sus acervos originales y que, por otro lado, debían ser entendidos a la luz de los procesos que en el curso del tiempo permitieron su propio archivo, rehabilitando con ello la posibilidad de advertir las distintas relaciones que estos tenían suscritas y que estaban suscritas a través de ellos. Archivar no será más un acto de apariencia natural, de conservación altruista o de resguardo neutral, sino una práctica política que debía buena parte de su poder a que nunca se veía como política, sino únicamente como práctica.

Este “giro documental” —apelando al término que utiliza Nash (2005) para el campo del arte— no solo deterioró la verdad absoluta de determinados documentos que hiciera suya el positivismo historiográfico, sino que paralelamente rehabilitó a una saga de documentos que, hasta entonces, habían sido considerados desprovistos de cualquier sustancia, asumidos como expresiones apenas idiosincráticas, pintorescas, superficiales, supersticiosas o simplemente irracionales. Por ejemplo, los manuales de brujería, por mucho tiempo asumidos como formas enajenadas de la realidad, expresiones erróneas o incorrectas de unos modos de conocimiento obsoletos o, en el mejor de los casos, tentativas de una ciencia espuria, adquirieron unos nuevos significados cuando dejaron de ser sometidos a la positividad de la ciencia clásica, a una realidad pretendidamente absoluta donde estos no tenían razón de ser, para ser ubicados en contigüidad a documentos de su propio acervo, entre ellos, títulos de propiedad de la tierra, disposiciones sobre el trabajo, recomendaciones para la siembra o la cosecha, tratados científicos o técnicos, o incluso canciones o poemas. La verdad del manual de brujería no procedía de su relación con una realidad que, desprendida del tiempo y el espacio o sometida a un tiempo y espacio meramente exteriores, debía ser la misma para todos los individuos en todas las sociedades, sino del conjunto monumental al cual pertenecía y que era indispensable esclarecer en cuanto no era de suyo evidente por el documento en sí.

Esta restitución del documento al monumento en la disciplina histórica, la filosofía y la propia archivística fue correspondida con transformaciones

ostensibles en el estatuto de la fuente en disciplinas de campo como la sociología o la antropología —ellas mismas acostumbradas a concebir sus propios archivos, muchas veces sobre los derroteros convencionales de la ciencia positivista—. Así, de los corpus levantados dentro de la rigidez de unos instrumentos de terreno que buscaban no solo maximizar la fidelidad de la fuente, sino supeditarla a las anteojeras teóricas y metodológicas de un observador presuntamente neutral —para lo cual se privilegiaron estrategias cerradas como la encuesta o la entrevista cerrada o estructurada—, se transitó a unos corpus levantados más en condiciones de dialogicidad, multivocalidad o polifonía, con un observador involucrado o situado y desde unas prácticas de construcción teórica más sensibles a las idiosincrasias locales —para lo cual se admitieron estrategias más abiertas orientadas hacia la narración desde sujetos múltiples o desde sujetos colectivos cuyas voces, por demás, estarán abiertas a los múltiples juegos de la intertextualidad— (Clifford y Marcus, 1986).

Los efectos de la reivindicación del monumento se hicieron extensivos a los museos y a las prácticas museísticas. La puesta en escena científica que auspiciaba para los objetos en exposición una pretensión naturalista fue sometida a distintos señalamientos. Esta puesta en escena, cuando era considerada un derivado de unas ciencias positivistas que entendían la naturaleza como una cosa sin espíritu, será señalada de constituir un simple repertorio de objetos que apenas imitaban la vida, de reducir el paisaje a mera estereotipia y de supeditar el conocimiento de la diversidad a las pretensiones de la colección y la explotación, lo cual, en contextos coloniales, resultaba carburando ideologías imperialistas que defendían el expolio de los recursos naturales de distintos pueblos o culturas. Esta puesta en escena, cuando era considerada un derivado de unas ciencias de inspiración romántica más sensibles al espíritu de la naturaleza y orientadas a vincular a esta con la cultura, será señalada de mistificar la relación entre los objetos, los paisajes y las gentes, convirtiéndolos en propiedades esenciales, lo cual, en contextos de fuertes tensiones étnicas o nacionales, resultaba insuflando unas ideologías racistas y nacionalistas que defendían la supremacía de unos pueblos sobre otros (*cfr.* Macdonald, 1997; Karp y Lavine, 2012).

La puesta en escena histórica que auspiciaba para los objetos en exposición una pretensión realista será señalada de consumir el proceso en el acontecimiento, la causa en el genio, el devenir en la heroicidad, las ideas en sentencias grandilocuentes y, todo lo anterior, en cosas, por elementales, simples o banales que fueran, pretendiendo clausurar con ellas cualquier tentativa de interpretación en beneficio de un culto ciego u obsecuente del pasado —un culto para una religión cívica—. Fuera de la escena histórica quedaban las fuerzas que modelaban el mundo social, los procesos de larga duración, la presencia de multiplicidad de sujetos históricos, el espectro de motivaciones e intenciones detrás de las acciones humanas, las ideologías en confrontación y, sobre todo, quedaban por fuera las circunstancias que llevaron a que todo ello pudiera ser sepultado por el peso de la cosa, de

la menudencia personal, de la memorabilia. La puesta en escena histórica, que fuera indispensable para la construcción de unas ideas de nación o un Estado, les transfería a estas un fuerte sentido de homogeneidad y de exclusión (*cfr.* Macdonald, 1997; Sánchez, 2000; Poulot, 2006, pp. 80-85; Karp y Lavine, 2012).

De cualquier manera, la reivindicación del monumento en ruinas —como lo era el archivo antiguo que, a manera de paraje en escombros, estaba en las profundidades del archivo, el museo y la biblioteca modernos— supuso no solo la crítica a los efectos que había traído la cosificación de la obra y la alienación de la palabra, sino, más allá, el esclarecimiento de que esta doble separación en realidad no había tenido cómo proceder con todas sus consecuencias, es decir, ella no había tenido forma de consumarse plenamente: allí donde aparentemente había tenido suceso estaban en realidad los efectos de unas ideologías que produjeron la idea misma de separación, incluso la imagen de vacío, para hacer posible, factible y válida la idea de que los métodos de investigación, con su capacidad de hacer inteligible el mundo social con sus vaciados de lenguajes universales, instrumentales y neutros, podían salvar definitivamente la brecha originaria provocada por el colapso del mito en historia —en últimas, el fetichismo de los métodos, que hasta hoy no es otra cosa que esa poderosa mitología alrededor de los métodos de investigación que, pringados de historia, no obstante, son denegados de cualquier historicidad para conservarlos dentro del canon científico del positivismo o, más aún, dentro del más básico instrumentalismo—.

Ante el imperativo del monumento, sería necesaria, entonces, una poética de las cosas en capacidad no solo de poner en cuestionamiento lo que los métodos de investigación pretendieron con el monopolio de la representación de la cosa enmudecida a través de sus vaciados de lenguajes universales, instrumentales y neutros, sino más aún, de resarcir a las cosas de la mudez, permitiendo el afloramiento de su expresión. Para los más optimistas, una poética llamada a inventar o reinventar la comunión de la obra y la palabra, decidida a vindicar al mito y a cuestionar la mitología sin detrimento de la ciencia —una ciencia de carácter reflexivo que no puede dejar de pisar los terrenos de lo sagrado—; para los más pesimistas, una tentativa no racionalista decidida a restituir la obra y la palabra por medio únicamente de la superficialidad de la retórica en una regresión de talante conservadurista —un modo de profundizar la presencia de las ideologías más reaccionarias—.

En cualquier caso, esta poética de las cosas debe rastrear en el discurrir del concepto la huella débil pero innegable del trayecto que vincula a este tanto con otros conceptos como con las cosas en sí. Para esto, la poética debe desenterrar al concepto en su suelo de origen, perseguirlo allí donde fue trasplantado o reimplantado, reconocerlo en la concreción de las prácticas de pensamiento y, contra el revestimiento del concepto mismo, erigirlo en un archivo o un museo que, bajo la apariencia inmaculada de la abstracción, conserva las más distintas

especies, incluso criptocriaturas que se creían extintas o inexistentes. Para esta poética de las cosas, el concepto no tiene cómo predicar una verdad absoluta sobre unos fenómenos que le serían exteriores, sino que este debe expresar sus relaciones con unos acontecimientos en los que tiene participación, las cuales son requisito para cualquier pretensión de verdad —cómo no reconocer en todo esto la presencia de la noción de *constelación*, acuñada por Benjamin y que hiciera central Adorno—.

Por otra parte, la imagen, esa que la ciencia había desterrado de sus métodos, esa que había sido proscrita al arte donde bien podría ser disciplinada por una historia normativa y puramente metodista, fue reclamada de regreso para ser emplazada en la autonomía de su presencia que era, por demás, el único modo de entenderla en su relación con la cosa más allá de la iconicidad y en su relación con la palabra más allá de la semantividad. Esta imagen en la autonomía de su presencia estaría en la base de una nueva historia del arte, como esa que tomaría forma desde los años veinte y treinta alrededor de personajes como Warburg —quien no pactó más con la interpretación de la imagen supeditada a la exterioridad del texto, ni tampoco con el paralelismo de interpretaciones entre el texto y la imagen—, sino que, más allá, procuró a esta en el discurrir que la hacía posible, en su desplazamiento, en últimas, en los intervalos de su propia duración, que serían “el vínculo natural entre la palabra y la imagen” (Didi-Huberman, 2013, 452-453).

Esta imagen en su autonomía, en su discurrir, haría posible el reencuentro de la cosa con la palabra, del objeto con el concepto, abriendo, de paso, la trocha para una ciencia social más sensible a las formas, a las plásticas de la existencia, a los modos de organización de los acontecimientos, en últimas, al discurrir de la vida. Surgiría de aquí una epistemología desde la imagen que tramitaría el conocimiento en términos de travesías o trayectos. Así, el concepto, en su escapatoria en procura de la representación, dejaría, no obstante, las huellas de la que fuera su presencia durmiendo en formas apenas fantasmáticas, todas ellas impresas en la imagen. Esta imagen, o mejor, esta imagen dialéctica, contradicción de lo perdurable y lo evanescente, sería el umbral para una auténtica conciencia histórica que superaría la cosificación de la obra y la alienación de la palabra —aquí se vincularían la imagen fantasma y la imagen dialéctica en ese diálogo nunca concluido entre Warburg y Benjamin—.

De esta manera, los intervalos discontinuos entre la cosa, la palabra y la imagen serían una suerte de falla sísmica profunda, un depósito de huellas y escombros de tantos tiempos distintos que, imperceptible en las superficies del terreno de la historia, tendría la capacidad de remodelarlas, bien con la sucesión de pequeños movimientos, ora con el despertar enfurecido de una tempestad geológica. Los movimientos de estos intervalos o fracturas sísmicas solo podrían ser registrados con un medio altamente sensible hecho en sí mismo de imágenes: un atlas.

De este atlas bien se puede decir que no contiene imágenes para ordenarlas u organizarlas, sino que es contenido por las imágenes que se despliegan en él, imponiéndole órdenes u organizaciones distintas, disolutas, dispersas. Este atlas está en capacidad de conectar imágenes más allá de los estancos de la historia superficial, hacerlas patentes en el abismo de sus confabulaciones, que por demás sería la fuente del poder anamnésico de la imagen —en este atlas las obras de arte tendrían el carácter de “documentos con los mismos derechos de la expresión humana” (Warburg, 2014, p. 265)—.

De esta manera, así como la naciente ciencia moderna asumió que el mundo era una cosa dada que solo podía ser representada por unos lenguajes universales, instrumentales y neutros, cuya quintaesencia era el concepto prodigado desde una sujeto teórico universal abstracto, la ciencia más reciente de carácter reflexivo asumió que el mundo era una construcción que se debía a unos lenguajes contextuales, históricos y performativos encarnados en cuerpos e imágenes de unos sujetos históricos concretos. Si la primera creyó diluidas las relaciones con el texto en beneficio del concepto entendido como palabra abstracta distante de la cosa, la segunda consideró que estas relaciones con el texto apenas si se habían solapado, ocultado o denegado, sepultando a su paso las huellas de la cosa, la imagen y el sujeto grabadas en el concepto —huellas que, atentando contra el principio mismo de identidad, implicarían la negación del concepto (*cfr.* Adorno, 2005, pp. 16-17)—. En últimas, la travesía por las fallas sísmicas que se tienden entre la cosa, la palabra y la imagen, por las estructuras y las prácticas que estas modelan en su estremecer, sería la base para una epistemología como historia social o, también, para una historia social como presupuesto epistemológico insoslayable de una ciencia reflexiva —historia social en la acepción que le confiere la obra socioantropológica de Bourdieu—.

Por lo anterior, se puede afirmar que la reivindicación de la retórica en distintos ámbitos disciplinares o científicos en su forma más radical supone el desafío de reencontrar las relaciones entre la obra y la palabra, que fueron desvanecidas por circunstancias como el colapso del mito, la proscripción de la poesía y el exilio de la imagen. Precisamente aquí surgió toda una vasta reinvención de la concepción de los archivos y los museos. En efecto, así como la distinción entre la obra y la palabra en beneficio del documento trajo una transformación de nuestra concepción de los archivos y los museos, orientándolos a la delimitación, la estandarización, la centralización y la especialización, de la misma manera la restitución de las relaciones de la obra con la palabra en beneficio del monumento trajo desafíos estructurales para unas nuevas prácticas archivísticas y museísticas convocadas a la apertura, la diversificación, la deslocalización y, en general, la democratización. De hecho, aquí tomaron forma unos cambios sustanciales: de entrada, los cambios relacionados con los soportes técnicos y tecnológicos, que condujeron a que el monopolio de la escritura, que fuera por mucho tiempo el soporte exclusivo de cuanto se creía que podía archivar como documento,

diera paso a otros medios posibles de registro, como la oralidad o la visualidad. Estos cambios relacionados con los soportes técnicos y tecnológicos igualmente condujeron a que el monopolio del objeto real, que fuera por mucho tiempo el soporte exclusivo de lo que podía ser museable, diera paso a la virtualidad y, con ello, a la interactividad.

También estuvieron los cambios relacionados con los marcos institucionales, que condujeron a que el monopolio de las entidades del Estado, que fuera por mucho tiempo considerado el más idóneo para legitimar los fondos documentales y museales, diera paso a otras entidades, en especial procedentes de la sociedad civil o incluso de particulares a título individual —esto supuso incluso la irrupción de comunidades archivísticas o museísticas circunscritas—. Finalmente, estuvieron los cambios relacionados con el carácter mismo de los objetos archivables y museables, que condujeron a que la prelación por los actos políticos, administrativos y jurídicos del Estado fuera complementada o desplazada por diversidad de testimonios y objetos sobre las prácticas más variadas, incluidas las de la vida cotidiana (*cfr.* Serna Dimas, 2014b).

En consecuencia, los criterios cerrados e inflexibles que fueron utilizados para determinar los repertorios objetuales y documentales considerados válidos, relevantes o representativos, para legitimar los procesos de centralización y acumulación de repertorios en unos archivos y museos centrales y para restringir los usos documentales, archivísticos y museísticos a unas ciencias o disciplinas específicas, entraron en confrontación en medio de este esclarecimiento de las huellas de la cosa en el concepto, de la textualización del mundo en la forma de retórica y de irrupción de unas poéticas de las cosas. Esto supuso la apertura de los criterios para crear o preservar nuevos conjuntos objetuales y documentales, para auspiciar la descentralización y la democratización con la aparición de archivos y museos particulares y para promover que distintas ciencias, disciplinas y artes no solo hicieran uso de los archivos y museos existentes, sino para que produjeran unos nuevos. Si la restitución de las relaciones del mundo con el concepto por efecto de la retórica fue determinante en aquello que Geertz (1994) denomina “la confusión de géneros”, bien se puede decir que uno de sus corolarios fue “la confusión de archivos y de museos”.

Esta “confusión de archivos y museos” tiene múltiples implicaciones para la investigación social contemporánea: incorporación de fuentes y objetos de la más distinta naturaleza, usos no ortodoxos de fuentes documentales y colecciones museales, construcción de ficciones documentadas o museísticas e invención de nuevos archivos y museos. También está la urgencia de apelar a conjuntos documentales amplios por lo heterogéneos, difusos o caóticos que ellos puedan ser; la necesidad de escudriñar el vínculo entre la fuente y el dato, pero también entre la fuente, el dato y el observador; el imperativo de construir unos nuevos modos de relación del vestigio, el indicio y la evidencia con la noción, la categoría y

el concepto; y la exigencia de establecer vínculos no reductores ni simplificadores entre la retórica y el método. Una de estas implicaciones es que, por cuenta de la reivindicación del monumento, artefactos que otrora se consideraban con ubicuidades diferenciadas (en lo fáctico o lo ficticio), discriminados en lugares distintos (el archivo y el museo), emplazados dentro de campos considerados opuestos (en el arte o en la ciencia), circunscritos dentro de disciplinas bien delimitadas (como la historia, la antropología, la sociología, la literatura o las artes visuales) e inscritos en esferas separadas (como lo privado o lo público), empezaron a circular de manera fluida, perdiendo ubicuidad, emplazamiento institucional, arraigo disciplinar o localización exclusiva en las esferas del mundo social. De hecho, fue así como artefactos como el documento de archivo, el diario de campo y la novela terminaron convertidos en escrituras entrecruzadas.

Un ejemplo de este entrecruzamiento se hace patente en la publicación de los famosos diarios de campo de Bronislaw Malinowski (Malinowski, 1989). Los diarios fueron levantados durante el trabajo de campo del etnógrafo en la segunda década del siglo XX en el Pacífico occidental, en la que es considerada, junto con la de Alfred Cort Haddon y Franz Boas, una de las experiencias pioneras de la antropología científica moderna. Ahora, estos no eran los diarios en los cuales Malinowski había recabado los datos sustanciales sobre la morfología social de los trobriandeses, sobre los *baloma* o los espíritus de la muerte o sobre el *kula* o el extenso sistema de intercambio ritual, sino unos diarios eminentemente personales, aquiescentes en unos casos y reactivos en otros con la literatura, de carácter exclusivamente íntimos, en los cuales, por demás, el etnógrafo develaba algunas facetas controversiales de su personalidad y de sus prácticas de terreno. En últimas, eran documentos sobre los cuales no existía la pretensión de que salieran a la luz pública siendo parte de un archivo personal.

No obstante, una circunstancia cualquiera empujó a que años después de la muerte de Malinowski su viuda decidiera entregar estos diarios íntimos a un editor bajo la certeza de que ello ayudaría a ampliar la comprensión de la obra del etnógrafo de origen polaco. Mientras unos cuestionaron la publicación, señalándola como una veleidad sin mayor relevancia para la obra malinowskiana o para la disciplina antropológica, otros, por el contrario, encontraron que estos diarios eran la evidencia de la estructura cultural profunda que había modelado la antropología occidental moderna: un saber sobre el otro que era, en mucho o en todo, la proyección denegada de un saber de uno mismo. Los diarios de Malinowski, que eran a la vez un documento archivístico, un producto de terreno y una expresión de sus inclinaciones literarias, advertían que, detrás de la estereotipia de las etnografías modernas, de sus modelos recurrentes, de sus retóricas reiteradas, había una verdad profunda que solo podía irrumpir en el entrecruzamiento de las escrituras —una reivindicación del monumento que se convertirá en la referencia para unas nuevas prácticas etnográficas— (Serna Dimas, 2014a).

En definitiva, la reivindicación del monumento para la investigación social contemporánea supone mucho más que plegarse al discernimiento de los efectos retóricos de la representación, pretendiendo entablar desde allí una crítica que, por demoledora que pretenda ser de la hegemonía, no tiene cómo superarla si ella queda enclavada en los lugares que esta misma hegemonía impone como objeto de crítica —esta superación no procede ni siquiera cuando se emplaza la crítica dentro de una lógica de inversión de lo hegemónico que, en distintas circunstancias, no es otra cosa que una dialéctica de la resignación—. Esta reivindicación del monumento es la base de una práctica crítica, si entraña la exigencia de reemprender el trabajo empírico lejos de la idea del fósil rector, del documento emblemático, de la fuente privilegiada o del testimonio calificado, entendidos todos ellos como creaciones cerradas, concluidas definitivamente en su producción. Ello para ir en procura de conjuntos o entramados de objetos y cosas, entendiendo que fueron producidos por unos sujetos históricos concretos dentro de unas condiciones sociales determinadas y que, a su vez, estos conjuntos o entramados fueron heredados, transmitidos, decantados, conservados y preservados por distintos sujetos históricos concretos en el curso del tiempo. Lo anterior se dio encriptando en la producción original unas formas y contenidos que, por advenedizos, incluso por anacrónicos que puedan parecer, no dejan de participar del estatuto del fósil, el documento, la fuente o el testimonio que se presenta a los ojos del investigador social. Este desafío tiene especial relevancia en el momento en el que la investigación social se convierte en un medio indispensable para la defensa de los derechos humanos.

3. El archivo, el museo, la memoria y la memoria histórica

El “giro documental” que reivindica el monumento sobre el documento tiene especial relevancia en el campo de los estudios sociales de la memoria. De manera provisional se puede decir que este campo está estructurado por el conjunto de políticas, instituciones, prácticas, conocimientos y agentes que participan en las tramas psíquicas, sociales, culturales y políticas que le dan forma a los procesos del recuerdo y el olvido de los acontecimientos que tienen suceso en el mundo social. En este sentido, los estudios sociales de la memoria asumen que los acontecimientos o fenómenos que indagan se deben, ante todo, a la manera como estos se tramitan en unas prácticas sociales que están en una relación simbólicamente mediada con la facticidad histórica, psicológica, sociológica, antropológica o política —si se quiere hablar en términos bastante conservadores, bien se puede decir que la preocupación por la facticidad en sí seguirá siendo el dominio privilegiado de la historia, la psicología, la sociología, la antropología o la ciencia política, sin que ello las excluya o las inhiba de interrogar por la manera como esta se transforma en los procesos simbólicos del recuerdo y el olvido—.

La definición de este campo advierte que no cualquier pretensión por lo sucedido tiene porqué entenderse como asunto de la memoria, término este que se

ha convertido en objeto de uso y abuso en medio de los esnobismos académicos, las modas intelectuales, las reivindicaciones sociales, las militancias políticas y la retórica mediática —tanto así que son cada vez más los escépticos respecto al uso del término, a su solvencia analítica, a su capacidad reflexiva o simplemente a su pertinencia social o política—. Ahora, si este dominio de los estudios sociales de la memoria involucra los procesos del recuerdo y olvido de unos acontecimientos simbólicamente mediados, es evidente que este resulta especialmente sensible al “giro documental”: la reivindicación del monumento advierte que se recuerda u olvida sobre unos conjuntos discontinuos, heterogéneos y no pocas veces confusos de distintos objetos y documentos, más que sobre la solvencia de unos objetos o documentos únicos, relevantes o exclusivos en capacidad de resolver de una vez por todas la facticidad de un acontecimiento sucedido. En este sentido, el monumento adquiere el carácter de una estela de cosas que permite que los agentes sociales recuerden y olviden de manera singular, para sí mismos, pero también en relación con otros agentes sociales, por distintos que ellos sean, todo dentro de unas estructuras sociales determinadas —la poética de las cosas impediría asumir esos estancos convertidos en vulgata cuasi religiosa que separan la memoria social, cultural o política—.

Sin duda la relevancia de este “giro documental” es tanto más pertinente en el ámbito de la denominada *memoria histórica*. De nuevo, un término plagado de usos y abusos que, producido inicialmente para identificar los modos como los agentes sociales se hacían de manera individual al relato histórico de unos acontecimientos que no habían vivido, transitó luego a término de moda al que se recurría para nombrar cualquier empresa académica e intelectual que otrora bien se podía calificar como simplemente histórica. Posteriormente, el término ancló en el ámbito de la protección, la promoción y la defensa de los derechos humanos, llevándose por inercia, muchas veces de manera inconsciente, algunas improntas bastante polémicas de su manufactura original. No obstante, bien podía suscribirse la memoria histórica específicamente a este último ámbito, señalando así que esta comprometería los procesos de recuerdo y olvido de unos acontecimientos lesivos de la dignidad humana que obligatoriamente involucran la presencia de una víctima, así como la decisión social y política para su resarcimiento. Dicho de otro modo, no habría forma de aludir a una memoria histórica sin la autoridad moral de una víctima, sin el reconocimiento de su testimonio como expresión del acontecimiento que afectó su dignidad y sin las condiciones de posibilidad de verdad, justicia y reparación. No hay, valga decirlo ahora más que nunca, memoria histórica de los victimarios.

Esta memoria histórica necesita unos archivos y museos que mal pudieran inscribirse en la vieja lógica archivística y museística: ellos se forman en virtud de repertorios sujetos a todo tipo de contingencias, formados por objetos y documentos disímiles y expuestos a permanentes confrontaciones, que solo pueden entenderse en cuanto comportan y en lo que pretenden, manteniéndose como

conjunto, como entramado, pues de otra manera se convierten en piezas sueltas, algunas incluso incomprensibles, de un acontecimiento que, por naturaleza, estaba destinado a dismantelar y desaparecer cuanta evidencia pudiera existir de su ocurrencia. En estos casos, la reivindicación de la lógica del monumento es al mismo tiempo la reivindicación de una lógica contra la extinción, contra el despiece, contra el discernimiento técnico que pueda llevar a disolver un orden o una organización que solo por su carácter heteroglósico puede mantener su capacidad de denuncia. Esta lógica del monumento reclama para los archivos y museos recursos propiamente simbólicos, estrategias plásticas, apuestas estéticas en capacidad de poner a disposición el archivo o el museo, más allá de cualquier puesta en escena naturalista o realista. Es bajo esta lógica que el archivo y el museo de derechos humanos adquieren todo su sentido, lo que los torna distantes del archivo y del museo histórico con su pretensión de facticidad que, en condiciones de conflicto violento o guerra desatada, bien puede equiparar sin recatos a víctimas y victimarios, convertir cualquier acontecimiento, por cruel que sea, en menudencia histórica y esquilmar la reparación en la exaltación de unos colectivos ajenos al propio sufrimiento humano. Por todo lo anterior, nada resulta más amnésico que un archivo o un museo de derechos humanos que reivindica la memoria histórica, reducidos a la condición de archivo o museo histórico.

Esta breve reflexión sobre el monumento y el documento resulta pertinente como introducción a este texto, que reúne el diálogo de un equipo de investigadores que trabajan la memoria y el patrimonio, y se presenta como abre boca de las intervenciones investigativas socializadas como apoyo epistemológico al proyecto “Marcas territoriales y empoderamientos comunales: el caso del humedal La Conejera como patrimonio ambiental y su resistencia como marca urbana en Bogotá”, de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria y el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud) de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas².

Como parte del proceso de apropiación social del conocimiento, se socializaron de manera breve estas intervenciones en el seminario “Archivo, Historia, Memoria y Patrimonio. Desafíos para la archivística y la investigación social”, organizado por el proyecto curricular en Archivística y Gestión de la Información Digital con apoyo de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, el Ipazud y el Doctorado en Estudios Sociales. Cada uno de los trabajos aquí presentados son una muestra de las implicaciones del monumento y el documento en los más distintos ámbitos de reivindicación de la memoria, incluida la memoria histórica. Sin duda, estos trabajos son un aporte fundamental, además del proyecto de

2 Esta reflexión introductoria hace parte de los avances del proyecto de investigación “Monumentos, héroes y víctimas. La formación del patrimonio histórico urbano en Bogotá, 1910 - 2010” (Doctorado en Historia y Geografía, UCM, 2017 - 2022).

investigación, para pensar no solo los desafíos de la archivística y la museística en tiempos de “géneros confusos”, sino la investigación social en un país que enfrenta, ahora más que nunca, la necesidad de construir una memoria que, más allá de un pasado sucedido, permita pensar un presente en suceso.

Referencias

- Adorno, T. (2005). *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Akal.
- Clifford, J. y Marcus, G. (Eds.). (1986). *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. University of California Press.
- Cortázar, J. (2009). Respuesta a una carta. En *Papeles inesperados* (pp. 316-318). Alfaguara.
- Didi-Huberman, G. (2013). *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*. Abada Editores.
- Eco, U. (1987). *El nombre de la rosa*. Editorial Lumen.
- Geertz, C. (1994). Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social. Conocimiento local. En *Ensayos sobre la interpretación de las culturas* (pp. 63-77). Paidós.
- Goody, J. (2007). *Pouvoirs et savoirs de l'écrit*. La Dispute.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Trotta.
- Karp, I. y Lavine, S. (2012). Museums and multiculturalism. En I. Karp y S. Lavine (Eds.), *Exhibiting cultures. The poetics and politics of museum display* (pp. 1-10). Smithsonian Institute.
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Paidós.
- Macdonald, S. (1997). The museum as mirror. Ethnographic reflections. En A. Dawson, J. Hockey y A. James (Eds.), *After Writing Culture. Epistemology and Praxis in Contemporary Anthropology* (pp. 161-176). Routledge.
- Malinowski, B. (1989). *Diario de campo en Melanesia*. Editorial Júcar.
- Nash, M. (2005). Experiments with truth: the documentary turn. En *Experiments with Truth* (pp. 15-21). Fabric Workshop and Museum.
- Olson, D. (1995). Cultura escrita y objetividad: el surgimiento de la ciencia moderna. En D. Olson y N. Torrance (Comps.), *Cultura escrita y oralidad* (pp. 13-22). Editorial Gedisa.
- Petrucchi, A. (1999). La escritura manuscrita y la imprenta: ruptura y continuidad. En *Alfabetismo, escritura y Sociedad* (pp. 117-128). Gedisa.

- Pomian, K. (1997). Les archives. Du Trésor des chartes au Caman. En *Les lieux de mémoire* 3. *La République, la Nation, Les France* (pp. 3999-4067). Quarto Gallimard.
- Poulot, D. (2006). *Une histoire du patrimoine en Occidente. XVIIIe - XXIe siècle*. Éditions du Seuil.
- Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Rivière, G. H. (1993). *La museología. Curso de museología. Textos y testimonios*. Akal.
- Sánchez, G. (2000). Museo, memoria y nación. En G. Sánchez y M. E. Wills (Comps.), *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro* (pp. 21-30). Museo Nacional de Colombia.
- Serna Dimas, A. (2014a). Amor salvaje. Tempestades en el relato etnográfico. En A. Serna (Ed). *Promesa recóndita. Relatos sobre la cultura y el amor romántico* (pp. 43-84). Universidad Distrital Francisco José de Caldas y Cooperativa Editorial Magisterio.
- Serna Dimas, A. (2014b). Testimonio y contingencia, archivo y permanencia. Oralidad, memoria y archivo en cuestiones de derechos humanos. *Revista Esfera*, 4(1), 4-39.
- Warburg, A. (2014). Arte italiano y astrología internacional en el Palacio Schifanoia de Ferrera (1912). En *La pervivencia de las imágenes* (pp. 231-274). Miluno.

PRIMERA PARTE
Viejos y nuevos lugares
para la archivística



Historia, archivos y mundos digitales

Carlos Arturo Reina Rodríguez*

Introducción

¿Existe alguna relación entre historia, archivos y el mundo digital? Para muchos, sencillamente sí, aunque la mayoría no sabe cómo puede ser esto. La mayor parte de los historiadores buscamos la información de la misma manera que hace cincuenta años. Vamos a las bibliotecas y centros de acopio archivístico nacionales o locales para indagar por el tema de nuestra pasión. No obstante, hace varias décadas inició un proceso de migración de la información que, desde luego, tocó a los historiadores, a pesar de la resistencia de muchos de ellos.

Las largas búsquedas se fueron simplificando y estas dejaron de ser iniciadas en los grandes archivos y bibliotecas, para trasladarse al navegador mundial Google. Por allí se inician las búsquedas, hoy en día, de neófitos y expertos. Como una especie de nuevo “dios”, a Google se le pregunta por todo tipo de información, presente allí en todos los formatos posibles. Tiene la capacidad de ofrecer lugares en el ciberespacio, incluir audios y videos, y permite consultar en los archivos digitalizados como si se estuviera presente en el lugar. En el mundo esta migración inició hace más de diez años. En Colombia, las bases de los centros como la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Luis Ángel Arango ya

* Facultad de Ingeniería y Doctorado en Estudios Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

ofrecen colecciones del siglo XIX y anteriores, que, si se revisaran personalmente, demandaría un esfuerzo inmenso. El diario *El Tiempo* hace casi diez años hizo lo mismo: se pueden encontrar la mayoría de los periódicos digitalizados desde 1911 hasta 1991. Posiblemente algunas páginas no existen o están en deterioro y se hacen ilegibles, pero la mayoría permite hacer búsquedas desde cualquier lugar. Esto, innegablemente, facilita la búsqueda y el desarrollo de nuevo conocimiento, que para los historiadores significa la posibilidad de indagar en bases de datos como nunca antes se había podido hacer.

Esto no significa que la facilidad de encontrar la información del pasado haga a un historiador. Queda aún esa experticia que aún en el mundo digital supone una intuición para encontrar el sentido, las fuentes y los parámetros temporales y espaciales que se dan más allá de la portada de un periódico, de una fotografía o de una entrevista subida a YouTube. Este ensayo constituye un primer punto de reflexión y de partida para quienes, desde la historia, la archivística y las ciencias sociales, quieren acercarse a ese mundo tecnológico que, por instantes, pareciera arrasar a las humanidades. Como veremos, hoy estas disciplinas tienen más en común entre ellas que en otros momentos de la historia. Este ensayo se divide en cuatro momentos de reflexión, que el autor ha organizado para reflejar las formas como esos vínculos se han ido dando en las ciencias sociales.

1. Primera reflexión

Lev Manovich (2006), profesor de informática en la City University of New York Center, iniciaba su libro *El Lenguaje de los nuevos medios de comunicación* haciendo memoria de su formación. Educado en el tránsito de los años cincuenta y sesenta en Moscú, aprendió a programar durante dos años sin ver un ordenador. Todo se basaba en los apuntes que él había tomado, de tal manera que las correcciones que sus profesores hicieron en ellos solo tenían en cuenta la escritura y su estructura. Cuando por fin conoció un computador, la tarjeta de programación de Manovich no funcionó, entre otras cosas, porque, además, tampoco sabía cómo introducirla en el ordenador. En los años setenta inició clases de dibujo, y en 1985 hacía dibujos en un computador que tardaba demasiado en hacer los procesos, pero en 1995 ya superaba sus años de aprendizaje de dibujo y programación. Ese tránsito de la programación y el diseño en papel se había transformado de un momento a otro, junto con el mundo que lo rodeaba. Su país, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, tampoco existía, y lo mismo había pasado con las clases de programación en el papel. El dibujo manual, otrora central en los eventos de los artistas, pasaba a un segundo plano, por lo menos entre quienes se instalaban en las corrientes de los posmodernistas, que preferían a los jóvenes dibujantes, más que en ordenadores, en la web.

La vida de Manovich nos lleva a ver cómo los cambios en las tecnologías habían sido tan rápidos que apenas se percibía el tiempo para pensar estos. Simplemente

eran aceptados como parte de la lógica del desarrollo, como si eso fuera lo “natural”. Quienes vivimos en la era de lo analógico lo entendemos mucho mejor. Lo que hoy usamos de manera cotidiana no era más que ciencia ficción hace treinta o cuarenta años. Aún cuesta entender cómo fue que pasamos de hacer largas filas de espera para obtener una línea telefónica a poseer una, o varias —en realidad, las que se requieran—, de manera portátil, en algo que llamamos “móvil” o “celular”, un “teléfono” que no se reduce a esa definición, sino que, de hecho, va más allá. Un móvil es un integrado tecnológico de un acumulado de conocimiento que no acertamos a entender completamente, pero que aprendimos a usar rápidamente, sin mayor esfuerzo. Si lo pensamos bien, no hubo campañas de alfabetización, ni de formación en el uso de las nuevas tecnologías. Simplemente llegaron, las compramos, adquirimos un servicio con un servidor y listo. Así llegó nuestro computador personal, la multimedia integrada en dispositivos que eran televisores, pero que ahora integraban todo tipo de lenguajes y que se comercializaron a tal punto que hoy apenas recordamos las épocas en las que tener un CD, DVD o Blu-Ray era indispensable para ver películas. Con el *streaming* podemos ver hoy las series o películas que queramos a través de servicios como HBO o Netflix, cuando y donde las queramos ver.

Muchos adultos se conformaron con ser espectadores de esos cambios tecnológicos y acudieron a los viejos demonios del caos, la crisis de la civilización o el declive de la sociedad tradicional, que tomaban a los más jóvenes y los convertían en una nueva especie de zombis, al mejor estilo de las películas de George Romero. El zombi era esa nueva y no tan nueva especie de ser humano que era esclavizado por un ente externo, que capturaba su espíritu y lo llevaba a romper con los suyos e incluso a ir contra ellos, con tal de poder devorar el alimento, que en este caso representaban los videojuegos, Internet o las redes sociales. La película *The Matrix* (1999) se convirtió en el referente icónico del ser humano atrapado en la Inteligencia Artificial (IA) que vive, como en la cueva platónica, en medio de un mundo de sombras paradójicamente lleno de luces y de todo tipo de campos de entretenimiento. Ese mundo virtual, nada desconocido para el ser humano, toda vez que siempre había virtualizado la realidad a través de pinturas y mapas, ahora contaba con un soporte que permitía la interacción y la construcción de escenarios de información donde los usuarios se podían sumergir para nadar en el vasto océano del *big data*, en un ciberespacio del que poco se entiende, pero en el que se es de muchas maneras. Además, ese mundo tuvo efecto sobre la realidad sensible, lo que permitía definir las reglas del nuevo mundo en pleno siglo XXI.

Así, mientras muchas personas se opusieron a los cambios, otros se sumergieron en sus aguas para tratar de ir con las nuevas corrientes. Los más jóvenes fueron los designados para viajar en esos caudales, dejando a los mayores, los adultos, “atropellados” por la corriente de la tecnología. Entonces, se empezó a hablar de “generaciones digitales”, de los “nativos digitales” y de toda suerte

de denominaciones que incorporaban la palabra *digital*¹ a lo social, pretendiéndose que todos entenderíamos lo que significaba tal término, cuando en realidad aparece más como un apellido que señala un campo inmaterial de la realidad, que se convierte en parte de lo social y cultural de la vida cotidiana de las sociedades occidentales en el siglo XXI y que se vincula a los dispositivos de interacción e integración de información y comunicación. Son digitales, no solo porque se usan los dedos, sino porque funcionan bajo una lógica numérica, algorítmica y de probabilidad que afecta el mundo real. Sin embargo, no nacen digitales ni son nativos de algo parecido. El mundo adulto los lleva a esos “paraísos” de lo digital, como forma de distracción, entretenimiento y ocio, y luego, cuando crecen, son condenados por habitar durante buena parte de su vida allí. Nadie los educó para nacer y vivir allí. Fueron educados por padres, familiares y adultos en general para que adquirieran de manera rápida los hábitos de quienes representaban las vanguardias de los consumos tecnológicos.

Fue a otros, los científicos sociales, a quienes les correspondió explicar estos y otros cambios. Maestros, pedagogos, psicólogos, antropólogos, sociólogos y otros profesionales se dedicaron a examinar las formas como la tecnología tuvo impacto en la sociedad. Para los historiadores, además, implicó entender no solo a los seres humanos, sus comportamientos, las estructuras sociales, culturales y políticas en el tiempo, sino también comprender la dinámica de las formas y cómo sus fuentes principales, los archivos, también mudaban hacia el mundo digital.

2. Segunda reflexión

La discusión sobre lo que es digital o no va más allá de la intención de este ensayo. Aquí el camino subraya el hecho de que los científicos sociales, en especial los historiadores, han tenido un encuentro muy particular con lo digital. Como en otras disciplinas sociales, se ha presentado una resistencia a las formas de contener información, no tanto al uso de los dispositivos sino a su contenido, es decir, a los archivos. En las formas tradicionales del quehacer investigativo solemos decir que hay que ir a “los archivos”, es decir, a un lugar donde se encuentra la información. Ese archivo puede ser una biblioteca, un archivo documental, un lugar físico donde se encuentran libros, periódicos, fotografías antiguas, pinturas, toda suerte de cartas y otros documentos que son parte fundamental de esas fuentes que llamamos “primarias” y “secundarias”.

En ese punto, el primer problema planteado era la dificultad para acceder a ellos. Durante mucho tiempo, los historiadores investigaron a partir de los archivos inmediatos, y en esa medida fueron expandiendo sus obras, apoyados en quienes referían la existencia de archivos y documentos en otras latitudes. Se

1 Digital, como relativo a los dedos o como artefacto que usa los dedos o los sistemas de codificación.

partía de lo local o se tomaban los referentes generales de historiadores reconocidos, que lo eran precisamente por la naturaleza de su acceso al archivo. Ese trabajo suponía un esfuerzo inmenso que involucraba recursos, tiempo y desplazamientos largos y costosos, no solo en cuanto a la investigación sino en cuanto a lo personal, además del esfuerzo para realizar transcripciones y traducciones que estuvieran acorde con las fuentes y que permitieran tejer cierto tipo de “verdades”. Había que sacar tiempo para investigar, es decir, para ir a la biblioteca, hablar con el archivero o bibliotecario, buscar en un fichero, escuchar al asesor, tomar la libreta y el lápiz y permitirse sumergirse por horas en una inmensidad de fuentes, tras lo cual el investigador podía salir airoso si encontraba un párrafo o un dato que le permitiera direccionar su trabajo (Carr, 2011). Era como aquella situación en la que tardábamos horas y horas esperando a que un locutor en la radio pusiera una canción, para que, desde nuestra radiograbadora, pudiéramos capturarla en casete, eso sí, rogando que el proceso no fuera a ser interrumpido por el locutor. Esas horas de búsqueda quedan hoy obsoletas y forman parte del anecdotario al encontrarnos con plataformas como YouTube, donde prácticamente podemos acceder a canciones que se habían perdido en el tiempo y en nuestra memoria con tan solo un clic en nuestro dispositivo electrónico.

Es lo mismo que cuando hemos gastado tiempo y recursos buscando un documento que puede ser importante para nuestra investigación y nos damos cuenta de un momento a otro que este aparece en la red y que la información es divulgada de manera amplia sin mayor explicación. El sentimiento de frustración es inmenso y lleva a que cobre más fuerza la necesidad de reconocer la autoría de ese esfuerzo, al menos a través de una cita en un nuevo documento. Eso es a lo que vamos a llamar el “cruce de las humanidades y las tecnologías” o, como algunos historiadores como Anacleto Pons (2017) han denominado, una revolución de la producción, difusión y reproducción del conocimiento. Se trata del “descubrimiento del nuevo mundo digital”.

Son varias las preguntas que aparecen en medio de esta revolución: ¿qué y cómo afecta este cambio al acceso a las fuentes, las prácticas y las formas de investigación? Más aún, ¿se crean nuevas formas de trabajo? ¿Esas formas están creando algo nuevo? Pons (2017) señala que resulta bien interesante ver cómo Clío se representaba con un pergamino en una de sus manos. ¿Seguramente hoy se deberá representar con una tableta? ¿Hablabamos entonces de lo “cliodigital”? Recordemos que, en la mitología griega, Clío era la musa de la historia, hija de Mnemosyne, personificación de la memoria, ya que el “recuerdo” es una de las funciones básicas de la historia.

La relación entre la historia y las nuevas tecnologías se puede observar desde dos perspectivas. Una, entendiendo la historia de las tecnologías, y otra, desde esta última y su relación con la disciplina histórica. En la primera recordemos que Marshall McLuhan señalaba que “el medio es el mensaje”, título de su libro

(McLuhan y Fiore, 1967). Un buen ejemplo en Colombia es el de la luz eléctrica. Algo como eso no podía ser pensado antes como un elemento que comunicaba, que creaba nuevos sentidos y modificaba la realidad tanto como la cotidianidad. En Bogotá, la llegada de la plancha eléctrica generó una especie de *revolución silenciosa continua*. Cambió la forma como se planchaba y creó nuevos espacios sociales. Antes, la “planchada” de ropa podía durar hasta seis horas. Eran planchas de hierro pesadas que usaban carbón y en las que el calor debía mantenerse todo el tiempo. Con el uso de la plancha eléctrica se disminuyó el tiempo para esta labor y se dio paso a otros tiempos, que fueron ocupados por las mujeres para actividades que antes no habían contemplado en su vida cotidiana. Por medio de la electricidad, los enamorados podían hacerse señales en las noches, se podía leer y estudiar durante más tiempo y se extendían otras actividades que otrora no se podían realizar debido a la oscuridad. El medio determina.

Esa fue la idea que otros estudiosos reforzaron durante los años siguientes, como es el caso de la historiadora Elizabeth Eisenstein (1994), quien en su obra *La revolución de la imprenta en la edad moderna europea* soporta la idea de la importancia de esta máquina como una renovación tecnológica que transformó el mundo social, dado que permitió el acceso y la reproducción de documentos que antes estaban celosamente guardados. La apropiación del contenido de los antiguos pergaminos a través de libros supuso una apertura al conocimiento que los primeros no habían permitido hasta el siglo XV. Esa transformación permitió el desarrollo de la Reforma a partir de 1517 y de las escuelas y universidades en Occidente. También cambió la forma como se describía el mundo en cada presente y frente a su respectivo pasado. Permitió el paso y desarrollo del mundo capitalista, y también de la propaganda y la publicidad hasta inicios del siglo XX. Con el papel, los historiadores pudieron unificar cosmovisiones frente al pasado, que fue adquiriendo formas comunes en torno a lo que fueron llamándose “eras”, “estadios” o “edades”, de acuerdo con la concepción del mundo pasado que se adoptara. Allí creció y se comenzó a dar forma a la llamada Edad Media, posiblemente la más popular de todas las “edades” hoy en día, precisamente gracias a la multiplicación de medios de difusión de series y películas que, sin ser precisamente históricas, refieren a aquella época como algo que sigue causando admiración y espanto.

El libro como repositorio poco a poco se naturalizó, se convirtió en parte de la vida cotidiana y se asimiló en la vida en Occidente. Pons (2017) afirma que la imprenta estaba tan naturalizada que vivíamos en un mundo donde la producción de libros era lo “normal”, lo “natural”. No obstante, es claro, como indica Walter Ong (1982), que la escritura no es natural, sino que es un producto tecnológico y que se diferencia de la oralidad, que sí es natural. Cualquier orador lo hace de manera natural, pero ninguno escribe de manera natural. Hay que aprender a escribir, y de hecho existen métodos y técnicas para ello, unas más fáciles que otras. Nadie nace por naturaleza con la capacidad de la escritura;

esta hay que enseñarla, procurarla, aprenderla, por eso nos cuesta, y es un logro muy representativo en la cultura humana. La tecnología acaba siendo parte de nosotros, pero nos cambia; tanto así, que la escritura no la vemos como una tecnología, sino como una necesidad naturalizada, aunque esta sea condicionada por el idioma y el contexto.

De acuerdo a Ong (1982), solo nos damos cuenta de esos cambios a la luz de la aparición de los nuevos medios, y por eso los historiadores empiezan a pensar en ello. La escritura hizo posible el proceso de abstracción, que dista de la oralidad. La escritura hizo posible el proceso de abstraer, conceptualizar, distanciarse; en última instancia, permite la emergencia del guion. La escritura transformó nuestra conciencia y lo mismo hacen las nuevas tecnologías. Aquí es bueno comprender qué se entiende por tecnologías: los procesos en sí, no los productos tecnológicos. De la misma manera que la televisión es un lenguaje y el televisor es un producto tecnológico, el ordenador representa un producto tecnológico que tiene la capacidad de cambiarnos internamente, de afectar nuestra conciencia y transformarla a partir de los contenidos y lenguajes de programación implícitos. Lo mismo funciona con otro dispositivo de la actualidad.

Un ejemplo lo propone Pons (2017) cuando cita la importancia que tuvo la máquina de escribir en Nietzsche. Como se sabe, él era miope, pero en 1878 se enteró de la aparición de la Malling Hansen. Como resultado, los argumentos de la primera fase de sus escritos se transformaron en aforismos, los pensamientos en juegos de palabras y lo retórico dio paso a lo telegráfico. La obra de Nietzsche se transformó, adquirió otra dimensión a partir de los años ochenta del siglo XIX. Este diría: “La máquina conforma mis pensamientos”, a pesar de que se quejaba mucho de su funcionamiento. El tipo de escritura cambió, y esto mismo se vio en el caso de la historia, pues los grandes historiadores narrativos dieron paso a otros historiadores más puntuales y concretos. Esta es una buena diferencia entre aquellos historiadores que construyeron historias narradas de manera épica y quienes les siguieron en el siglo XX. Un ejemplo de ello fue la Escuela de Annales en Francia.

Además de la máquina de escribir, el siglo XIX cerró con la invención del gramófono y el cinematófono. Lo que se produjo en la sociedad, que había estado acostumbrada a la imprenta, fue una especie de rechazo a la mayor complejidad de los canales de difusión de los mensajes y de la información. La escritura se resistió a la homogenización. Esta había sido el canal por excelencia hasta entonces, pero ahora el sonido y la imagen se podían registrar, sin necesidad de aprender las tecnologías respectivas, y a partir de ahí ya no pudo competir con los nuevos medios, puesto que no tenía el control monopolista para controlar la información.

La escritura había sido un embudo simbólico porque todo tenía que pasar por ella, pero con el desarrollo de la radio, el cine y la televisión, este monopolio se perdió. Reflejos de esas resistencias fueron las denominaciones casi religiosas que

estas recibieron: “la caja del demonio” para la radio y “la máquina del diablo” para el cine y la televisión, que tenía incluso la capacidad de capturar, como la fotografía, el alma de quienes aparecían allí —lo cual, desde luego, no era del todo falso, pues allí quedaba el registro de un momento, de una persona, de una realidad—. Lo mismo ocurrió con todo aquello que no era familiar. A finales del siglo XIX, en su *Desobediencia Civil*, Henry David Thoreau escribía que la prensa estaba llena de información que no servía y que los lectores se habían convertido en analfabetos que sabían leer y escribir (Thoreau, 2012). Lo mismo se expresó desde la escuela con mayor fuerza durante el siglo XX. Posteriormente, el cine, la radio y la televisión se convirtieron en la competencia de los medios tradicionales y de la cultura escrita. También fueron competencia para los maestros y, desde luego, para los historiadores.

La escritura ya no podía pedirle al lector lo mismo, pues ante la creación de nuevos dispositivos, los más jóvenes empezaron a pedir innovación, y el mundo tecnológico, a partir de los años setenta, se las empezó a ofrecer. Antes se imaginaba con la escritura, plasmada en libros y revistas, cuentos e historietas, pero ahora se podía ver y escuchar; con el paso de las décadas, también se pudo portar de manera personalizada en tabletas, móviles y distintos dispositivos de almacenamiento que integraron las diferentes tecnologías. Todas ellas modificaron la escritura. Además, se empezó a escribir en otros formatos, que incluyeron la composición de imágenes que llegaron hasta el cine.

Al principio, los nuevos medios tecnológicos fueron considerados como alienantes generadores de algunos de los peores males de la sociedad. Fue hasta pasada la mitad del siglo XX cuando se entendió que los cambios en estos medios también podían servir para educar. En Colombia se recuerda el caso de Radio Sutatenza con la educación primaria y secundaria por radio, estación radial que se posicionó en la década de los años cuarenta. Luego, con la llegada de la televisión, se extendió la idea de la educación por este medio, al tiempo que ganó espacio el campo de la información y, sobre todo, el negocio del entretenimiento.

Aun así, hoy en día se escuchan voces que culpan a la tecnología, los videojuegos, los móviles, la televisión, Internet y las redes sociales del escaso interés por la lectura y por la investigación profunda entre los jóvenes. Como argumento, se asegura que antes de la llegada de estas tecnologías, la vida de los niños y los jóvenes era “mejor” y que la vida era más tranquila y quizás más disciplinada. Esto es parcialmente cierto, pero los historiadores sabemos bien que tales afirmaciones son incompletas y que se fundamentan en la comparación generacional, pero también, como diría el sociólogo Manuel Castells (2009), en resistencias naturales a todo tipo de cambio por más hegemónico que este sea.

Lo que vimos con la popularización del cine, la televisión y, luego, los ordenadores fue que la escritura, como canal por excelencia, empezó a ser reemplazada por el sonido y la imagen; ante esto, la escritura ya no pudo competir, por lo menos en su

composición tradicional. La escritura en papel perdió el control de la información, a pesar de todos los argumentos que exhibió para luchar contra el audio y el video. Estos últimos ya no tuvieron que pasar por el embudo simbólico de la escritura o del libro, que exigían del lector una predisposición al encuentro con cada obra y que implicaban condiciones sonoras de silencio casi total, así como estados de ánimo, posturas del cuerpo, formas de tomar los libros, condiciones lumínicas y de tranquilidad, e, incluso, hasta aspectos relacionados con la alimentación del cuerpo.

En el libro, la imaginación corría de la mano del escritor, y esto garantizaba que, aunque el lector imaginara a su agrado a los personajes de una obra, por ejemplo, el argumento sometiese al lector a la voluntad del escritor, fuera este un novelista o un historiador. Al final, eran estos los que poseían la información y no los lectores; por eso, de alguna manera los autores tenían un grado de credibilidad, pues era muy difícil corroborar de primera mano si lo que se decía era o no cierto. Hoy esas condiciones prácticamente han cambiado: se modificaron por el constante avance tecnológico, que advirtió la multiplicidad de lenguajes en la que el sonido y la imagen, junto con la experiencia frente al dispositivo, generaron posturas, hábitos y expresiones nuevas, creando un abismo entre la generación actual, inundada por la proliferación de mecanismos integrados portátiles, y la generación previa.

Un mismo soporte puede contener todo, aunque cada uno puede ser registrado por separado. Hubo un cambio en la tecnología tanto como en las formas de usarla. La portabilidad de la información se hizo cada vez más fácil, y cientos o miles de datos que otrora resultaban difíciles de llevar consigo, ahora pueden contenerse en la nube y llevarse a cualquier lugar, sin la necesidad de llevarlos físicamente. Ese cambio implica que una persona tiene a su disposición, información de todo tipo en cualquier momento, y que puede comprobar la veracidad proporcionada por los medios, los maestros o los políticos por sí mismo. Por supuesto, que se haga o no uso de ello es otro problema.

3. Tercera reflexión: las rupturas y los problemas entre lo digital y lo histórico

El aprendizaje del uso de los artefactos tecnológicos de portabilidad de información tomó poco tiempo. En menos de 20 años, tabletas, computadores y móviles se hicieron comunes en el mundo occidental, al punto que desplazaron a las tecnologías anteriores y generaron discusiones acerca del futuro de los libros, las bibliotecas, los archivos y los repositorios tradicionales de música como CD, LP y casetes, los cuales ocasionalmente han hecho regresos románticos al mercado, con algunos repuntes económicos, en lo que se ha denominado como *vintage*.

Los impulsores de estos cambios fueron los jóvenes, concretamente a partir de los desarrollos en los años setenta que impulsaron y desarrollaron personajes

como Bill Gates y Steve Jobs, quienes fueron la punta del *iceberg* de lo que se conoció como la “generación del Silicon Valley”. Ellos dispusieron, además, de sus habilidades y del acumulado de información que se había producido durante los siglos anteriores. Las empresas y los dispositivos nacidos allí fueron creados por jóvenes para el servicio del sistema, pero fueron precisamente los más jóvenes quienes terminaron haciendo uso y popularizando todo tipo de dispositivos, desde videojuegos y computadores hasta teléfonos portátiles.

Los primeros signos de esos procesos fueron la implementación rápida de nuevos repositorios informacionales para reproducir y almacenar cada vez una mayor cantidad de música, como el CD y el MP3, junto con la difusión de consolas de videojuegos. Desde luego, el desarrollo de procesadores más rápidos, la popularización de Internet, el desarrollo de microchips y de la nanotecnología completaron el cuadro, donde la miniaturización de los objetos contribuyó a su portabilidad y uso cotidiano y masivo, al tiempo que disminuyó los costos. El móvil se fue convirtiendo en el receptor y transmisor, en el banco y emisor de todo tipo de datos. Los desarrolladores hicieron lo propio y aumentaron la capacidad de procesar información y almacenar, al tiempo que mejoraron la conectividad, cantidad y calidad de imágenes y sonidos, y lo llevaron, tras sucesivos momentos, a tecnologías 3G, 4G y 5G. La carrera por la información desató la lucha de gigantes corporativos, que ha generado enfrentamientos políticos por el manejo de la información, el alcance masivo de sus redes y la seguridad de los datos de usuarios y proveedores, lo que en ocasiones ha servido para justificar políticas de seguridad nacional, como lo ha expresado en reiteradas ocasiones Estados Unidos.

Algunos de esos cambios fueron analizados por sociólogos como Manuel Castells (1999), al establecer la importancia de la información y recalcar que más que una *sociedad de la información*, lo que tenemos es una historia donde la comunicación y el ensamblaje tecnológico se convierten en punto esencial de la convivencia humana global. Es claro que todas las sociedades humanas han sido, en realidad, sociedades de la información.

Ahora bien, los nuevos medios tecnológicos permiten ver y escuchar, recrear y simular un hecho o acontecimiento y convertirlo en un juego de video, como ocurre con *Age of Empires* y toda la diversidad de videojuegos que le sucedieron. Lo mejor es que todo está en un mismo soporte tecnológico, aunque opere bajo licencias y programas por separado. Las nuevas tecnologías tienen un único soporte de 0 y 1 donde cabe todo por igual. Esto implica una ruptura, que es lo que Pons (2017) denomina “el desorden digital”. En efecto, los historiadores, en su mayoría, como muchos de los profesionales de las ciencias sociales, estamos alfabetizados en un mundo de la escritura y necesitamos alfabetizarnos en uno diferente. No me refiero solo al uso del ordenador, sino a todo el ensamblaje educativo. A pesar de que se han hecho innovaciones en la práctica pedagógica, se desconocen las lógicas tecnológicas y estas, en el mejor de los casos, se usan como

herramientas didácticas. Se olvida, por ejemplo, que algunas de estas herramientas, como Power Point o Prezzi, no son más que instrumentos empresariales para sintetizar procesos; aunque las usamos, desconocemos cómo funcionan y prácticamente las imponemos como algo necesario, casi natural, de toda sustentación o exposición en ámbitos empresariales y académico, hasta el punto de evaluar su uso como recurso de la memoria. ¿Cómo hablar, entonces, de nativos digitales, si estos se educan por fuera de las lógicas del mundo digital, aunque hagan uso de las tecnologías que los contienen?

Pons (2017) reclama por el *desorden digital*, pues antes estábamos acostumbrados a que todo soporte de información estaba contenido en repositorios analógicos como periódicos y libros, y luego como documentos de audio y video, organizados en espacios y campos temáticos. Esto significa que antes se podía discriminar entre los contenedores de información, que se ubicaban, además, en espacios concretos como bibliotecas y archivos. El problema es que hoy no importa que sea un libro, un directorio, un periódico o una grabación de audio o video: todo tiene el mismo soporte.

La historia tiene muchos problemas, fundamentalmente en la relación con el mundo digital. Desde luego, esa relación ha sido conflictiva desde el principio, sobre todo en relación con los documentos de que trata uno y que contiene el otro. Para el historiador, la forma de desarrollar su campo disciplinar tiene que ver con la investigación en torno a los archivos. El historiador es celoso de sus archivos y, de alguna manera, la búsqueda exhaustiva de ellos ha convertido a este en un gran experto de la información del pasado. Sin embargo, en el momento en que el archivo pasa al mundo digital, se accede a un mundo donde se pierde el referente concreto y se accede a referentes generales; se pierde, de hecho, el control sobre el documento. Así pues, cuando buscamos una información en una biblioteca, pasamos por todo el proceso que se ha referido anteriormente; no obstante, en el mundo digital sabemos que toda búsqueda inicia en un 90 % por el buscador de Google. Allí indagamos de primera mano lo que existe o no frente a un tema específico.

El problema es que el soporte no discrimina de acuerdo con nuestro interés. La búsqueda se generaliza a tal punto que cuando se indaga por un personaje histórico, puedo digitar, por ejemplo, “Caldas” en el buscador y en la lista de resultados salen al mismo tiempo el departamento, el personaje histórico colombiano, el nombre de una bebida alcohólica, el triunfo o la derrota del equipo de fútbol, un hotel, un libro, un animal, una medalla o el pueblo español que lleva ese nombre. Esto tiene, desde luego, un impacto académico, pues si bien el abanico de posibilidades se amplía, también se difumina, en la medida en que aparecen distintos órdenes de información que alejan al buscador del punto de partida. Es como si entráramos en una pastelería y no supiéramos cuáles son los buenos postres.

El problema es la textualidad. Con un único aparato puedo leerlo todo, puedo ser usuario de todo: letras, sonido, video, entre muchos formatos. Mientras tanto, viajo a un mundo continuo que se despliega y se hace más grande en la medida en que yo busco. Antes lo que necesitábamos para leer posiblemente eran unos buenos anteojos. Yo iba al archivo, el documento estaba allí, yo sé leer y listo; hoy, sin embargo, lo estable es el soporte y lo efímero es el contenido. Antes, lo estable era el contenido, pero ahora sin soporte yo no puedo leer. Si no tengo un aparato, no puedo ver, escuchar o leer. El soporte va incorporado, no lo puedo separar; si lo hago, lo pierdo. El artefacto, la máquina, es más o menos lo estable.

4. En suma

Todo lo anterior crea muchas preguntas. ¿Cómo afecta el desarrollo del campo digital a la historia y a los historiadores? Si la escritura no es un campo natural, la historia no es una disciplina natural, pues también necesitó ser aprendida y conocida, tanto en sus métodos como en su epistemología. Lo que ocurre es que hoy ya no se puede practicar como antes. Hoy se hace diferente, y los temas son diferentes tanto como los documentos, los problemas o los mismos historiadores. Hoy lo global es importante, y al historiador le preocupa, y le debe preocupar, ver las conexiones globales. La historia que se hace en tiempos digitales reflexiona sobre la manera como se escribe hoy en día. Eso es reflexionar sobre los pilares de la disciplina.

Una de las leyes de la disciplina de la historia es ir al archivo. El historiador y el archivo están conectados todo el tiempo, pues este debe documentar lo que se investiga. El problema es que existe una acepción frente al archivo: son carpetas que contienen hojas, bitácoras, diarios, cartas, fichas y documentos viejos que se empaquetan en cajas. Durante mucho tiempo el archivista era considerado como un profesional en ordenar cajas llenas de estos papeles que pocos encontraban útiles. El estado de los archivos del país, en particular el de las regiones, da cuenta de ello. Además, archivista podía ser cualquiera. Hoy pasa lo mismo con los archivos. “Archivo” es lo que muchos hacemos en Word y ubicamos en una carpeta al darle un nombre. Como es tan fácil, se supone que no tiene mayor misterio. El hecho de que se hable de eso dice mucho de los tiempos actuales. Un archivo es un espacio donde un grupo de eruditos median y razonan sobre la naturaleza del documento. El archivista requiere no solo de una práctica, sino de una filosofía del documento. Conoce su historia, reconoce los posibles usos y media con aquellos, que, como los historiadores, les dan uso.

Uno de los aspectos más importantes para el archivo es el espacio. De hecho, los archivos se podrían estudiar como arquitectura, porque los archivos como repositorios son importantes en su construcción física, pues simbolizan la memoria de una nación, de un Estado, de un imperio, como es el caso del Archivo General de la Nación (AGN). Se trata, pues, del edificio, de la construcción, de

su diseño, de sus caminos, puertas, anaqueles, estantes, laboratorios, armarios y candados, de los controles para el usuario y del contenido de ejemplares únicos, que sirven para documentar normalmente el poder del Estado y su acción.

¿Qué ocurre si la gente no va al archivo porque el archivo está en *bites* y, por tanto, se puede tener acceso a este desde cualquier lugar, pues ya el archivo está en un servidor y el documento, en lugar de ser ejemplar, es abundante y se puede replicar hasta el infinito? Lo que ocurre es que los lugares pierden parte de su sentido esencial. Tanto el AGN como el Archivo de Bogotá y la Biblioteca Nacional son referentes para historiadores y académicos en general. A pesar de ello, la mayoría de la población los considera lugares ajenos a ellos: saben que allí se guardan cosas, pero no saben qué cosas. Los usuarios de estos tres lugares son pocos, en comparación con el número de quienes asisten a la Biblioteca Luis Ángel Arango; no obstante, ya pasaron los tiempos en los que había que hacer una larga fila para ingresar a ella. El flujo de visitantes es cada vez menor y así ocurre en la Red de Bibliotecas del Banco de la República, que ha tenido que dinamizar sus espacios y crear agendas culturales que vayan más allá del servicio de biblioteca; lo mismo empieza a ocurrir con otras redes de bibliotecas. Al mismo tiempo, los cursos virtuales se hacen cada vez más comunes y reemplazan a los costosos seminarios y congresos presenciales.

Es evidente que hay una migración hacia el mundo digital. Allí tenemos una abundancia de documentos que aumenta día a día. Esto significa una desmaterialización del documento, y eso afecta al historiador, a la historia y a la sociología de la disciplina, porque él mismo se ha socializado en esos espacios y documentos. Los archivos eran los espacios tradicionales de la historia y los historiadores, y aún hoy en día los historiadores seguimos siendo muy conservadores: nos resistimos al cambio, pues a pesar de que existen documentos en Internet, no nos basta con usar esas fuentes, sino que hay que ir a buscar más, corroborar la veracidad de unas y otras y cerciorarse de que son fidedignas. Algo que preocupa a los historiadores es precisamente eso que los archivistas llaman “cadena de custodia”: el cuidado y la seguridad de que el documento no ha sido contaminado, es decir, manipulado y trastocado desde que fue emitido inicialmente. Es la veracidad del documento, pero claro, este siempre ha sido un problema de las fuentes a lo largo de la historia de la disciplina.

En su obra *Las razones del libro*, el historiador Robert Darnton (2010) realizó un análisis de la temprana sociedad de la información en el siglo XVIII en París, y allí encontró que en un mismo texto se ponían fotografías y letras de canciones, y que solo se podía acceder al texto de la canción dentro del libro. En lo que él denominó *modelo piramidal*, Darnton explica que hoy un libro electrónico puede tener varias capas: los lectores pueden descargar el texto y examinar la capa superior, que estará escrita como monografía corriente, y si encuentran algo que les parezca especialmente interesante, pueden moverse a las capas inferiores para

acceder a un ensayo suplementario o a un anexo. Pueden sumergirse en el libro, en documentos adicionales, en bibliografías, historiografías, iconografías, música de fondo, en fin, en todo lo que pueda aportar para facilitar una comprensión profunda del tema del que trata el libro. Al final, lo harán suyo, porque encontrarán su propio camino para recorrerlo y leerán en horizontal, vertical, diagonal o por donde quiera que les guíen los enlaces electrónicos. No tendrán necesidad de llevar un protocolo, de buscar condiciones para leer los múltiples lenguajes ni de mucho menos un lugar, pues este puede ser cualquiera y en cualquier momento.

Por su parte, los historiadores Edward L. Ayers y Anne Rubin (2000) escribieron un libro titulado *Valley of the Shadow*. A partir de este, crearon un sitio web donde construyeron un archivo sobre dos comunidades indígenas del siglo XIX durante la guerra civil. Se trataba de un archivo de fuentes primarias que documentan la vida de las gentes de los condados de Augusta, en Virginia, y Franklin, en Pennsylvania. Recogieron cerca de 12 000 documentos y con ellos crearon un modelo de análisis cerrado, prismático, que permitía al lector ver las fuentes y, por ende, desafiar al autor. En el futuro, si un historiador remite a un lector a una fuente —por ejemplo, al Archivo de Indias o al AGN—, el lector podrá interpelar el discurso, dado que cuenta con un algoritmo que le va a permitir cuestionar las apreciaciones e interpretaciones que los historiadores han hecho sobre un documento. En ese sentido, se podrá construir o reconstruir el entramado histórico desde distintos lugares y a varias manos con posibilidades de interpretación que el lector podrá escoger, configurar y volver a cambiar. Hoy por hoy, todavía los lectores se fían del criterio del historiador.

En todo caso, hasta el momento la mayor parte de los análisis han sido cuantitativos (cliometría) y tienen dos vertientes más o menos definidas: las *lecturas textuales* o *distantes*, que tratan de explotar las bases de datos textuales, como lo plantea Franco Moretti (2013), y las *lecturas espaciales virtuales* mediante el uso de los *tweets* o Facebook, para ver, por ejemplo, dónde se originan las protestas en una región. Ahora bien, ¿cómo se puede documentar toda esa información? ¿Dónde está esa *big data*?

Es claro que no se puede dejar tan abierto el tema, porque dejarlo así da lugar a muchas interpretaciones. Una discusión sobre un tema cotidiano o sobre, por ejemplo, la batalla del Monte Pato, en la guerra de los Supremos en 1842, no es importante. ¿Pero si la discusión tiene que ver con la masacre de las bananeras o las más recientes en Colombia? Como historiadores no podemos dejar abiertos todos los caminos. Una cosa es un texto como experimento didáctico y otra cosa es un texto digital con un orden. No le podemos decir al lector: “Empiece por donde quiera y acabe en donde quiera”, porque en ese caso los científicos sociales no tendrían nada que decir: ellos simplemente les mostrarían los libros a sus estudiantes y estos interpretarían lo que quisieran, sin mayor interpelación frente al maestro.

La digitalización de la información puede sugerir, a primera vista, una mejora en el trabajo del historiador, sobre todo cuando hablamos de la optimización de procesos, la eliminación de desplazamientos, la reducción de costos de investigación y la concentración de la información en un solo lugar: la web. El *big data* refiere a una especie de macroarchivo en constante expansión, pero no es cualquier archivo. El 90 % de la documentación existente en fondos y archivos de Europa y Estados Unidos se ha almacenado allí en los últimos diez años. Sabemos que en 2019 todo el material existente en Australia pasará al mundo digital, y este se convertirá en el primer país en realizar este proceso, por lo menos en lo relacionado con documentación de origen gubernamental. Estados Unidos lo debe hacer por completo en el 2021, mientras que Colombia espera llegar a ese estado en el 2025. Es decir, lo que se viene en términos de digitalización de información es de tal capacidad que cambiará la forma de investigar en todas las academias. Eso va a hacer que el manejo de esa información sea casi imposible y que quizás esta quede relegada a una IA capaz de leerla y ordenarla en poco tiempo. Desde luego, también cambiará la forma como se están formando archivistas e historiadores.

Pons (2017) sugiere que toda esa información no viene exclusivamente de los países desarrollados, sino que buena parte de su materia prima fundamental proviene de los países menos desarrollados: se extrae de allí en forma de material científico, información genética, datos de consumo, preferencias y puntos de convergencia política, incluso de percepciones sociales y emocionales, como cuando donamos 10 pesos en el supermercado o aportamos para una causa noble o una catástrofe. Es extraída por empresas del norte global y luego se manufactura a través de IA, ofreciendo enormes beneficios.

Para Manovich (2006), el término *big data* es, en muchos sentidos, un término pobre para referirse a un conjunto de datos suficientemente grande que requiere desde hace muchos años un supercomputador. El término suena a que se debe tener un gran procesador con requerimientos muy elevados y un servidor de muchos núcleos. Lo que ocurre es que hoy un usuario puede acceder a grandes cantidades de información en su casa con un computador personal o con su móvil. Esas enormes cantidades de datos no son la característica definitoria: el conjunto de *tweets* no es tan grandes como el conjunto de datos que se tenía, por ejemplo, de un censo. *Big data* no se refiere a los datos que son grandes, sino a la capacidad de hacer referencias y enlaces entre las grandes cantidades de datos. *Big data* no representa el volumen de datos, porque en el pasado los hubo (y muy grandes): tiene que ver con las relaciones entre datos e información digital, en función de búsquedas especializadas y concretas.

Big data es un fenómeno académico, tecnológico y cultural. Allí se da la interacción de tres elementos: uno, el *elemento tecnológico*, la maximización del elemento de cálculo y la precisión algorítmica; dos, el *elemento analítico*, la capacidad

para identificar patrones, para predecir cuál es su objetivo; y tres, el *elemento mitológico*, la creencia generalizada de que ese sistema ofrece una forma de inteligencia y conocimiento superior, ligados a unos referentes de verdad, objetividad y precisión. Es lo que Yuval Noah Harari (2017) denomina el *Homo Deus*, es decir, la existencia de una nueva religión: el dataísmo. Consiste en decirnos que, superadas las contradicciones de la sociedad actual, el futuro vendrá con el desarrollo científico a través de los algoritmos, puesto que ya tenemos un creciente caudal de información para mejorar nuestra vida. Todo esto es de vital importancia, y posiblemente lo sea aún más para los historiadores y archivistas del futuro, pues esto implica que hoy en día el individuo no toma decisiones. En la medida en que los historiadores estudiemos las decisiones humanas del pasado tendremos un problema, porque si necesitamos hoy, por ejemplo, tomar una calle, la decisión la tomará una aplicación de nuestro móvil. Lo mismo ocurre cuando tomo un taxi, comprar o vender un carro o adquirir un servicio: es la aplicación —en últimas, el algoritmo— el que calcula y decide directamente la probabilidad de mi elección para satisfacer una necesidad detectada a partir de la búsqueda que realicé previamente.

El *big data* no solo se refiere a los datos y las herramientas. Posiblemente nos encontramos ante lo que puede ser llamado *giro computacional*. El término es lo de menos, más importante es lo que encierra. Así como la imprenta, el fordismo y el taylorismo cambiaron la forma de trabajar, del *big data* ha surgido una forma de conocimiento que cambia el objeto de conocimiento y tiene el poder de afectar la forma en que entendemos las sociedades humanas. Cambian los instrumentos y cambia la teoría social que acompaña estos instrumentos, cambian los instrumentos de investigación y las teorías sociales. El *big data* es un cambio radical en la manera como pensamos la investigación, porque las herramientas no solo miden una determinada actividad humana, sino que configuran la realidad en la que vivimos. La realidad la creamos nosotros y ahora también los algoritmos en la web.

Kenneth Cukier y Viktor Mayer-Schönberger (2013) en su libro *Big data: La revolución de los datos masivos*, ofrecen un paralelismo entre lo pasado y lo que hay. Lo que hoy tenemos no es un microscopio, sino un macroscopio, porque a nuestra disposición existen esos datos masivos, y la cuestión es cómo se emplean a través de datos cualitativos. Antes, la forma era causal, y ahora es correlacional. Ahora no buscamos la causalidad, sino pautas y correlaciones en los datos. Para ello, Cukier y Mayer-Schönberger mencionan el año 2009 y la aparición de la gripe N1H1. Lo sorprendente es que Google pudo anticipar el movimiento de la expansión del virus antes que las autoridades sanitarias en Estados Unidos. ¿Cómo lo hizo? Analizando la correlación de palabras en las epidemias de gripe común entre el 2002 y el 2003 y comparándolas con las del 2007 y el 2008 a partir de un *software* que, si bien no podía ofrecer explicaciones del porqué (tampoco le importa la razón por la que sucede algo), mostró cuál era la ruta de expansión

del virus, todo a partir de la exploración de búsquedas de navegantes en la red; es decir, existía una preocupación previa por la presencia de un virus en el mundo. Así funciona la progresión que anticipa el futuro y que entidades como el banco BBVA ya utilizan a través de la red: monitoreando la política mundial, pueden orientar y aconsejar a sus inversores, tratando de entender no el ahora, sino lo que puede ocurrir en un futuro próximo.

En el caso de la historia, ya hay algunos casos significativos. Patrick Manning (2013), historiador y profesor de la Universidad de Pittsburgh, se ha encargado de recopilar una base de datos inmensa, condensada en lo que él denominó *Big Data in History*. Su proyecto se conoce como The Collaborative for Historical Information and Analysis (CHIA). Inició en el 2011 y es parte de una iniciativa liderada por historiadores, archivistas e ingenieros para recolectar, preservar y analizar los datos de las ciencias sociales en una escala amplia. De hecho, incluyó los archivos del Parlamento Británico y los archivos de Lisboa, Roma y Beijing. Todo constituye una amplia base de metadatos con tópicos específicos o palabras clave relacionadas con tiempos y lugares, que permiten mostrar los cambios en los *data*. Cada *data set* fue incorporado a un programa digital de administración cuidadosamente preservado y empaquetado para que los buscadores de datos puedan constatar la veracidad de estos (Armitage y Guldi, 2016)

Inicialmente, reunieron los archivos y documentos históricos. La dimensión de esto se entiende como algo colosal y tuvo que contar con la participación de profesionales de la archivística, que paradójicamente no se contaban por montones. Primero estuvo el uso y la identificación de los datos históricos que serían incluidos en el archivo, esto es, manuscritos, pinturas, fotografías y todo aquello que permitiera robustecer a CHIA. Luego, se alimentó el sistema con *data sets* preparados previamente por los expertos del proyecto, que también aprovecharon las condiciones técnicas de los servidores y su infraestructura. Una vez alimentados los *data sets*, fueron revisados y ubicados en varias secciones, niveles y tipos de archivos. El resultado es un largo número de *data sets* paralelos que fueron subidos o realizados, revisados y enviados por sus creadores, que son sostenidos por el sistema de *stewardship* (vigilante). Este nivel de *data sets* puede ser analizado y visualizado por usuarios, por ejemplo, mediante puentes espaciotemporales.

El proyecto se apoyó en dos momentos o pasos importantes al analizar la información a un nivel tan amplio y global: *harmonización* de los *data sets*, para prepararlos para su enlace y vinculación entre sí, y *agregación*, para crear archivos constantemente y expandir la escala. Los objetivos se concentraron en crear unidades de comparación en tiempo y lugar, por ejemplo, para presentar fenómenos en países grandes en términos de unidades, como China o Rusia. Los datos de población son los más básicos de los datos humanos y son muy estimados en todas las regiones.

La *harmonización* requiere documentación consistente mediante algoritmos desarrollados por el equipo de CHIA —por tiempo, espacio, fuente, pesos y medidas, incertidumbres y observaciones—. Particularmente, se localizan *data sets* de regiones pobres y se incluyen en sus metadatos. Estos son incluidos en una ontología general. Los datos se procesan y se llevan al nivel de distribución. Manning (2013) señala que paso a paso se ensamblan los datos necesarios para hacer un camino que permita crear un mundo histórico de datos y búsquedas. Únicamente mediante esos sucesivos pasos nosotros podemos encontrar los numerosos problemas que se busca resolver, así como las innovaciones que se requieren para trabajar en perspectiva de larga escala. Si nosotros solo incrementamos el número de datos, tendremos para siempre una serie de palabras y registros que servirán como bases de información para investigaciones de todo tipo. La idea es fortalecer los estudios de lo local en perspectiva de lo global.

5. Para el pasado y el futuro

El desafío para historiadores y archivistas, entre otros, es intentar analizar el cambio global de esta gran masa de datos. Existen claramente varios aspectos para tener en cuenta:

1. El exceso de información puede ser perjudicial. Cuando uno vive inundado de datos, puede perder el objetivo de la investigación. Es difícil identificar el significado de los datos por su volumen, y no hay nadie que pueda abrir todas las puertas de análisis, porque no existen métodos concretos para trabajar con tal capacidad de información. Por tanto, los historiadores debemos buscar lo que es significativo, es decir, las razones por las que hacemos determinadas cosas.
2. Los datos son inútiles hasta que los organizamos en marcos conceptuales, y estos no vienen dados por el *big data*; los ponemos nosotros. Eso nos llevaría a la conclusión de que, cuando se escriben con datos suficientes, los números hablan por sí solos. Pero estamos equivocados: solo cuando un narrador llega para dotar de contexto a esa información y dar un enfoque humano, se puede sacar provecho del *big data*.
3. Cuando estamos alejados de la gestión digital, el manejo de la información y de los datos produce un desconcierto. Afirma Pons (2017) que cuando uno está desconcertado es porque uno está desalojado de lo conocido. Esto implica rechazar en buena medida el impacto del mundo digital. Lo que la gente hace es refugiarse en lo conocido. La experiencia docente muestra que continuamos dando el mismo tipo de clases, los mismos contenidos, solo que ahora usamos Power Point. Esta es, en verdad, una herramienta perjudicial para la enseñanza de la historia, porque es una herramienta empresarial que la gente usa sin darse cuenta de para qué fue diseñada. No somos capaces

de explicar cómo funciona, no sabemos su historia y su naturaleza, allí solo ponemos contenidos que consideramos pedagógicos y didácticos, pero que están alejados del sentido del documento, de la información, de la disciplina.

En últimas, a medida que aumenta, esta abundancia nos genera un problema de tratamiento. Además, lo que antes se controlaba directamente por medio de los archivos estatales, ahora se alimenta desde múltiples generadores, lo que dificulta su control, cadena de custodia y seguridad de conservación. El tema queda abierto para propios y extraños.

Referencias

- Armitage, D. y Guldi, J. (2016). *Manifiesto por la historia*. Alianza Editorial.
- Ayers, E. y Rubin, A. (2000). *The Valley of the Shadow: Two Communities in the American Civil War. The Eye of War*. W. W. Norton & Co Inc.
- Carr, N. G. (2011). *Superficiales. Lo que está haciendo el Internet en nuestras vidas*. Taurus.
- Castells, M. (1999). *La era de la información*. 3 tomos. Siglo XXI.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza Editorial.
- Cukier, K. y Mayer-Schönberger, V. (2013). *Big Data: la revolución de los datos masivos*. Turner Publications.
- Darnton, R. (2010). *Las razones del libro*. Trama editorial.
- Eisenstein, E. (1994). *La revolución de la imprenta en la edad moderna europea*. Akal.
- Harari, Y. N. (2017). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Debate.
- Manning, P. (2013). *Big Data in History: A World-Historical Archive*. Palgrave Pivot.
- Manovich, L. (2006). *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación. La imagen en la era digital*. Paidós.
- McLuhan, M. y Fiore, Q. (1967). *The Medium is the Message: An Inventory of Effectism*, Bantam.
- Moretti, F. (2013). *Distant Reading*. Verso.
- Ong, W. J. (1982). *La lucha por la vida*. Aguilar.
- Pons, A. (2017). *El desorden digital*. Siglo XXI.
- Thoureau, H., D. (2012). *Desobediencia civil*. Tumbona Ediciones.

El aviso comercial audiovisual como documento y sus acervos volátiles: semióticas del lenguaje de marca y su memoria en la industria publicitaria

Andrés Castiblanco Roldán*

Introducción

Con el fin de brindar un aporte conceptual-experimental al tema de los archivos, la memoria, la historia y el patrimonio, esta propuesta pretende mostrar un acercamiento a la marca como mecanismo semiótico que tiene el aviso publicitario y sus derivaciones tecnológicas audiovisuales y digitales en documentos, fuentes de consulta de procesos de instalación de programas culturales y memorias sociales en la cotidianidad del mundo urbano, desde el caso colombiano. En este espacio se busca dar cuenta de acervos que tramitan los lenguajes de marca, un término clave para explorar en este texto.

Con base en resultados de investigaciones precedentes sobre procesos de marcas y marcajes en el contexto de la ciudad (Pasotti, 2010; Castiblanco, 2018), se busca analizar dos cuestiones centrales: en primer lugar, el papel del aviso

* Facultad de Ciencias y Educación, Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

publicitario y la marca en la configuración de otro tipo de memorias, donde una caracterización de los archivos de anuncios audiovisuales y digitales y su lugar en las tecnologías del consumo y la publicidad permiten develar las tramas de su uso; en segundo lugar, revisar algunos casos de procesos de programación cultural en la vida cotidiana como escenario permanente de las operaciones de la remembranza y la acción patrimonial.

Para iniciar, es importante reconocer la historia reciente (finales del siglo XX y principios del XXI) como un interesante punto de partida en el que el mercado —entidad en ocasiones abstracta y sujeta a toda clase de interpretaciones— se ha consolidado como una institución social que logró empoderarse en las sociedades contemporáneas con todas sus metáforas y consecuencias. Tanto el exterminio de libertades e identidades, la generación de marginalidades, como su versión más apologetica de gestión positiva y activa de las relaciones entre los Estados y sus ciudadanos a través de la gestión pública y política (Pasotti, 2010), muestran que el mercado se ha expandido e instalado en todas las escalas de la vida humana. Dicha institución hoy tiene su potencia en el consumo y la publicidad como dos tecnologías que han sido visitadas por diferentes teorías donde se ha esquivado el lugar de la marca como mecanismo cultural e informacional que potencia las relaciones sociales.

En las últimas décadas del siglo pasado y principios del actual, a raíz de la transformación de los sistemas de producción capitalista, también llamados posindustriales, es evidente la aparición del modo informacional y la descentralización de distritos fabriles y factorías, con el advenimiento de una serie de relaciones que detonan el desborde de la explicación clásica decimonónica de la cadena productiva y el movimiento del mercado. Karl Marx (1975) enuncia de manera escéptica el desarrollo del fetichismo de la mercancía y su secreto en el tomo I del *Capital* [1867], donde pone sobre la mesa el problema del *valor de uso* y el *valor de cambio*¹ para explicar el valor social de la producción como acontecimiento que involucra el trabajo de los hombres y lo que ellos hacen con él.

Un desciframiento de tal cuestión en el intercambio de valores sitúa a la mercancía en el plano de la “sutileza metafísica y el resabio teológico” (Marx, 1975, p. 87) y fortalece la metáfora de Max Weber (2012), quien problematiza la cosmología del orden económico capitalista donde a un individuo “que nace y que, al menos en cuanto individuo, le es dado [ese orden] como una estructura, prácticamente irreformable, en la que ha de vivir, y que le impone las normas de su comportamiento económico, en la medida en que se halla implicado en la trama de la economía” (Weber, 2012, p. 38). Se han analizado las lógicas tanto macro como micro que se han producido en el contexto del capitalismo. Estas relaciones

1 Valores que son retomados de forma crítica por Baudrillard (1969) y permiten añadir en dicho desglose el valor *signo* y el valor *símbolo* con los cuales se pueden pensar las relaciones entre la publicidad, la marca, los objetos circulantes y la ciudad.

han derivado de un utilitarismo que sitúa los análisis desde la circulación de los objetos hasta las visiones de intercambio simbólico en las que se develan las relaciones y los efectos de la circulación de bienes y valores en la cultura.

Cuando se piensa el consumo como tecnología antigua de rasgos modernos que formaliza espacios sociales, se reconoce este sistema de intercambio como una piedra angular en la comprensión del comportamiento y la cultura en su relación con la economía en el último siglo. A su vez, es en sí mismo un sistema tecnológico antiguo sobre el que los análisis paleoantropológicos como los de André Leroi Gourhan (1971) o antropológicos como los de Levi-Strauss (1997) muestran que, en la acción de sobrevivir, el surgimiento de lo *tecnoeconómico* se da por la coexistencia de las condiciones biológicas y culturales de apropiación y adaptación de la materia y el medio. Las relaciones de intercambio son la esencia del consumo con las cuales existe una aleación biológica y cultural para asumir los hechos sociales.

Para Toffler (1981), eran inseparables las relaciones de producción y consumo, ya que la mayoría de las comunidades se basaban en la generación y apropiación de sus propios insumos, situación que cambió con la llegada de la industrialización, pues esta trastocó la forma de organización de las comunidades, con lo cual se crearon interdependencias en el abastecimiento. Al respecto, los críticos marxistas y posteriores analistas señalan que la aparición de la burguesía perturbaría un orden de apropiación natural por un sistema artificial de necesidades y ostentaciones (Veblen, 2014; Baudrillard, 1969; Lipovetsky, 1986), con lo cual la categoría configuraría, en adelante, un estatus de efecto configurante de las operaciones capitalistas, lugar de manipulación mercantil y, por lo tanto, espacio de sospecha de las teorías sociales.

Al explorar varias tendencias teóricas europeas, Néstor García Canclini (1995, 2004) señala que, como resultado de una constante preocupación por la cuestión urbana, numerosos sociólogos y filósofos marxistas “teorizaron el consumo e investigaron sus estructuras, pero sus trabajos siguieron subordinándolo a la producción” (García Canclini, 2004, p. 58), de tal modo que, en esencia, el consumo es observado como agente de reproducción de la fuerza de trabajo y expansión del capital. Esto nos deja en principio, según García Canclini, frente a unas tipologías que van de la racionalidad económica y la racionalidad sociopolítica interactiva a la lectura simbólica y estética de la racionalidad consumidora, que vinculan las posturas teóricas de diversas disciplinas que han explorado de cerca la cuestión. En síntesis, sea positivo o negativo, gran parte de dichos nichos interpretativos reconoce que el consumo y el consumismo son prácticas que tienen injerencia, si no fundamental, sí directa en la producción de la cultura material y las relaciones sociales en contextos locales y globales.

Las relaciones políticas serían las principales impactadas al reunir elementos de prácticas naturales de agremiación y representación. Para Baudrillard (2007),

el consumo pierde su autenticidad cuando propone la distancia entre el cazador-recolector y el “*homoeconomicus* de invención burguesa” (p. 65). Esto es aun mayor si se tiene en cuenta que en este enfoque el consumo es “una función de producción y, por lo tanto, como la producción material, una función, no individual, sino inmediata y totalmente colectiva, un sistema que asegura el orden de los signos y la integración del grupo [...]” (Baudrillard, 2007, p. 81). De esta manera, habría una subordinación de lo político a las élites y su capricho, y, en consecuencia, un control del discurso urbano en la ciudad.

Al respecto, Zygmunt Bauman (2007), usando la metáfora de la técnica artística puntillista, indica que en este contexto los sujetos tienden a ser *practicantes de la vida*, en la cual “cada uno arma con los puntos un cuadro que tenga sentido” (p. 56), de ahí que el consumo no solo se ocupa de una acumulación, sino de una búsqueda de armonías y composiciones éticas/estéticas sostenidas en un continuo tomar y desechar, que implica la obsolescencia de los objetos, los mensajes y las consignas; en consecuencia, emerge una serie de empresas destinadas a orientar y apoyar esta gestión de la cultura, a través de la venta de estilo y de sus objetos, las cuales, con el mismo criterio de lo efímero, hacen que sus consignas y tendencias desaparezcan como formas, pero que permanezcan como signos; de allí la fijación de la marca como mecanismo de identificación y disposición de acciones (Castiblanco, 2018).

Finalmente, un breve examen al consumo en los anteriores nichos interpretativos enfatiza el papel de las relaciones y los intercambios en los que el objeto, en un doble juego, consolida un valor propio, a la vez que da un valor de representación al agente de intercambio. No obstante, hay algunas posturas que han enfatizado en los objetos y su universo simbólico concomitante.

La primera parte del análisis propuesto por Baudrillard (2007) de la sociedad de consumo, que tiene la influencia reflexiva de su obra precedente², apuesta por una liturgia formal del objeto en la cual “cada individuo tiene menos trato cotidiano con sus semejantes que con la recepción y manipulación de bienes y mensajes” (p. 3). Con esta sentencia se preparaba para dar el paso inevitable de la relación objeto-signo cuando, como conjetura de la formalización de la relación con los objetos, correlaciona, a través de la publicidad y la marca, “un encadenamiento de meros objetos para ser un encadenamiento de significantes” (Baudrillard, 2007, p. 5).

En este caso, el consumo como *tecnología de apropiación* puede ser interpretado desde la psicología de los actores y desde las materialidades que origina. Dicha tecnología propone un orden diverso en el que un conjunto de objetos revela el universo narrativo y simbólico en el que se mueve un individuo o un grupo y las jerarquías de las mercancías, las cuales se adquieren en el costo de intercambio y

2 El sistema de los objetos (Baudrillard, 1969).

el valor de uso, donde se exploran las reciprocidades y las negociaciones frente al significado de las cosas. Al interrogar por la manera en que el aviso publicitario y la marca son insumos claves para entender la trayectoria histórica del mundo capitalista contemporáneo, se apuesta por una lectura semiotecnológica que implica decantar un sistema de mecanismos y técnicas en tensión con la tradición y la artificialidad emergente, en la cual categorías como lo popular y lo masivo están ensamblando sus consignas para producir nuevas tendencias.

Una de ellas es la gestión cultural de la marca, que deja entrever la transición y el conflicto entre un modelo de *ciudad industrial y maquinica* —cuyos anclajes narrativos se evidencian en los repertorios discursivos alrededor de su desarrollo y en la permanencia de signos del proceso de urbanización en una lógica ontológica de producción fabril— y el advenimiento de una *ciudad informacional/comercial*, que se sostiene con las tecnologías de la comunicación y el sistema publicitario en la mediación simbólica entre los sistemas narrativos de la experiencia urbana, frente a la emergencia de regímenes de signos que se activan semióticamente para encaminar a la sociedad a otro modelo urbano en la ciudad.

Esta hipótesis se sustenta en las relaciones que se establecen entre lo que se denominan activadores semióticos y anclajes narrativos, los cuales se pueden leer en diferentes niveles, tanto en las enunciaciones publicitarias de avisos y comerciales de televisión como en los discursos producidos por expertos, comentaristas y periodistas, que, al plasmarse en revistas y periódicos, ponen en circulación una serie de signos y consignas sobre la ciudad y sus acontecimientos.

Para entender dónde se ubica la marca publicitaria, hay que comprender cómo se han visto las relaciones sociales contemporáneas en su implicación con las lógicas, los sistemas, los ambientes y las ecologías del capitalismo, así como los efectos que los objetos, en calidad de bienes y mercancías, producen en las sociedades que construyen, recrean o modifican.

Se pretende ubicar algunas de las principales tendencias explicadas por las ciencias sociales como las relaciones de sociabilidad en el capitalismo emergente, con las cuales se crea la interrogación por los modos y estilos de la marca publicitaria como una unidad de análisis que, a manera de mecanismo tecnológico publicitario, potencializa las relaciones de las instituciones en la gestión del territorio.

En las últimas décadas del siglo pasado y principios del presente, la transformación de los sistemas de producción capitalista, causados por la aparición del modo informacional y por la descentralización de los distritos industriales y las factorías, pone en primer plano una serie de relaciones que la explicación decimonónica de la cadena productiva y el movimiento del mercado no logran descifrar en sus contornos más profundos, que son justamente los más etéreos.

1. Tecnologías gestoras de memoria: consumo y publicidad

El surgimiento de la publicidad vino en familiaridad operativa con la propaganda. Mientras la primera etimológicamente viene de lo público, la segunda viene de la propagación. Aunque ambas están en clave de persuasión, y en principio la publicidad tenía fines netamente comerciales, a finales del siglo XX no era tan claro el límite entre una y otra.

Los estudios sobre el crecimiento y la transformación de la publicidad han encontrado que, a medida que se fue consolidando como tecnología, su expansión y complejidad fue aumentando, pasando de la confección de avisos y la promoción de marcas para la circulación y oferta de mercancías y servicios, a la generación de una plataforma alterna de modos de existencia social y política.

Modelos de negocios y operaciones de agencias como McCann Erickson desarrollaron grandes maquinarias de medición de opinión en la posguerra, como fue el caso de la firma de George Gallup, con las cuales se configura un circuito de visibilidad y legitimación de consignas y signos en los diferentes mercados donde las agencias promovieron sus servicios.

Durante 1980 y 1990 dichas agencias, como otras en su momento, hacen concordar las apuestas publicitarias con el movimiento de interconexión e integración de mercados y economías, lo que conlleva una nueva generación de redes de carácter transnacional, “contemporánea de los procesos de desregulación de los sistemas de comunicación que en el ámbito de las actividades publicitarias se salda con un considerable aumento de las inversiones” (Mattelart, 2002, p. 39). No es un azar que países como Colombia, a partir de la Constitución de 1991, dieran nuevos fueros a los medios de comunicación, una serie de libertades que, con el empuje de la inversión extranjera, tanto en infraestructuras de la comunicación como en la dinamización de la oferta publicitaria, posibilitarían la concentración de medios y la transnacionalización de los sistemas radiales y televisivos, como se verá en la primera década del siglo XXI.

De esta forma la publicidad, en su trayectoria, emerge como taller de enunciación comercial para ser una tecnología de visibilidad, con lo cual las operaciones que involucran la relación entre economía y cultura terminan afectadas por la consolidación del mercado como institución. Ahora, vale la pena mirar de cerca la función de la publicidad desde diferentes perspectivas de su actuación: en primer lugar, la observación de su crítica, y, en segundo lugar, lo que los publicistas han planteado desde su interior.

La fricción generacional es latente: en las décadas de 1980 y 1990 grupos poblacionales en descrédito del avance de la ciencia y su instrumentación se aferraron a la tradición y resistieron desde rasgos culturales localistas, incluso atávicos, como se puede revisar en los trabajos sobre hibridaciones, conexiones, desigualdades y resistencias de García Canclini (1988, 1990, 1995, 2004). En el

caso colombiano, se destacan los de Fabián Sanabria (2004, 2009) y Adrián Serna Dimas (2006, 2012).

Como tecnología, la publicidad gestiona las formas y los discursos de diferentes escenarios de enunciación, instituyendo una memoria técnica y una visibilidad omnipresente, “[...] lo invade todo a medida que desaparece el espacio público [...]. Ordena la arquitectura y la realización de súper objetos” (Baudrillard, 2001, p. 16), condensa los flujos en los centros comerciales, los cuales, en principio, “se ofrecen como demostración de la operación de la cultura” (p. 16). Tales reordenamientos llevarían a un “realismo capitalista” que propone, más que una manipulación, la circulación de una serie de ideales del mundo contemporáneo (figura 1) y sus acervos visuales.

Figura 1. La arquitectura industrial del siglo XIX se torna en marca de imagen comercial: cavas y falcas (Parque Central Bavaria, Bogotá)



Fuente: fotografía del archivo fotográfico del proyecto CIDC - Ipazud (2012).

Sin embargo, no es inocente ni suficiente esta explicación. Se trata de cómo, al producir un objeto (que proviene de un proceso mimético) y pasarlo por el conjunto tecnológico visual y narrativo, este se amplía y detalla —se memoriza—,

tomando atributos o colocándose en una perspectiva de hecho real, donde se da la circulación y transformación de un conjunto de relatos y signos. Por eso, para los publicistas, su trabajo consiste en dar cuenta de un reflejo/proyección de la realidad a la que encaminan sus ejercicios ficcionales.

El concepto del publicista colombiano Jorge Molina Villegas (1994) se aproxima a la noción tecnológica, en la medida que reconoce que, para conceptualizar la publicidad, es necesario pensarla en clave del sistema técnico que comprende su función:

Como instrumento de las empresas para el intercambio comercial, es un factor interno de mercadeo; como un subsistema especializado del mundo de las comunicaciones, sus mensajes van a través de los medios masivos; y como proceso psíquico individual, busca persuadir a grupos seleccionados de personas, para obtener actitudes favorables hacia un producto. (p. 89)

Esta definición es parte vital del intercambio de bienes en la sociedad contemporánea, puesto que visibilizar permite entrar en diálogo y, por lo tanto, hacer trámites, transacciones y transformaciones. De hecho, la perspectiva de Leonardo Otálora y Vladimir Sánchez (2011) sobre la publicidad se halla confrontada por la paradoja del consumo y su pretensión de orden, que permite la permanencia del mito del bienestar: “Mientras los objetos están en la vitrina, todos los hombres son iguales respecto a su posibilidad de disfrute, es decir, frente a su consumo, pero la adquisición es prohibida por la realidad económica del ser deseante” (Otálora y Sánchez, 2011, p. 82). Parte de esas estructuras que sospechan de la publicidad en su ejercicio integrador de las enunciaciones y totalizador de los estilos y formas desemboca en la crítica directa que se ha desarrollado alrededor de la marca como impronta de doble agencia, en la cual la belleza y la formación de estilo se ven a contracara de una pauperización de las estructuras productivas que la sostienen.

La marca consolida un estatus independiente de los componentes orgánicos de la producción. Es el caso, por ejemplo, del ensamblaje y la facturación mixta de la industria automotriz de marcas como Renault o Peugeot. El modelo parte de diseños que provienen de talleres creativos franceses, con motores armados en Rumania, con piezas de molduras japonesas o chinas de muy bajo costo, importados por las ensambladoras locales (como Sofasa en Colombia) que añaden los logotipos de distinción que venden la idea de la originalidad total de un vehículo de la marca europea.

Además de su estructura operativa, este tipo de negocios trae otras técnicas de producción que distinguen el modelo global que se instala a fines del siglo XX, caracterizado, según Moxey (2005), por aspectos de especialización y profesionalización de la mano de obra en unos países y por la excesiva tecnificación y pauperización de formación en otros. Moxey (2005) encuentra tres procesos

de la organización económica y espacial que implican migraciones y explotaciones: 1) la expansión y consolidación de servicios avanzados y cuarteles generales corporativos como el núcleo económico, especialmente en las ciudades globales; 2) la desvalorización del sector manufacturero y su incorporación a la economía “posindustrial”, en la que la competencia con los productos importados la somete a presiones antes inexistentes; y 3) la informalización creciente de grandes sectores de la economía, como es el caso de las maquilas de la economía manufacturera.

Estos procesos se integran a la crítica que se ha desarrollado sobre el ocultamiento de estas prácticas, al servicio de la expansión de la imagen corporativa. Al respecto, Naomi Klein (2001) examina la aparición y expansión de las marcas en Norteamérica. A través de su análisis de los efectos y el soterrado ejercicio de explotación de grandes multinacionales, explica la manera en que las formas de producción de la era industrial decimonónica hicieron necesario el surgimiento de las marcas como modo de distinción de las mercancías que se estaban produciendo en serie y que inundaban el mercado sin más criterios de competencia que las cualidades y funciones del objeto. Para ese momento, la publicidad se ocupaba de la fabricación de boletines y catálogos de venta de los productos, pero con el aumento de la demanda de identidad mercantil, terminaría diseñando imágenes y narraciones para dar personalidad a las mercancías.

Como afirma Klein (2001), “la primera tarea de la creación de marcas consistía en encontrar nombres adecuados para artículos genéricos como el azúcar, la harina, el jabón y los cereales, que antes los tenderos sacaban simplemente en barriles” (p. 34). Con la disposición de la creación semiótica y narrativa, surge el logo como expresión de familiaridad y popularidad, dando origen a la identidad corporativa.

Según Klein (2001), emergía un naciente campo, no solo de trabajo, sino de instrumentación social. La publicidad derivaba en dos corrientes: una pseudocientífica, que creía en un código rígido de formas de producir anuncios y espacios publicitarios, y una espiritual, que ponía el alma en las producciones, de manera que el cartel y el anuncio se convertían en expresiones culturales vitales de la sociedad, como la familia, la devoción y la nacionalidad.

Como lo expresa Bruce Barton a principios del siglo XX: “Me gusta pensar que la publicidad es algo grande, espléndido, que penetra profundamente las instituciones y llega hasta su alma” (citado en Klein, 2001, p. 35). Con esta filosofía, empresas como General Motors (Colmotores en Colombia) encarnaban el ideal de la familia norteamericana. Con la transnacionalización, la misma marca se presentaba como la empresa del progreso colombiano en las décadas de 1980 y 1990. El análisis de Klein (2001) devela que las intenciones de la publicidad pasaron de ser instrumentales a misionales frente a los compromisos con las empresas y Estados con los que se produce la marca.

La crítica de Klein (2001) sobre muchas situaciones asociadas a la producción de las empresas y a las estrategias de explotación también se remonta a la invasión del espectro publicitario sobre las vidas y los espacios sociales: desde la intrusión de las narrativas a través de los eslóganes, hasta las homogenizaciones del espacio público por cuenta de una serie de avisos, luminarias y signos que se hacen comunes y que podemos identificar como regímenes de visualidad³.

Los publicistas insisten, por su lado, en la multiplicidad de interpretaciones que se dan del quehacer y de la función de su campo. Van desde los enfoques formales que plantean que la publicidad es una caja de herramientas vacía de contenido, como un “catálogo de formatos mediáticos disponibles para la inserción de mensajes regidos por distintos principios intencionales y que apelan a distintas áreas de la realidad” (Pineda, 2007, p. 112), hasta su definición como sistema instrumental con el cual se reproducen consignas y narraciones.

Para Pineda (2007), en este segundo enfoque la cuestión es más de orden procedimental, donde la función de la publicidad consiste en ser un catálogo de divulgación de ideas. Esto lleva a la tercera postura, la del contenido, donde lo publicitario son los contenidos comerciales que promueven y ofertan, en una especie de ingenuidad pragmática en la que ellos solo se ocupan de vender cosas e ideas, soslayando el potencial ideológico y simbólico que implica esta circulación. Por eso, este autor termina con un enfoque bajo el cual la intención es la que constituye la identidad, y, por lo tanto, deriva en las de tipo comercial e ideológico que son instrumentadas desde las instituciones usando elementos propagandísticos.

Finalmente, con Schraeder *et al.* (2015), la publicidad establece el juego liminal de la imagen (doble espectro) de lo social y la forma como se representa: “la sociedad se ve reflejada en el mensaje publicitario y al mismo tiempo la publicidad se refleja en el tipo de sociedad que la construye” (p. 155). Ser reflejo no implica ser un calco, y es posible estudiar la publicidad como un archivo social paralelo que trae consigo los significantes y las consignas de los pobladores en determinado momento.

La marca, como mecanismo tecnológico, gestiona y dispone sentidos y signos que circulan entre los mundos culturales y las lógicas económicas, de tal modo que la publicidad se naturaliza en el contexto en el que se produce, para ser constitutiva de lo privado y lo público en las urbes donde se origina. Un ejemplo de esta clase de mimesis está en las campañas publicitarias de las transnacionales

3 El régimen visual urbano puede plantearse como un fenómeno que plasma las transformaciones del espacio público urbano en calidad de lugar/mercado; este, en principio, se identificaba desde la identidad particular y funcional de acuerdo con un comercio diverso e incluso organizado por oficios; posteriormente, pasó al dominio de la arquitectura de marca, del logo y del aviso como nuevos patrones simbólicos de representación en el espacio.

como Coca-Cola, que se valen de los repertorios culturales internos para poner a circular su marca.

Precisamente es la oferta lo que circula en la publicidad y lo que se puede leer en la marca como mecanismo tecnológico. Una lectura del orden de la oferta y sus consignas y signos permite entender el espectro de la producción urbana en un dispositivo como la ciudad. Es una tecnología de visibilidad porque propone regímenes de signos que van de la uniformización de los esquemas visuales (vallas, letreros, colores, avisos e incluso arquitecturas, en el caso de los centros comerciales) al establecimiento de paisajes sonoros con los que el poblador se identifica. Por ejemplo, la tonada de la vendedora de tamales en las mañanas del domingo bogotano o la retahíla del vendedor de mazamorra paisa son elementos de un paisaje sonoro del comercio informal, pues dialogan con los *jingles* de la publicidad radial que pone en la mente de la audiencia las cancioncillas alegres e incluso vacías con las que llena su cotidianidad (Raventós *et al.*, 2004, p. 61).

Este es el escenario de la marca: un espacio en el que se instala la gestión de una memoria técnica desde el marcaje, el cual, como mecanismo de transformación ficcional, se nutre de un espacio comunicacional que está agenciado por sistemas de enunciación y persuasión, donde avisos y anuncios son piezas clave para entender la operación de la publicidad como una tecnología de visibilidad con la que se establecen repertorios y ofertas de memoria y sentido, en directa relación con los mecanismos del consumo como tecnología de apropiación. Las implicaciones son las de un conjunto de técnicas en las que la marca como artefacto mnémico es un mecanismo que, en clave de oferta, permite leer el espectro simbólico y narrativo que la sociedad contemporánea ha tejido sobre el gesto mnémico urbano en la ciudad.

2. Concepciones de la marca y operaciones en las lecturas de los avisos como documentos-acervos

Las concepciones sobre la marca implican, como punto de partida, un problema de definición que se presenta esquivo cuando se propone desde la lectura del signo, el símbolo o la impronta en sí misma. Como lo señaló el artista colombiano Antonio Grass (1976), “no debe confundirse con el símbolo, este es mucho más complejo; tratado también dentro del diseño gráfico, tiene en la historia del hombre el peso de muchas filosofías. Tampoco debe confundirse la marca con la marca-símbolo, o con el logo símbolo, o con el logotipo” (p. 33). No obstante, en el mismo tercio, Grass reconoce la postura dominante reflejada en la noción del diseñador David Consuegra, quien la referencia como signo: “una marca es un signo, un signo con significación, que comunica ideas, que inquieta, teniendo que ser dentro de sí misma una estructura estética” (citado en Grass, 1976, p. 33). Un grupo de autores colombianos entiende la marca como una dualidad entre forma

(como signo) y su contenido (que refiere a la propiedad) (Gómez, 1976; Grass, 1976; Castiblanco, 2018).

A partir de estas posturas, se puede comprender el modo en que se establecen dos maneras de apropiación por parte de diferentes tendencias teóricas. Por un lado, se ubican las que consideran su carácter operacional, que podría definirse con el término de *agente* en la medida en que le atribuyen la personificación de ciertas relaciones, así como la gestión de formas de acción en el plano de la representación simbólica y social. Por otro lado, están las que le sitúan como institución de identidad, comprendiendo su orden y complejidad en función de la determinación de marcos históricos de identificación, tanto en los gremios como en los sujetos.

Dichas formas de intercambio han sido históricamente relegadas a tácticas de comunicación, como parte de una postura moral para marginar su alcance (Dalle, 1991); sin embargo, hoy es muy claro el efecto catalizador de la marca en las relaciones de los actores económicos, la cual, como acción de marcaje, dinamiza un sistema de apropiaciones de objetos y valores circulantes.

En este sentido, se piensa su agencia como un ejercicio de “diseño de identidad corporativa o identidad coordinada, como la llaman en Italia” (Costa y Moles, 2014, p. 75), el cual refleja un proceso que llega a su punto culmen en la promoción de un producto o servicio, hasta consolidarse como mecanismo de provocación y manipulación de las pulsiones de compradores que la ubican como agente de la relación pública entre los consumidores (Larcher, 1988).

Esta noción de marca, como agente operatorio de identidad, implica un doble movimiento, como afirma Costa (2010): una cara es visible y disponible a la inmediata percepción, mientras que otra cara es lo pronunciable y audible, integrada al lenguaje y al habla cotidianos. En este sentido, es un agente de memoria que establece los anclajes necesarios a partir de los repertorios culturales para instalar una forma o tendencia cultural en el tiempo. Diferentes posturas que van desde la aproximación psicológica hasta la definición comercial y administrativa han situado la capacidad que tienen las marcas de encuadrar transformaciones de las costumbres de los diferentes territorios. Desde allí se puede dar cuenta de su accionar.

Cuando las tendencias refieren su carácter como institución identitaria social, develan una propuesta contestataria a la tendencia recurrente de su simplificación en las interacciones cotidianas, relegación que deja como resultado un desconocimiento de la potencia y la capacidad de gestión de este mecanismo.

La marca de la institución alude a su papel como marco de movilidad e instalación de identidades y tendencias. Según la *American Marketing Association*, se define como “aquel nombre, término, signo, símbolo o diseño o aquella combinación de los elementos anteriores, cuyo propósito es identificar los bienes y servicios de un vendedor o grupo de vendedores y diferenciarlos de la competencia” (citado en Kotler y Keller, 2006, p. 274). De hecho, se considera que la marca es la expresión

esencial de la empresa moderna (Klein, 2001), por cuanto transmite su significado al mundo a través del lenguaje publicitario, con el cual se ofrece una imagen que proyecta confianza y asegura la calidad, valores a largo plazo “por intermedio del nombre y de unas asociaciones que amplían o reducen las características utilitarias de los productos” (Schmitt y Simonson, 1998, p. 37).

En la referencia institucional, lo que predomina es la relación valor-imagen-significado. De hecho, el ejercicio hermenéutico realizado por Bruno Remaury (2005) en los relatos que constituían algunas de las principales marcas mundiales lleva consigo la discusión de la fabricación de una nueva mitología a partir de los mitos precedentes. Son construcciones colectivas que encierran en su oralidad y su narración la personificación de los valores determinantes de cada sociedad.

Fruto de lo que el Remaury (2005) define la “parte emergente de un sistema de representación” (p. 12), los valores griegos vienen transmitidos nuevamente por las historias de sus dioses que, a su vez, son revestidos por los relatos de las marcas a través de la consigna en el eslogan y su referente semiótico.

La imagen es susceptible, entonces, de ser una entidad maleable, con la cual la marca como institución identitaria restablece el aura del objeto como objeto de consumo (Remaury, 2005). A su vez, comunica colectivamente, a través de rasgos de identificación, las tendencias culturales que se posicionan en la cotidianidad y los repertorios materiales que acompañan o materializan dichas tendencias. El resultado es una institucionalización de formas y texturas que van transformándose con las emergencias y rupturas, como sucede en campos como la moda y el diseño, por ejemplo.

Una marca como mecanismo de memoria emplaza signos en la experiencia personal y, con el paso del tiempo, aglutina repertorios colectivos de experiencia, con los cuales se instala en la intimidad de las ciudades, como lo muestran los comerciales de las bebidas apostados en escenografías de reuniones familiares, asados y ceremonias religiosas, que crean demandas de productos o imágenes que antes no existían, como la referencia de las gaseosas en los asados, las celebraciones donde hay tortas que partir, entre muchas otras.

Entre agencia e institución, la marca ha sido un mecanismo por el cual han pasado valores sociales y prácticas significadas con las cuales se vive la cotidianidad; a su vez, es un tejido que desenlaza en favor de unos grupos y la invisibilidad de otros las maneras de ser en la ciudad. Vale la pena seguir de cerca el hilo de esas huellas que vienen desde el Paleolítico y que se pueden apreciar hoy con las representaciones e imágenes que llenan la vida urbana.

En Colombia la reflexión y profesionalización de la creación de marcas desde el diseño y la comunicación estuvo relacionada con la tendencia a la formación internacional de diseñadores y arquitectos. La relación marca-arquitectura tomó en Bogotá unos visos interesantes en la relación entre la ficción narrativa o semiótica de la impronta y una materialización en las formas urbanas y cotidianas:

“La ‘marca de fábrica’ como símbolo penetra profundamente en la evolución humana” (Gómez, 1976, p. 26). De hecho, en un artículo sobre la exposición de la vida profesional del diseñador David Consuegra, considerado pionero del diseño gráfico en el país, se aduce que es oportuno su retorno a un país “[...] que si no estaba en un caos visual, por lo menos no sabía —o no había tenido tiempo para aprender— que la información gráfica formaba parte del desarrollo tecnológico” (Aguilar, 1989, p. 36).

Lo que siguió en Colombia fue una serie de desarrollos anudados a las tendencias internacionales que, ante todo, elevaron los valores de la estética comunicacional de la marca en diferentes escenarios de su presencia tanto empresarial como cultural. “En el pasado, en muchas ocasiones, aquello que importaba de las cosas y de las ideas era la substancia; la forma, la imagen, podían ser decadentes o no existir. Hoy sucede lo contrario: la substancia, el mensaje, la idea, pueden ser banales, aquello de valor es la manera en que se expresa” (Gómez, 1976, p. 28).

Con estas ideologías entusiastas sobre una diáspora gráfica expresiva saltan los anuncios de los impresos y los televisores a tomarse las calles y los hogares; se puede decir que el siglo XX fue el siglo de la toma urbana publicitaria y, en consecuencia, el siglo de la marca como agente constitutivo de los diálogos entre economía y cultura. La visualidad inunda las calles europeas y norteamericanas después de la Posguerra y en Colombia, como en otros países latinoamericanos, la arquitectura se adapta a la necesidad comunicativa del aviso y la instrumentación tecnológica publicitaria ecologiza las maneras de transitar la ciudad, naturalizando la presencia del cartel, la valla, el aviso, el pasacalle, entre otras formas producidas por el mecanismo marca.

3. Lecturas del aviso, el cartel y el anuncio audiovisual

Cuando se revisa la exploración semiótica de Roland Barthes (1986) y de Umberto Eco (2005) sobre el problema del anuncio publicitario, se identifica una serie de elementos que se pueden comprender como *activadores* del orden simbólico; dichos activadores funcionan en relación con los anclajes narrativos en la confección de sensaciones y reacciones, en su mayoría dirigidas al inconsciente del sujeto. Nicho narrativo y activador semiótico interactúan en los avisos y anuncios publicitarios.

En Barthes (1986) es comprensible que la publicidad apueste de manera intencionada todo lo que expresan sus imágenes y que no haya una accidentalidad de la forma. Con la propuesta de los tres mensajes, Barthes configura un modo de entrada a la lectura del cartel y del aviso publicitario que contiene “[...] un mensaje lingüístico, un mensaje icónico codificado y un mensaje icónico no codificado” (p. 33), reconociendo la dificultad de separar los dos últimos mensajes, al atender que la imagen codificada o dispuesta en una estrategia se confunde

con la imagen que se presenta o simula accidental, donde los significantes no son legibles a primera vista.

A pesar de las dificultades que genera una lectura rigurosa de la imagen, es clave reconocer que se establecen sistemas de denotación y connotación donde ocurre la transposición de signos de un sistema a otro, con lo que se produce una reconventionalización social del símbolo, operación esencial en la marca y la publicidad.

Para Eco (2005), la lectura de la imagen en la publicidad evidencia la presencia de las codificaciones sígnicas y se basa en la programación de códigos visuales, que van en una articulación que interactúa con la percepción y con el acervo simbólico de los sujetos. Para ello dispone de dos condiciones: “a) que todo acto comunicativo se funda en un código; b) que todo código no tiene necesariamente dos articulaciones fijas (que no sean dos y no sean fijas)” (p. 223), con lo cual el autor busca debatir el condicionamiento de la doble articulación utilizada por Levi-Strauss y, de paso, dejar claras las operaciones semióticas que concurren en la confección del aviso publicitario.

Con base en lo anterior, leer los avisos y carteles es entrar a desglosar los códigos con los cuales se consolidan los diseños culturales del capitalismo contemporáneo en su materialización del gesto urbano. La manera en que dichas cadenas de signos circulan da cuenta de las maneras de habitar la ciudad y, así mismo, de cómo la ciudad detona los intercambios de cadenas y, por lo tanto, de repertorios narrativos y semióticos sociales.

Lo que se halla en la ciudad es la tensión entre las hegemonías semióticas y la competencia por la permanencia de unos sobre otros como señales masivas orientadoras de la ciudad. Al respecto, Mauricio Lazzarato (2012) plantea que las semióticas significantes ejercen un control que pliega las otras semióticas: “[...] es una operación política, ya que, por una parte, la toma de significado es siempre inseparable de la toma de poder [...], se pliega a la lógica de la representación y significado, que neutralizan y reprimen todas las demás funciones del lenguaje y de los signos” (p. 715).

El resultado de la semiótica significativa es la existencia de una servidumbre maquina que Lazzarato (2012) propone para pensar en las sujeciones de las acciones humanas al sistema global, las cuales permiten entender que la agencia de las máquinas semióticas se sitúa principalmente más allá de la transmisión, “[...] en una intervención que actúa; allí donde surge la experiencia, este sistema actúa sobre las condiciones de aparición de la emoción de la palabra y de la acción” (p. 717).

En este sentido, las máquinas como productoras de visiones y acciones en los sujetos se apoyan en las activaciones de formas, colores y sonidos que no significan hasta ponerse en cadena con la intención y el ecosistema simbólico indicado. Son un territorio comunicativo tejido por los medios de comunicación que llevan

a una enunciación territorializada y logocéntrica, en un capitalismo que se caracteriza, cada vez más, por una enunciación desterritorializada y maquinocéntrica.

De este modo, anclajes narrativos y activadores semióticos son elementos clave de avisos y piezas publicitarias que configuran el discurso de marca y su existencia como unidad analítica, con la cual se mueven repertorios culturales e imaginarios sociales. Como muestra breve, analizaremos un fragmento del bloque operacional de la oferta automotriz Urbana 99 sobre algunos avisos que circularon en algunos comerciales de televisión, en juego con revistas como *Cromos* y *Semana*.

4. Archivos fijos y móviles y su lectura semiótica: el caso Renault

La marca francesa Renault (Sofasa) se vale de otro tipo de relaciones con el sentido común desde la emoción y las costumbres. El Renault 4, llamado popularmente el “amigo fiel”, se metió en el repertorio nacional desde mediados de la década de 1970, llegando a ser reconocido como símbolo nacional por los colombianos, tal como lo señala la investigación realizada por Adriana Mejía para la serie de televisión de Señal Colombia *Los puros criollos* (Machado, 2012). En esta serie se recoge una gama de características que la marca apropió para consolidar la fama y el empoderamiento del Renault 4 como el amigo fiel.

En Colombia, este fue el primer automóvil que, desde su salida del concesionario, se pensó para los sectores populares. Con el paso del tiempo, su precio aumentaría, transformándolo en una especie de fetiche y vehículo de colección. Con respecto a sus anuncios, las propagandas de televisión (1979 y 1980) muestran su imagen en animación y hay frases en el *jingle* como: “Amigo de la ciudad, amigo del buen andar, amigo de los amigos, amigo de las montañas, amigo de las rectas y de las curvas, amigo del sol es el amigo fiel” (figura 2). En las imágenes se ven familias numerosas, familias campesinas en una ronda infantil en la que el automóvil está personificado como un ser vivo más en la escenografía, que sonríe y tiene ojos juguetones en medio de las miradas desconfiadas de sus compañeros de vía de otras marcas.

Con esta imagen y su canción en el formato audiovisual se busca generar memoria auditiva del estribillo del amigo fiel y su poética colorida. Ya en el aviso impreso se encuentran elementos de ese matiz de la animación para plasmarlos en la escenografía fija, con las consignas desarrolladas por la marca y basadas en frases coloquiales y familiares como: “Mejor que nunca. El amigo fiel más guapo que nunca” (figura 3), esta última frase encerrada en signos de admiración como expresión emotiva que recurre a la memoria agenciada por los comerciales y por la distinción de personificar al automóvil como un ser viviente que siente y se encarna con su usuario. Este efecto lo podemos ver en los testimonios de la serie de Señal Colombia *Los puros criollos*, en la cual algunos usuarios afirman: “[...] eso sí,

le doy hasta piquitos [besos pequeños], lo limpio bien bonito y le digo ‘mañana necesito ochenta o cien mil pesitos’ y a veces me los da [...]” (Machado, 2012).

Figura 2. Fotogramas de “El amigo fiel”
(comercial de televisión de 1979 y 1980)



Fuente: fotograma del Archivo Audiovisual Colombiano (1980).

La emotividad como estrategia central de la agencia semiótica de la marca —en este caso, francesa— se conecta, en las lecturas más recientes, al utillaje simbólico de la cultura popular, recogida en el carácter “criollo” de esta serie, como lo presenta el fotograma de la serie de televisión en la figura 4, donde el Renault hace parte de un ajuar de símbolos de la cultura popular colombiana.

Figura 3. Aviso publicitario de Renault 4 en *Cromos* (n.º 3 412 de 1983)



Fuente: *Cromos* (1983, p. 25).

Figura 4. Presentación de la serie *Los pueros criollos* de Señal Colombia, donde aparece el Renault 4



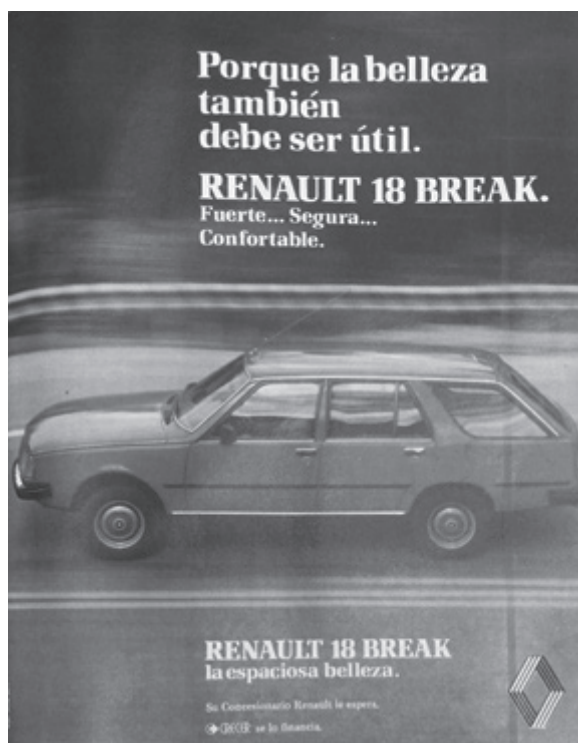
Fuente: fotograma en Machado (2012).

Para las gamas dirigidas a sectores de la clase media, la marca Renault recoge su estrategia de adoptar la naturalidad del paisaje colombiano, pero dentro de un estilo más sofisticado en la narrativa del anuncio (figura 5), a través de una fotografía en movimiento (o efecto de imagen en movimiento) de la camioneta color rojo en la carretera, en la cual se ve una baranda de contención con abismos y pendientes propios del paisaje de las carreteras en Colombia. La consigna encabeza el aviso mientras la marca y el eslogan lo cierran en la parte inferior, con el logo del rombo Renault en el costado derecho inferior.

La presencia de señales y colores de tránsito, aunque son de tipo internacional, son parte del panorama de las carreteras colombianas: la doble línea amarilla, el asfalto con desgaste y la barandilla que se usa en las curvas peligrosas, y las zonas de pendientes pronunciadas son símbolos del estilo de marcado y detalle con el cual se busca activar la naturalidad de los paisajes en la memoria del espectador.

También en la infografía se divisa la imagen del conductor en ropa casual, explotando el lugar común de la sencillez como valor del ciudadano de la calle. La consigna “Porque la belleza debe ser útil. Renault 18 Break, fuerte, segura, confortable” encabeza el aviso y permite interpretar en las consignas un contrapunteo de esta marca con referencia a la Volkswagen alemana. La consigna mencionada va dirigida a la exaltación del confort como concepto de placer de la movilidad. En este caso, es una crítica tecnológico-funcional desde lo tecnológico-estético con frases como “Renault 18 Break la espaciosa belleza”, que reúne la funcionalidad de un espacio amplio dotado de belleza, en el cierre del aviso.

Figura 5. Aviso publicitario de Renault 18 Break en *Semana* (n.º 3 de 1982)



Fuente: *Semana* (1982, p. 15).

En la campaña de Renault, el mecanismo marca opera sobre la activación de signos en expresiones emotivas tanto de la identidad en el orgullo del territorio, como de la exaltación de los valores del colombiano común a través de la fidelidad, la tenacidad y el sentido de la amistad. Esto permite configurar un repertorio de confianza con el espectador y sus familiares, como se desarrolló en la campaña del amigo fiel y la referencia al paisaje, como parte de un nicho o una ecología de las imágenes y las palabras para implantar una idea, como ocurre en el uso de alegorías, ya sea por dibujo o fotografía, a la geografía nacional.

Por otro lado, detrás de los análisis hay una escenografía operativa en la cual las fuentes audiovisuales son esquivas. En el proceso de levantamiento de las imágenes, una dificultad de fondo es la imposibilidad de acceder a la sección comercial de las piezas conservadas en los archivos de instituciones garantes de la memoria visual, como la Radio Televisión Nacional de Colombia (RTVC); como se mencionó en el contexto introductorio del presente texto, los derechos de acceso y uso de la información comercial son de exclusiva propiedad de las agencias publicitarias y sus clientes. De tal modo, el acceso a las imágenes en

muchos casos queda restringido a las fugas visuales por cuenta de grabaciones caseras de cazadores de videos que recuperan de manera artesanal casetes de VHS y Beta, entre otros formatos; Con estos se grababa, a finales de la década de 1990, novelas y series de televisión en las que también quedaban grabados sus comerciales.

Esta es la información instrumental sobre la que vive el investigador de este periodo, solo comparable con el carácter fugaz del aviso o el meme en la web que, dependiendo de la política del micrositio, se conserva o se borra. Esta fragilidad constituye en sí misma un riesgo para la memoria publicitaria y para el reconocimiento de la forma en que se circularon los repertorios culturales para la instalación de prácticas y formas de ser y vivir socialmente.

Procesos de investigación sobre estos acervos nos devuelven a interrogantes que ya están tomando forma retórica: ¿para quién se recuerda? En este sentido, ¿cuál es la conveniencia de la conservación del acervo publicitario? ¿Cómo ha sido el papel de la empresa comercial y privada en la fabricación e instalación de memorias en lo colectivo?

Estos son algunos interrogantes que debemos ir gestionando a medida que avanzamos en la consolidación de nuevos procesos de investigación y desarrollo de exploraciones en acervos que, en este caso, salvo el delicado tono del uso de las imágenes comerciales de las revistas, resultan volátiles a la luz de la importancia de situar las memorias y los archivos como designios materiales de su existencia.

5. Cierre

Como conclusión preliminar, podemos decir que la marca como dispositivo narrativo-semiótico-cultural crea una espacialidad articulada a un sistema publicitario no exclusivamente empresarial, territorios comunicativos que se apropian como plataformas de un medio artificial que conecta la vida a dispositivos de enlace y conectividad comunicacional. El proceso investigativo muestra que la marca, en su condición de función de expandir espacialmente afinidades comunicativas, logra instalarse socialmente como un contenedor donde la imagen que la anima, al desplazarse, modifica y deconstruye sus contextos espaciales convencionales, provocando unas integraciones que traslapan las viejas fronteras nacionales, sociales, culturales, políticas y religiosas, que expanden o contraen sus diversas posiciones territoriales.

Por este hiato de ruptura y facilitación, la imagen permite reconocer otras problemáticas supra e infraculturales que se enuncian como de carácter pragmático, y desde las cuales se hizo el acercamiento, plasmado en una narrativa semiótica-crítica de la función-marca en una ciudad —para este caso, Bogotá—, que está sujeta a la condición de existencia de sus acervos visuales como fuentes de indagación de este tipo de memoria.

Para este enfoque, los objetos en su encadenamiento semiótico dibujan trayectorias programáticas culturales sobre la intimidad y las subjetividades de los habitantes de la ciudad —tema trabajado por otros enfoques y disciplinas—. En la elección del automóvil, entre otros elementos como la vivienda y el centro comercial, hay objetos de programación y configuración territorial que, gracias a este tipo de acervos y sus memorias, permiten no solo dar cuenta del papel de la marca y la publicidad como operadoras de memoria en la transformación de la ciudad contemporánea, sino de la potencia de un enfoque tecnosemiótico en el análisis de los fenómenos urbanos que aportan al estudio del consumo como un lenguaje global contemporáneo.

Referencias

- Archivo Audiovisual Colombiano. <https://www.youtube.com/watch?v=X3uEsbMxMzU>
- Barthes, R. (1986). *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Paidós.
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. Alianza.
- Baudrillard, J. (2001). *El otro por sí mismo*. Anagrama.
- Baudrillard, J. (2007). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Alianza.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica.
- Castiblanco, A. (2018). *Marcas y marcajes. Otras memorias y luchas en Bogotá a finales del siglo XX y principios del XXI*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Costa, J. (2010). *La marca. Creación, diseño y gestión*. Trillas.
- Costa, J. y Moles, A. (2014). *Diseño y publicidad. El nuevo reto de la comunicación*. Trillas.
- Cromos (1983). RENAULT 4 GTL. Mejor que nunca! Por dentro y por fuera! [Imagen]. (3412), 25.
- Dalle, F. (1991). Prólogo. En J. Kapferer y J. C. Thoenig, *La marca: motor de competitividad de las empresas y del crecimiento de la economía* (pp. v-xviii). McGraw Hill.
- Eco, U. (2005). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. De Bolsillo.
- García Canclini, N. (1988). *Las culturas populares en el capitalismo*. Nueva Imagen.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo.

- García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados*. Gedisa.
- Gómez, C. G. (1976). El símbolo. *Proa*, (260), 26 -27.
- Grass, A. (1976). Marca para un presidente. *Proa*, (260), 32-33.
- Klein, N. (2001). *NO LOGO. El poder de las marcas*. Paidós.
- Kotler, P. y Keller, K. (2006). *Dirección de marketing*. Pearson.
- Larcher, J. (1988). El logotipo o la palabra imagen. En G. Blanchard (Ed.), *La letra* (pp. 117-39). Enciclopedia del Diseño Ediciones CEAC.
- Lazzarato, M. (2012). El funcionamiento de los signos y de las semióticas en el capitalismo contemporáneo. *Palabra Clave*, 15(3), 713-725.
- Leroi Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Universidad Central de Venezuela.
- Levi - Strauss, C. (1997). *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama.
- Machado, N. O. (Dir.). (2012). *Los puros criollos* [Película].
- Marx, C. (1975). *El Capital*. Siglo XXI.
- Mattelart, A. (2002). *Geopolítica de la cultura*. Desde Abajo Ediciones.
- Molina, V. J. (1994). *Viva la publicidad viva*. Impresiones Gráficas Ltda.
- Moxey, K. (2005). Estética de la cultura visual en el momento de la globalización. En J. L. Brea (Ed.), *Epistemología de la visualidad en la era de la globalización* (pp. 27-38). Akal.
- Otálora, L. y Sánchez, V. (2011). *La publicidad en el banquillo. Ecología, consumo y subjetividad*. Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Pasotti, E. (2010). *Marcas políticas en las ciudades. El declive de las maquinarias políticas en Bogotá, Nápoles y Chicago*. Universidad del Rosario.
- Pineda, C. A. (2007). Propaganda y publicidad comercial. Un principio diferenciador. *Questiones publicitarias*, 1(12), 107-128.
- Raventós, J. M., Chanagá, N., Ángel, S. y Ruíz, J. (2004). *Cien años de publicidad colombiana, 1904-2004*. Centro de Pensamiento Creativo.
- Remaury, B. (2005). *Marcas y relatos. La marca frente al imaginario cultural contemporáneo*. Gustavo Gili.
- Sanabria, F. (2004). *Desgeneralizaciones del mundo, reflexiones sobre procesos de globalización*. Universidad de Caldas.

- Sanabria, F. (2009). *Ficciones sociales contemporáneas*. CES - Universidad Nacional de Colombia.
- Schmitt, B. y Simonson, A. (1998). *Marketing y estética. La gestión estratégica de la marca, la identidad y la imagen*. Deusto.
- Schraeder, C., Sánchez, V., Gómez, N. y Pinzón, S. (2015). *La publicidad como espejo de la sociedad*. Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Semana (1982). RENAULT 18 BREAK [Imagen]. (30), 15.
- Serna Dimas, A. (2006). *Ciudadanos de la geografía tropical*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Serna Dimas, A. (2012). *Entre monas y sedas: derechos, bienes y ciudadanía. Bogotá 1930-2000*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Toffler, A. (1981). *La tercera ola*. Círculo de Lectores.
- Veblen, T. (2014). *Teoría de la clase ociosa*. Alianza.
- Weber, M. (2012). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Alianza Editorial.

Los viajeros están de viaje: turismo, memoria y la experiencia cultural del viaje

Fabián Andrés Llano*
Giovanny Araque Suárez**

Introducción

Las diferentes representaciones e imágenes que se asocian con el descubrimiento de Auschwitz entre enero y abril de 1945 han pretendido explicar el acontecimiento que dejó en *shock* al mundo. Además de la producción de libros y material probatorio, aparece la imagen como elemento fundamental para la condena de los nazis. De acuerdo con Sánchez (2004), el afán de combatir cualquier denegación del crimen llevó a cineastas como Sidney Bernstein, Alfred Hitchcock y el montador Peter Tanner a ordenar y dar forma de película a los abundantes rollos rodados a la entrada de los campos de concentración. Estos montajes permitieron el intercambio de imágenes con cineastas como George C. Stevens, quien poseía las imágenes recolectadas por el servicio americano de crímenes. Según este mismo autor, en este contexto prosperó una idea asociada a una especie de pedagogía del horror que empezó a difuminarse bajo la urgencia testimonial para dar a conocer la barbarie por medios visuales. Bajo las exigencias de

* Doctorado en Estudios Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

** Facultad de Ciencias Sociales y de la Educación, Fundación Universitaria Compensar.

documentación y las necesidades jurídicas de la inculpación, se hizo evidente una directriz autenticadora que consistía en dejar que las imágenes hablaran por sí mismas con el propósito de convertirlas en las pruebas en contra de los crímenes nazis.

De otro lado, la referencia a Francis Boix, fotógrafo español miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña (JSUC), representa otra experiencia similar, en este caso referida al campo de concentración de Mauthausen. En plena dictadura franquista, Francis Boix partió a Francia para escapar de las persecuciones por parte de las JSUC¹; allí fue capturado por los nazis en 1940 y deportado al campo de concentración de Mauthausen, donde permaneció por cuatro años y tres meses hasta su liberación en mayo de 1945. La historia de Boix resulta relevante porque representa una lucha por mantener el deber de memoria mediante una resistencia al olvido. Como ayudante de fotografía, Boix fue designado para colaborar en el laboratorio de fotografía del mencionado campo, donde fue testigo con su cámara Leica de atrocidades contra la dignidad humana.

Parte de su resistencia consistió en guardar los negativos, que circularon por el laboratorio, de algunas fotografías macabras que, posteriormente, podrían inculpar a algunos miembros de las fuerzas nazis. Aunque el caso ha sido documentado en algunos libros y reportajes periodísticos, también ha sido difundido a través del cine. La experiencia de Boix, ahora referenciada con la película *El fotógrafo de Mauthausen*, de la directora Mar Tarragona, se convierte en otra forma de difusión del genocidio. De acuerdo con la narrativa cinematográfica, los negativos fotográficos convertidos en archivos y testimonios fueron custodiados por una red de apoyo que arriesgó su vida para sacar los archivos del campo de concentración y, de esta manera, mantener la esperanza de difundir posteriormente el horror allí vivido. Para corroborar que todo ese esfuerzo no quedara en la impunidad y en el olvido, en la narración de la película aparecen al final las fotografías reveladas de lo sucedido en Mauthausen, junto con algunas imágenes que dan cuenta del testimonio de Boix con el develamiento de su archivo fotográfico en el juicio de Núremberg, acusando a algunos alemanes implicados en estos hechos².

1 De acuerdo con Casterás (s. f.), las Juventudes Socialistas de la “Unión Socialista”, el pequeño grupo de las Juventudes del “Partit CATALA Proletari” que no se llegó a integrar en “Estat CATALA”, las Juventudes Comunistas del Partido Comunista de España y la Federación Catalana de las Juventudes Socialistas de España, constituirían en 1936 las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña, homologables a las JSU de España. Junto a todas estas organizaciones, adscritas a unos determinados partidos políticos, pero con capacidad crítica e incluso rupturista, existieron las Juventudes del Bloque Obrero y Campesino y las Juventudes de Izquierda Comunista que en 1936, y con vocación peninsular, conformaron también las denominadas Juventudes Comunistas Ibéricas del Partido Obrero de Unificación Marxista.

2 En los ejemplos expuestos con anterioridad se ha mostrado la relevancia dada a la imagen. Esta importancia se puede explicar mediante algunas referencias que resultan esclarecedoras. De acuerdo con Collingwood (2012), entre el siglo XIX y parte del XX, la razón histórica y la razón fotográfica encuentran cierta complicidad en el uso de la técnica como elemento que poco a poco

Ahora bien, estas representaciones e imágenes que han circulado bajo el símbolo de Auschwitz y que, además, han sido posicionadas por medio de producciones escritas y montajes cinematográficos sobre el horror, se han expandido a otros frentes de difusión que buscan promocionar la visita a estos lugares petrificados y aparentemente detenidos en la historia. Aquí resulta importante mencionar que los medios de producción y difusión como Internet, el cine y las series televisivas han logrado difundir unos sentidos y significados de hechos del pasado, al convertir estos lugares desolados e imaginarios en museos sin pared que bien pueden ser visitados y consumidos (Malraux, 2017)³. En estos espacios re-creados, el problema de la memoria cobra actualidad sobre la base de montajes alrededor de las experiencias vividas en los campos de concentración y de la promoción de lugares de memoria para un público que busca respuestas o que simplemente requiere constatar las ficciones que ha consumido.

En esta dinámica, el problema asociado a la memoria se vincula con unos usos lucrativos de la memoria y la difusión de lugares de memoria (Nora, 1992)⁴.

intentará desplazar a la escritura de la historia de su sitio privilegiado. Si bien es cierto que los documentos —monumentos— que más interesan al historiador historicista siguen siendo los documentos escritos, que la escritura y la lectura —en sentido restringido— siguen siendo las tecnologías que de manera privilegiada solventan la acumulación, el procesamiento, la configuración y la difusión del conocimiento histórico, no será en la tecnología de la escritura, sino en la de la fotografía, donde la razón historicista encontrará, probablemente sin saberlo y ciertamente sin reconocerlo, su soporte estructural (p. 93).

- 3 La idea de plantear un museo imaginario y un museo sin pared, en efecto, no es una idea original. Proviene de los planteamientos de André Malraux, quien en la década de los cuarenta plantea la posibilidad de un museo sin límites y sin restricciones de ninguna clase. El símil se utiliza para denotar que, bajo la dinámica de Internet, se multiplican las posibilidades de ofertas turísticas al mostrar unos itinerarios creados con una oferta complementaria muy específica que, por lo menos, da cuenta de dos momentos en la experiencia turística. El primer momento se enmarca en la mirada de la ventana (Internet), que introduce una relación directa con las geografías imaginarias a las que se enfrenta el navegador. Aquí, sin una aparente restricción, el usuario o el turista crean un espacio vital de experiencia donde conocen virtualmente los lugares que pretenden recorrer. El segundo momento es de constatación de esta experiencia virtual vivida en escenarios y lugares concretos. De ahí la importancia comercial de tener coherencia entre uno y otro momento de la experiencia turística.
- 4 Esta referencia al concepto de lugares de memoria propuesto por Pierre Nora plantea la imagen de un núcleo que condensa diferentes representaciones y constituye las marcas y los signos del pasado en un territorio. En este proceso de construcción de los lugares de memoria se presentan confrontaciones y negociaciones en las formas de representación del pasado mediante proyectos de conmemoración y rememoración (Palacios, 2010). Por lo general, el uso turístico de estos denominados “lugares de memoria” tiende a reproducir el efecto de los historicismos en la elaboración de guiones interpretativos apegados a estos discursos sobre el pasado. Ahora bien, habría que tener en cuenta las advertencias de Walter Benjamin (2008) cuando sostiene que todo documento de cultura (ya sean textos, monumentos o cualquier otro dispositivo) tiene su contraparte en un documento de barbarie. De acuerdo con Serna Dimas (2012a), un efecto último de los historicismos lleva a que conmemorar se traduzca como dar a conocer, erigiendo, por ejemplo, lugares de la memoria, esa ficción tan recurrida desde que la plantea Nora, de la que distintos autores señalan que no ha sido sino una versión edulcorante de la historia francesa que vindicaba al Tour de Francia, pero omitía cuestiones tan sensibles como las guerras colonia-

En efecto, este constante bombardeo de imágenes y representaciones sobre la guerra permite desplegar un mayor interés en la actividad turística en lo que se ha denominado la *turistificación* del pasado. Concreciones directas de este fenómeno se expresan en propuestas alternativas de turismo desplegadas en las siguientes tipificaciones: turismo de memoria, turismo oscuro, tanatoturismo, turismo del trauma, turismo de reconciliación o turismo fénix, sin dejar de lado el turismo de lugares en conflicto, conocido como *danger zone tourism*. Estas propuestas, basadas en mayor medida en las actividades de tipo económico, establecen directrices que buscan no solo autenticar y testimoniar lo ocurrido, sino difundirlo y popularizarlo.

Es por esto que, sin la mediación de un turismo responsable, los guiones interpretativos narran sin tapujos los hechos más crueles, bajo unos relatos que buscan impactar al visitante mostrándole lo que quiere ver. En una especie de simulacro y acuerdo implícito entre el operador turístico, el guía turístico y el turista, se articula una complicidad bajo una narración de representaciones del pasado que está plagada de anécdotas y de imprecisiones espaciales y temporales. Bajo una planificación del viaje con los tiempos justos y unos itinerarios calcados para todos los momentos y públicos, es poco práctica una narración de corte estructural y con una profundidad importante. Lo que sí resulta problemático, sobre todo para el caso de un turismo de memoria, es la promoción de la visión y la popularización del perpetrador, que deja por fuera a las víctimas de los acontecimientos. Tal es el caso de los ya famosos “narcotours” inspirados en las series de los capos, que han difundido una cartografía del crimen en Medellín. En la recomendación de sicarios reconocidos y populares, se exalta el antivallero y la promoción de una especie de apología del “patrón” Pablo Escobar, en una ruta que lleva su nombre⁵.

Ahora bien, estas dinámicas turísticas corresponden a una diversificación de la oferta y a un creciente mercado que busca hacer de las experiencias culturales eventos de fácil recordación y de consumo masivo. Es imposible negar el impacto y el alto crecimiento del turismo en el mundo y tampoco se puede desconocer a las agencias y las políticas públicas que buscan promocionar países, ciudades y regiones como destinos turísticos importantes. Si la Organización Mundial del Turismo (OMT) promueve la idea del turismo como catalizador para la paz y el desarrollo, y algunas iniciativas gubernamentales buscan fortalecer la imagen de las regiones por medio de la relación entre turismo y paz, entonces cabría hacer las siguientes preguntas. Con respecto a las propuestas turísticas reafirmadas sobre el dolor de las víctimas y la promoción de correlatos donde se posiciona a un perpetrador, ¿en realidad qué se requiere promover? ¿Se requiere de una ética

listas de Argelia (p. 72).

5 Corroborar en Pablo Escobar Tour (s. f.).

del turismo y una ética de la memoria para plantear un turismo responsable? ¿Quiénes tendrían que hacer parte de estas apuestas turísticas? ¿Hasta qué punto las experiencias culturales pueden ser susceptibles de convertirse en experiencias turísticas? ¿Es válido pensar en una relación entre el turismo y los procesos de reconciliación? En este proceso, ¿qué pasa con las ciencias sociales y humanas? ¿Acaso no les corresponde abordar un objeto de estudio como el viaje?

Vale la pena advertir que lo que se enuncia en este capítulo no constituye una propuesta de emprendimiento turístico enmarcada en una especie de *marketing* de la memoria, ni mucho menos la elaboración de un producto o un modelo turístico en capacidad de homogeneizarse. De entrada, se abandona la idea clásica del turismo que reduce el viaje a “un espacio banal de esparcimiento”, afianzada en la lógica del ocio y el tiempo libre, propia de una cultura de viaje entronizada en la actividad económica, que promueve la idea de un viajero que goza de una relativa falta de condicionantes. Esta ideología del viaje, refirmada en la literatura de viajes con las historias de viajeros burgueses victorianos y contaminada por la localización de clase, género y raza, refuerza constantemente la idea del cosmopolitismo, el elitismo y la escasa movilidad de personas con pocos recursos (Clifford, 1995).

Más que plantear una nueva teoría sobre un objeto de estudio como el viaje, la pretensión de este capítulo apunta a reflexionar sobre la necesidad de comprender los conocimientos del viaje y el fenómeno de desplazamientos de diferentes itinerarios culturales, y más cuando se hacen evidentes en temas tan sensibles como los conflictos, la memoria y la reparación simbólica. De esta manera, una forma para pensar y proponer nuevos sentidos en el abordaje del viaje como objeto de estudio es precisamente el planteamiento de nuevas relaciones entre el turismo, la memoria y la reparación simbólica.

Finalmente, abordar la relación propuesta entre el turismo, la memoria y los procesos de reparación simbólica implica plantear un recorrido epistemológico y conceptual en cuatro direcciones. En primer lugar, se hace necesario realizar un acercamiento al estatuto epistemológico del turismo como disciplina para comprender su estructuración y su diversificación. En segundo lugar, desde las múltiples tipificaciones del turismo se propone identificar las relaciones entre el turismo, el patrimonio cultural y la aparición de propuestas emergentes conectadas con las relaciones entre *turismo y memoria* y *turismo y conflicto*. En tercer lugar, desde estas problemáticas que vinculan temas relacionados con las ciencias sociales, se proponen puentes entre los diferentes repertorios materiales e inmateriales objetivados y legitimados, como el patrimonio cultural, y otras formas culturales menos reconocidas dentro de las dimensiones del patrimonio cultural, como legados o conjunto de bienes culturales dignos de conservación. Por último, desde experiencias asociadas al conflicto armado colombiano, se busca resignificar las comprensiones sobre las relaciones entre el viajero y el

turista al acoger unas propuestas teóricas de la sociología y la antropología, que permiten una comprensión más allá de las versiones predominantes del turismo.

1. Acercamiento al estatuto epistemológico del turismo

Desde la segunda mitad del siglo XX se hace evidente el repunte de la industria turística con un aumento considerable en la generación de riqueza y el aumento de su representación en el PIB, inicialmente en los países europeos y en los Estados Unidos, y posteriormente en todo el planeta. De acuerdo con Jafari (2005), en 1950 alrededor de 25,3 millones de turistas generaron USD 2100 millones. A finales del siglo XX, en 1998, el número de turistas internacionales estaba ya en 625 millones que gastaron de forma proporcional, llegando incluso, ese mismo año, a un gasto mundial total por turismo internacional y doméstico de más de USD 3 000 billones (p. 40). De acuerdo con las cifras de la OMT (2018), para el 2017 se registraron un total de 1 326 millones de llegadas de turistas internacionales a destinos de todo el mundo, cerca de 86 millones más que en el 2016. Los ingresos por turismo internacional aumentaron en un 4,9 % en términos reales (cifra ajustada por la fluctuación del tipo de cambio y la inflación) hasta alcanzar los USD 1,34 billones (1 340 000 millones) en el 2017 (OMT, 2018). Estos datos económicos no hacen más que confirmar la importancia del turismo como actividad económica y como alternativa de desarrollo.

Estos impactos en la economía mundial permitirían pensar en la posibilidad de un estudio más detallado sobre la actividad turística y sus impactos como fenómeno social. Sin embargo, esta inclinación del fenómeno turístico hacia su comprensión como actividad económica ha permitido que los temas sociales y las conflictivas relaciones culturales de los viajeros con los espacios y los territorios visitados no sean uno de los centros de interés del estudio del turismo (Llano, 2017). Asociado más a la súper industrialización, el turismo es pensado como experiencia preprogramada en forma de servicio que difícilmente involucra la pregunta por la alteridad (Donaire, 1993, p. 179, citado en Yori, 2006, p. 118).

Aunque son evidentes los resultados del turismo como actividad económica, son escasos los desarrollos teóricos y metodológicos en relación con la consolidación de un corpus de conocimientos específicos sobre este. El interés de diferentes agencias y agentes por darle una mayor autonomía relativa al turismo ha ubicado a este en visiones más funcionalistas y sustentables que abarcan las denominadas ciencias administrativas y de la gestión, la cuales han vinculado al turismo dentro de un campo de operaciones rentable pero, valga decir, poco estudiado. Aunque algunos autores como Campodónico y Chalar (2011) han intentado darle al turismo un estatus como campo de conocimiento transversal desde el pensamiento complejo, lo recurrente es la vigencia de la comprensión turística dentro de la doctrina general del turismo propuesta por Huziker y Krapf en 1942.

Estas visiones funcionalistas relacionadas con el ocio y el tiempo libre han dado protagonismo a variables como el dinero gastado, los motivos de viaje y el tiempo recorrido. Desde estas perspectivas asociadas a comprender el turismo como actividad económica, se reivindica el control del tiempo y el espacio en relación con las motivaciones del viaje bajo una serie de actividades programadas que han sido denominadas y criticadas por algunos autores como la excesiva planificación del viaje (Augé, 2008). Estas críticas de Augé sobre la transformación de las antiguas vacaciones, caracterizadas por veraneantes, el recorrido de paisajes y el encuentro con otros seres humanos, se dirigen específicamente a la ficcionalización del mundo y a la empaquetadura de viajes que han hecho de la naturaleza y de la cultura un producto susceptible de ser consumido. Al respecto, el antropólogo francés sostiene lo siguiente:

Pero, entendámonos bien: viajar, sí, hay que viajar, habría que viajar, pero sobre todo no hacer turismo. Esas agencias que cuadriculan la tierra, que la dividen en recorridos, estadías, en clubes cuidadosamente preservados de toda proximidad social abusiva, que han hecho de la naturaleza un “producto”, así como otros quisieran hacer un producto de la literatura y del arte, son las primeras responsables de la ficcionalización del mundo, de su desrealización aparente; en realidad, son las responsables de convertir a unos en espectadores y a otros en espectáculo. El mundo existe todavía en su diversidad. Pero esa diversidad poco tiene que ver con el calidoscopio ilusorio del turismo. (Augé, 2008, p. 16)

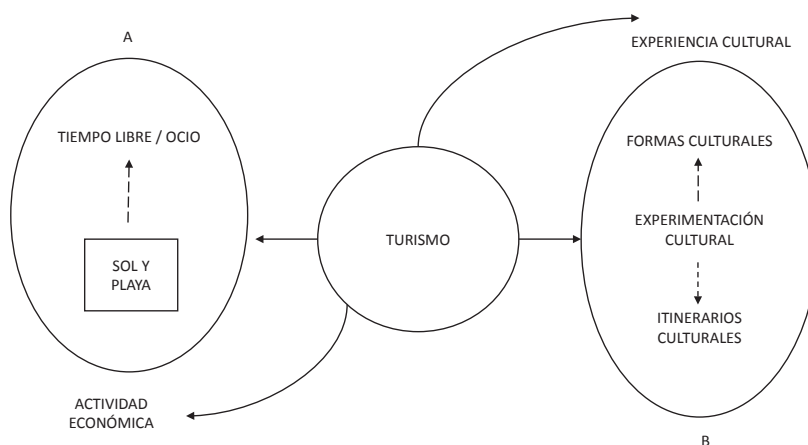
Estas denuncias, que ya se habían instalado entre los años setenta y noventa, promovieron críticas a un turismo de masas donde se arguye que la industria turística se relaciona con los dividendos económicos de grandes empresas, en detrimento del bienestar de las personas y de la cultura. Además, estas críticas coinciden con las denuncias que en 1967 hiciera Guy Debord sobre la sociedad del espectáculo, quien argumentó que la cultura se había transformado en mercancía. De ahí que la actividad turística fuera entendida como simulación y simulacro de la sociedad contemporánea bajo el modelo de Disneylandia (Baudrillard, 1977, p. 25). En este panorama, el turismo como objeto de estudio empezó a ser abordado con mayor rigurosidad desde la sociología y la antropología, pero, eso sí, sin abandonar las variables propias de la concepción clásica del turismo bajo las variables del origen de los turistas, los gastos efectuados por ellos y los niveles de ocupación (Campodónico y Chalar, 2011).

De acuerdo con Jafari (2005), desde la denominada plataforma precautoria del turismo no solo se realizaron una serie de críticas a la visión dominante del turismo (plataforma apologética), sino que estas dieron paso a una tercera plataforma donde prosperaron unas formas de desarrollo alternativo del turismo. Desde la plataforma adaptativa, aparecen como estrategias prescritas nuevas formas de diversificación del turismo. Entre ellas, se encuentran el agroturismo, turismo apropiado, turismo comuno-céntrico, turismo controlado, turismo de granja, turismo cultural o étnico, ecoturismo, turismo verde, turismo indigenista,

turismo vital, turismo de naturaleza, paraturismo, turismo responsable, turismo rural, turismo sensitivo, turismo de baja intensidad, turismo suave o turismo sostenible; la lista sigue creciendo e incluye el “no turismo” como una alternativa más (Jafari, 2005, pp. 42-43).

Ya para los años noventa, el abordaje del turismo desborda el ámbito netamente económico referido únicamente al ocio y al tiempo libre, y abre sus posibilidades de aplicación al plano de la cultura con mayor rigor en el denominado turismo cultural. Tal como se observa en la figura 1, esta comprensión de la experiencia turística asociada a la búsqueda de sensaciones, experiencias memorables y autenticidad abrió las posibilidades de reafirmación del turismo de aventura, el turismo de fantasía y el turismo cultural. Con la carta de turismo cultural de la Unesco de 1976, el turismo pasó de estar vinculado al conocimiento de monumentos y sitios históricos y artísticos, a vincular toda suerte de repertorios simbólicos como la gastronomía, las músicas y los diferentes archivos y tradiciones orales que pudieran expresar testimonios significativos y legados de las comunidades. Esta apertura cada vez mayor de la actividad turística a otros sentidos y significados ha incorporado las reflexiones sobre la cultura y el patrimonio cultural en sus diferentes acepciones como patrimonios lingüísticos, literarios, históricos, arqueológicos y religiosos, para ponerlos en valor, desde el intercambio cultural, en la forma de itinerarios culturales y recorridos turísticos. De acuerdo con Hernández (2015), en el contexto general de la disciplina proliferan nuevos ámbitos de estudio, “uniendo a los dominios más clásicos, otros asuntos tan dispares como el género, la salud, la medicina, la denominada antropología de las edades, la alimentación, el deporte, la pesca, el turismo, la antropología industrial y de la empresa, la educación o el patrimonio (p. 308).

Figura 1. El turismo como disciplina



Fuente: elaboración propia.

En el caso del turismo cultural y otras variaciones como el turismo experiencial y el turismo literario, estas reflexiones sobre el producto turístico se han extendido a unas formas mucho más experienciales y culturales asociadas al patrimonio que, valga decir, caen en la reproducción y asimilación de las versiones oficiales de la historia y en las anécdotas propias de este tipo de narración sobre el pasado. Ahora bien, estos procesos de organización disciplinar, asociados principalmente a procesos económicos bajo la práctica de la planificación del viaje, buscan una apertura mayor para los años noventa, cuando se hace evidente una participación cada vez más activa de otras disciplinas de las ciencias sociales, que da lugar a ciertas diferenciaciones como turismo rural, turismo de aventura, ecoturismo, turismo de fantasía y turismo cultural. En esta discusión es importante admitir que la hegemonía de disciplinas asociadas a la gestión, la administración y los procesos económicos se mantiene incólume.

En los términos antes mencionados, la actividad turística se enmarcó inicialmente en el ocio y el tiempo libre bajo una concepción funcionalista. Además, desde esta concepción prosperó una comprensión del fenómeno turístico como actividad económica que hasta hoy sigue siendo predominante. Lo que hace fuerte este predominio económico y administrativo sobre el turismo es precisamente la búsqueda de nuevos mercados para el turismo como actividad que redundaría directamente en la economía de los países, las ciudades y las regiones. En este contexto, el fenómeno turístico como actividad económica ha diversificado su mirada a concepciones mucho más culturales y experienciales, que no solo han permitido una explosión de la oferta turística bajo múltiples tipificaciones,

sino unas nuevas significaciones para la epistemología del turismo enmarcadas en la autenticidad y la memorabilidad de la experiencia turística⁶.

2. La diversificación del turismo como actividad económica y su relación con el patrimonio cultural

Esta explosión del turismo antes mencionada se inserta dentro de la ambigüedad que demarca el campo de estudios de la conservación del patrimonio cultural, que, valga decir, se debate entre un interés altamente especializado y una difusión de los valores del patrimonio cultural como la autenticidad, la antigüedad, lo artístico y la utilidad comercial. Desde estas consideraciones, prospera el uso turístico del patrimonio bajo la aprehensión didáctica y una escenificación mercantilizada de la cultura (González, 2015). Desde estas comprensiones y usos de la cultura, ha prosperado el turismo cultural que ha involucrado, en la difusión de los repertorios simbólicos, los denominados lugares de memoria y lugares patrimonio, bajo una idea anquilosada del patrimonio cultural asociada a las comprensiones de elementos cohesionadores de la cultura y de las identidades nacionales de los siglos XVIII y XIX, época en la que, por supuesto, se encuentra entronizada la forma de hacer historia más clásica y anquilosada⁷.

Amarrado a la idea de la ilustración y expansión del sentimiento nacionalista, prospera un turismo cultural bajo tres características fundamentales. La primera de ellas es un reconocimiento de la transcendencia histórica de los monumentos; la segunda es la exaltación del valor estético de los monumentos y tesoros artísticos de la modernidad; y la tercera es la narrativa asociada al valor pedagógico de su conservación. Estas versiones oficialistas de la historia se han difundido desde las empresas turísticas y los guías turísticos que, formados en las concepciones

6 Cabe mencionar que en Colombia esta relación entre patrimonio cultural y turismo cultural quedó supeditada y agenciada por el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo desde el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez. De acuerdo con Sánchez Voelkl (2014), el debate entre ministerios da cuenta de los avances del discurso dominante del Gobierno nacional dentro del sector cultural a través del Grupo de Turismo Cultural. La aparición del grupo de asesores y la confrontación que suscitó la implementación de la política de turismo cultural cuestionan, *de facto*, el rol institucional del Ministerio de Cultura frente al patrimonio cultural, ante las comunidades que habitan los destinos patrimoniales y frente a la autonomía y el respeto que debe resguardar la institución en el proceso de construcción y afirmación de las identidades diversas (p. 142).

7 El historicismo del siglo XIX establece unos criterios básicos para pensar el pasado. El primero establece que lo que sucedió debe explicarse en el momento en el que sucedió, y el segundo es que existe una ciencia dotada de específicos procedimientos lógicos para desentrañar lo que sucedió. Desde una postura neopositivista de la ciencia, la historia, según Roch (2001), pretendió un estatus científico, apartándola de la narración y la experiencia biográfica. La Escuela de los Annales quiso fundar una ciencia histórica centrada en las estructuras, dejando de lado la narración. De esta manera, los hechos históricos eran regularidades bajo el modelo nomológico-deductivo. La crítica de Annales frente a esta corriente (escuela metódica) radicaba en que una historia lineal de acontecimientos tendría la tendencia a convertirse en narración.

clásicas del turismo, replican en los guiones interpretativos de anécdotas, datos y personajes esas concepciones historiográficas de la historia de los vencedores.

En este sentido, la relación que se puede establecer entre turismo y memoria se enmarca inicialmente dentro de la diversificación del turismo como actividad económica. Esta explosión de innumerables posibilidades de presentación del producto turístico ha permitido explorar, en las relaciones entre turismo y memoria, turismo y conflicto, y turismo y reconciliación, otras alternativas de promoción de lugares y de actividades turísticas, en lugares y espacios donde se viven o se han vivido el recrudecimiento de la violencia y los conflictos armados. Esta búsqueda de representaciones actuales o del pasado, asociadas al conflicto para “nutrir” el consumo de sitios de muerte, de representaciones traumáticas y de espacios del conflicto, ha permitido la difusión de un turismo bajo la forma de turismo oscuro, turismo de memoria, tanatoturismo, turismo de reconciliación, entre otros.

3. Las relaciones entre turismo y memoria: un acercamiento a la experiencia cultural del viaje

Algunas propuestas que llaman la atención son las que se vinculan a la relación entre el conflicto y el turismo. Bajo la industrialización del testimonio, la popularidad del perpetrador y un marcado aumento en lo que algunos autores denominan la construcción de memorias en ajuste a la demanda, aparecen estas dinámicas del turismo asociado a la participación creciente de población local vinculada a problemáticas conflictivas que se aferran a políticas de la memoria arbitradas principalmente por el Estado, por lo menos en tres tendencias. En primer lugar, está la tendencia que busca gestionar y lidiar el pasado a través de procedimientos de justicia retroactiva, instauración de conmemoraciones de fechas y lugares, apropiaciones simbólicas, grandes ofertas de sentido temporal o narrativas más generales. En segundo lugar, están las acciones institucionales concretas que se traducen en el diseño y desarrollo de planes, programas y proyectos. En tercer lugar, está la tendencia que hace evidente, en la promoción de políticas de memoria, las relaciones de fuerza y sentido en torno a la simbolización del pasado, el ordenamiento del presente y la orientación del futuro (Palacios, 2010).

Bajo estas políticas, aparecen formas emergentes del turismo que buscan vincular expresiones locales y culturales para lograr una mayor difusión dentro del denominado *marketing* turístico⁸. De acuerdo con Pérez *et al.* (2018), ciudades como

8 De acuerdo con Folgado *et al.* (2011), en una industria turística rodeada de cambios constantes, un desafío clave para las empresas es poner en valor su marca; “la gran mayoría de los turistas escoge sus destinos por la marca e imagen que percibe de ellos. Así, muchos lugares buscan implantar técnicas de promoción a través de la creación de imagen de marca, en un esfuerzo por diferenciar sus identidades y subrayar el carácter único de su destino [...]. El sector turístico busca adelantarse a la demanda futura conociendo cada tipología de consumidor, acotando el tiempo que dedicará, su distribución anual y la elección del destino. La percepción obtenida entre

Medellín representan un claro ejemplo de la promoción de la ciudad marca y de focos de aplicación de estas propuestas que se vinculan con la inserción y la promoción de temas como el sicariato. Además de involucrar temas de reconciliación entre pandillas de algunas comunas en Medellín, la promoción de la violencia de la ciudad se convierte en un elemento de atracción de los turistas. Para hacer más atractivas estas propuestas turísticas que hacen parte de la turistificación de Medellín, se ha pretendido involucrar a líderes sociales y madres de hijos desaparecidos para resaltar “el lado oscuro” de la ciudad, que ha sido representado en las series de capos transmitidas por plataformas tan poderosas como Netflix.

Cabe anotar que no todas las propuestas giran alrededor de la figura del sicario y el capo. A estas rutas se superponen algunos circuitos turísticos relacionados con el grafiti, la música y el teatro, presentes en los barrios Moravia y La Independencia. También se busca destacar algunos elementos de desarrollo urbano de la ciudad como, por ejemplo, las escaleras eléctricas de la comuna 13 en Medellín; el jardín de Moravia, que recibió el premio Lee Kuan Yew World City Prize a la innovación urbana y ambiental; y la Biblioteca España, levantada tras la visita de los reyes de España a Medellín y posteriormente cerrada por deterioro en su fachada. En estos recorridos, no puede faltar la visita al Museo Casa de la Memoria, que busca aportar a la construcción de memorias. Uno de los principales problemas que se presentan a la hora de vincular diferentes repertorios simbólicos y culturales a este tipo concreto de actividad turística es el carácter difuso de los límites de lo representado; es decir, las propuestas giran alrededor del discurso oficial, la exageración de algunos pobladores que simpatizan con el turista, las resistencias de líderes sociales a aceptar la legitimidad de los recorridos y la forma en la que diferentes empresas turísticas se han emplazado en los territorios locales (Pérez *et al.*, 2018).

Un caso contrario al de estas resistencias locales lo constituye la iniciativa de la Asociación de Familiares de las Víctimas de Trujillo (Afavit), que logró tipificar y realizar un itinerario alrededor de la masacre de Trujillo (Valle del Cauca). Esta experiencia resulta significativa en la medida en que hace parte de una construcción elaborada desde archivos orales y experienciales para la reparación simbólica. En la tabla 1 se mencionan los principales puntos propuestos por esta asociación.

las expectativas de los turistas y lo realmente obtenido una vez terminado el viaje es vital para la consolidación de una marca de destino, su imagen y la fidelización de los consumidores ante futuras visitas” (pp. 905-907).

Tabla 1. Recorrido de la masacre de Trujillo:
hacia un itinerario de la memoria⁹

Puntos propuestos	Descripción del recorrido
Parque-Monumento Trujillo (Valle)	Al llegar a Trujillo, su plaza principal es similar a muchas plazas principales de diferentes pueblos de Colombia. El Parque Monumento conmemora a las víctimas entre 1987 y 1994 en los municipios de Trujillo, Riofrío y Bolívar del Valle del Cauca, trescientos casos de violaciones a los derechos humanos. Uno de los inicios de la historia del Parque-Monumento de Trujillo está relacionado con procesos de impunidad que se establecieron por parte de autoridades locales respecto a los casos de asesinato y desaparición de las aproximadamente trescientas personas de los tres municipios mencionados, situación que se conoce de manera general como “La masacre de Trujillo”, lo cual derivó en que el caso se llevara a instancias internacionales, específicamente a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA). Esto creó, a su vez, una comisión conformada por autoridades nacionales, defensores de derechos humanos y familiares de las víctimas (Comisión de Investigación de los Sucesos Violentos de Trujillo), la cual elaboró un informe en 1995 con recomendaciones al Estado colombiano; este informe implicó la aceptación de responsabilidad por parte del presidente de ese momento, en el mismo año de su publicación, y la aceptación de las recomendaciones de la OEA, una de ellas, la construcción del Parque Monumento, como parte de la reparación a las víctimas.

⁹ El presente texto se inscribe en el marco del itinerario a Trujillo (Valle del Cauca) realizado en el 2018. Este itinerario hizo parte de una de las salidas de campo previstas para la presentación de los respectivos informes de investigación de la presente investigación. En forma de diario de campo, la tabla 1 recrea el itinerario alrededor del parque-monumento, donde se intenta resaltar las versiones de los participantes en la AFAVIT y la hermana Maritze, quien sin duda es una de las responsables del nivel de consolidación del proceso de Trujillo.

Puntos propuestos	Descripción del recorrido
El Parque	El Parque tiene un perímetro de seis hectáreas, el cual fue adquirido por la Red de Solidaridad Social entre 1996 y 1997; este último fue el año en el que se contrataron los diseños del Parque, que inició su construcción en 1998. Es importante decir que la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz jugó un papel muy importante en el proceso de enlazar los diseños arquitectónicos a los sentires de las víctimas, con el acompañamiento de profesionales de la educación, así como relacionados con la psicología y psiquiatría, a través de talleres con los familiares que sufrieron pérdidas en este proceso de victimización de sus seres queridos. Aunque existe una diferencia respecto a los diseños iniciales y la construcción final, debido a diversas circunstancias, esta última se ha llenado de sentido y significado, de la misma manera a como se concibió en los diseños iniciales. Lo que en los diseños iniciales era conocido como el “Camino de las esculturas” conmemora los principales crímenes de lesa humanidad en Colombia y en el mundo en el siglo XX; inicia el recorrido con unas estaciones en donde existen fotografías y una descripción general de uno de los hechos acontecidos en el país. Allí se encuentran las masacres del Salado, Guaitarillas, San José de Apartadó, entre otras, en una pequeña estructura de madera, bajo un techo en tejas de barro, las cuales se encuentran a lado y lado de un camino ondulante y en ascenso.
La llegada al Parque	Para llegar al Parque Monumento desde la plaza central, es necesario caminar apenas tres cuadras y encontrar allí la sede de AFA-VIT, en donde existen en su exterior algunos mensajes, pinturas e imágenes relacionados con el acontecimiento. El recorrido puede iniciar allí mismo, o también se puede dejar para el final de la ruta, en donde se encuentra una oferta complementaria de la asociación, relacionada con productos de diferentes tipos que ofrecen a los visitantes los pobladores y familiares. A pesar de llevar varios años, el Parque Monumento no es muy visitado por los pobladores del pueblo. Es poco conocido, hasta el punto que no tiene muy claro por qué se levantó allí este dispositivo; este busca recordar a las personas que en diferentes circunstancias desaparecieron o perdieron la vida en el marco de un conflicto interno.
Propósito	El recorrido por estas estaciones es claro: brindar el contexto en el cual ocurrieron los hechos de Trujillo y entender, por supuesto, que no se trató de ninguna manera de un hecho aislado, sino, por el contrario, que fue una tendencia a nivel nacional, donde, claro está, los actores, los nombres de los responsables y los lugares fueron diferentes; es decir, la misma película, pero con diferentes actores y escenarios.

Puntos propuestos	Descripción del recorrido
Placas conmemorativas	Inicialmente pensado como osarios —en donde los familiares de las víctimas realizaron una intervención sobre las placas, que conmemoran la muerte o desaparición de un familiar, así como el deceso por “pena moral” de un allegado a raíz de la pérdida—, se continúa la ruta en ascenso hacia unas terrazas que siguen el camino serpenteante del cerro, en donde en plazas incrustadas, a modo de osarios, se encuentran los nombres de las víctimas. En este punto, la altura del cerro permite que esta parte del recorrido sea un mirador que invita a la contemplación del horizonte, lo que incita al recogimiento y a la posibilidad de pensar en lo que pasó en estos municipios del Valle del Cauca y en el país.
Mausoleo	Luego de recorrer este segmento de la ruta, a modo de mirador, se encuentra el mausoleo del padre Tiberio Fernández, quien fue asesinado y descuartizado, por lo que se conmemora su imagen, su oficio y los motivos por los cuales fue asesinado. Es un espacio pequeño que guarda fotografías, un crucifijo y una mesa en piedra, en donde también se encuentran fotografías de otras personas desaparecidas y algunos dibujos y pinturas de los niños de la región.
Mural	Al finalizar el ascenso, se encuentra un mural que fue modificado, ya que, valga decir, en no pocas ocasiones ha sido atacado y destruido parcialmente; de hecho, en el momento en el que se realiza la visita en el marco de la Peregrinación por la memoria 2018 (la cual se realiza cada año), es visible que del mural se borró una reciente amenaza escrita con spray de lado a lado del mural. Allí se realiza una pequeña ceremonia católica, se saluda a las personas, se canta; en definitiva, se comparte y se recuerda a quienes ya no están.
Casa de la memoria de AFAVIT: fotografías, pancartas, periódicos, entre otros	La casa AFAVIT es sin duda una casa de la memoria, que se configura como un archivo abierto al público donde se encuentran fotografías de quienes enfrentaron esta ola de terror, objetos relacionados con su ocupación, información en periódicos nacionales y regionales, revistas, mapas e historias. Estas últimas están dispuestas en cada una de las paredes y en el segundo piso de la casa; cuentan la historia de una tragedia humanitaria que ocurrió y que busca que, en efecto, la memoria se constituya como una garantía de no repetición de hechos victimizantes.
La novia del río	De la misma manera, en el desarrollo de la ruta, aparecen en ella distintos relatos que se configuran como archivos orales vivos. Por ejemplo, el de la “Novia del río”, una pobladora de Trujillo que se ocupaba de sacar en las tardes los cuerpos que bajaban por el río para darles una sepultura apropiada. Esta historia, junto con los relatos que se entretienen alrededor de la memoria de las víctimas, permiten mantener la memoria de lo que sucedió.

Fuente: CNRR y Grupo de Memoria Histórica (2008).

Ahora bien, el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), dentro de las metodologías de investigación que ha desarrollado, ha definido casos emblemáticos

y ejes temáticos para caracterizar los diferentes hechos victimizantes que se han producido en el marco del conflicto armado en Colombia. En este sentido, el caso de Trujillo (Valle del Cauca) está tipificado como un caso emblemático. Lo que habría que mencionar es que el CNMH establece cinco ejes temáticos de investigación: causalidades, discursos y representaciones, mecanismos, población civil e impactos. Desde estos ejes se busca avanzar, más allá de reflexiones teóricas y metodológicas, en la inclusión de distintos tipos de discursos, actores, versiones e intenciones que se complementan y contradicen. Se configura, de esta manera, un campo de conocimiento que difunde información, establece problemas y construye conceptos, categorías y teorías, para realizar una contribución a las comisiones de la verdad, la reparación de las víctimas y el establecimiento de dispositivos pedagógicos como la Cátedra de Paz y Convivencia¹⁰.

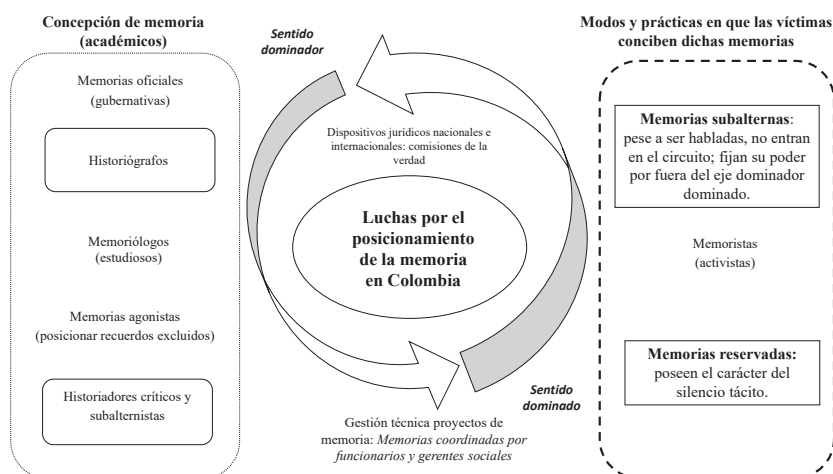
Estas memorias gubernativas reafirmadas, sobre todo, por la posición de historiadores, incluyendo las versiones más disidentes, por lo general tienden a pasar por alto, según Acevedo (2012), los modos y las prácticas en que las víctimas conciben sus propias memorias, que son excluidas como memorias subalternas y memorias reservadas. Lo que queda claro para todas aquellas iniciativas que intentan relacionar el turismo con las memorias es, precisamente, el carácter problemático que tiene su definición. Más que comprender la construcción social e histórica de las diferentes memorias en el plano de recuerdos aislados y de conceptualizaciones sin mayores validaciones de las víctimas, lo que habría que tener en cuenta a la hora de plantear escenarios turísticos es la naturaleza conflictiva de la memoria. Como conquista y como lucha constante por imponer unas versiones legítimas sobre el recuerdo y el olvido, no se puede pasar por alto que la comprensión de la memoria en Colombia es, más bien, un objeto de luchas donde, por supuesto, existen procesos de legitimación cultural y exclusión.

La dificultad de esta relación entre turismo y memoria radica precisamente en la escasa comprensión del turismo como disciplina y la memoria como categoría histórica. Para lograr construir puentes entre el turismo, más allá de sus comprensiones técnicas y operativas, y el estatuto de la memoria habría que considerar, de entrada, algunas implicaciones de una categoría tan sensible como la de memoria o memorias. Tal como advierte Serna Dimas (2012b), es importante tener en cuenta que reducir la memoria como sepultura de los abatidos de la historia supone, de entrada, desconocer el estatuto de la memoria. La comprensión

10 De la misma manera, el CNMH distingue tres tipos de memoria: memoria social, memoria colectiva y memoria mediada. Resumidamente, se puede decir que la primera hace referencia a cómo los familiares de las víctimas y, en general, los testigos ligados a los hechos victimizantes recuerdan y atribuyen sentidos y significados a lo que ocurrió. La segunda hace referencia a la memoria que se produce en la dinámica entre la primera y la tercera, configurando así la memoria colectiva. Finalmente, la tercera hace referencia a quienes median/agencian la memoria, ligados a organizaciones como la Iglesia católica, la Comisión, la AVAFIT (en el caso de Trujillo) y, del mismo modo, las versiones de los perpetradores (CNMH y OIM, 2017).

de la memoria ha de pasar por su reconocimiento como categoría histórica ligada directamente al pensamiento social¹¹.

Figura 2. Luchas por la memoria



Fuente: elaboración propia.

Ahora bien, las relaciones que se pueden plantear desde la actividad turística y estas advertencias sobre la comprensión de la memoria como parte consustancial del pensamiento social implican una serie de consideraciones. En primer lugar, el asunto de la memoria requiere desligarse de un carácter homogéneo que la reduce a unas versiones del pasado oficiales. En segundo lugar, como se puede observar en la figura 2, aceptar los múltiples sentidos, posiciones y disposiciones que existen alrededor de la memoria permite constatar a esta última como un objeto en disputa inscrito en relaciones de fuerzas históricas y en los mismos

11 Esto permite comprender cómo esta categoría está presente en las texturas de la existencia, en los entramados sociales y en los tejidos institucionales. Estas composiciones materiales y simbólicas permiten, además, comprender por qué el tema de la memoria ha estado vinculado con los conflictos y las violencias, como parte del estatuto crítico del mundo social. La producción de la memoria implica una lucha constante por la creencia y contra la creencia. Esto supone la existencia social e histórica de sistemas de relaciones simbólicas que buscan imponer visiones del mundo social y formas legítimas y legitimadas de las representaciones del pasado. Es, además, la posibilidad de la fetichización de la memoria, al oscurecer las relaciones de su producción histórica, por medio de dos mecanismos que hacen de la memoria una presencia siempre ausente. De un lado, aparece la reducción de la memoria a trauma, lo que no hace más que revictimizar, como una ausencia sostenida. De otro lado, aparece su reducción a mero complejo de culpa que la muestra como una presencia nunca adquirida (Serna Dimas, 2012a).

conflictos y producciones culturales¹². En este sentido, la producción de la memoria ha de constatar en sus diferentes luchas por la imposición de representaciones del pasado y de unas visiones y divisiones del mundo social (Serna Dimas, 2001; Chavarro y Llano, 2010). En tercer lugar, es importante reconocer que estos arbitrajes sobre la memoria generalmente están precedidos por el Estado que decide, promueve, avala y ejecuta políticas de memoria (Canclini, 1994; Palacios, 2010). De acuerdo con Bourdieu (2014), se podría decir que el Estado es el lugar de circulación de la palabra oficial, del reglamento de la regla, del orden, del mandato, de la denominación. Es aquí donde están en juego las diferentes representaciones sobre lo identitario, las luchas sociales y culturales por la imposición de un sentido legítimo de la memoria y las confrontaciones por nombrar lo que es digno y legítimo de recordarse. En cuarto lugar, promover espacios de memoria como objetos turísticos pasa necesariamente por la reactivación de la experiencia turística como posibilidad para la reflexión y la implosión de significados alrededor de acontecimientos de necesaria trascendencia para la definición del futuro del país (Araque y Llano, 2018).

Ahora bien, además de estas consideraciones tan necesarias, habría que inmiscuir una dimensión ética del recuerdo que permita sopesar los ejercicios de memoria mediante una corresponsabilidad de lo que se recuerda y lo que se olvida (Avishai, 2000). Finalmente, la importancia de la versión de las víctimas, la multiplicidad de versiones y la selección de fuentes de información desde donde se construye la mediación de la memoria requieren ser tenidas en cuenta en la construcción de guiones interpretativos realizados bajo profundas investigaciones (Araque y Llano, 2018)

Finalmente, como ya se ha mencionado, en esta dinámica ha prosperado la visión de promoción por parte del Estado de los denominados lugares de memoria como atractivos turísticos. Estos núcleos representacionales, que condensan diferentes perspectivas y sentidos del pasado, son susceptibles de ser consumidos bajo la lógica de unos discursos más bien apegados a los nacionalismos de los siglos XVIII y XIX¹³. Sin mayores posibilidades de reincorporar

12 Habría que considerar que toda elaboración social y cultural requiere comprenderse desde ambas caras de la moneda: la cultura y la barbarie. “Las empresas artísticas e intelectuales, el desarrollo de las ciencias naturales y muchas ramas de la erudición florecieron en estrecha proximidad espacial y temporal con las matanzas y los campos de muerte. Me parece irresponsable toda teoría de cultura, todo análisis de nuestras actuales circunstancias que no tenga como eje la consideración de los modos de terror que acarrearón la muerte por obra de la guerra, del hambre y de matanzas deliberadas de unos setenta millones de seres humanos muertos en Europa y Rusia entre el comienzo de la Primera Guerra Mundial y el fin de la Segunda” (Steiner, 2006, p. 49).

13 Con esto también se reproducen las matrices socioculturales reafirmadas sobre el civilizacismo, que se puede ejemplificar en lo que Steiner (2006) llama el mito del siglo XIX o el imaginario de la cultura liberal. Este se caracteriza, para Europa, por un alto grado creciente de alfabetización, el imperio de la ley, formas representativas de gobierno, el resguardo de la vida privada en el hogar y una seguridad cada vez mayor en las calles, y el reconocimiento espontáneo

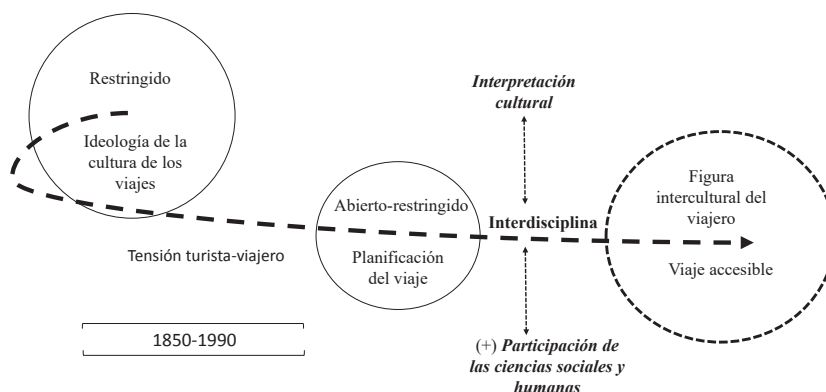
repertorios simbólicos que pueden constituir testimonios significativos, rasgos culturales y diferentes valoraciones sociales, la construcción de guiones y rutas turísticas se aleja de representar verdaderos itinerarios culturales. En este sentido, lo que queda en evidencia es la falta de reflexión profunda sobre la experiencia histórica y su relación con las diferentes versiones del pasado. En efecto, la selección de fuentes de información desde donde se construye la mediación turística requiere involucrar diferentes archivos orales en la construcción de guiones interpretativos.

4. Nuevas rutas, nuevos mundos: la reexploración del viaje como objeto de estudio de las ciencias sociales

De acuerdo con lo expuesto, la complejidad del turismo en cuanto a la formación de cuerpos de conocimiento involucra varias dimensiones. Una primera dimensión de comprensión recoge los desarrollos científicos de la naturaleza epistemológica e interdisciplinar del turismo, donde se encuentran, principalmente, los aportes de disciplinas como la economía, la sociología, la antropología, la historia, la geografía y el urbanismo. Aunque la participación de estas disciplinas en la construcción de una epistemología del turismo ha estado presente desde la segunda década del siglo XX, no resultan tan claras sus contribuciones puntuales en la discusión del turismo como una disciplina posible (Jafari, 2005). Una segunda dimensión involucra aspectos relacionados con el desarrollo de la industria turística como base de la economía, aspecto suficientemente explicitado en la primera parte de este texto. Sin embargo, habría que advertir que esta dimensión involucra el campo de operaciones del turismo donde se consolida el producto turístico y se estructura la oferta de este a través de la comercialización y la promoción. Esta dimensión operativa resulta ser un factor estratégico desde las agencias de viajes, los promotores y los operadores turísticos, quienes en realidad jalonan la industria turística.

del singular papel económico y civilizador que tienen las artes, la ciencia y la técnica (p. 20). En Colombia, estas ficciones que se esconden y se desdibujan entre retóricas y juegos del lenguaje reclaman la presencia del abogado y del otrora letrado que, valga decir, son la representación de la matriz cultural abigarrada en el civilizacionismo del siglo XVIII y XIX, que ha marcado y sigue vigente en esos lenguajes supervivientes de un racismo criollo que se manifiesta en la apariencia (Serna Dimas, 2006). Estos manejos del lenguaje y esta referencia a la descalificación y a la tipificación también se han desplazado a un currículo prescripto, desde la oficialización de la enseñanza de la historia y la invisibilización del negro en las representaciones del pasado (Ibagón, 2016).

Figura 3. Viaje restringido, abierto-restringido, viaje accesible



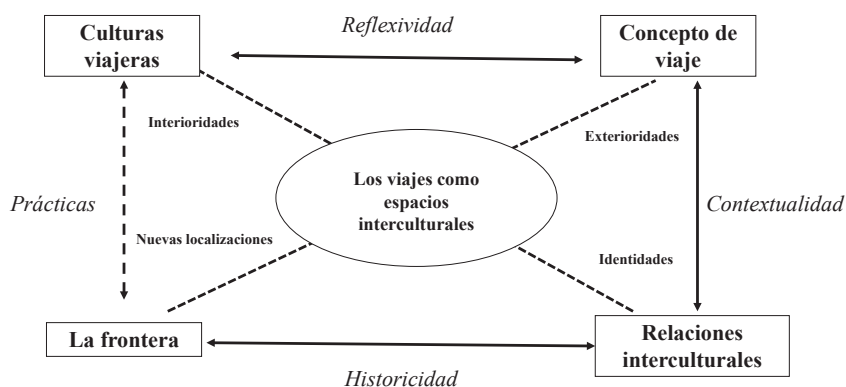
Fuente: elaboración propia.

En tercer lugar, aparece un ámbito formativo que responde a esas necesidades del sector turístico y que obedece a procesos formativos del turismo como disciplina universitaria. Aquí se congregan aspectos relacionados con la gestión curricular, las actividades académicas, los planes de estudio y la elaboración de contenidos que respondan al desarrollo de habilidades para desempeñarse en el sector. De esta manera, en esta tercera dimensión es donde más se insiste en mostrar desarrollo, no del talante epistemológico como objeto de estudio y de conocimiento científico, sino como objeto de enseñanza y objeto por enseñar. Este tránsito de las estructuras científicas a las estructuras universitarias, tecnológicas y técnicas es más bien difuso porque la necesidad de actualización no proviene del desarrollo científico de una disciplina con autonomía relativa, sino del mismo sector turístico como campo de operaciones, lo que convierte al turismo en un saber técnico, administrativo y de gestión, posicionado sobre habilidades blandas y sin mayores discusiones en el plano de las ciencias sociales y humanas.

Otro aspecto que refuerza lo anterior se encuentra en la misma función que cumple la OMT como agencia reguladora y legitimadora de la actividad turística a nivel mundial. Esta agencia no solo promueve políticas turísticas en los diferentes países del mundo, sino que, además, articula y organiza a los diferentes países miembros mediante redes y promoción de destinos emergentes. Aunque la OMT promueve la producción, circulación y consumo de literatura referida a la actividad turística, son más bien escasas las investigaciones sobre el fenómeno turístico y el viaje como objeto de estudio. Es por esto que se hace necesario crear y consolidar puentes alrededor de la problemática del turismo para comprender, más allá de las visiones económicas y materiales del viaje, los sentidos y sinsentidos del turismo como un objeto de estudio de las ciencias sociales y humanas (figura 3). Más allá de conocer los avances del turismo con otras disciplinas,

donde han prosperado subdisciplinas como la antropología del turismo, la sociología del turismo, la geografía del turismo, entre otras, es importante reclamar para las ciencias sociales y humanas en su conjunto un esfuerzo decidido para el abordaje de problemáticas relacionadas con el fenómeno del viaje.

Figura 4. Los viajes como espacios interculturales



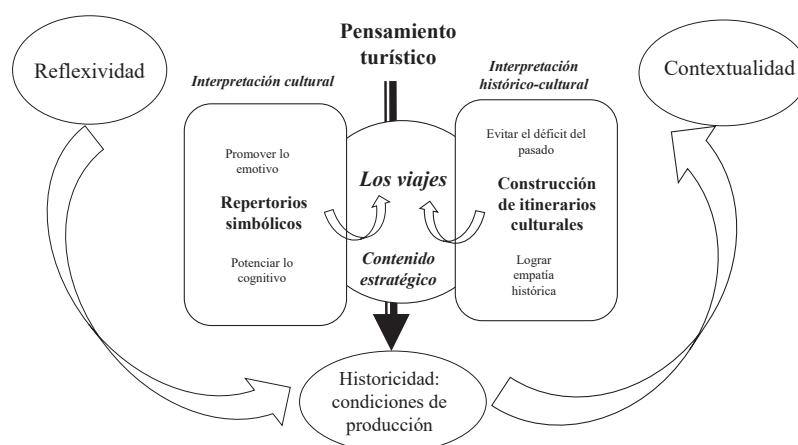
Fuente: elaboración propia.

Aunque dicha convocatoria puede resultar un tanto ingenua, la pregunta por la comprensión del viaje resulta llamativa, en la medida en que se desmarque del sentido banal del viaje negativamente considerado y la tensión siempre frecuente entre el viajero y el turista. La cultura como viaje permite involucrar aspectos relacionados con las prácticas espaciales, la simultaneidad del viaje, los desvíos, los retornos de las experiencias de los viajes y la identificación de espacios atravesados por múltiples incidencias culturales (Clifford, 1995). Al tener presente que el abordaje de un fenómeno tan complejo como el viaje puede comprenderse sobre la consideración plural de culturas del viaje y de las experiencias del viaje, se hace posible examinar múltiples relaciones interculturales que se pueden presentar entre el viajero, el recorrido y la experiencia del lugar. Aunque es evidente la contribución de las epistemologías de las ciencias sociales en la definición del turismo como disciplina, se hace necesario llamar la atención sobre una mayor participación de las ciencias sociales para comprender hoy el fenómeno social y cultural del viaje y el recorrido (figura 4). Aunque este análisis excede por mucho el alcance de este pequeño texto, se proponen algunas reflexiones que, más que cuestiones concluyentes, buscan animar la discusión y el debate.

Los puentes que se pueden construir entre los viajes como espacios sociales, culturales y simbólicos y las relaciones de proximidad, cercanía e, incluso, desorientación, permiten conectar diferentes disciplinas de las ciencias sociales

como la historia, la antropología, la sociología, la geografía y la economía en la construcción de nuevos lenguajes por medio de la interdisciplinariedad, para comprender el significado de las culturas viajeras. Se insiste en la comparación cultural y en la inclusión de variedad de prácticas culturales, entendiendo el viaje como un término de comparación cultural, precisamente en razón de su contaminación histórica, sus asociaciones con organizaciones pertenecientes a un género, a una raza y a privilegios de clase, con medios de transporte específicos, rutas transitadas, agentes fronterizos, entre otros; es por esto que se requiere mayor amplitud conceptual para incluir en el concepto de viaje la variedad de prácticas culturales, materiales y espaciales que producen saberes, historias, tradiciones compartidas, músicas, libros, diarios y otras empresas culturales (Clifford, 1995, pp. 16-20). Aquí aparece la posibilidad de involucrar no solo archivos escritos sino orales, y también la necesidad de contrastar las fuentes orales y escritas mediante reflexiones y debates sobre las fuentes y la implicación de adoptar diferentes metodologías¹⁴.

Figura 5. El pensamiento turístico: reflexividad, contextualidad e historicidad



Fuente: elaboración propia.

Ahora bien, de acuerdo con la figura 5, las formas de articulación del viaje, comprendido como un objeto de estudio relacionado con formas culturales e interculturales, conllevan tres operaciones básicas de la interdisciplina para ganar profundidad y coherencia. La primera de ellas es el principio de reflexividad, entendido como la visibilidad de los sujetos invisibilizados que fueron desaparecidos bajo la lógica del sujeto objetivante neutral y objetivo. La segunda es la

14 Ver Serna Dimas (2014).

contextualidad, que no se supedita a modelos sino a la lógica de construcción del propio pensamiento, el cual, a su vez, está inmerso en regímenes representacionales. La tercera es la historicidad, que permite construir las condiciones de producción y reproducción de los sistemas de pensamiento (Serna *et al.*, 2010).

Finalmente, estas reflexiones permiten articular prácticas, repertorios simbólicos y diferentes producciones culturales vividas en un viaje como experiencia cultural. Se insiste en que el turismo no puede ser la única disciplina en arrogarse el derecho de conocer y estudiar el fenómeno del viaje. Más allá de que existan subdisciplinas como la sociología del turismo, la geografía del turismo, la antropología del turismo, entre otras, se requiere un debate más decidido de las ciencias sociales y humanas, no para demarcar al turismo como una disciplina sometida a las reglas de las humanidades y los desarrollos del pensamiento social, sino para lograr potenciar el sentido del viaje y reconocer la existencia de culturas viajeras. Si bien esta apuesta supone un desafío en términos epistemológicos, también permite encontrar respuestas sobre la relación cada vez más directa entre los desarrollos disciplinares del turismo y las ciencias sociales, para superar los tecnicismos y los reduccionismos a los que la experiencia cultural del viaje está sometida.

Como ya se ha mencionado, en la actualidad la construcción de rutas y guiones turísticos adolece de reflexiones profundas sobre la experiencia histórica y su relación con las diferentes versiones del pasado. Para ganar mayor profundidad en la construcción de objetos turísticos o, si se prefiere, objetos de estudio relativos al viaje como fenómeno histórico, social y cultural, habría que involucrar criterios de legitimación de tipo epistemológico, ético y político que permitieran superar el plano logístico, instrumental y técnico con los cuales se asume la producción del objeto turístico. Se insiste más en *objeto turístico* que en *producto turístico* para lograr mayor participación de las ciencias sociales y humanas en la comprensión del fenómeno del viaje en sus relaciones con la difusión de los patrimonios culturales. Es en la misma construcción de los objetos turísticos donde se insiste en el contraste de posiciones para la comprensión del fenómeno turístico, junto con la variedad de abordajes teóricos, metodológicos y vivenciales.

Referencias

- Acevedo, Ó. (2012). *Geografías de la memoria: posiciones de las víctimas en Colombia en el período de justicia transicional (2005-2010)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Araque, G. y Llano, F. (2018). El viaje y el recorrido como innovación educativa: El turismo de memoria y la didáctica del patrimonio como recursos educativos para enfrentar el posconflicto colombiano. En A. Cortés (Comp.), *Experiencias en innovación educativa* (pp. 430-441). Ediciones de la U.

- Augé, M. (2008). *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*. Gedisa.
- Avishai, M. (2000). *Ética del recuerdo*. Herder.
- Baudrillard, J. (1977). *Cultura y simulacro* (P. Rovira, Trad.). Kairós.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Ediciones Itaca. Universidad Autónoma de la Ciudad de México
- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Anagrama.
- Campodónico, R. y Chalar, L. (2011). Hacia la construcción del conocimiento en turismo. *Estudios y perspectivas en turismo*, 20(6), 1307-1323.
- Casterás, R. (s. f). Las juventudes comunistas ibéricas del POUM. https://gredos.usal.es/jspui/bitstream/10366/79989/1/Las_Juventudes_Comunistas_Ibericas_del_P.pdf
- Centro Nacional de Memoria Histórica y Organización Internacional para las Migraciones (2017). *Al cuidado de la memoria. Módulo 2. Competencias Psicosociales. Caja de herramientas para trabajar en procesos de construcción de memoria*. CNMH y OIM.
- Centro Nacional de Reparación y Reconciliación y Grupo de Memoria Histórica (2008). *Trujillo, una tragedia que no cesa. Primer informe de memoria histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación*. Tauros Pensamiento.
- Chavarro, C. y Llano, F. (2010). *El héroe, el lujo y la precariedad patrimonio histórico en Bogotá (1880-1950)*. Universidad La Gran Colombia.
- Clifford, J. (1995). Las culturas del viaje. *Revista de Occidente*, (170-171), 45-74.
- Collingwood, E. (2012). *El filo fotográfico de la historia. Walter Benjamin y el olvido de lo inolvidable*. Ediciones Metales Pesados.
- Folgado, J., Oliveira, P. y Hernández, J. (2011). Imagen del destino y marca turística: sinergias e implicaciones. *Tourism & Management Studies*, 1, 904-914.
- González, I. (2015). *Patrimonio cultural conceptos, debates y problemas*. Cátedra.
- Hernández, J. (2015). El turismo como objeto de estudio: análisis de la producción bibliográfica de los antropólogos españoles del turismo. *Pasos, Revista de turismo y patrimonio cultural*, 13(2), 305-331.
- Ibagón, J. (2016). *Entre ausencias y presencias ausentes. Los textos escolares y el lugar de lo negro en la enseñanza de la historia de Colombia 1991-2013*. Pontificia Universidad Javeriana.

- Jafari, J. (2005). El turismo como disciplina científica. *Política y sociedad*, 42(1), 12-19.
- Llano, F. (2017). Gastronomía, turismo y potencialidades territoriales: el plato minero y la salazón, bases para el turismo alimentario en Nemocón. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 26(2), 295-306.
- Malraux, A. (2017). *El museo imaginario*. Cátedra.
- Nora, P. (1992). *Les lieux de mémoire* (L. Masello, Trad.). Ediciones Trilce.
- Organización Mundial del Turismo (2018). *Panorama OMT del turismo internacional*. <https://www.e-unwto.org/doi/pdf/10.18111/9789284419890>
- Pablo Escobar Tour (s. f.). [Página web]. <https://pabloescobartour.co>
- Palacios, C. (2010). Turismo y memoria. Reflexiones teórico-metodológicas sobre el Espacio para la Memoria - Buenos Aires, Argentina. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 19(2), 268-278. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180713901006>
- Pérez, M., Monsalve, Y., Van Broeck, A., Naranjo L. y Acevedo, L. (2018) Turismo y memoria en Medellín. En *Balances y perspectivas de la paz en Colombia: una mirada a los escenarios de construcción de paz y transformación de conflictos en el territorio colombiano* (pp. 249-283). Corporación Universitaria de Sabaneta - Unisabaneta.
- Roch, L. (2001). Ciencia, discurso y narración en la historia: ¿incompatibilidad epistemológica y coexistencia necesaria? *Litterae. Revista de la asociación de exalumnos del seminario Andrés Bello*, (9), 55-74. Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
- Sánchez Voelkl, P. (2014). Turismo, emprendimiento y la privatización de las políticas culturales en Colombia. En M. Chaves, M. Montenegro y M. Zambrano (Eds.), *El valor del patrimonio: mercado, políticas culturales y agenciamientos sociales* (pp. 135-169). Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sánchez, V. (2004). Equívocas sombras de Auschwitz en vigencia y singularidad de Auschwitz un acontecimiento histórico que nos da que pensar. *Revista Anthropos huellas del conocimiento*, 1(2), 35-37.
- Serna Dimas, A. (2001). *Próceres, textos y monumentos: culturas urbanas, discursos escolares y formas de la historia: Bogotá (1938-1991)*. Universidad El Bosque.
- Serna Dimas, A. (2006). Identidad ciudadana, lenguajes coloniales y conflicto social. En M. T. Cifuentes (Ed.), *Ciudadanía y conflicto, Memorias del seminario internacional* (pp. 167-182). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

- Serna Dimas, A. (2012a). *Entre monas y sedas: derechos, bienes y ciudadanía. Bogotá 1930-2000*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Serna Dimas, A. (2012b). Memoria y creencia: una mirada políticamente incorrecta a ciertas vindicaciones de la memoria. En R. García, A. Jiménez, y J. Becerra, *Las víctimas: entre la memoria y el olvido* (pp. 65-80). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Serna Dimas, A. (2014). Testimonio y contingencia, archivo y permanencia. Oralidad, memoria y archivo en cuestiones de derechos humanos. *Revista Esfera*, 4(1), 4-39.
- Serna, A., Oviedo, A., Bravo, F. (2010). Creencia, sistema de creencias y poder simbólico. Una propuesta para indagar los sistemas ideacionales desde la investigación social interdisciplinaria. En C. Piedrahita y A. Jiménez (Comps.), *Desafíos en estudios sociales e interdisciplinariedad* (pp. 135-153). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Steiner, G. (2006). *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*. Gedisa.
- Yori, C. (2006). *Ciudad, consumo y globalización. Taller de Topofilia*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Los últimos armeritas: entre el recuerdo del lodo y el polvo del archivo*

Angélica Aguillón-Lombana**

Introducción

El fenómeno de desplazamiento forzado en Colombia ocurre con frecuencia debido a situaciones como el conflicto armado y diversos tipos de desastres, entre ellos los de origen socionatural. Reubicarse bajo estas condiciones implica cambios existenciales que, en ocasiones, resultan más traumáticos que la misma experiencia de desplazamiento. Esto ocurre porque no se facilitan los elementos y procesos para que los supervivientes puedan comenzar de nuevo en otros marcos espaciotemporales. Por lo tanto, las estrategias de reubicación deben contemplar, en lo posible, la conservación y el cuidado de elementos materiales que les permitan a los supervivientes atenuar la sensación de desarraigo y facilitar su vinculación a campos como el laboral y el académico. En los planes de reubicación, tales estrategias deben pasar por una reflexión profunda sobre las condiciones en las

* Este texto hace parte del proyecto de investigación “Geografías de la memoria y el desastre: imaginarios, creencias y luchas de los armeritas 35 años después de la catástrofe”, que se encuentra en curso en el Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y es dirigido por el doctor Adrián Serna Dimas.

** Docente investigadora de la Universidad Antonio Nariño. Vinculada al grupo de investigación Culturas Universitarias de la Facultad de Educación.

que se produce el desarraigo, sobre todo en sociedades todavía tan precarias en la instauración de una cultura de riesgo como la nuestra. Sociedades en las que quienes padecen los embates de los desastres sicionaturales y antrópicos son los más desposeídos, personas que habitan en los márgenes sociales y, a veces, tan aferradas a sus pocas pertenencias que prefieren sacrificar la vida antes que perder las posesiones materiales que han logrado adquirir con el esfuerzo de muchos años de trabajo.

Sin embargo, con todo y lo precaria que pueda resultar aún la cuestión de la resolución de asuntos urgentes de la cotidianidad, como el hecho de proveer un techo y enseres para que la vida de los desarraigados siga fluyendo, este hecho es el que más genera atención en la política pública en la gestión de desastres en Colombia. Así, asuntos como rescatar y preservar documentos que permitan no solo la continuidad del cauce normal de la vida, sino la conservación de los lazos afectivos del desarraigado con el lugar del cual es desalojado abruptamente, son una tarea que aún está por consolidarse, por lo menos desde las especificidades que requiere la organización de un archivo de tal naturaleza. Esta no es una tarea que deba tomarse a la ligera, porque situaciones como gastos imprevistos y desplazamientos innecesarios para acceder a documentación que les permita seguir siendo visibles ante la sociedad, puede acentuar el sentido de pérdida, de impotencia, y convertirse en una forma de revictimizar a los supervivientes.

En el presente texto, se reflexiona sobre el papel del archivo que se configura después de un desastre en el que las víctimas ya no tienen la posibilidad de volver a habitar el territorio porque este ha sido arrasado por completo. Por lo tanto, se aborda el archivo como espacio aglutinador de información necesaria para que los supervivientes gestionen aspectos de la vida cotidiana después del acontecimiento trágico. Dicha reflexión es guiada por la experiencia investigativa con 17 supervivientes de la catástrofe de Armero (1985), en el departamento del Tolima, a quienes la avalancha no les dejó ni la ropa que llevaban puesta, mucho menos la posibilidad de salvaguardar documentos que les permitieran ser reconocidos y reparados material y simbólicamente. Muchos de ellos tampoco tuvieron la posibilidad de conservar objetos que los vincularan con ese estilo de vida que sigue vigente a través de la memoria. Así, en el texto se analiza el papel de las personas que se vinculan con los objetos rescatados de un desastre siconatural y se realiza una aproximación a los supervivientes que han dotado de sentido a los objetos, pero también su papel como fuente de información y usuarios en potencia de dichos objetos —sin que el énfasis esté puesto en ellos, pues se reconoce que estos pertenecen más al ámbito de la museología, mientras que el insumo esencial del archivo es el documento—. De la misma manera, se reflexiona sobre el papel de los gestores y quienes ponen en práctica las políticas públicas encaminadas a la prevención, gestión y atención de este tipo de calamidades, porque son ellos quienes deben garantizar la eficacia y la eficiencia en el tratamiento de los documentos que provienen de un desastre. Finalmente, aparecen quienes se

benefician de la adecuada estructuración archivística de las cosas provenientes de un desastre; por un lado, están los investigadores como consumidores de datos para la construcción de conocimiento en diferentes campos disciplinares, y por otro, la sociedad en general, la cual debe verse favorecida por la completitud, veracidad y acceso a la información de las cotidianidades arrasadas por el desastre.

En concordancia, en un primer apartado se contextualiza la situación de los armeritas¹, quienes 36 años después del evento disruptivo, que se convirtió en la catástrofe de más impacto que ha vivido Colombia hasta hoy, no cuentan ni siquiera con un archivo compacto que les permita acceder a documentación sobre su pueblo sin tener que desplazarse por diversos lugares, mucho menos con un museo con la envergadura suficiente para conglomerar las materialidades en las que pervive la esencia de la población destruida —que es, en últimas, lo que quedará para la posteridad—. Así, se revisan aspectos que contribuirían con la optimización de los procesos de caracterización, atención y reubicación de los supervivientes, con el uso de la información y con la recuperación y preservación de objetos encaminados a avivar la memoria y a preservar la identidad, pero también a facilitar el desarrollo individual y profesional en las nuevas condiciones de vida. Después del segundo apartado, se analiza la situación de los armeritas con base en las principales definiciones que realiza la Real Academia de la Lengua Española (RAE) sobre la palabra *archivo*. Finalmente, se establecen algunas consideraciones que se estiman pertinentes sobre el tema discutido a lo largo del texto.

1. Armero, un mal antecedente de organización archivística en condiciones de desastre socionatural en Colombia

La noche del 13 de noviembre de 1985 un gran número de armeritas se metieron al sueño cobijados por la certeza de una materialidad que los hacía dueños de un pedacito del mundo, pero al despertar —los que tuvieron la fortuna o la desdicha de hacerlo— se encontraron empotrados en el lodo, dejando salir por las grietas de una vida resquebrajada los hilos de la incertidumbre, la que queda cuando el universo que conocíamos se ha desvanecido. En un principio lo importante era recuperar la materialidad primigenia, volver a reinar en el cuerpo lacerado, poder abrazar los cuerpos de los seres amados, huir de la hediondez en la que se fundían todas las carnes cuyas fuerzas no fueron suficientes para derrocar a la desgracia. Armero se hundió como un barco en ese mar de lodo, una embarcación repleta de pasajeros de los que el tiempo dejó emerger apenas el olor que fluye cuando la vida ya no late, cuando somos apenas un montón de escombros en descomposición, cuando lo que queda es una prenda que representa a un cuerpo desleído, una fotografía en la que las personas y las cosas son apenas un recuerdo para alguien.

1 Gentilicio para referirse a las personas nacidas en el municipio de Armero, Tolima.

Con el paso de los días el lodo se secó y los delincuentes ya no sacaban del fango los objetos de las personas caídas en desgracia, sino que escarbaban entre la arenilla grisácea para ver si aparecía una oreja con un arete, una dentadura con un casquete de oro o cualquier otra cosa que representara algún valor monetario. La llanura se atestó de huesos revueltos con utensilios, de directorios telefónicos con direcciones inexistentes, de escrituras sobre propiedades que habían desaparecido, de folletos que anunciaban eventos que nunca se hicieron. Los armeritas estaban demasiado imbuidos en su tragedia para recoger significantes que (en apariencia) ya no tenían significado porque habían perdido el objeto que les concedía el sentido. Los delincuentes solo recogían cosas de valor monetario y los representantes de la institucionalidad estatal no se interesaron por recoger, custodiar y hacer respetar esos documentos que podían dar cuenta de la existencia de un dueño o garantizar una configuración más completa del hecho trágico o de la vida que se perdió.

Casi cuatro décadas después de ocurrido el acontecimiento disruptivo que configuró la catástrofe, los armeritas siguen buscando pedacitos de materialidad que les permitan mantener el vínculo con su lugar de origen, pero también demostrar quiénes son para ser reconocidos y resarcidos, como plantea Aguillón-Lombana (2021). En las luchas por la memoria y el reconocimiento que sostienen en la actualidad, echan mano de cualquier vestigio material que les permita activar el recuerdo y ahuyentar el olvido que corroee el sustrato primigenio de su configuración identitaria. Al respecto, Halbwachs (2004) plantea que el tiempo, el espacio y el lenguaje son los elementos esenciales sobre los cuales se estructura la memoria y, por lo tanto, la existencia humana, en la que los objetos proveen un sentido de permanencia y estabilidad. Así, tomar posesión de la materialidad e intentar asir el tiempo es lo que nos permite reconocernos como productos de un pasado, habitantes de un presente y forjadores de un futuro, criaturas históricas que devienen en diferentes marcos de sentido. De esta manera, el archivo cumple un papel fundamental, pues en él convergen elementos que dan cuenta del tiempo y del espacio de un pasado que requiere ser aprehendido, ordenado, relatado y resignificado a través de la memoria y el lenguaje para entender sus repercusiones en el presente y su incidencia en la vida futura.

Así, se entiende que todo archivo se constituye con objetivos encaminados a preservar documentos y otros objetos que contienen información considerada útil para distintos fines. Ello implica establecer criterios para los procesos de recolección, clasificación, conservación y difusión de los documentos y otros objetos seleccionados. Dichos criterios no pueden considerarse por fuera de los fines y las condiciones bajo las cuales se crea y se proyecta un archivo, pero tampoco desde las condiciones propias de un desastre siconatural. Por consiguiente, un criterio que debería imperar en la recolección de artefactos en condiciones de un desastre que ha generado la imposibilidad de volver a habitar el territorio, es que todo documento u objeto puede ser útil y, por tanto, merece ser recolectado y

conservado. Estas consideraciones hacen cuestionable el hecho de que más de un año después de ocurrida la avalancha de Armero, aún se encontraran esparcidos por el camposanto elementos como cajas con documentos, álbumes fotográficos, cintas de video, casetes, etcétera, sin que se percibiera una directriz clara encaminada a su recolección y preservación. Ello corresponde a la dimensión del acontecimiento trágico en la que lo material pasa a un segundo plano frente a la importancia que se le concede a la vida; lo material se relega porque se cree que, por apego a ello, se desprecia la vida. La materialidad también se menosprecia porque se considera que esta se revela y ataca a sus dueños, como en el caso de Armero, en el que neveras rompieron huesos, tejas desmembraron cuerpos, paredes y carros aplastaron a seres humanos... Finalmente, por la cultura del “presentismo”, esta sensación de que solo el presente importa porque ni el pasado ni el futuro existen, puede incidir en que no se le conceda mucha importancia al pasado y a las materialidades que van quedando de él.

Sin embargo, cuando el tiempo pasa y la conmoción inicial se va atenuando, los supervivientes deben volver a esas materialidades para seguir *siendo* en el mundo social. Entonces vuelven al archivo y este ha de haberse configurado desde una naturaleza dinámica y lo más completa posible para que pueda ser de utilidad, pues a él vendrán distintos usuarios a tratar de recuperar lo que allí duerma de ese tiempo y ese lugar, y que ahora estarán presentes solo en lo dictado por los documentos y en lo que representen los objetos. El archivo se convierte en sitio clave para un público diverso que necesita volver al pasado para reencontrarse consigo mismo, para conocer los aspectos que incidieron en la destrucción del grupo social, para identificar elementos de la vida diluida y poder comprender situaciones del presente, etc. Por estas y otras razones, un archivo que se construya después de un desastre socionatural debe concebirse desde dos condiciones esenciales: i) preservar la imagen del territorio, su territorialidad y el hecho catastrófico para la posteridad, y ii) permitir el desarrollo de la vida de los supervivientes en sus nuevos marcos existenciales.

Con el fin de dar cuenta de manera más detallada de la situación de los armeritas en relación con el archivo, a continuación, se estructura un eje analítico a partir de tres definiciones de archivo proporcionadas por la RAE. En primer lugar, esta lo define como “Conjunto ordenado de documentos que una persona, una sociedad, una institución, etcétera, producen en el ejercicio de sus funciones o actividades”; en segundo lugar, como “Lugar donde se custodian uno o varios archivos”; y, finalmente, como “Acción y efecto de archivar, dar por terminado un asunto”. Estas tres atribuciones se analizan a partir de diversas circunstancias que no favorecieron la recolección, la clasificación y el almacenamiento de información relacionada con Armero y sus habitantes en el proceso de atención del desastre, hecho que ha dificultado el desenvolvimiento fluido de los supervivientes en sus nuevas condiciones existenciales y ha generado tropiezos en la configuración de trabajos investigativos como el que fundamenta este texto.

2. Archivo como conjunto ordenado de documentos que facilita el desarrollo de la institucionalidad de un grupo social

Para reflexionar sobre esta definición es importante aclarar que el hecho de que una comunidad ya no comparta un territorio no significa que deje de ser comunidad. Posiblemente se pierdan atributos que dependen del territorio, pero se mantienen elementos vinculantes que conservan a la colectividad. En el caso de Armero, existen elementos y procesos pre y posdesastre que atraviesan a los armeritas, y, por lo tanto, siguen siendo una comunidad. Durante el proceso de investigación con esta comunidad se pudo recolectar información que permitió constatar la importancia de los procesos de recolección, restauración, conservación y circulación de documentos que se convierten en fuente primaria de información para aproximarse a la vida pasada. Una generalidad entre los armeritas abordados con relación al archivo es que lamentan la poca importancia que se le dio a la recolección y el cuidado de objetos que ahora podrían ser de utilidad para la activación de la memoria y el afianzamiento de aspectos identitarios que se desvanecen con el paso del tiempo. Sobre todo, sus quejas se encaminan a las dificultades que han tenido que afrontar para demostrar ciertos hechos frente a instancias estatales. De este modo, puede afirmarse que la falta de un programa contundente afectó la recuperación de elementos tanto del archivo público como de los privados, y si bien se entiende que durante la situación de emergencia debe primar la atención de las personas, posterior a esta hubo oportunidad de recolectar diversos tipos de elementos y no se hizo, o por lo menos no en la proporción que se debió y con el cuidado que ello ameritaba. Así, se perdieron elementos valiosos por considerarse que sus dueños habían sucumbido, por efecto del vandalismo o porque la negligencia hizo que no se rescataran y cuidaran.

Como ya se dijo, cuando el lodo se secó y las heridas se cauterizaron un poco, muchos armeritas volvieron a buscar algo de consuelo en los objetos, porque la vida había huido para siempre de la zona, y encontraron que incluso las casas que habían quedado intactas habían sido dismanteladas por los vándalos. Los supervivientes echan de menos elementos de sus archivos privados y sienten que poseer sus objetos del pasado ayudaría a activar sus recuerdos y a compensar un poco su pérdida. Dichos archivos personales se componían de documentos formales como escrituras, cartas de propiedad, facturas, partidas de nacimiento, de matrimonio y de defunción. Elementos más informales, pero no menos importantes, como fotografías cuidadosamente desplegadas en álbumes, recortes de periódico en los que se mencionaba alguna situación de interés, billetes, tiquetes, notas, diarios, casetes y, en menor medida, videos sobre eventos especiales. Hasta entonces, esos documentos y objetos eran compendios valiosos para individuos particulares, pero en función de la catástrofe, debieron ser reconocidos

como asunto de interés también para la sociedad, como plantea Aguillón-Lombana (2021).

Con ocasión de la catástrofe, diversos han sido los trámites documentales que los armeritas han tenido que afrontar en estos 36 años de ausencia de su municipio. Dichos trámites han ido desde volver a registrarse y bautizarse hasta recopilar evidencia suficiente que demuestre la propiedad de sus predios en el casco urbano al momento de la avalancha, en aras de recibir la retribución económica contemplada en la Ley 1632 del 2013. Al respecto, afirman los representantes de la Federación para el Desarrollo de Armero (Fedearmero), que la Superintendencia de Notariado y Registro delegó al Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC) la elaboración de un Registro Único de Propietarios Urbanos (RUPU) con el fin de que el Gobierno nacional compre los predios y se pueda avanzar con el proceso de construcción del Parque Temático Jardín de la Vida en sus diferentes ámbitos y procesos. La estructuración del RUPU se contempló para un periodo de un año, teniendo en cuenta que para ello el IGAC debía recopilar las fichas catastrales que para la época de la avalancha se encontraban en la oficina de Honda (figura 1). De esta manera, en 2015 el IGAC presentó un informe en el que expresaba que “se está transcribiendo la información de las fichas catastrales impresas a un archivo digital, con el fin de tener la información completa y evitar que las fichas impresas se sigan deteriorando, ya que tienen más de 30 años. A la fecha, de las 4480 fichas existentes, se han sistematizado 4 300 y se han escaneado 3 500” (IGAC, 2015, p. 1).

Figura 1. Registro Único de Propietarios Urbanos (RUPU) para efectos de la reparación de los supervivientes de Armero



Fuente: IGAC (2015).

Sin embargo, fue solo hasta el 2020 que salió el mencionado RUPU y al momento de esta publicación, los armeritas siguen esperando que se apruebe el decreto que reglamente la nacionalización del antiguo casco urbano para poder comprar los predios e iniciar la construcción del prometido parque temático. En respuesta al último derecho de petición entablado desde Fedearmero, la consejera presidencial para las Regiones afirma que el proyecto de decreto se encuentra en revisión jurídica y el cumplimiento de la Ley 1632 de 2013 está en una etapa técnica. En otras palabras, después de más de ocho años de emanada esa ley ni siquiera hay certeza de que sea viable construir el parque. Mientras tanto, los últimos armeritas se sienten revictimizados porque tienen la sensación de que se está jugando con su ilusión de ver a su municipio tratado con dignidad y respeto. Al respecto, una armerita residente en Lérida afirmó:

No es justo que jueguen así con los sentimientos de uno. No ha sido solo cuestión de tiempo y plata, sino también de uno llenarse de esperanza porque por fin le van a reconocer a uno algo. Al comienzo nos dijeron que había que ir hasta Ibagué a buscar esas escrituras, allá nos dijeron que no, que esos papeles estaban era en Honda. Entonces pegamos pa' Honda, pero allá nos dijeron que no había que hacer nada, que ellos mismos los mandaban pa' Bogotá por internet, que lo único que teníamos que hacer era esperar. Y aquí seguimos esperando, ya han pasado casi diez años y nada. Yo creo que lo único que están esperando es a que todos los armeritas nos muramos pa' no hacer nada. Si no hay interés en hacer algo por la memoria de nuestro pueblo ahora que todavía estamos vivos, cómo será cuando ya no quede nadie que reclame. (Armerita residente en Lérida, comunicación personal, 3 de junio del 2020)

3. El archivo como lugar en el que se custodia información valiosa

Ante situaciones de desastres extremos como el ocurrido en Armero, factores como la improvisación a que se ven abocadas las diferentes fuerzas de rescate y apoyo, la capacidad destructora del material líquido o semilíquido que compone las avalanchas, el poco valor funcional que desde el sentido común la gente les concede a elementos que configuran la vida archivística en momentos de pánico y desorientación, entre otros factores, ocasionan que los archivos que se levantan después de una catástrofe de esa naturaleza sean incipientes o queden dispersos. Por ello, el acopio de los objetos que conforman el archivo debe hacerse en un lugar dotado de cierta estabilidad y con la garantía de conservación de cada elemento recuperado. Esto resulta trascendental para que las personas desarraigadas, y la ciudadanía en general, puedan acceder a él con mayor facilidad. No olvidemos que quienes sobreviven a un desastre siconatural en el que se pierde la posibilidad de volver a habitar el territorio, se mueven en la oscuridad, cargan angustias, nostalgias, arrastran la vida. A ello se suma el hecho de que son una población homogénea. Por ejemplo, los armeritas que no sabían leer o los que quedaron con limitaciones físicas luego de la tragedia debían esperar la caridad

de alguien que les ayudara a buscar algún documento o a leer los listados de supervivientes para ver si aparecía el nombre de algún ser querido. Entonces, desde un principio de solidaridad, pero también en aras de contribuir con procesos de resiliencia, debe evitárseles el traslado de un lado a otro en búsqueda de un documento o información que les permita recuperar algo de la vida que perdieron.

La documentación recolectada a propósito de Armero quedó tan fragmentada como los mismos supervivientes, y resulta casi inverosímil que hasta ahora —36 años después, cuando ya muchos documentos se dañaron y se ha perdido bastante información— se esté intentando consolidar un centro documental en el camposanto en el que se pueda estructurar toda la información posible vinculada con Armero. Así, por ejemplo, un obstáculo que ha tenido que sortear esta investigación tiene que ver con el análisis documental que la investigadora se propuso llevar a cabo para complementar el trabajo *in situ* con los recuerdos y olvidos de los supervivientes abordados. El primer obstáculo que debió sortearse fue el relacionado con la incompletitud del censo elaborado por el DANE en 1985, en el cual no fue posible encontrar cifras sobre el número de niñas y niños que habitaban el municipio para el momento de la avalancha. De la misma manera, no fue posible determinar una cifra exacta de los supervivientes, y menos aún obtener información específica sobre ellos como rangos de edades, niveles socioeconómicos, de formación académica y otros datos que resultan de utilidad en la investigación social. Esto se debió a que los registros levantados están incompletos, no son de fácil acceso o son inexistentes porque no se levantaron, los desaparecieron o por negligencia se perdieron. Al respecto, es importante aclarar que, si bien se comprende que las dimensiones de la catástrofe y las condiciones sociohistóricas en las que tuvo lugar dificultaron la recolección y el acopio de documentos y otros elementos que pudieran ser fuente útil de información, también hay evidencia de que el descuido y la negligencia al recolectarla y almacenarla hizo que muchas piezas importantes se perdieran por las inclemencias de clima o entre las manos perversas de individuos con intereses particulares.

Después de una serie de trámites, la respuesta que se obtuvo por parte del DANE fue que la empresa encargada de recolectar y registrar la información no alcanzó a reportarla y que esta se perdió en la avalancha. Al respecto, Aguillón-Lombana (2022a) plantea que las versiones oficiales sobre las cifras de la catástrofe chocan con las versiones de supervivientes que estaban a cargo de la institucionalidad en Armero, como el caso de su último notario. Plantean estos supervivientes que esconder cifras ha sido una estrategia estatal para minimizar lo ocurrido y, por lo tanto, zafarse de la responsabilidad que le atañe. La inadecuada atención a las personas impactadas por el desastre genera indignación ante una clase dirigente corrupta, cuyas fibras no se mueven ni siquiera frente a las peores adversidades. ¿Cómo es posible que

Armero Guayabal, el lugar con la mayor concentración de supervivientes, y por lo cual recibió aportes económicos significativos de las donaciones hechas por gobiernos extranjeros, aún no tenga un acueducto municipal que se corresponda con su nuevo número de habitantes? ¿Cómo es posible que exista la precariedad y la miseria en la que viven tantos supervivientes, cuando las cifras que se destinaron a la reconstrucción de la población fueron exorbitantes? ¿Cómo interpretar el hecho de que la gran mayoría de las cifras que se encuentran en los archivos relacionadas con la atención del desastre sean solo aproximaciones, que los datos estén incompletos o que los archivos estén en mal estado? En su artículo, Negrete (2015) plantea que:

El fondo (RESURGIR) fue liquidado en 1988, un año antes de la fecha programada para tal fin, mediante el decreto 2663. En los estados contables se da cuenta de que se ejecutaron \$ 16 748 469 951. Siendo invertidos \$ 7 448 469 951 en 1986 y \$ 9 300 000 000 en 1987. El gran enigma que aún no ha sido resuelto es qué ha pasado con los más de \$ 35 251 530 049, correspondientes al 67,3 % de los fondos con los que empezó a funcionar Resurgir el primero de enero de 1986 y que no han aparecido hasta ahora. (*Confidencial Colombia*, 12 de noviembre del 2015)

En este sentido, se considera que una barrera que ha resultado difícil de franquear por parte de los supervivientes ha sido la politización de la catástrofe, hecho que ha alcanzado al archivo, en tanto se destruyeron o se dejaron perder documentos que contenían información comprometedor para ciertos individuos e instituciones. Esta situación concuerda con los planteamientos de Keteelar (2002), quien afirma que los archivos son un lugar propicio para el conocimiento y la memoria, pero también para el control y el abuso que ejercen los poderes hegemónicos. Según este autor, los lugares que se erigen como archivo se convierten en templos o prisiones en los que se santifican y legitiman unos documentos, mientras que se esconden o destruyen otros. Así, se controla la información que circula por los medios, la producción intelectual e, incluso, la vida de las personas que dependen de cierta información para seguir adelante después de una situación de desarraigo. Al respecto, Pons (2013) plantea que los lugares en donde se encuentran los repositorios de archivo han existido siempre como lugares de poder, pues en ellos se conserva solo aquello que se decide que sea recordado o resguardado del olvido. Plantea este autor que estos lugares son claves para el historiador dado que la historia se hace con documentos y “los documentos son vestigios de cuanto pensaron e hicieron nuestros antepasados, es decir, los documentos son irremplazables, sin ellos no hay historia” (p. 170). Desde esta investigación se diría que sí hay historia, pero una acomodada, incompleta y superficial, poco propicia para verdaderos procesos de construcción crítica.

En relación con el archivo y los procesos de activación de la memoria, autores como Zhang y Crang (2016) afirman que las materialidades que

vienen del pasado ayudar a activar los recuerdos y a generar conciencia sobre los olvidos. En esa medida, establecer un lugar adecuado para el archivo de los supervivientes de un desastre socionatural es una forma de facilitar no solo su reincorporación a las dinámicas de producción social, sino también su proceso de identificación de sentidos vitales en retrospectiva, permitiéndoles así creer que todavía hay un lugar para ellos en la sociedad, uno en el que pueden desarrollarse sin tener que negar aspectos esenciales de su composición identitaria. En ese sentido, Serna Dimas (2012) afirma que el principal aspecto que se debe tener en cuenta a la hora de establecer políticas que busquen beneficiar los procesos de memoria es el favorecimiento de escenarios que le permitan al individuo volver a creer después de una situación de supresión de sus derechos:

La restitución de la creencia, que entre nosotros depende del carácter expansivo de los derechos, se impone como el carácter imperativo con base en el cual deben entrar las instituciones que construyen políticas, que legislan, que imparten justicia, que administran, que educan, que asisten socialmente y que construyen o reconstruyen el mundo social. (p. 77)

Todo ello implica propender hacia una política de la justa memoria, como la denominó Ricoeur (2010), la cual implica el reconocimiento del fin con el cual se facilita el recuerdo o se induce el olvido. Esa justa memoria debe ir más allá de lo moral y facilitar el discernimiento frente a elementos como qué se recuerda o se obliga a recordar, el cómo se recuerda y, lo más importante, para qué se recuerda o se obliga a recordar; en todo ello, el papel que se le asigne al archivo es fundamental. Ahora bien, teniendo en cuenta que la comunidad de armeritas quedó fragmentada porque, además del número de víctimas fatales, los supervivientes fueron reubicados en diversas zonas del territorio nacional, el archivo virtual habría podido constituir una opción de aglutinamiento de información. En cuanto a eso, Aguillón-Lombana (2022a) encontró que los supervivientes, por iniciativa propia, han creado sus propios espacios de interacción y conservación de información en la red social Facebook. Tales grupos conservan elementos de archivos personales que han sido digitalizados y compartidos, pero que se pueden perder debido a la fragilidad de este tipo de *websites*, cuya característica principal no es propender hacia la conservación de archivos de un pasado ya no tan reciente, como bien explica Van Dijk (2016).

4. Archivo como acción de clausurar un evento

Archivar como acción sinónima de dar por terminada la construcción del archivo se aborda en este trabajo, en cuanto se considera que esta característica no debería tener ninguna cabida en la construcción del archivo sobre un desastre —por lo menos no mientras haya supervivientes del hecho trágico—. Sin embargo,

la clausura de fuentes primarias de información puede estar relacionada con dos circunstancias. Por un lado, con el hecho de que este pueda seguir nutriéndose de nuevos documentos, pero también de nuevos usuarios, pues con el paso del tiempo situaciones sin resolver obligan a que la vista se dirija hacia el archivo; es el caso de los niños perdidos de Armero que el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) dio en adopción niños, pues ahora que los familiares los reclaman, ni siquiera se les facilitan los listados de los niños que recibieron en su momento. Por otro lado, aunque en relación con lo anterior, está la acción de clausurar, entendida esta como ejercicio de poder que permite la visibilidad de solo aquello que se considera conveniente según determinados intereses. En este sentido, los supervivientes de la catástrofe de Armero, abordados a propósito del proyecto investigativo, afirmaron que fue bastante la información que se clausuró prematuramente y vinculan esta acción de archivar con un afán del Estado por dar cierre al evento catastrófico para evitar hacerse cargo de responsabilidades que le competen, lo que, de paso, acarrea que ellos como armeritas también sean invisibilizados.

De acuerdo con lo anterior, podría pensarse que el universo digital es un sitio adecuado que permite el fácil acceso a la información de los miembros de una comunidad fragmentada por causa de un desastre socionatural, siempre y cuando se estructure con la rigurosidad necesaria y se alimente de un reservorio físico que, en el caso de Armero, debe tener la capacidad suficiente y permitir la dinamicidad que requiere una comunidad que todavía está activa. Al respecto, plantea Pons (2013) que la memoria sobre hechos ahora puede ser más diversa y plural, pues además del reservorio físico, depende del acervo documental que se encuentre digitalizado en internet. Ello puede significar nuevos espacios para el archivo, pero también nuevas oportunidades de acceder, transferir y difundir el contenido de las memorias que los individuos conservan de su experiencia frente a hechos de interés común. En relación con los estudiosos de las ciencias sociales y las humanidades, Pons asevera que estos “no deben ser analistas de problemas técnicos aislados, extraídos del pasado, sino narradores de mundos en movimiento, mundos complejos, impredecibles y transitorios” (p. 58). Steedman (2001) concuerda con estas ideas y agrega que el archivo puede definirse como el lugar donde concurre el pasado, un tiempo que ya no existe, pero que alguna vez existió. Esto facilita el acceso al pasado y, en calidad de la representación recuperada desde el presente, admite diversos soportes y marcos interpretativos.

Consideraciones finales

En primera instancia, de la experiencia investigativa llevada a cabo con el grupo de 17 supervivientes de Armero se puede concluir que la construcción archivística a propósito del desmantelamiento de un grupo social por desastre socionatural requiere de una mayor atención en el contexto colombiano. Este hecho se

corroboró con la revisión del Plan Nacional para la Prevención y Atención de Desastres, instaurado mediante el Decreto 93 de 1998, en el que apenas se hace una breve alusión a la importancia de propender hacia la construcción archivística después de un evento trágico de origen siconatural. De la misma manera, en el Plan Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres del 2015 se menciona la importancia de construir una red de centros documentales a partir de un trabajo mancomunado entre las entidades territoriales e instituciones estatales como el IGAC. Sin embargo, esta investigación no encontró lineamientos concretos en relación con las directrices que deben seguirse en la construcción del archivo después de un desastre siconatural. Ahora bien, entendiendo que el rastreo de información del que se derivó el presente texto se centró en la situación de los armeritas, habría que extender la mirada investigativa a situaciones de catástrofe como la ocurrida en el municipio de Gramalote (Santander) en el 2010, y otros desastres en los que se haya perdido la posibilidad de que toda la comunidad vuelva a habitar su territorio. La figura 2 resume los objetivos que desde la experiencia de esta investigación se considera que deben estar presentes en la constitución del archivo de los desarraigados por causa de un desastre siconatural.

Figura 2. Objetivos que se deben tener presentes en la construcción de un archivo a propósito de un desastre socio natural



Fuente: elaboración propia.

En segunda instancia, se considera pertinente mencionar que un imperativo ético de quienes trabajan en la estructuración y difusión de las políticas en prevención y atención de desastres, de quienes están a cargo de labores de rescate y cuidado de las víctimas y de la comunidad aledaña en general, es velar por la salvaguardia de los objetos rescatables de los supervivientes. No solo como una forma de solidarizarse con su situación, sino como una manera de garantizar la veracidad del hecho para la posteridad, propendiendo así hacia las reflexiones y aprendizajes correspondientes. Ello, en tanto que el archivo cumple un papel fundamental en la comprensión colectiva del desastre y de las circunstancias que lo configuraron, pero también posibilita la incorporación de los supervivientes a las dinámicas sociales en sus nuevos marcos existenciales y la generación de resiliencia que les permita superar el evento traumático en vez de acrecentarlo. Esto implica un trabajo articulado en el que los elementos y procesos se correspondan con las condiciones del desastre y con una postura humanizante, que no solo requiere de la destinación de recursos económicos, sino también del trabajo pedagógico y de su función transformadora de prácticas sociales negligentes, deshumanizadas e irresponsables con relación a la otredad que ha caído en desgracia.

Referencias

- Aguillón-Lombana, A. (2021). Desastre, memoria y materialidad: los objetos y la identidad de los armeritas 35 años después de la avalancha. *Memorias*, (45), 178-203. <https://doi.org/10.14482/memor.45.986.1361>
- Aguillón-Lombana, A. (2022). Trayectorias existenciales armeritas: de la fertilidad de su suelo, al desarraigo y a la marginación. *Ánfora*, 29(53). <https://publicaciones.autonoma.edu.co/index.php/anfora>
- Congreso de Colombia (2013, 28 de mayo). *Ley 1632 de 2013*. Diario oficial N.º 48.804. <http://www.suin.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/1685646>
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Editorial Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Instituto Agustín Codazzi (2015). *El IGAC no olvida Armero*. <https://noticias.igac.gov.co/en/contenido/el-igac-no-olvida-armero>
- Keteelar, E. (2002). Archival Temples, Archival Prisons: Modes of Power and Protection. *Archival Science*, 2, 221-238.
- Negrete, E. (2015, 12 de noviembre). Armero no pudo resurgir. *Confidencial Colombia*. http://confidencialcolombia.com/actualidad/armero-no-pudo-resurgir__246031/2015/11/12/
- Pons, A. (2013). *El Desorden Digital: Guía para Historiadores y Humanistas*. Siglo XXI.

- Presidencia de la República (1998, 13 de enero). *Decreto 93 de 1998*. Diario oficial N.º 43.217. <https://repositorio.gestiondelriesgo.gov.co/bitstream/handle/20.500.11762/18515/Plan-Nacional-para-la-Prevencion-y-Atencion-de-Desastres.pdf?sequence=1>
- Real Academia de la Lengua Española (s.f.). Archivo. *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/archivo>
- Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Serna Dimas, A. (2012). *Entre monas y sedas: derechos, bienes y ciudadanía. Bogotá 1930-2000*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Steedman, C. (2001). *Dust: The Archive and Cultural History*. Rutgers University Press.
- Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (2015). *Plan Nacional para la Gestión del Riesgo*. <http://portal.gestiondelriesgo.gov.co/Documents/PNGRD-2015-2025-Version-Preliminar.pdf>
- Van Dijk, M. (2016). *La cultura de la conectividad: una historia crítica de las redes sociales*. Siglo XXI.
- Zhang, J.J. y Crang, M. (2016). Making material memories: Kinmen's bridging objects and fractured places between China and Taiwan. *Cultural Geographies*, 23(3), 421-439.

El cine como reto para redescubrir la memoria*

Manuel Andrés Hernández Moreno**

El arte del cine, la industria de las películas no son más que partes emergidas de nuestra conciencia de un fenómeno que debemos captar en su plenitud. Pero la parte sumergida, esa evidencia oscura, como el latido de nuestro corazón, las pasiones de nuestra alma.

Edgar Morin, *El cine o el hombre imaginario* (2001, p. 12)

* El presente capítulo es resultado de reflexiones *a posteriori* en el Doctorado de Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas con respecto a la línea de estudios de memoria, teniendo como base la tesis titulada “Representaciones sociales y violencia simbólica en el cine colombiano (1960-2010)”, finalizada en el 2013 en los estudios de Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la misma universidad. En esta investigación se muestran estereotipos de personajes y espacios que se repiten en la base argumental de los filmes nacionales y que afirman su quehacer cotidiano en medio de la violencia y la pobreza como ejes de orden simbólico.

** Doctorando en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y docente titular de la Secretaría de Educación de Bogotá.

Introducción

El cine es una forma de expresión que orienta su interés en materializar ideas que tienen los sujetos en una serie de escenas proyectadas a través de una pantalla. Es denominado como el séptimo arte o como un instrumento comunicativo de orden social, y se ha transformado en una herramienta que promueve el uso de la memoria en la sociedad actual, porque los sujetos que interactúan con lo manifestado en la pantalla se ven involucrados y estimulan parte de sus pensamientos entorno a él.

De igual forma, el cine sobresale en las sociedades actuales porque el contenido que lleva consigo establece parámetros de comprensión de las realidades a las que están expuestos los sujetos, y hace que en un espacio social los individuos hagan reflexión de las imágenes que son proyectadas. En consecuencia, funciona como un motor de reproducción y creación de realidades de múltiples contextos que se anclan en la memoria de los sujetos, evidenciando recuerdos, olvidos y silencios que marcan el devenir de las sociedades.

Entonces, resulta difícil plantear una comprensión a profundidad del cine nacional sin tener en cuenta pautas de análisis que permitan entender los contenidos de la cinta cinematográfica y su relación con los estudios de memoria, ya que actualmente estos permiten el acceso —en parte— a un conocimiento de las “realidades” y los “imaginarios” de la filmografía colombiana. Por esta razón, a continuación se muestran algunos criterios que se deben tener en cuenta para abordar investigaciones del cine nacional en relación con los estudios de memoria: 1) el cine como manifestación de un hecho cultural; 2) la influencia del cine mundial en la filmografía colombiana, que permitió introducir esquemas audiovisuales de reproducción de la “realidad nacional”; 3) la dicotomía entre realidad e imaginario que marca fuertemente la narrativa fílmica; 4) el cine como “testigo” y “testimonio” de la vida cotidiana de los sujetos; y 5) la importancia del cine colombiano para los estudios de memoria.

1. El cine como manifestación de un hecho cultural

Según Francesco Casetti (1994), las teorías del cine desde el campo de la epistemología no logran explicar la relación que tienen los textos fílmicos con las dinámicas de los contextos sociales; esto indica que, a la hora de establecer una definición del concepto del cine, es más relevante tener en cuenta la idea de que una sociedad es llevada a interesarse por este y preguntarse qué hace que en un contexto social los sujetos hagan reflexión de las imágenes que son proyectadas en la pantalla.

Es por ello que el cine, en los contextos sociales, es interpretado como la manifestación de un hecho cultural, ya que muestra intereses que son relevantes en una época y en un lugar. En palabras de Casetti (1994), la cultura en el marco de lo observado en la pantalla permitió que el cine recibiera una atención especial,

porque se empezaron a crear lenguajes especializados que reconocieron un nuevo vocabulario. De esta forma, el cine rompió con los límites territoriales de los países y se logró instaurar en pensamientos culturales de diversos territorios; es decir, el cine tuvo un impulso internacional, y ya, con fronteras geográficas rotas, los teóricos del cine se vieron obligados a relacionarlo con su realidad.

Pese a este gran avance, aún continúan las problemáticas que orientan la conceptualización del cine alrededor de cuatro esquemas teóricos (el cine como séptimo arte¹, la técnica de los filmes², el carácter nacional³ y la relación de las películas con la literatura⁴), que inciden en su desarrollo no solo como documento audiovisual, sino como marco referencial de interpretación de sus contenidos.

2. Influencia del cine mundial en la filmografía colombiana

Antes de la Segunda Guerra Mundial, el cine era conocido como una simple proyección de sucesos de la vida de las personas, mostrando qué había, cómo se hacía, qué existía; era un fiel reproductor mecánico de lo que era la realidad. Después de esta guerra, el cine retomó importancia en los contextos sociales, por lo cual fue necesario aceptar que el texto fílmico era una manifestación cultural de gran relevancia para la noción de cultura de un territorio. Es así que en 1970 se privilegió el discurso científico que creó en el cine un giro que comenzaría a investigarse en dos sentidos: el cine como una reserva de ejemplos de la vida cotidiana que aproxima interpretativamente las temáticas de la vida real, y la

-
- 1 Álvaro Cadavid (2006) señala que el cine como séptimo arte es una mezcla de varias artes que no hicieron más que amoldarse a las nuevas exigencias del siglo XXI. Es decir, el cine es “la intersección de varios desarrollos y avances científicos a los cuales se les incorporaron los elementos y recursos narrativos de la literatura, y los elementos de espectacularidad, narratividad y puesta en escena de la representación teatral, que se integraron con los componentes de las artes plásticas, la danza, la fotografía, que están en la propia naturaleza técnica, visual y prosémica del cine” (p. 14).
 - 2 Miguel Machalski (2006) ofrece un panorama superficial del guion cinematográfico, pero en el cine es algo más complejo, ya que está compuesto por varios nodos; básicamente, se intenta dar vida a un guion a través de la materialización de un filme. Según este autor, el cine, como una forma de discurso masivo, es explicado así: “El cine posee parámetros narrativos específicos (movimientos de cámara, tipo de encuadre [primer plano, panorámica, etcétera], montaje de escenas) y no específicos (música, ruidos, diálogos, descripciones de lugares, personajes y comportamientos). En primera instancia, el guion se basa ante todo en estos últimos, y en el proceso de adaptación funciona como transición o puente entre el lenguaje literario y el lenguaje cinematográfico” (p. 73).
 - 3 Cadavid (2006) plantea que existe una dicotomía entre el cine y lo nacional, ya que la idea de lo nacional puede ser una gran gama de diferentes pensamientos, es decir, “lo nacional en el campo de la cultura se pretende apuntalar lo oriundo, lo propio, las costumbres y particularidades locales y territoriales” (p. 53).
 - 4 Cadavid (2006) indica que existe una relación entre cine y literatura, ya que las dos no se pueden desprender; por esta razón, hay que comprender que, al ser difícilmente separables, continuar con la polémica de cuál prima sobre la otra es algo absurdo, ya que se comunican. No obstante, se puede explicar que un filme necesita ser reinterpretado varias veces para actualizar al lector; en cambio, un texto literario no lo necesita, ya que espera al lector para que lo lea.

fuerza analítica que aproxima la explicación del cine con categorías científicas, concretas y específicas.

En consecuencia, el mundo comenzó a debatir la funcionalidad del cine con respecto a la subjetividad de las comunidades. Por ejemplo, en Francia surgió un movimiento denominado *Nouvelle vague* que mostraba la crudeza de las realidades sociales, mientras que en Inglaterra se presentó el movimiento de *Free cinema*, que proponía una oposición a la política radical que se evidenciaba en su territorio, resaltando los espacios de la calle; por su parte, EE. UU. inició el movimiento de *New American Cinema*, que seguía el camino de la vanguardia y el arte figurativo.

Finalmente, en Latinoamérica surgió el movimiento del *Nuevo Cine Latinoamericano* con la idea de lucha contra las políticas capitalistas, el decolonialismo y la reivindicación de los pueblos invisibilizados por la hegemonía europeo-norteamericana. Estas nuevas tendencias hicieron que el cine tomara un giro en los países latinos y existiera una preocupación por los conocimientos y las situaciones de sus contextos inmediatos. Las intervenciones críticas de las nuevas formas de cine crearon la novedad y el análisis de las realidades sociales, fracturándose el enfoque tradicional.

De esta manera, el cine rompió con los límites territoriales de los países y logró instaurar en los pensamientos culturales de otros lugares las realidades internacionales. Casetti (1994) señala que esta ruptura se establece cuando “todos los movimientos se proponen reaccionar contra un pasado que con sus esquemas preestablecidos se ha vuelto estrecho y rígido. La ruptura debe darse en todos los frentes, tanto en la forma de hacer cine como en la formulación de las nuevas categorías críticas” (p. 94).

La novedad aquí consiste en romper con la idea de “buen cine” que muestra un tipo de filmes elaborados con cánones y parámetros similares que reproducen una falsa fe, un humanismo hipócrita y una superposición de realidades ficticias. Con ello, los espectadores y cineastas querían ver el cine “color sangre y no color rosa”⁵. Por ende, las ‘nuevas’ ideas proporcionaron la importancia de la observación del director para revelar lo que veían en sus contextos, con el fin de denunciar, reflexionar y rechazar las desigualdades sociales.

Por consiguiente, los movimientos del cine francés se inclinaron por un cine que fuera espejo de la realidad con un alto porcentaje de verosimilitud y de autenticidad; mientras tanto, el movimiento de *Free Cinema* de Inglaterra exponía la realidad en el cine desde el corte documental, ya que el director no influía de

5 Casetti (1994) se refiere al realismo que querían ver los espectadores en el cine, ya que los filmes estaban dogmatizados mediante una regla; sin embargo, la importancia radica en la metáfora de salirse de la vida de la pantalla para desarrollar a partir de ella el verdadero sentido de la realidad, donde lo estético pierde eficacia y los anacronismos de lo real son percibidos y evidenciados sin ninguna restricción (p. 96).

manera radical en la argumentación de la película y en la trama que subyace a ella. Por su parte, el Nuevo Cine Latinoamericano deseaba mostrar la realidad social de la región, y como resultado se producen filmes que presentan los pequeños detalles de la cotidianidad de los latinoamericanos, en los que la cámara de mano, la grabadora portátil, los actores sin maquillaje y los escenarios naturales como la calle exhibían las reales condiciones en que vivían las comunidades latinoamericanas. En otras palabras:

El hambre de Latinoamérica no es solo un alarmante sinónimo de pobreza social, sino la esencia misma de su sociedad. Aquí reside la trágica originalidad del *Cinema Novo* respecto al cine mundial. Nuestra originalidad es nuestra hambre y nuestra mayor miseria es que nuestra hambre se siente, pero no se comprende. (Casetti, 1994, p. 102)

De allí que el reflejo de la realidad en el cine latinoamericano esté compuesto por un grado de ficción, ya que el director reinterpreta la realidad que observa, y, por lo tanto, la realidad dada se enlaza con los imaginarios que lleva consigo el director. Como afirma Casetti, “Un director es un artista que parte de la realidad dada y que la recompone según su propia concepción, armonizando los ‘hechos’ concretos en un universo personal y de ficción” (1994, p. 104). Incluso, según la propuesta del Nuevo Cine Latinoamericano, el cine expresa un pensamiento y un mundo personal, es un instrumento de comunicación con y para el pueblo, que evoca un nuevo lenguaje popular que haga entender su posición y los mecanismos de acción frente a las situaciones que lo preceden continuamente.

En Colombia, el cine estuvo influenciado por los nuevos movimientos del cine que surgían en el mundo, en especial por el movimiento del Nuevo Cine Latinoamericano, porque los directores colombianos le apostaron a una producción de realismo singular que ofrecía distintas miradas del conflicto armado. Por esta razón, la realidad debía mostrarse lo más “real” posible para que influenciara la crítica y denuncia de los problemas sociales que estaban surgiendo en Colombia. Incluso, los años ochenta y noventa son periodos de importante transformación para el cine nacional porque puso fin a una era de cine rural y de asociaciones del conflicto bipartidista.

El problema consistía, según Oswaldo Osorio (2010), en que las películas de periodos anteriores tenían mala imagen: los guionistas basaban sus relatos en la literatura nacional, lo que impedía una creación de lenguaje cinematográfico: mientras que el director dirigía el filme, también debía ser la persona que buscara el dinero, promoviera la película en las salas de cine, gestionara espacios, etcétera. Frente a estas dificultades, el Gobierno nacional decidió crear la institución Compañía de Fomento Cinematográfico (FOCINE), que promovió la creación de proyectos nuevos. Sin embargo, se despilfarró el dinero porque el apoyo financiero tenía una cantidad de procesos burocráticos que no facilitaban la ejecución

de los recursos, financiando posteriormente la filmación de películas que nunca lograron proyectarse en las salas de cine; es más, las cintas que lograron mostrarse en la pantalla grande crearon una mala imagen del cine nacional por su falta de técnica cinematográfica.

Pese a las dificultades anteriormente expuestas, se formaron profesionales ejemplares del cine nacional, como es el caso de Jorge Alí Triana, Víctor Gaviria, Lisandro Duque, Ciro Durán, Sergio Cabrera y Luis Ospina, quienes se formaron principalmente en el exterior. Así, este periodo logró la transformación del “cine rural” a un “cine urbano”. “Hasta la década de los ochenta [...], la mayoría de las películas colombianas [eran sobre] el campo o las pequeñas poblaciones; [...] [por su parte, en] los años noventa, esa preeminencia es ya de las ciudades” (Osorio, 2010, p. 4). La razón consistió en que los directores ya no pertenecían a las zonas rurales del país, sino que sus vidas giraban en torno a las ciudades. En 1997 se crearon las instituciones enfocadas al cine: Proimágenes en Movimiento y la Dirección de Cinematografía del Ministerio de Cultura. Estas lograron introducir en la nación las nuevas tendencias del cine del momento. Luego, en el 2003 se expidió la Ley 814, conocida como Ley del Cine, que dio pautas y estableció reglas claras para la elaboración del cine colombiano.

La importancia del cine en Colombia se da por la realidad de la cinta a la hora de grabarla y de presentarla al público, ya que su argumento narrativo se aproxima a las realidades cotidianas de los sujetos a través de la visión del director y la historia. Teniendo en cuenta lo anterior, Osorio (2010) señala:

Las películas *El milagro de sal* (Luis Moya, 1958), *Raíces de piedra* (1961) y *Pasado del meridiano* (1967), ambas de José María Arzuaga, o tres cuentos colombianos (en especial *Tiempo de sequía* y *La Sarda*), de Julio Luzardo, 1963, y *El río de las tumbas* (Julio Luzardo, 1964), hicieron que la realidad fuera material cinematográfico por primera vez en la historia del cine nacional, luego de décadas de esporádicos largometrajes que siempre apelaron al melodrama o al folclorismo, y que, si bien podían tener la relación con la realidad, definitivamente no eran realistas. (p. 11)

Así, el cine colombiano muestra algunos rasgos del contexto del país estimulado por la percepción⁶ que tienen los sujetos de su realidad, por lo que el cine, más que ser una ficción, es un retrato de la sociedad en la que se encuentran los sujetos. Por ende:

6 Casetti (1994) plantea que la percepción se entiende como “encontrar algunas estructuras fijas en ese flujo de estímulos en continuo cambio que es la realidad”, teniendo en cuenta que para lograr tal cometido, es importante saber que el ser humano recoge las características de la realidad a través de los sentidos, acomodándose a los modelos mentales previos y los esquemas de interpretación que tienen los sujetos sociales” (p. 123).

El cine refleja de forma más directa que otros medios artísticos la mentalidad de una nación, y ello por dos motivos. Primero: un filme no es nunca el producto de un solo individuo [...]. Segundo: el cine se dirige a la muchedumbre anónima y la atrae, de ahí que sea lícito suponer que los filmes populares, o para ser más precisos, los motivos cinematográficos populares, satisfagan deseos existentes en las masas. (Casetti, 1994, p. 145)

De esta forma, el cine actúa como un instrumento que refleja las tendencias psicológicas de un grupo de sujetos, evidenciando aspectos “malos y buenos” de una comunidad concreta. De igual forma, se convierte en un testigo de la historia que permite mirar más allá de la vida de un sujeto para realizar investigaciones de fondo sobre el papel que cumple la historia en su memoria.

Finalmente, Casetti (1994) indica que:

El cine refleja la sociedad que le circunda; refleja los motivos mejor que otros textos a causa de un carácter de obra de un grupo destinada al consumo de masas; saca a la luz los aspectos subterráneos y escondidos, hasta acabar ilustrando de algún modo el inconsciente; resalta su evolución histórica, descubriendo las dinámicas subyacentes. (p. 147)

3. Dicotomía entre realidad e imaginario

La relación existente entre cine y realidad se establece por la prolongación del esplendor del mundo a través de la imagen⁷; por lo tanto, la imagen del mundo es la realidad. De ahí que los ideales de la orientación realista del cine deben su aporte en gran parte a la fotografía, ya que “le permite convertirse en testigo y documento por estar construido para registrar lo que se encuentra frente a la cámara” (Casetti, 1994, p. 32). De esta forma, al romper la estética de lo visual con la copia mecánica de la realidad por medio de la imagen fotográfica, se abrió la posibilidad de expresar la realidad.

En consecuencia, las visiones que se establecen en la relación entre cine y realidad gozan de términos claros que aceptan que la teoría se enfrenta a su propia historia, porque responden a imperativos sociales con temas de fondo y una periodización posible. Con ello, la relación entre realidad y cine “no consiste en inventar una historia que se parezca a la realidad, sino en contar la realidad como si fuera una historia”; “no se trata ya de convertir en ‘realidad’ las cosas

7 Casetti (1994) asegura que la imagen es imagen fotográfica, ya que, gracias al surgimiento de la fotografía, se lograron recrear los contextos sociales tal y como los observamos en la vida cotidiana; además, la evolución de la imagen fotográfica con color ofreció otros puntos de vista y se afianzó con más seguridad la representación de la realidad a través de la fotografía; es más, se explica cuando se relaciona la cámara fotográfica con la realidad social. En este sentido, vale tanto la posición del camarógrafo como las ideas del director y la vivacidad del actor para realizar con mayor fineza los actos determinantes de la película.

imaginadas [...], sino de hacer significativas en grado máximo las cosas tal como son, casi como si se contaran ellas solas" (Casetti, 1994, p. 36).

En este aspecto, el cine expone lo que somos y da la posibilidad de conocernos a nosotros mismos, es decir, el cine es un instrumento de conocimiento de sí mismo que da la posibilidad de conocer al otro. En este sentido, la labor del guionista, la destreza del camarógrafo, la actividad del director y la apropiación de los personajes dan la "estética del seguimiento"⁸ que permitirá una posible reconstrucción de lo real.

Sin embargo, el cine no solo consiste en reconstruir parte de la realidad social, no tiene que limitarse a observar y describir algo real, el cine va más allá; así, se encomienda un realismo para que el espectador tenga la posibilidad de comprender, y el cine pasa de ser un instrumento de observación y conocimiento a ser un instrumento para la comprensión de los fenómenos sociales. En palabras de Casetti (1994):

Puede abordar la narración cuando esta sirva para evidenciar el diseño que subyace a los acontecimientos, y puede llegar a una completa participación con los hechos cuando esta sirva para garantizar la plenitud y la capacidad persuasiva del conjunto. [...] el resultado es un retrato más completo de la realidad, en la que a la presentación de los hechos se suma la comprensión de sus causas y en la que al registro de los acontecimientos se añade la percepción de la lógica que sostiene. (p. 38)

De otro lado, la realidad dada está inserta en la relación entre cine y lenguaje, ya que cada vez que se miran los filmes, las personas observan que estos poseen una serie de lenguajes, de ideas y de significaciones propias que le dan sentido a su ser, a su realidad o a la realidad de otros. Por tanto, el cine es interpretado como lenguaje porque es un dispositivo de significación y de comunicación que permite la interacción con el hombre mismo; así, el cine juega su papel en la apropiación de algunos medios expresivos propios del lenguaje que mezcla el teatro, la danza, la poesía, entre otras expresiones; es un arte heterogéneo que inserta todas las esferas del lenguaje.

De esta manera, se entrevé la importancia del cine para la sociedad, porque este pasa a ser un instrumento de vital importancia del lenguaje de la realidad de los sujetos, al comprender su pensamiento y relación social. Con ello, el cine nacional busca adquirir identidad, ya que se convierte en denuncia que muestra la realidad colombiana a través del lenguaje de la marginalidad, las diferencias sociales, los males sociales, la violencia, entre otros.

8 Es un concepto que retoma Casetti (1994) de Zavattini en su libro *Neorealismo ecc.* Con el fin de mostrar la evidencia de lo real en el cine, la estética se intuye desde las destrezas que tengan el camarógrafo y el director para captar las circunstancias sociales "reales" que quieren ser mostradas en el filme (p. 38).

El hecho cinematográfico consiste en que la realidad del país no sea absorbida por argumentos que invisibilizan las problemáticas sociales; el objetivo del cine radica en mostrar las problemáticas de Colombia, tal y como lo explica Jorge Ali Triana:

Creo que el cine tiene la misión de sacarnos del enredo de estar recibiendo una cantidad de noticias de violencia, pero nunca comprender lo que la violencia quiere decir, de superar esa estupidez mental de estar dando vueltas alrededor de unos hechos que no se entienden, porque los periodistas no pueden, no son capaces y no deben, digámoslo, salirse de ese automatismo de una serie de noticias y de hechos que esta desvinculados de la historia. O sea, desvinculados de un proceso que nos permita entender de dónde vienen, hacia dónde van, cuáles son realmente los personajes y los protagonistas de esos hechos, cuáles son los sentimientos que están ahí. (Citado en Osorio, 2010, p. 86)

Por su parte, la relación entre cine e imaginario social⁹ se expone cuando

[...] lo que aparece en la pantalla no es el mundo, en su evidencia o su concreción, sino un universo nuevo donde se mezclan objetos comunes y situaciones anómalas, hechos concretos y sensaciones impalpables, presencias reconocibles y entidades irreales, comportamientos habituales y lógicas sorprendentes. (Casetti, 1994, p. 55)

Lo anterior se debe a que en el cine se reflejan aspectos de la realidad que juegan con los imaginarios de las personas; estos adquieren un sentido de carácter subjetivo porque tienen inmerso en su narrativa un contenido de la misma índole. En palabras de Casetti (1994): “El cine no es una maquinaria anónima que registra automáticamente lo existente y nos lo devuelve como tal, sino que pone en escena universos completamente personales y pide al espectador que se adhiera a ellos individualmente” (p. 56). En consecuencia, se afirma que el cine es un instrumento que eleva la imaginación del ser humano y que la dinamiza porque incluye al espectador en la vida imaginaria del cine.

Además, “el mundo de la película no es ese mundo empírico que encontramos a diario a nuestro alrededor, sino otro, fabricado de la materia de los sueños, de las obsesiones, de los espejismos y de las utopías. Es un mundo dominado por la pura posibilidad” (p. 57). Entonces, el cine da la posibilidad de mirar lo oculto, de decantar los sueños de su espacio, de inventar seres y lugares que están en el fondo del pensamiento y el alma del ser humano, transformándolos

9 Casetti (1994) retoma a Morín en *L'Esprit du Temps*: “lo imaginario está más allá de lo multiforme y pluridimensional de nuestra vida, en lo que estamos igualmente inmersos. Es el infinito manantial que acompaña a lo que es actual, vale decir, singular, limitado y finito en el tiempo. Es la estructura antagónica y complementaria de la que se dice real; sin el cual, indudablemente, no habría realidad para el hombre, o mejor, no habría realidad humana” (p. 63).

en expresiones que van de lo subjetivo a lo colectivo, que rompe estructuras y que maneja otras formas de pensar el ser humano.

En tal sentido, el cine, con el apoyo de imágenes continuas, entrevé parte de la realidad y la imaginación porque los espectadores están viviendo las situaciones que produce la película. Por lo que, parafraseando a Morín (2001), el cine es algo que hace que las personas sientan y piensen cosas con las que nunca habían soñado; el cine ya no será solo un dispositivo para representar la realidad, sino también un dispositivo que mostrará otras experiencias.

La clave, entonces, se presenta en la connotación subjetiva, ya que el cine actúa en la experiencia psicológica del sujeto desde el desarrollo de los procesos cognitivos, teniendo como base la reafirmación de las posiciones del mismo individuo, para finalizar con su expresión comunicacional. Así, la relevancia del cine está en la importancia que el espectador le significa; es decir, para que exista la significación de un filme, deben existir sujetos que doten de significado el contenido del mismo. De tal forma, el cine actúa como un instrumento de transformación que reviste de nuevas propiedades y nuevos significados al universo simbólico que ha construido un individuo.

De lo anterior resulta que el cine juega un papel importante en los aspectos psíquicos del sujeto porque pasa a revelar un lenguaje que está supeditado a cada una de las esferas de la mente del ser humano, en donde el espectador observa las mezclas de la realidad y lo ficcional. En definitiva:

El cine es un territorio mixto: un punto de confluencia, un punto de fusión. Naturalmente la mezcla vale sobre todo para esas dos dimensiones que son la objetividad de los datos representados y la subjetividad del observador o, lo que es igual, la realidad de lo reproducido y la irrealidad del mundo en la pantalla. (Casetti, 1994, p. 63)

Por consiguiente:

Subjetividad y objetividad no solo se superponen, sino que renacen incesantemente una de otra, en un continuo círculo de subjetividad objetivante y de objetividad subjetivante. Lo irreal impregna, atraviesa y transporta a lo real, mientras que este último modela, determina, racionaliza e interioriza al primero. (p. 63)

4. El cine como testigo y testimonio

El cine como testigo funciona en pro de un “sujeto” que ve, escucha y siente las circunstancias de la vida cotidiana. En este aspecto, la linealidad narrativa cinematográfica que expone una película distingue la “forma de ver” de la cotidianidad de un “cine-sujeto(s)” que está inmerso en una visión de mundo de los personajes que hacen parte del filme. Esto da sentido a la particularidad de observación individual del cine como objeto, convirtiendo dicha idea en la reflexión

de un cine-sujeto que media la relación social de las personas en un contexto determinado.

De allí que el testigo en función de los estudios de la memoria, que en el presente texto tienen relación con las premisas de Jelin (2002), permite comprender este aspecto en dos posibles direcciones: la primera señala que “es testigo quien vivió la experiencia y puede, en un momento posterior, narrarla, ‘dar testimonio’. Se trata del testimonio en primera persona, haber vivido lo que se intenta narrar” (Jelin, 2002, p. 80). Esto indica que el cine como testigo aparece como el(los) “sujeto(s)” que experimentó(aron) una serie de situaciones relacionadas entre sí que quedaron registradas en la cinta cinematográfica.

La segunda revela que la noción de “testigo” también corresponde a un observador distante, es decir, “quien presenció un acontecimiento desde el lugar del tercero, que vio algo, aunque no tuvo participación directa o involucramiento personal en el mismo” (Jelin, 2002, p. 80). Lo que implica no solo una visión retirada de hechos particulares, sino una interrelación de las experiencias vividas por terceros, entretejidas en narrativas argumentales de la trama de la película y en espacios captados por la cámara.

Por su parte, el testimonio como “reflejo de la sociedad” sirve para comprender los contenidos que se quieren recordar de la memoria del contexto colombiano. Para ello, es importante que exista un diálogo bidireccional, en el cual la persona que observa, escucha y siente el contenido del filme tenga la capacidad de construir la narrativa de esa memoria, pero que también pueda ofrecer empatía con la versión y los sentimientos que ofrece el cine como testigo. En este contexto, el testimonio que se ofrece en el cine incluye a quien observa, escucha y siente, a quien se transforma en un participante, diferenciando, eso sí, las reacciones del testimonio del filme con sus propias reacciones como espectador.

Sin embargo, es importante tener cuidado con los postulados del cine como testigo o testimonio aquí presentados, ya que pueden estar enmarcados en momentos históricos y, a veces, indeterminados que no son propicios para un análisis desde los estudios de la memoria, ya sea por las dificultades que se presentan en los contextos del testimonio, porque están circunscritos en la dicotomía realidad vs. imaginario, o porque sirven como marco referencial de un ente dominador que desea crear una “versión” de los hechos a través de la pantalla.

Por tal razón, se hace necesario conocer el papel de los textos fílmicos en los contextos particulares y el investigador debe hacerse preguntas como las siguientes al abordar el cine como testigo: ¿por qué una película puede ser testigo? ¿Cómo puede clasificarse como tal? ¿Quién financia una cinta cinematográfica u otra? ¿Por qué se rodó? ¿Cuándo? ¿Dónde? De la misma forma, en relación con el cine como testimonio, se pueden establecer las siguientes inquietudes: ¿quiénes expresan su testimonio a través de la pantalla? ¿Por qué fue importante para el director o camarógrafo publicar este testimonio de estos sujetos en el documento

audiovisual? ¿Por qué no se dice algo en particular? ¿Por qué se muestran unos testimonios y otros no? ¿Qué objeto tiene manifestar a través del testimonio algo que no se puede comprender? ¿Por qué hacer énfasis en los olvidos y silencios en el cine? ¿Qué es real o imaginario en el testimonio que se presenta en los filmes?

5. La importancia del cine colombiano para los estudios de memoria

La exposición al mundo social genera recuerdos que quedan en la mente del ser humano. Estos ayudan a reconstruir la historia y a pensar sobre la experimentación que tienen los individuos en la “realidad”; en otras palabras, la vida se elabora en un mundo, en un tiempo y en un espacio geográfico concreto, con sus conocimientos sociales e institucionalizados, sus historias y sus problemáticas. En consecuencia, cada sujeto es partícipe de la construcción de ese mundo social, convirtiéndose en actor de las dinámicas que se presentan en el contexto y en el tiempo que presencia.

De esta forma, los estudios de memoria que incluyen procesos de construcción de los recuerdos, olvidos y silencios de un sujeto, grupo de sujetos o comunidad entera, están supeditados a la conformación de los procesos de socialización con otros que se encuentran en ese mismo espacio social. En este aspecto, el cine funciona como un interlocutor entre esos mundos “reales” o “imaginados” y las expectativas de los espectadores, que no solo son agentes de activación de la memoria, sino también de creación, transformación y eliminación de la memoria misma.

El cine colombiano tiene una relación muy estrecha con los estudios de memoria, ya que muestra —por lo menos una parte— de la realidad colombiana a través de los imaginarios que prescriben las prácticas de los sujetos sobre la realidad que enfrentan. Se distingue que cada director le apuesta a representar el país desde su propia óptica, centrando sus escenas en una problemática específica o simplemente enfocando sus historias en un hito social para evidenciar los sucesos que acontecieron en una época de la historia de Colombia.

Esto indica que la cámara cinematográfica circunscribe en sus movimientos y acercamientos una memoria que no se puede olvidar, enfatizando en los recuerdos que se logren producir en el espectador al relatar la historia que se pretende mostrar. En consecuencia, acercarse a la “realidad nacional” a través del cine se convierte en un desafío para los estudios de memoria porque el reto consiste ahora en comprender y reflexionar los acontecimientos del país a través de la pantalla.

Sin embargo, Osorio (2010) considera que el cine colombiano es exageradamente realista:

Me permito especular que ese trauma nacional de fascinación por la violencia, camuflado pero indeterrable, es, entre otras cosas, el resultado de un cine

hecho desde una visión patriarcal y masculina. Un cine volcado al exterior, al acontecimiento estruendoso; focalización traumática disfrazada de compromiso con la realidad, procedimiento metonímico de enmascaramiento. En ese supuesto compromiso con la brutalidad de lo real, el cine nacional ha olvidado ponerse de lado de las víctimas, de los débiles, ha desechado la perspectiva de lo íntimo, de lo femenino. Quienes padecen la violencia tienen menos *sex-appeal* que quienes la ejercen. Lo público ha prevalecido sobre lo privado. (p. 22)

Osorio (2010) señala varios de los puntos de referencia del cine colombiano que, a su vez, pueden resultar en dificultades para el trabajo de los estudios de memoria, ya sea porque se dispone en la pantalla de una composición de aspectos reales e imaginarios, o porque podrían ser un reflejo de las realidades de un grupo determinado de seres humanos, de un contexto y de unos factores sociales específicos. Por lo tanto, los estudios de memoria en las cintas cinematográficas, aparte de entrever y mostrar una realidad e imaginario social nacional, deben servir como un arma de conocimiento que provoque acciones que confronten la realidad para que, de esta forma, puedan intervenir en los contextos sociales.

Finalmente, el cine asume una postura crítica que refleja límites y contornos de la realidad. Mediante los fenómenos que subyacen a esos reflejos, los espectadores asumen sus posiciones y se enfrentan a la realidad que está siendo observada en la pantalla. No obstante, ¿es real lo que transmite el cine? ¿Es imaginado? Estas preguntas pueden derivar en las siguientes afirmaciones: “El cine expresa algunos rasgos de la realidad” y “El cine es una máscara que muestra una falsificación de la realidad”. En temas de estudios de memoria, la relación del cine con la realidad se ve reflejada en los análisis de los espectadores, pues los directores intentan recrear la realidad a través de los filmes e interferir con la realidad del público, modificando algunas de sus estructuras cognitivas, sociales y emocionales, entre muchas otras.

Referencias

- Cadavid, Á. (2006). *La memoria visual de la narrativa colombiana en el cine*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Casetti, F. (1994). *Teorías del cine (1945-1990)*. Cátedra.
- Congreso de Colombia (2003, 2 de julio). *Ley 814 de 2003*. Diario Oficial N.º 45.237. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=8796>
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Machalski, M. (2006). *El guion cinematográfico: un viaje azaroso “más allá de la técnica”*. Reflexiones sobre la lectura cinematográfica. Editorial Catálogos.
- Morín, E. (2001). *El cine o el hombre imaginario*. Paidós.

Andrés Castiblanco Roldán, Carlos Arturo Reina Rodríguez, Adrián Serna Dimas (editores)

Osorio, O. (2010). *Realidad y cine colombiano (1990-2009)*. Editorial Universidad de Antioquia.

Archivos efímeros de la memoria*

Diego Mauricio Rodríguez Arévalo**

1

A toda hora croaban las ranas. El barrio estaba rodeado de un potrero en donde abundaban los charcos. Los caminos hechos de pisadas marcaban la ruta que se debía seguir para no mojarse los zapatos; pero en la noche era distinto. En medio de la oscuridad solo podía guiarnos el croar de las ranas. *Si escuchas a las ranas con mayor intensidad, aléjate porque estás cerca de un charco.* Eso me decía a mí mismo. En ese entonces, la temporada de las ranas era todo el tiempo porque siempre había charcos. Como en toda época, había tiempos de invierno y tiempos de verano, pero, aunque el sol perdurara por semanas sin que volviera la lluvia, los charcos no se secaban. Esto era por las mangueras que traían el agua. Estaban tan rotas y llenas de agujeros como la ventana de una taberna de mala muerte. No sé de dónde venía el agua, lo cierto es que la manguera se ramificaba cada vez más, según iban apareciendo nuevas casas. Recuerdo que en la casa la manguera estaba detrás de la puerta de entrada. No había llaves ni grifos, y la única manera de parar el chorro de agua era tronchando la manguera y amarrándola con un trapo. Sin embargo, siempre se escapaban algunas goticas que iban formando un charco.

* El presente artículo surge como una reflexión inicial acerca de la tesis doctoral: “Cartografías e imágenes de la memoria: una ruta hacia el análisis de los procesos de recuerdo y olvido de los habitantes de la zona rural de Ciudad Bolívar”. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Doctorado en Estudios Sociales, 2022.

** Estudiante del Doctorado en Estudios Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

No recuerdo haber visto a alguien con los zapatos embolados porque ese tiempo bien podría haberse llamado *la era geológica del barro*. Así y todo, a veces el agua escaseaba. Las gentes recién llegadas trozaban la manguera para hacer una nueva conexión y, sin ningún escrúpulo, robaban la acometida de otro vecino. Entonces, debíamos volver a conectar todo. ¿Y cuándo desaparecieron las ranas? El potrero se llenó de casas, los caminos de pisadas se convirtieron en calles más o menos transitables, pero aun así se seguía escuchando el croar de las ranas. Solo dejaron de escucharse cuando llegó el agua potable al barrio¹. La figura 1 muestra uno de los objetos decorativos que utilizaba la familia de la señora María Celenia para decorar su casa en épocas navideñas.

Figura 1. La ventana y un ángel. Vereda Pasquilla, localidad de Ciudad Bolívar



Fuente: fotografía tomada por Diego M. Rodríguez A. (2019).

2

Recuerdo, en particular, de mi niñez que teníamos un juguete que nos lo traía la señora dueña de la finca. Nos hacían creer que el niño dios había venido porque

1 Con el propósito de no ofrecer una versión unívoca del problema de investigación, propongo las siguientes nomenclaturas para seguir la lectura de manera alternativa y complementaria: 1) los encabezados en donde aparezca un número impar, corresponden a pasajes reales, pero que marcan una relación figurada con la memoria; 2) los encabezados en donde aparezca un número par, corresponden a testimonios de campesinos que he podido ir acumulando a través del proceso de investigación que llevo a cabo en la zona rural de la localidad de Ciudad Bolívar (Bogotá); y 3) los encabezados en donde aparezca una letra, corresponden a la construcción teórica que he elaborado a partir de las múltiples relaciones que se dan entre la teoría y la práctica.

al otro día amanecía debajo de la almohada. Pues sí, nosotros nos comíamos el cuento por ser tan niños [...]. Los diciembres venía el sacerdote de no sé dónde y nos llevaban a las novenas en la noche. Yo caminaba. Ya como uno salía tardecito y por entre el caminito, había que pasar por entre un matorral arriba. Yo me acuerdo que caminaba dormida. Cuando tropezaba con algo, despertaba y caminaba otro poquito y volvía a cogerme el sueño. Yo venía con mis ancianos a las novenas, mis viejos iban con nosotros. Me dormía caminando delante de ellos; entonces, todas esas cosas recuerda uno. Ahora, si le daban a uno en diciembre un muñequito, no se lo dejaban sacar a uno para jugar, sino guárdelo porque eso es recuerdo. Uno cogía por lo menos un pedazo de palo y con unos trapos lo envolvía, y ese era el muñeco, y ya entre las matas lo dejaba para que el papá, la mamá no vieran que uno estaba jugando con muñecos, porque no sabía uno hacer nada y ya uno jugando con muñecos².

A

¿Dónde se escribe nuestra memoria? En los relatos más imperceptibles, en la brizna de polvo que desecha la historia. Sin embargo, aunque la historia efímera de las comunidades haya permanecido en la periferia, esta no se convierte en una resistencia, es un devenir. Por lo tanto, con o sin una lucha política, la memoria (y el olvido) continuarán ocupando un lugar en el tiempo. Se ha vuelto una costumbre relacionar la memoria con una lucha política, de tal forma que una capacidad natural de los individuos parece haber emergido en los albores de nuestro tiempo. Es contradictorio ver cómo la memoria se canibaliza y termina devorándose a sí misma. Si la historia, por medio del positivismo y una forma reduccionista de reconstruir el pasado, ha erigido historias nacionales que, en muchas ocasiones, no representan un verdadero espíritu nacional, es paradójico que la memoria se reduzca a un discurso ideológico de lucha de clases. Es verdad que nuestro pasado es una representación de un Estado injusto y de una clase obtusa e intransigente, pero la memoria supone una variedad de matices que nos habla de nosotros mismos vistos como una caja de colores y no como una monocromía. Deleuze y Guattari (2012) afirman que los individuos y la sociedad estamos fragmentados en tres formas de segmentaridad: binaria, circular y lineal; sin embargo, advierten que estas formas de segmentaridad “siempre están incluidas la una en la otra, e incluso pasan la una a la otra, se transforman según el punto de vista” (p. 214).

Por lo tanto, no solo importan las condiciones en cuanto al capital económico con las que se adquirió el regalo de navidad, sino las sutilezas que guarda la memoria y que aún son más latentes que otras prenociencias: el tránsito entre el

2 Testimonio de María Celenia Galindo Gutiérrez, habitante de la vereda de Pasquilla, sector El Edén. Entrevista realizada el 4 de mayo del 2019.

círculo de la infancia y el círculo de la adultez, la potencia suplementaria de los símbolos (Durand, 1968) o la vitalidad e importancia escondida de un relato cotidiano. Es precisamente allí donde se escribe la memoria. No tiene caso suponer que el único uso que tiene la memoria se reduce a un hecho político o que su única utilidad se circunscribe a la búsqueda de una verdad jurídica. Antes de la intervención de cualquier institución social, se debería acometer la memoria como un producto natural en donde se transija la intervención de los distintos aparatos sensibles del individuo.

El defensor de derechos humanos, miembro del colectivo José Alvear y congresista, Alirio Uribe Muñoz pregunta: ¿por qué es importante la recuperación de la memoria histórica de la localidad de Ciudad Bolívar en el momento actual? [...]. En estos momentos de disputa entre fuerzas sociales contradictorias: por una parte, sectores minoritarios, guerreristas, retardatarios que han empobrecido este país, siguen insistiendo en la vía militar como forma de resolver los graves problemas del país, y, por otro, el pueblo de a pie, las grandes mayorías reclaman parar la guerra y exigen una salida negociada al conflicto social armado. En este complejo escenario se impone y toma fuerza la recuperación de la memoria histórica. (Gómez, 2014, p. 200)

La cita anterior determina que la memoria se escribe solo en el terreno ideológico de la lucha política. ¿No cae en un error la memoria cuando pretende asumir la función de juez sesgado que ha predominado en la construcción de la historia? ¿No es precisamente la memoria la que en su devenir conceptual busca dar un espacio en los relatos históricos a todas las voces, sin limitarlas a partir de una ideología absoluta?

3

Lo que más me llamaba la atención de esta flor era que aparecía en cualquier lugar. Apartada de cualquiera de los cuidados de una mano bondadosa (figura 2), florecía entre los escombros, se dejaba ver entre las juntas de los adoquines de las calles o aparecía entre un puñado de arena que la lluvia iba acumulando en un rincón. Lo único que producía en el alma de los transeúntes que pasábamos por las calles del barrio era indiferencia. No sé por qué comencé a interesarme en ella. Cuando iba caminando, la veía en una orilla soportando todo lo que bien podía resistir una flor callejera. Todos los relatos de flores que había escuchado desde niño decían que sus pétalos eran frágiles, que nuestras toscas manos debían llenarse de suavidad antes de tocarlas. En todo caso, cerca de esta flor, ya sea florecida o marchita, se erguía una pompa de estambres. Cada estambre se desprendía del centro con el más mínimo impulso del aire. No sabíamos que la pompa de estambres y la flor eran una sola. Por eso, cuando soplabamos las pompas de estambres que encontrábamos al borde de cualquier calle, lo que hacíamos era ayudar a que esta flor se reprodujera en una grieta, entre las piedras o bajo la

sombra de la basura. Es la flor de diente de león y su naturaleza se parece a la naturaleza de la memoria.

Figura 2. Manos. Vereda Pasquilla, localidad de Ciudad Bolívar



Fuente: fotografía tomada por Diego M. Rodríguez A. (2019).

4

—Yo creo que hace unos 20 años, porque todavía estaba un señor que se llamaba Rafael Rodríguez, que tenía un buscito que siempre nos llevaba por El Olarte. Unos 20 años, 20, 30 años. Él salía de Pasquilla a las siete de la mañana, iba y dejaba su personal en la carrera 16 y en la tarde, a las cuatro de la tarde, recogía su personal y se venía. Ya ese bus dejó de funcionar y entonces empezó a trabajar el señor Pedro Elías Chaves. También lo mismo, con el mismo servicio, igual. Yo creo que estamos hablando como de 1970, 1980, porque ya empezaron a mandar las *Transmopa*³.

—Mi mamá está ahí equivocada. Porque en el 70 no se sabía que iba a haber *Transmopa*. *Transmopa* no hace mucho. Sí, era en el año 70 y yo nací en el 76. Mi mamá está equivocada en esas fechas. El *Transmopa* es más reciente, desde cuando comenzó el SITP a esas busetas las quitaron. Lo primero primero, dicen que eran dos buses y que salían por El Olarte, que eran El Tolú y La Macarena⁴.

3 Testimonio de María Celenia Galindo Gutiérrez, habitante de la vereda de Pasquilla, sector El Edén. Entrevista realizada el 4 de mayo del 2019.

4 Testimonio de Fabiola Galindo, habitante de la vereda Pasquilla, sector El Edén. Entrevista realizada el 4 de mayo del 2019.

B

Podemos decir, en primer lugar, que los archivos efímeros de la memoria se encuentran en la oralidad. En este caso, me refiero específicamente a la memoria periférica, la cual se caracteriza por estar vinculada a un movimiento que trata de desprenderse del centro y escribir su propia historia apartándose de la historia hegemónica. Con ello no quiero decir que las tensiones entre el centro y la periferia se den solo en función de una ruptura política o la lucha de clases. La relación entre centro y periferia es orgánica, una no puede ser sin la otra. Para esclarecer esta postura, es necesario plantear la siguiente relación: dentro de la teoría física de los cuerpos, existen dos tipos de fuerzas proporcionalmente contrarias, pero a la vez vinculadas de manera esencial. Son la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga. La primera hace que los cuerpos que giran se muevan buscando el centro de su trayectoria; sin embargo, esta fuerza que impulsa a un cuerpo hacia un punto central crea, a su vez, una fuerza que no existe sino para el cuerpo que gira, pero que establece un impulso que tiende a alejar al cuerpo que gira de su centro. Supongamos que el centro está determinado por la historia oficial y que el cuerpo giratorio sobre el cual se establece una relación de tensión con el centro es la memoria. Recordemos que los cuerpos no son la fuerza, la fuerza es externa a ellos; es decir, la fuerza que moviliza los conflictos y las rupturas entre historia y memoria es la sociedad y sus instituciones. Esta fuerza no es unívoca, no se reduce a la lucha de clases y a las tensiones entre el poder y el oprimido, así como tampoco se puede aspirar a que una fuerza neutralice a la otra. Todo es movimiento, todo es un ir al centro para, de nuevo, describir una trayectoria de resistencia hacia la periferia. Si aceptamos este modelo comparativo entre las fuerzas físicas y la relación compleja entre historia y memoria, se hace necesario establecer cuál es nuestro campo de acción en medio de estas dos fuerzas.

Es precisamente en este punto en el que considero importante analizar la memoria de la periferia a través de la oralidad. Las comunidades de la periferia, cuya única relación con la historia se ve delimitada por una premeditada ignorancia construida por la escuela, no se entienden como un cuerpo histórico que participa en la construcción de una historia colectiva. Los relatos, los usos y las costumbres, los objetos, los oficios, las formas particulares de relacionarse con las potencias de la tierra se han ido olvidando sin el menor atisbo de nostalgia por lo perdido. Es como si la historia no sirviera de nada, o, peor aún, es como si los individuos de la periferia no se reconocieran como seres históricos. En este tránsito en el que se van perdiendo rasgos de una cultura, sobrevive el relato, la oralidad. Aunque la facultad de contar de los individuos y los cánones anquilosados e impenetrables de la historia hegemónica son equidistantes frente a la escritura como ejercicio mnemónico oficial, es la oralidad la forma de memoria que menos transgrede el imperativo que debe tener cualquier construcción histórica: la verdad. Es fácil entender que la verdad está en los relatos, en su simbología y

en su forma de nombrar el mundo por venir y el mundo perdido. Sin embargo, esta otra forma de verdad que nos ofrece la memoria es distinta a la verdad de la historia, en la medida en que el símbolo y la memoria son alegóricos, ya que son una representación imposible o difícil de captar (Durand, 1968). La memoria, al ser un material cargado de símbolos, descubre la irremediable verdad de la historia, que no hay verdad, que no hay una única historia, en tanto que la realidad está cargada de sentidos secretos que trata de revelar la memoria.

Así, establecemos una primera diferencia entre historia y memoria: el componente simbólico es uno de los ejes constituyentes de la memoria, mientras que la historia a través del positivismo ha ignorado los elementos simbólicos.

Por otro lado, y esta puede entenderse como una segunda diferencia, mientras la historia tiende a suponer que es exacta porque recurre a fechas puntuales, la memoria se configura a partir de acontecimientos en apariencia inútiles, sin una localización exacta en el tiempo.

Una tercera diferencia, que por ser elemental no resulta más aprehensible: la historia se relaciona con la escritura y la memoria con la oralidad. Es precisamente esto lo que hace a la memoria frágil, efímera. ¿Qué más efímero que las palabras producidas por una partícula y que se pierden en el aire? La literatura ha tratado de preservar esta memoria volátil y, aunque no es su consigna, nos ha ayudado a comprender nuestra historia. Sin embargo, esta no es su tarea. Descifrar la memoria dando un valor a la oralidad, de tal modo que cualquier historia no se reduzca a testimonios anónimos o a un catálogo de fechas, es una responsabilidad que parte de la conciencia que deben tener las comunidades de conocer y participar en su propia historia.

En el caso de la zona rural de Ciudad Bolívar, la memoria se puede descifrar a partir de rasgos memorísticos como objetos, oficios, usos de la tierra, caminos y casas ruinosas. Todo ello animado por la prodigiosa oralidad. Al principio de la investigación (etapa que aún no he superado), supuse que uno de los elementos que me ayudaría a reconstruir la memoria de este territorio sería una línea de tiempo, pero rápidamente esta herramienta esquemática sucumbió ante el poder de las evidencias: los recuerdos de los campesinos de la zona rural de Ciudad Bolívar se encuentran disponibles, en la medida en que organizan su pasado a través de los rasgos memorísticos definidos, pero se apartan cuando cada uno de estos recuerdos se quiere fijar con una fecha cronológica.

¿Cómo reconstruir una memoria que no esté supeditada a una cronología rigurosa? ¿Cuál es la cronología particular de la oralidad? ¿Se podría hablar, en ese caso, de una cronología simbólica? ¿Es posible escribir una historia sin que la escritura reduzca al lenguaje oral a un mero testimonio costumbrista?

Figura 3. Una ventana. Vereda Pasquilla, localidad de Ciudad Bolívar



Fuente: fotografía tomada por Diego M. Rodríguez A. (2019).

5

Hola, Patricia. Te escribo esta carta porque ando con un dilema en la cabeza que no puedo soportar. Desde que me *trastié* del barrio, me he convertido en un bicho raro que nadie puede comprender porque me he negado a contarle a alguien lo que siento. Voy por estas calles que no conozco y me parece que alguien me sigue. Volteo a mirar y veo gente con pinta de regresar del trabajo o estudiantes que vagan para no llegar temprano a sus casas. *Nadie me sigue*, me digo repetidas veces para intentar volver a la calma. Entonces, mis nervios estallan como una olla *express* y salgo a correr hasta que llego a la casa y me encierro en mi pieza. Duro hasta la media noche golpeándome la cabeza contra las paredes y escucho a mi mamá al otro lado de la pared: *Duérmase, no se saque más chichones en la cabeza*. Todo esto me ha hecho comprender que alguien sí me persigue. Yo mismo me estoy persiguiendo. Me acuerdo de las calles sucias, de las tiendas, de los letreros a medio despegar de las paredes, de las bancas rotas, de la telaraña de los cables eléctricos, de los ratones que viven entre los huecos de los bloques. A lo bien, quisiera seguir recordando y a la vez no quisiera seguir recordando, pero en estos momentos en que me gana el impulso de recordar, te escribo esta carta. Tú eres otra imagen (porque todas las cosas se convirtieron en solo eso) que vuela como una polilla en mi memoria.

6

Aquí esa vez yo estaba *rompiendo*, hasta ahora estaba principiando a conocer los bueyes. Era mi taita el que araba. Mi papá había traído unos bueyes del madero, del centro, negros, pero eran chiquitos. Faltaba este pedacito para romper.

Me dijo: *Yo me voy para Bogotá, no vaya a coger los bueyes, porque había un buey como bravo, le tiraba a uno, y no vaya a coger los bueyes porque uno de esos lo trompea.* Yo no le dije nada, que se fuera, ya como se les había puesto pasto. Los agarré, los cogí como a las diez de la mañana y acabé esto. *Se dio mañas de enyugarlos, dijo. Mancitos, no me hicieron ni mierda.* Yo como los manejaba. Tendría *puai* unos... veinte años ya, pero entonces siempre les daba miedo que a uno lo *trompiaran*, que no sé qué. Era que los bueyes que uno traía de Zipaquirá a veces salían bravos, le tiraban a uno. Eso se mandaban como un perro. Yo como me gustaban mis bueyes y mi arado.

Estas eran las casas de bahareque, mire (figuras 3 y 4). Aquí era la cocina, una grandota, pero de esa sí que ya no hay ni recuerdo. Ya está que da el bote. Nosotros duramos viviendo aquí. Ya están los palos podridos, vea. Ahí se ve cómo era el enchuscado y el barro. Esta la construyó un maestro llamado Evaristo, Evaristo Vanegas. A mí me tocó ayudar a traer barro. Había unos pozos, y venga y lleve, como tocaba pura chirle. Esto va chusque por fuera y por dentro. El chusque se conseguía por la orilla de la quebrada. Eso primero tocaba amarre a los palos, ya a lo que estaba tupido, entonces sí amase el barro y péguelo con la mano. Yo aquí duré viviendo, mejor dicho, aquí nos criaron porque aquí era la casa paterna. Aquí en esto donde está esta alberca, ahí era la cocina, pero era una casa grandota, juemadre, ahí era la cocina. Aquí era el dormitorio, pero eso sí se cayó. Por aquí nos tocaba salir para la escuela. A bajar *puallá*⁵.

Figura 4. Casa ruinosa. Vereda Pasquilla, localidad de Ciudad Bolívar



Fuente: fotografía tomada por Diego M. Rodríguez A. (2019).

5 Testimonio de José Eladio Chivatá Sánchez, habitante de la vereda de Pasquilla. Entrevista realizada el 18 de mayo del 2019.

C

Estos relatos ¿qué lugar ocupan en la historia y cómo extraer toda su potencia sin que se vean reducidos a un sesgado juicio ideológico, a una teoría inescrutable o a un conjunto de narraciones que solo poseen valor por la exposición de términos, usos y oficios arcaicos? Supongo que lo ideológico, lo teórico y lo práctico se entrelazan de manera compleja, y solo cuando se intenta definir cada una de estas categorías en función de las otras, se avanza en el propósito de investigación. Por tanto, ninguna de estas categorías podría subordinar a las otras. Ninguna ideología es unívoca, tampoco las teorías son totalizadoras, y mucho menos lo práctico es impenetrable. Detengámonos en la relación entre teoría y práctica. ¿Acaso el investigador social no busca erróneamente reducir toda práctica a una teoría que debe ensancharse y amoldarse deliberadamente como una plastilina? La consigna debería ser la comprensión y no el impulso sistemático de categorizar y definir a toda costa.

Dicho de otra manera, hay que reintegrar en la teoría de los rituales la teoría de la comprensión práctica de todos los actos y de todos los discursos rituales a los que nos entregamos, no solamente en la iglesia o en el cementerio, cuya particularidad precisamente reside en el hecho de que nadie se da cuenta de vivirlos como absurdos, arbitrarios o inmotivados, a pesar de que no tienen otra razón de ser que ser, o ser socialmente reconocidos como dignos de existir. (Bourdieu, 2007, p. 35)

En el caso particular de esta investigación, ningún juicio se ha establecido *a priori*. Los primeros bosquejos del trabajo de campo me llevaron a definir tres conceptos —vida campesina, ciudad e identidad—, a partir de los cuales pretendo avanzar hacia la configuración de un marco metodológico, cuyo objetivo es reconstruir la memoria de la vereda de Pasquilla. Así mismo, estos conceptos se integran a los siguientes rasgos de la memoria que he determinado: oficios, objetos, usos y potencias de la tierra, los caminos y la casa. La relación entre los conceptos y los rasgos de la memoria me permite examinar las dinámicas que se dan entre las distintas categorías enmarcadas dentro de la ideología, la teoría y las prácticas. Al final, sin caer en ninguna presunción desmedida, sino hablando en términos de lo posible y lo necesario, se busca reconstruir una memoria que, a su vez, genere una crítica a la historia.

Referencias

Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2012). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Editorial Pre-textos.

Durand, G. (1968). *La imaginación simbólica*. Amorrortu Editores.

Gómez, N. (2014). *Partir de lo que somos. Ciudad Bolívar, tierra, agua y luchas*.
Alcaldía Mayor de Bogotá.

SEGUNDA PARTE
Desafíos de la archivística
para los estudios sociales
de la memoria



El archivo de la dispersión, la memoria y la historia institucional*

Absalón Jiménez Becerra**

Introducción

Mi intención como historiador es hablar sobre la importancia de las fuentes y la constitución del archivo, a la par del establecimiento de la disciplina histórica como ciencia social en la modernidad, acompañada de su relación con la memoria, la historia institucional del país y la *historia del tiempo presente*.

No es mi intención entrar de lleno en el tema de la archivística, sobre todo porque otros ponentes más autorizados que yo van a expresar sus ideas en el marco de este evento. Por mi parte, pretendo hacer un llamado de atención en la parte final de este texto sobre ciertos fenómenos que se pueden entender de manera cotidiana y familiar relacionados con la avalancha y gran cantidad de información que fluye a diario en los medios de comunicación, en las redes de información virtual y en las redes sociales de las personas.

La intervención consta de tres puntos: en primer lugar, haremos un balance de la constitución de la historia como arte y como ciencia en la modernidad y la

* El presente capítulo de libro hace parte de la base conceptual del proyecto de investigación "Pedagogía contemporánea y políticas de formación docente en Colombia, 1982-2015", código 4-601-585-19, financiado por el Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, convocatoria 05 del 2018.

** Facultad de Ciencias y Educación, Doctorado Interinstitucional en Educación, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

consolidación del archivo; en segundo lugar, realizaremos una breve mirada a la historia como disciplina en Colombia y al archivo de la dispersión; por último, realizaremos los respectivos llamados de atención en torno a los problemas de la historia institucional y *la historia del tiempo presente*, el problema de las fuentes y el mantenimiento de la memoria colectiva.

1. La historia como ciencia en la modernidad y la consolidación del archivo

Para nosotros los historiadores, el respeto por las fuentes, su valor y conservación, así como la constitución de los archivos, hacen parte de la ciencia social más antigua que tiene la cultura occidental. No en vano el historiador griego Heródoto de Halicarnaso (484-425 a. C.), en sus *Nueve libros de historia* (1982), que narran en su parte inicial las guerras médicas entre los griegos y los persas, nos aclara que su trabajo es “el resultado de sus búsquedas para que las cosas hechas por los hombres no lleguen a desvanecerse con el tiempo y que las grandes y maravillosas acciones no pierdan esplendor” (p. 18). Su labor de historiador, y también de geógrafo, se entrecruza con la observación y la descripción etnográfica. Por ejemplo, en el *libro segundo* la descripción que realiza de Egipto y su cultura se constituye en la principal fotografía que se tenía en esa época de dicho pueblo que, para los griegos, representaba un gran enigma.

En sus *Nueve libros de historia* hay, por los menos, cuatro tipos de fuentes: en primer lugar, las *literarias*, particularmente los poemas griegos, que describen las acciones épicas de los héroes; en segundo lugar, las fuentes *epigráficas*, los escritos grabados en piedras y murales; en tercer lugar, las fuentes *logográficas* o los discursos oficiales (sobre todo, los textos de Hecateo de Mileto, principalmente); y en cuarto lugar, las *fuentes orales*, ante todo, de quien presencié los acontecimientos o de quien tiene una versión más o menos objetiva de lo ocurrido.

De tal manera, todas estas fuentes se cruzan con la *argumentación* que elabora el historiador para reconstruir una versión objetiva y viva del pasado. Sin duda, con Heródoto nace un método con el que el buen historiador construye su archivo y que valora de manera objetiva para dar cuenta de la fiabilidad de los acontecimientos vividos en el pasado.

Veintitrés siglos después, nace en Alemania la *historia científica* a la luz de los aportes de Leopold von Ranke (1795-1886), quien establece las bases de la historia política, conocida por nosotros como la *historia oficial*: la historia del papel de las élites y el Estado. La historia moderna, en su primera etapa, le daría peso al archivo oficial, al archivo institucional, mediante el cual la historia de la sociedad era una historia vista desde arriba, desde los letrados. Los archivos del Estado daban cuenta de una historia exquisita, aristocrática y elitista; en general, de una particular manera de pensar sobre el papel de las élites y las instituciones. Debía existir, desde la perspectiva de Ranke, una confianza en las fuentes primarias,

permitiendo que los documentos institucionales fuesen los que hablaran de manera objetiva acerca del pasado.

La *historia política* del siglo XIX aportó un rápido proceso de profesionalización que condujo a los historiadores a considerar su disciplina como *ciencia*, distinta a las ciencias naturales, pero capaz de considerar un conocimiento fidedigno del pasado. El conocimiento histórico del *Estado* iba, así, unido a los hechos militares y políticos, como también a la historia de sus servidores. La profesionalización de la historia vino presidida de una notable variedad de actividades afines, como las de los investigadores, archiveros, bibliotecarios y profesores, para quienes el aprendizaje de la historia se constituyó en útil y necesario. Se dieron así los primeros pasos para la constitución de los grandes archivos, en mano con la formación de los centros de investigación, en Alemania, Francia y, luego, Inglaterra.

En la segunda mitad del siglo XIX, el impacto de Karl Marx en la historia y en las ciencias sociales modernas sería evidente. De una historia política pasamos a una historia económica y social. La historia dio, así, los primeros pasos hacia la interdisciplinariedad, acercándose a la economía y a la sociología. Sin duda, los trabajos de Marx (1978a, 1978b, 1985) el historiador, como *Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1850*, *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte* y *La guerra civil en Francia* dan a conocer la necesidad de aplicar los principios básicos del materialismo histórico, en el que la visión de *lucha de clases* trasciende el anterior análisis, centrado en el papel de las élites en la historia. Se pasa, así, a una historia mucho más apasionante, acompañada de tensiones, confrontaciones y luchas por parte de las diferentes *clases* que componen la sociedad. La influencia intelectual y política de la teoría de Marx, tras su muerte en 1883, tomó dos direcciones distintas: la historia del movimiento obrero y las ciencias sociales académicas.

En el caso de la historia, en Francia evidenciamos que es Jules Michelet (1798-1874) el primer historiador que puso al *pueblo* en el centro de las preocupaciones históricas. Este elemento extra —la repercusión jacobina en el proceso revolucionario de su nación—, acompañado del marxismo, condujo a los historiadores a inspeccionar en las raíces de la historia popular. No obstante, sería la *Escuela de los Annales*, en 1929, liderada por Marc Bloch (1886-1944) y Lucien Febvre (1878-1956), la que reivindicaría la consolidación de la historia social. La *historia de los Annales* fue una historia en profundidad, una historia económica y social, pero también una historia mental. Esta nueva propuesta reorganiza la historia para darle un sentido político al presente, estableciendo como trasfondo la interrelación entre el individuo y la sociedad. La historia termina siendo una sociología del pasado en la que inspeccionamos relaciones sociales, económicas y culturales de sus diversos miembros.

Este tipo de historia exigió la necesidad de inspeccionar nuevas fuentes y constituir nuevos archivos. Los nuevos objetos de la historia social así lo demandaban: en primer lugar, la *historia de los pobres* o de las clases bajas, de sus

movimientos y formas de movilización; en segundo lugar, el interés en trascender la explicación político-militar-diplomática del Estado a las *actividades sociales*, vistas como maneras, tradiciones, costumbres y formas de pensar del pueblo, demandó la flexibilización del uso de fuentes; en tercer lugar, la historia social vista como una *historia total* —una historia interdisciplinaria—, en la medida en que se basaba en el papel preponderante de la sociología, la economía y, por qué no decirlo, la psicología.

Con la segunda generación de la Escuela de los Annales, liderada por Fernand Braudel (1902-1985), quien sucedió a Lucien Febvre en 1956, vendría la aparición de nuevas temáticas como la demografía, la historia de las mentalidades y el peso del psicoanálisis, así como también un nuevo tipo de historia económica, basada en la larga, mediana y corta duración, y fundamentada en la estructura, la coyuntura y el acontecimiento. El historiador, como un investigador integral, debe dar cuenta, desde entonces, del acontecimiento que, como una irrupción, hace parte de un proceso estructural que afecta la historia a mediano y largo plazo.

En palabras de Julián Casanova (1991), la consolidación de la Escuela de los Annales, a lo largo del siglo XX, evocó la cara humana del pasado:

Esta escuela tiende a ser más analítica que narrativa, más temática que cronológica. Donde en la vieja historia se colocaba a la política, la diplomacia y a la guerra en el centro de las preocupaciones del historiador y su archivo, la nueva historia situaba a las clases y los grupos sociales, el trabajo y los conflictos de él emanados. La vieja era, en definitiva, historia desde arriba; la nueva, historia desde abajo, historia popular. (p. 39)

El problema de las fuentes y el archivo para dar cuenta de los sectores populares, la historia de los blancos pobres, la lucha por el pan y la harina, la lucha por el precio justo, la lucha de los campesinos por la economía moral, el estudio de la multitud, de los iletrados, del *tercer Estado*, conllevó el hecho de darle importancia a la arenga política y la lucha por los derechos, que transitaban en el “voz a voz” de las gentes y generaban un particular tipo de movilización en la historia. La indagación del siglo de las movilizaciones, de las multitudes y su mentalidad —el siglo XVIII en Europa—, llevó a que los historiadores nos acercaran a la manera como piensa el colectivo y a la inspección de la psicología social.

Por otro lado, el estudio de la cultura conllevó trabajar las tradiciones y las costumbres del pueblo, sus fiestas populares, sus expresiones poéticas, musicales, sus cuadros e iconografía, la risa, el vocabulario de la plaza pública, las actividades de ocio realizadas en el tiempo libre¹, la historia de la religión y su sistema de

1 Frente a la indagación de estos temas, se destacó la labor de un lingüista que se acercó a la historia cultural. Hacemos referencia a Mijael Bajtín (1987) y su obra *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. En segundo lugar, encontramos a Peter Burke (1991), autor de *La cultura popular en la Europa moderna*. Este tipo de trabajos inspiraron al historiador Marcos González Pérez (1998),

creencias, las prácticas religiosas y su relación con la economía². Frente a estos nuevos objetos de investigación, gana en la historia el impacto preponderante de la antropología, en asocio con la sociología y la psicología, para ahondar estos temas. Ante estos nuevos retos, aparece un nuevo tipo de archivo y un tipo de historia, que terminó siendo una historia interdisciplinaria, una historia mucho más teórica y analítica que empírica y descriptiva.

Todos estos cambios implicaron que en 1971 el historiador social Eric Hobsbawm (1917-2012) se atreviese a ordenar el nuevo repertorio de la historia social en torno a seis grandes temas, con la repercusión que ello tenía en el manejo de las fuentes y la consolidación de archivos: demografía y parentesco; estudios urbanos; clases y grupos sociales; mentalidades; transformaciones sociales (modernización e industrialización); y movimientos sociales y fenómenos de protesta social.

Luego vendría la tercera generación de la Escuela de los Annales, con Georges Duby (1919-1996) a la cabeza, acompañado de Jacques Le Goff (1924-2014), Philippe Ariès (1914-1984), Roger Chartier (1945), Carlo Ginzburg (1939) y el mismo Michel Foucault (1926-1984). Tomaron fuerza nuevos temas como la historia de la vida privada, la historia de la familia, la infancia, los jóvenes, las mujeres, la muerte, la memoria y su relación tensionante con la historia como disciplina, la historia del libro y sus ediciones literarias, la microhistoria, la historia de la locura, la historia de la clínica, de las instituciones de encierro; en general, la historia de la cultura.

Se pasa así, en esta última etapa, de una historia social de la cultura a una historia de carácter cultural, con lo cual se comenzó a evidenciar también el peso de los medios, las mediaciones culturales y las tecnologías en lo que denominábamos la nueva historia contemporánea.

En esta última etapa, para nosotros, los historiadores, el efecto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación nos ha llevado a replantearnos la relación entre la procedencia y la validez de las fuentes, la consolidación del archivo, la memoria y la historia institucional desde la perspectiva de lo que hemos denominado la *historia del tiempo presente*. De tal manera, esta nueva expresión de historia la podemos ubicar en el marco de lo que es un tipo particular de historia contemporánea —una *historia inmediata*—, vista como una historia del aquí y del ahora.

La *historia del tiempo presente* está determinada por la orientación investigadora de quienes reflexionan alrededor del impacto de las nuevas tecnologías de

quien publicaría su libro *Fiesta y nación en Colombia*. Así mismo, encontramos el trabajo de Héctor Lara Romero (2006), *Agorerismo, credulidad y representación*. Este tipo de trabajos, liderados desde la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, le dieron fuerza a la constitución de la Maestría de Investigación Social Interdisciplinaria (MISI) y a la línea de investigación sobre Imaginación y Representaciones Sociales.

2 Ver Max Weber (2012) y también consultar a su opositor Werner Sombart (1993).

la información en el entorno del historiador; en los retos teóricos y metodológicos que conllevan el pensar en el papel de la archivística, el influjo de la imagen, la gestión de la información documental y su inmediata digitalización.

Por lo demás, esta discusión no es nueva en el mundo de habla hispana. Ya para finales del siglo XX, el profesor de la Universidad de Extremadura (España) Mario Díaz Barrado nos había aclarado que la *historia del tiempo presente* debía ser pensada desde, al menos, dos premisas: el mundo en transformación y la especialización investigadora. Para este investigador, la *historia del tiempo presente* se concibe como un foro abierto a la reflexión intelectual sobre los problemas de nuestro tiempo y al debate sobre cuál debe ser la función de la historia en la futura sociedad de la información a la que nos dirigimos.

La *historia del tiempo presente* está basada en tres elementos orientadores: la influencia de las nuevas tecnologías, el peso de la sociedad de la información y la necesidad de establecer nuevos fundamentos teóricos y metodológicos para la historia como disciplina (Díaz Barrado, 1995). Conlleva reconocer ciertas características:

La historia del tiempo presente es una historia mundial. Ya no puede hablarse de fenómenos locales, nacionales e incluso continentales. La tierra es, por primera vez, algo común a todos, sobre todo porque la información de los acontecimientos llega a todos los lugares de manera inmediata.

La historia del tiempo presente no es un nuevo periodo histórico, como a veces parece entenderse, incluso desde la planificación de materias, vistas como una simple agregación temporal.

La historia del tiempo presente para quienes manejan el uso de las fuentes y la archivística *es una historia tecnológica.* La tecnología ha provocado el problema del exceso de información mencionado (capacidad de generación, recolección y organización masiva), pero también puede ofrecernos la solución al mismo.

La historia del tiempo presente es una historia teórica. Este punto se plantea como la síntesis entre tecnología y un concepto central que debemos concebir como *la historia como contenido de memoria.* (Díaz Barrado, 2001, s. p.)

Sin duda, los cambios profundos que vive la sociedad afectan de manera directa a la disciplina histórica, a la archivística y a la gestión de la información. El impacto señalado de la tecnología y su reflejo sobresaliente en el entorno de la comunicación y la información han creado nuevos hábitos sociales de consulta de archivos y nuevas formas de investigación, constituyéndose una nueva sociedad fundada en la influencia de los medios de comunicación de masas y en la capacidad casi infinita de generación y producción de información.

2. Una breve mirada a las formas de hacer historia en Colombia y al archivo de la dispersión

La producción de los historiadores colombianos, sus formas de investigar —vistas como las formas de hacer historia— acompañadas del valor de la fuente, la manera como construyen y consultan el *archivo* (en principio, de carácter regional y nacional) —como lo vamos a evidenciar— es un punto que va de la mano del anterior recorrido de la historia como disciplina, que tiene sus principales avances en Europa y repercute de manera directa en nuestro país.

Muchas veces, desde diferentes posturas epistemológicas, metodológicas y políticas nuestros historiadores producen sus investigaciones sin reparar, particularmente, en quién lee sus producciones respecto de lo que implica el tipo de fuentes y archivos consultados, lo que demanda cierta experiencia y pericia investigativa. Es nuestro interés, en este aparte, problematizar de manera breve las formas de hacer la historia en Colombia, estableciendo algunas tendencias y su relación con el archivo.

En primera instancia está la *historia política*, vista como la historia de las élites y la historia oficial del Estado, encabezada por Leopold von Ranke en Europa, que toma cuerpo en nuestro país en el polémico y destacado libro *Historia de Colombia*, de Jesús María Henao (1870-1944) y Gerardo Arrubla (1872-1946), dado a conocer en 1909, en el marco de la celebración del primer centenario de la Independencia de Colombia. El libro, escrito por dos abogados —miembros del partido conservador y de la recién creada Academia Colombiana de Historia, en 1902—, gana el premio que otorgó en ese entonces el Ministerio de Instrucción Pública al mejor manual escolar, cuyo objetivo político era afianzar la identidad nacional, basada en fuentes oficiales, seleccionadas de una particular manera y acompañadas de un particular relato histórico; esta obra se constituyó en la historia oficial del país durante más de cinco décadas. Luego, en la década de 1970, el texto tuvo que afrontar las críticas de los historiadores y de quienes trabajaban desde otras tendencias historiográficas por ser, de acuerdo a la reseña de Bernardo Tovar Zambrano (2019),

[...] una narración dedicada a registrar sucesos y personajes importantes en el acontecer político, militar, institucional y eclesiástico, pero con la ausencia protuberante en cuanto al tratamiento de los procesos económicos, sociales y culturales [...]. Dicha crítica también recalca el carácter anecdótico, romántico y patriótico de este manual que se constituyó en un clásico, el cual fue reconocido por sus virtudes pedagógicas, la claridad en la información y su método de exposición, mostrándose como una historia imparcial que busca inculcar el amor a la patria.

El manejo de las fuentes en este *manual* de historia es sistemático, juicioso y bien tratado, si hacemos referencia al papel de notario que, en ocasiones, le corresponde jugar al historiador o a quien le corresponde en este caso reconstruir el pasado. La gran cantidad de información que contiene el manual ha sido estudiada una y otra vez con diversas intencionalidades y lecturas. La *Historia de Colombia* de Henao y Arrubla (1952) evidencia que no hay malos manuales de historia, sino, más bien, dispersas y sesgadas interpretaciones de lo que ha ocurrido en el pasado. La pregunta es si con las investigaciones posteriores —desde una “historia crítica”— los estudiantes aprenden más del pasado que con la historia política y oficial que avaló el Estado hasta 1960.

En segunda instancia, debemos valorar la incidencia de la historia económica y social —la Escuela de los Annales— (en este caso, la influencia de Lucien Febvre y Marc Bloch) en la producción historiográfica colombiana liderada por Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015) y Álvaro Tirado Mejía (1940), y que toma cuerpo en la *Nueva Historia de Colombia*. Por lo demás, en uno de los libros clásicos de Jaramillo Uribe, *Ensayos de historia social colombiana* (1989 [1969]), se realiza un importante estudio sobre el periodo colonial, los esclavos y la sociedad colombiana en el siglo XVIII, el amancebamiento y el mestizaje vivido por nuestras etnias, la población indígena, la controversia filosófica y jurídica por el fin del esclavismo en nuestro país, entre muchos otros temas. La anterior historia se fundamentó en las referencias y consultas realizadas en el entonces Archivo Nacional de Colombia, el Fondo de Negros y Esclavos, el Archivo Central del Cauca, la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana del Ministerio de Educación, la Biblioteca de Autores Colombianos y el *Boletín de Historia y Antigüedades*, de la Academia Colombiana de Historia, entre otras fuentes.

Sin embargo, el punto de llegada de la historia económica y social serían los nueve tomos de la *Nueva Historia de Colombia*, publicada en 1978, sumados a otros dos que buscaron dar cuenta de la historia reciente del país. La *Nueva Historia de Colombia*, bajo la dirección de Álvaro Tirado Mejía, y en la que se suman historiadores como Jorge Eduardo Melo, Carlos Eduardo Jaramillo, Germán Arciniegas, Gabriel Silva Luján, Medófilo Medina y Fernán González, entre otros, representa un alto punto de madurez del historiador colombiano como investigador, el manejo de las fuentes, el trabajo de archivo que esto conlleva y un ejercicio de síntesis narrativa. La *Nueva Historia de Colombia* buscó dar cuenta de los nuevos tópicos, las nuevas maneras de indagar los archivos del país e, inclusive, las nuevas formas de enseñar la historia de manera objetiva y crítica, acompañada de nuevos temas como la historia de la mujer, la vida diaria, el pensamiento, las artes, la recreación y la literatura en nuestro país, entre otros.

En tercera instancia, encontramos la incidencia en la historiografía colombiana del marxismo inglés, en cabeza de Eric Hobsbawm y de Edward P. Thompson (1924-1993), quienes dieron las pautas, desde Europa, para abordar un particular tipo

de *historia social*, la historia de los campesinos, los trabajadores y demás sectores subalternos. Esta propuesta fue trabajada y difundida por los historiadores que en ese momento hacían parte del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia: Gonzalo Sánchez Gómez y Mauricio Archila Neira. Sin duda, los trabajos de Sánchez (1984, 1992) (*Los días de la Revolución, Gaitanismo y 9 de abril en provincia*, y *Bandoleros, gamonales y campesinos*, dados a conocer en 1984) y el de Archila (*Identidad y cultura obrera en Colombia*, publicado por el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) en 1991), determinaron la entrada de un nuevo tipo de trabajos en los que se valora de manera positiva la participación de los sectores subalternos en la historia, a través de sus luchas y formas de movilización tanto en el mundo rural como urbano.

Este tipo de investigaciones trajo como consecuencia el valorar de manera positiva lo que hemos denominado el *archivo de la dispersión*. En esta perspectiva, los archivos judiciales, los anales del Congreso, la prensa local, los archivos regionales, las memorias de reuniones de carácter sindical, la estadística, la historia oral, la historia de vida y las entrevistas se valoran de manera equilibrada con el fin de dar cuenta de cómo los sectores populares conquistan su identidad, expresan su inconformismo y luchan en el devenir de la historia de nuestro país.

En cuarta instancia, debemos evidenciar el influjo de la *microhistoria*, de Carlo Ginzburg, y de los estudios de la memoria, de Jacques Le Goff, sobre los historiadores colombianos, mediante los cuales toman fuerza la historia local, la historia regional y, luego, el estudio de la memoria y su relación tirante con la historia. Jorge Meléndez Sánchez, en su libro *Vivir la región* (1992), aborda la historia de la región de Ocaña (Norte de Santander) y da cuenta de la relevancia que tuvo la provincia y la dinámica de la vida local en un periodo de tiempo nada corto (1828-1978). En su trabajo aborda, de manera sistemática, el entonces Archivo Nacional de Colombia; así, las dinámicas locales y regionales conllevan la valoración de un tipo particular de metodología que se ubica entre lo micro y lo macro de lo que es la nación.

Con relación al tema de la memoria, la fuente oral y su relación con la historia del presente, es Renán Vega Cantor, en su libro *Historia: conocimiento y enseñanza*, dado a conocer en 1999, quien comienza a trabajar estos temas con un doble interés: uno de carácter *disciplinar*, para pensar nuevas formas de investigar en la historia, y otro de carácter *pedagógico*, para formar investigadores desde la escuela misma, valorando con los escolares la fuente oral, la documentación de baúl, el álbum familiar y el conocimiento histórico de su barrio o pequeño municipio.

La propuesta de los estudios de la memoria y la fuente oral puso a pensar en las nuevas formas de investigar y de hacer historia desde la escuela y en nuevas formas de enseñarla. Aparece en Colombia el *Colectivo de Historia Oral*, liderado por el profesor Fabio Castro Bueno, que ha buscado, además de la reivindicación de esta fuente, su virtualización. Sin duda, los trabajos de Meléndez y Vega

influyeron de manera positiva desde la Universidad Pedagógica Nacional en la formación de historiadores y licenciados en ciencias sociales para pensar nuevas maneras de investigar el pasado, así como la necesidad de valorar nuevas fuentes.

Por último, quisiera mencionar mis pequeños esfuerzos sobre la importancia que tienen en la *historia del tiempo presente* el impacto de la *imagen como fuente* y su inmediata virtualización. Como ya lo habíamos mencionado, la *historia del tiempo presente* se ve afectada por la influencia de las nuevas tecnologías, el papel de la sociedad de la información y la necesidad de establecer nuevos fundamentos teóricos y metodológicos para nuestra disciplina. Pensar en el impacto que ha tenido la imagen y su virtualización como fuente histórica, nos pone a recapacitar sobre el poder que tienen las imágenes en el sujeto y su relación con el arquetipo y los imaginarios sociales constitutivos de la realidad. En alguno de mis artículos se mencionó que:

Para los investigadores sociales contemporáneos, la imagen se constituye en objeto y fuente fundamental de la investigación. Con relación a los temas de la memoria colectiva, fuentes como la fotografía de época, en este caso las imágenes del terror, se establecen como un insumo fundamental para dar cuenta de una representación social de nuestro pasado político. Estas fuentes se terminan constituyendo en imágenes materiales, pero también en imágenes mentales que evocan el pasado y nos permiten reconstruir una experiencia de carácter colectivo. Los “imaginarios sociales” están implicados en una doble vertiente psicológica e histórico-social; es decir, cuentan con un elemento individual de carácter psíquico, pero también con un elemento social, que los hace irreductibles e indisociables el uno del otro. (Jiménez, 2013, p. 153)

Trabajar la imagen como fuente me ha llevado a vivir experiencias positivas como investigador. En los últimos casos he inspeccionado de manera exitosa las fotografías de época, el cartel de denuncia y el video político que emerge en las redes sociales³. Así mismo, en estas plataformas los *archivos digitales* Bogotá

3 En este sentido, quiero hacer referencia a cuatro trabajos. El primero, “Imaginario y memoria religiosa en Bogotá” (2012), en el que, por medio del uso de tres imágenes icónicas como la Virgen del Campo (de la iglesia de San Diego), el Señor Caído de Monserrate y la imagen del Divino Niño de Jesús (del barrio 20 de Julio de Bogotá), se puede dar cuenta de los cambios en la peregrinación, la veneración de las imágenes y la transformación del catolicismo popular, en la medida en que la ciudad se ha transformado desde la Colonia hasta, por los menos, 1980. El segundo, “El papel de la imagen, el imaginario y memoria política en Colombia. El caso de la Unión Patriótica, una memoria rota, una memoria irresuelta, 1985-2003” (2012), en el que se pasó de la fotografía de época, que busca impulsar al líder político y al cartel de denuncia de muertes selectivas y primeras masacres, al video investigativo de reflexión y acusación de lo ocurrido en las redes sociales, este último, acompañado de impactantes narrativas y de un profundo cuestionamiento al Estado como principal responsable. El tercero, “El periodo de la violencia en Colombia y el uso de las imágenes del terror, 1948-1965” (2013), en el que se revaloraron los rituales de la muerte del opositor político con otras herramientas conceptuales. El cuarto, “Los tiempos de la infancia en Colombia a través de la transformación del juego y del juguete a finales del siglo XX e inicios del XXI” (2018), en el que se inspeccionó la relación entre la infancia y el juguete: ya fuese como artefacto, arquetipo o tecnología y medio que facilita la incorporación del niño al mundo adulto.

Antigua, Nuestra Bogotá Antigua y Verdaderas Fotos Antiguas de Bogotá y Colombia han sido fundamentales para sacar adelante investigaciones sobre el tema de infancia y familia.

Por lo demás, la *historia del tiempo presente* nos permite virtualizar la fuente y trabajar lo que personalmente he llamado en mis clases la *historia crítica*, que no es propiamente una historia militante de izquierda, sino una historia integral que tiene en cuenta la totalidad del proceso económico, social, político, cultural y mental por el que ha atravesado el país y en el que han participado tanto las élites como las clases medias y los sectores subalternos.

La *historia crítica* es una historia total, muy cercana a lo que nos enseñó la Escuela de los Annales; es sociológica, económica y mental. La historia crítica es una historia analítica y, como parte de la *historia del tiempo presente*, es una historia integral que aborda el pasado para interpretar el presente y transformar el futuro; es una historia viva que debe ganar presencia en la escuela y la academia desde las prácticas de investigación y enseñanza.

3. Los problemas de la consolidación del archivo y la memoria en el tiempo presente

Para algunos investigadores, el *exceso de información* en estas últimas décadas ha repercutido de manera negativa sobre las disciplinas encargadas tradicionalmente de la recolección de información del pasado —la historia, esencialmente— y, de paso, en la archivística como disciplina, pues si es difícil afrontar la información diaria que se genera en los medios de comunicación, el pasado apenas recibe atención y ha supuesto, en consecuencia, la escasa atención e interés que suscita la historia convencional, interés escaso del que tampoco se libran las restantes ciencias sociales.

Es tanta la cantidad de información que, como investigadores, debemos manejar —hago referencia a los historiadores y a los estudiantes de archivística—, que este será precisamente el problema más apremiante por resolver en el futuro inmediato. En este sentido, debemos preguntarnos como colectivo qué hacer frente a un volumen de información que puede desbordar nuestra capacidad de clasificación y análisis.

Para nosotros los historiadores, es un problema contrario al que estábamos acostumbrados a enfrentar, en la medida en que el pasado era un rompecabezas al cual siempre le faltaban piezas, al que siempre le faltaban fuentes y archivos. En la actualidad, quien trabaja *historia contemporánea*, enmarcada en la historia del *tiempo presente*, evidencia todo lo contrario: la recolección de la información es una tarea inacabable, sobre todo para los periodos más cercanos, desde el último tercio del siglo XX hasta la actualidad. El investigador opta, entonces, por realizar un recorte de información, aplicando un principio de *selección arbitraria* de información que le sirve para su análisis.

Frente al anterior panorama, el Proyecto Curricular de Archivística y Gestión de la Información Documental de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas debe reivindicar un nuevo concepto de historia, de fuente documental y de archivo, desde planteamientos epistemológicos que pasan por reivindicar la memoria en el currículo de formación. De tal manera,

[...] *la memoria* debe ser entendida como *la capacidad de recrear el pasado desde el presente sin verse desbordada por la información* (despreciando y apartando, incluso, ingentes cantidades de esa información), pero conservando el proceso lineal, *el contenido de memoria*, el discurso o hilo procesual que es necesario percibir para hacer posible el *conocimiento*. (Díaz Barrado, 2001)

El Proyecto Curricular de Archivística debe enfrentar, también, el analfabetismo funcional, la escasa capacidad de relación y de reflexión que observamos en las nuevas generaciones, y que es consecuencia de una información abundante, pero no procesada ni sometida a los principios de procedencia de la fuente y su integralidad, confiabilidad y veracidad, para la constitución final del archivo.

El nuevo reto del investigador es el manejo de las nuevas fuentes y la consolidación de nuevos archivos, sin perder la capacidad de procesar y manejar la información abundante y sin perder la memoria, la forma de conocimiento que viene impuesta por la naturaleza y que organiza nuestra mente. Por lo demás, la historia contemporánea ha vuelto a la oralidad —a la *fuentes oral*—, vista como la fuente más antigua; también ha vuelto al peso de la *imagen*, ya no mediada por la pintura y el retrato de época, sino por la fotografía, el documental y el video investigativo y de denuncia.

El siglo XXI, visto como el *siglo de la imagen*, ha alterado la percepción e interpretación de las fuentes convencionales. En las redes sociales, la imagen reemplaza al texto; esto nos hace pensar que ese es el futuro de la fuente y del manejo de la información. Es necesario potenciar la síntesis entre la tecnología y la reflexión teórica, que se concibe gracias al *desarrollo de nuevos soportes para la información*, constituidos como los instrumentos más adecuados para plantear los retos de la archivística. Estos soportes se hallan vigentes en Colombia desde la Constitución de 1991, como lo son la consolidación, no solo del archivo institucional y el archivo oficial del Estado, sino de la digitalización de la información y la sustitución del texto por la imagen (con peligros evidentes de pérdida del *discurso*), los mensajes descontextualizados y la manipulación informativa.

La *historia del tiempo presente* nos mete de nuevo en la lógica de un archivo disperso que es difícil de consolidar y que se encuentra no solo en las instituciones públicas, sino también en los archivos privados de los medios de comunicación; en las empresas y otros establecimientos; en la información que navega en la web; en la relevancia de los *youtubers*; en las nuevas tecnologías; en el espacio privado e íntimo de las redes sociales —la información que circula en Facebook—; y en

las fotografías, los videos e, incluso, los memes, acompañados de su fecundidad (efectividad de la idea), longevidad (persistencia momentánea en el tiempo) y fidelidad irónica de la información que contienen (pues los consumidores creen en la veracidad de opinión del meme virtual).

En virtud de lo anterior, la sociedad, debe configurar una *memoria colectiva* a través de los nuevos instrumentos que la tecnología nos ofrece. Ese es el gran reto del nuevo Proyecto Curricular de Archivística y Gestión de la Información Documental de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá.

Referencias

- Archila, M. (1991). *Identidad y cultura obrera en Colombia, 1910-1945*. CINEP.
- Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Alianza.
- Burke, P. (1991). *La cultura popular en la Europa moderna*. Alianza.
- Casanova, J. (1991). *La historia social y los historiadores*. Crítica.
- Díaz Barrado, M. (1998). Historia del Tiempo Presente y nuevos soportes para la información. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20(41). <https://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/CHCO9898110041A>
- González Pérez, M. (1998). *Fiesta y nación en Colombia*. Editorial Magisterio.
- Henao, J. M. y Arrubla, G. (1952). *Historia de Colombia*. Banco de la República.
- Heródoto de Halicarnaso (484-425 a. C.). (1982). Nueve libros de historia. En *Historia de Heródoto*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jaramillo Uribe, J. (1989). *Ensayos de historia social colombiana*. Universidad de los Andes.
- Jiménez, A. (2013). El periodo de la violencia en Colombia y el uso de las imágenes del terror, 1948-1965. *Revista de Antropología Experimental*, (13), 151-165.
- Lara Romero, H. (2006). *Agorerismo, credulidad y representación*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Marx, C. (1978a). *La guerra civil en Francia*. Ediciones Lenguas Extranjeras.
- Marx, C. (1978b). *Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1850*. Ediciones Lenguas Extranjeras.
- Marx, C. (1985). *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*. Ediciones Libertador.
- Meléndez Sánchez, J. (1992). *Vivir la región. Historia regional de Ocaña*. Editorial Tropikos.
- Sánchez, G. (1984). *Los días de la Revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia*. Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán.

- Sánchez, G. (1992). *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*. El Áncora Editores.
- Sombart, W. (1993). *El burgués*. Alianza.
- Tovar Zambrano, B. (2019). Jesús María Henao y Gerardo Arrubla: nueva lectura de una vieja historia de Colombia. *Credencial Historia*, (115).
- Vega Cantor, R. (1999). *Historia: conocimiento y enseñanza. La cultura popular y la historia oral en el medio escolar*. Ediciones Antropos Ltda.
- Weber, M. (2012). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Alianza.

Archivos y fuentes documentales: coordinadas para su investigación

Carlos Jilmar Díaz-Soler*

La máquina del mundo es harto compleja para la simplicidad de los hombres.
Jorge Luis Borges, *Inferno* (1974)

El desquite de lo real es despiadado con la buena voluntad mal ilustrada o el voluntarismo utopista; y para eso tenemos el trágico destino de las empresas políticas que toman como bandera una ciencia de lo social presuntuosa, para recordarnos que la ambición mágica de transformar el mundo social, sin conocer sus mecanismos, se expone a reemplazar por otra violencia, a veces más inhumana, la “violencia inerte” de los mecanismos que la ignorancia pretenciosa ha destruido.

Pierre Bourdieu, *Lección inaugural en el Collège de France*,
23 de abril de 1982 (Bourdieu, 2002)

* Facultad de Ciencias y Educación, Maestría en Educación, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Introducción

Del pasado no sobrevive el conjunto de lo que ha existido; sobrevive una “elección” pacientemente *elaborada* por fuerzas profundas y desconocidas que operan en la producción del devenir humano. Labrado gracias a profundas y secretas fuerzas, el documento es efecto de la sociedad que lo configuró: no es una mercancía estancada. Solo el análisis del documento —en cuanto documento— permite al investigador presentarlo y, mediante su trabajo y análisis, examinar, recuperar y discutir la trama profunda que le constituye.

Los documentos son constitutivos de la actividad humana. Una serie de “objetos” plasma aquello que hacemos, pensamos, anhelamos, sentimos... Las enigmáticas pinturas rupestres, las inquietantes tablillas de arcilla encontradas en Mesopotamia, los bellos muros, esculturas y arquitectura egipcios —con sus jeroglíficos—, los papiros, los pergaminos o, recientemente, los múltiples documentos en papel apenas son ejemplos. Sin embargo, la idea de documento es más amplia; cubre, por ejemplo: las obras de arte (literatura, pintura, escultura...), filmes, diapositivas, planos o los acetatos que contienen nuestra música; así mismo, los llamados hoy formatos digitales, gracias a la materialidad que caracteriza y da forma a los documentos, también lo son. En pocas palabras, por donde ha pasado el hombre, donde ha dejado alguna impronta de su vida y de sus anhelos, allí encontraremos documentos que, haciendo parte del horizonte humano, dependiendo del hombre o sirviéndole, dan cuenta de su actividad, sus preferencias, sus modos de ser.

Marc Bloch (2001) sostiene:

Pese a lo que a veces imaginan los principiantes, los documentos no surgen aquí y allá por el solo efecto de [quién sabe] qué misterioso decreto de los dioses. Su presencia o ausencia, en tales o cuales archivos, en tal o cual biblioteca, de tal o cual suelo, dependen de causas humanas que no escapan de manera alguna al análisis; y los problemas que plantea su transmisión, lejos de tener únicamente el alcance de un ejercicio técnico, atañen a lo más íntimo de su vida, porque lo que se encuentra puesto en juego ahí es nada menos que el paso del recuerdo a través de las generaciones. (p. 91)

Es posible decir que las llamadas ciencias sociales —sociología, antropología, historia, por citar algunas— investigativamente se apoyan en los documentos, ya sean “producidos” (encuestas, entrevistas, trabajo de campo...) o sean producto del “legado” que el pasado perdonó al olvido; los documentos son *conditio sine qua non* para efectos de la investigación. Así, testimonios, narraciones, entre otros, a su vez, al ser establecidos como documentos, contribuyen a la comprensión de nuestro mundo.

Los documentos se presentan, entonces, bajo dos formas principales, según la elección del investigador: orales y escritos¹. Hablar de documentos no es referirse exclusivamente a los que encontramos bajo ciertos formatos que resaltan lo escrito. Es posible, también, conformar corpus documentales para el análisis, gracias a la realización y organización de un conjunto de entrevistas, testimonios o narraciones, por ejemplo. ¿Cuál sería el elemento común en estos dos soportes: las fuentes vivas y las fuentes escritas? Tanto en los formatos orales como en los escritos, su análisis es posible gracias a que allí circula algo que no es posible hallar sino bajo el estatuto de lo humano. Es decir, los dos subconjuntos están organizados bajo la égida del significante. Cabe aquí, entonces —en el marco de esta diferenciación—, una discusión sobre la voluntariedad o no de los documentos.

Vale la pena enfatizar que, como motor dinamizador de toda indagación, está la siguiente premisa como base: *los documentos solo hablan cuando se sabe interrogarlos*. Ni los soportes (documentos), ni la herramienta (metodologías) nos colocan de manera directa en el horizonte de la investigación; en el principio está la *inteligencia* (el pensamiento): nunca (en ninguna ciencia) la observación pasiva ha producido algo fecundo, si es que esta es posible. El peor consejo que se le puede dar a un principiante es que espere, en actitud de aparente sumisión, a que el documento le inspire (Bloch, 2001, pp. 86-87).

Al convertirse en *objetos* de renovado interés investigativo, los documentos son colocados en el centro del debate, ya que en ellos habitan *secretos* fundamentales para la comprensión de la *forma de razonar* de nuestro mundo. A pesar de considerar los documentos indispensables para el desarrollo de una investigación —insistiremos—, lo que realmente dinamiza la indagación es el problema, la pregunta, que no son prescindibles; es más, es forzoso decir que al comienzo está el problema, lo cual nos conduce, inevitablemente —como veremos—, al meollo del asunto.

Para aquellos interesados en la inveterada pregunta por la educación y la pedagogía, privilegiar los documentos también permite comprender asuntos propios de este aspecto de la vida humana; así, la pregunta por la escolarización y, desde allí, la inquietud por la pedagogía, el currículo, el saber, el aprendizaje o, en este marco, la pregunta por la formación son aspectos por interrogar, también con apoyo de documentos.

Los documentos escritos asumen formatos variados, por ejemplo: libros, libros didácticos, manuales escolares, impresos y colecciones destinados a los

1 Este documento propone discusiones para un trabajo en curso, desarrollado por el autor como parte de la investigación titulada: “Pos acuerdo y transmisión cultural de la paz en las madres en Bogotá”. Proyecto de investigación avalado por el Centro de Investigaciones de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, propuesto y desarrollado por investigadores de las cinco universidades públicas de Bogotá.

profesores, periódicos, reglamentos, cuadernos de los escolares, guías curriculares, revistas, traducciones, programas de formación, estructuras curriculares. Identificar el documento con el soporte permite incluir, también, un escrito en hoja de papel, un conjunto de fotografías, los mapas, las cintas de video, un DVD, los documentales cinematográficos, los archivos digitalizados —creados con un procesador de textos—, las bases de datos o las páginas web, por citar tan solo algunos: “todo lo que el hombre dice o escribe, todo lo que fabrica, todo lo que toca puede y debe informarnos acerca de él” (Bloch, 2001, p. 87).

Usado ampliamente en escenarios legislativos, el término latino *documentum*, derivado de *docere*, ‘enseñar’, se transformó en ‘prueba’. Al ser el documento el resultado de una elección del investigador, es necesario sobreponerse a la tentación de asumirlo como “prueba”, como fundamento del hecho objetivo (Le Goff, 1991). Al deslindarnos de la red semántica que producen las palabras *prueba*, *instrumentos*, *testimonios*, entre otras, se impone la necesidad lógica de construir el *objeto de la investigación*, asunto que, para aquellos que trabajan analíticamente con los documentos, implica dotarse —para su análisis— de elementos diferenciadores, en el marco de ciertas coordenadas orientadoras, ya que no existe un documento objetivo, primario, inocente. Como efecto, el documento es, ante todo, un montaje, consciente o inconsciente de su época, de su sociedad que lo ha producido: materialidad que testimonia, enseña y aporta para su análisis, lo cual implica un esfuerzo de desmitificación.

Dado que los documentos se han situado en primer plano para el análisis y la comprensión del mundo social, recurrir a ellos se hace necesario. Asumir los documentos —como corpus susceptible de investigación— implica que existe, de entrada, una importante masa de trabajos que se han dedicado a su estudio; por ejemplo, disciplinas relacionadas con la archivística o con la bibliotecología. No obstante, es preciso reconocer que algunas discusiones provenientes de las llamadas ciencias humanas o sociales, con su crítica a los documentos, han dado importantes debates al respecto, alertándonos, por ejemplo, ante el privilegio ciego del empirismo o de la ilusión positivista; perspectivas que actúan bajo la creencia de que los sujetos se relacionan de manera transparente con lo real o, igualmente ilusoria, la creencia de que lo *real* puede existir por fuera de la ilusión que le constituye. El uso con fines investigativos de archivos y documentos requiere de necesarias elaboraciones.

1. Del archivo al documento

Los archivos se han convertido en un arsenal de información; no obstante, en las sociedades contemporáneas los hemos erigido en un potencial, también, para la investigación. Considerar los archivos como elementos fundamentales para la información, el conocimiento y la comprensión de nuestro presente exige un particular tratamiento, ya que podrían ser un imprescindible insumo de trabajo analítico.

Como conjunto de documentos seleccionados y organizados, evidencian la particular forma que adquiere nuestro mundo. Es, pues, difícil pretender comprender nuestro presente sin acudir a los archivos y sus documentos como posibilidad para la investigación.

Las fuentes documentales, en calidad de susceptibles de contener un *discurso*, cobran relevancia, ya que gracias a su soporte —como corpus documentales específicos— contienen ciertas formas de razonamiento que, a su vez, contribuyeron a configurarle. Para el investigador, es la condición de posibilidad de adentrarse en la discusión y la comprensión de ciertos asuntos de su interés, en el marco, claro está, de la previa selección a la que fueron sometidas.

Más allá del necesario énfasis colocado en los distintos soportes materiales, es menester obligarnos, así mismo, a prestar especial atención a las *formas de razonamiento* que estos vehiculizan; mediante un paciente trabajo de intelección, sería posible comprender la puntual delimitación o demarcación que contribuyó a fundamentar —e incluso a legitimar o desacreditar— ciertas prácticas, asunto que adquiere inusitada relevancia analítica en la actualidad.

Producto del trabajo de la cultura, los documentos son, gracias a su materialidad, “objetos” en los cuales quedaron plasmadas ciertas *formas de razonar* que contribuyeron a orientar y reorientar usos puntuales del tiempo, el espacio, la autoridad, los saberes, el cuerpo, el arte o la política, por citar algunos, y que, al ser erigidos en material para la investigación, posibilitan repensar el mundo cotidiano hoy. Ellos, a condición de saber interrogarlos, se constituyen en puerta de entrada, en posibilidad para la comprensión de los marcos en los cuales prácticas y representaciones se despliegan para, desde allí, comprender los sistemas de organización, clasificación, jerarquización; en pocas palabras, aquello que caracteriza a un grupo humano determinado.

Entonces, asumir corpus documentales, es decir, documentos organizados para su análisis, implica hacer dos precisiones que permiten, de entrada, proponer una diferenciación entre *corpus* y *objeto(s) de investigación*, pues pertenecen a distintos niveles de análisis:

- a. El primero, los documentos, los soportes, los corpus, pertenecen al mundo *sensible*.
- b. El segundo, el *objeto* de investigación, es *inteligible*; nos encontramos —con esta diferenciación— ante una amplia gama de objetos que ameritan procesos de inteligibilidad. A un mismo corpus documental le son posibles varios objetos para su investigación. Al investigador le corresponde precisar y construir su objeto. Así mismo, a un mismo problema de investigación, en el marco de su objeto, le pueden corresponder distintos corpus.

Con esta segunda precisión, que corresponde a esa particular forma de razonamiento que quedó consignada en los documentos, estamos llamando la atención sobre dos preguntas: la primera, relacionada con el amplio proceso de transmisión de enunciados que, mediante su posibilidad de circulación en distintos formatos, requiriera, para su discusión, de necesarias precisiones. La segunda pregunta está relacionada con la producción de un(os) objeto(s) para su investigación.

En pocas palabras, analíticamente, más allá de los complejos procesos de circulación y transmisión de la cultura y, en ellos, de formas de razonamiento, se hace necesaria una elaboración conducente a procesos de intelección, ya que lo contenido en los documentos, si bien es cierto que haría parte de una discusión más amplia, requiere, además, de un ejercicio analítico que contribuya a precisar el horizonte de inteligibilidad que caracteriza el(los) objeto(s) de investigación.

Recapitemos lo dicho hasta aquí: la primera distinción está relacionada con los documentos que, es necesario reiterar, es una de las varias elecciones que el investigador realiza. Es posible coleccionar documentos, pero no por ello se es investigador. Es importante resaltar —como otra de las coordenadas de nuestra discusión— que es necesario asumir criterios que contribuyan a agrupar el conjunto de documentos con los cuales se trabajará investigativamente.

Para los investigadores, el(los) objeto(s) de investigación no son un hecho que la “experiencia” estaría en condiciones de “comprobar” o “verificar”. Expresiones como *aprendizaje, pedagogía, formación, saber, currículo*, por mencionar algunos, funcionan como una manera de, mediante las palabras, organizar una cierta forma de recorte sobre el mundo social, de interpretar el mundo social. Ahora bien, en el marco de esta primera delimitación, será necesario interrogarnos sobre las condiciones de posibilidad para configurar un objeto de investigación, cuyo horizonte es abstracto-formal.

Vale la pena resaltar que, para los analistas, no es suficiente presentarse como meros fieles intérpretes, limitándose a la descripción y organización de lo hallado en las fuentes; es imprescindible proponer un sistema de desciframiento en el marco de criterios para su análisis. Así mismo, se hace necesario trabajar en pos de discutir la construcción histórica del (de los) objeto(s) de investigación —como aspecto relevante para la investigación en ciencias sociales y en educación—.

La distinción entre, por un lado, el soporte y, por otro, el objeto de investigación se convierte, en consecuencia, en otra de las coordenadas para organizar y pensar procesos de investigación.

2. Del documento a la inteligibilidad posible de su discurso

Como consecuencia del funcionamiento del “mundo” humano —merced a los efectos del discurso— y con un fuerte atractivo de “evidencia”, de “realidad”, asumimos aquello que nos proporcionan los sentidos —que, poco a poco, se nos impuso— como “datos inmediatos y ciertos a nuestra conciencia”: efecto de los

ideales políticos que contribuyen a enmarcar la percepción de la realidad social. Estos *objetos* que se nos presentan mediante los efectos del discurso funcionan como fetiche y tienden a imponérseles a los investigadores, corriendo el riesgo de quedar —por la fuerza del discurso social y mediático— atrapados en él (Charlot, 2007; Bustamante *et al.*, 2018).

El lenguaje —a la vez que configuró como sujeto a cada uno—, al ser constitutivo de la humanidad, es imposible que no opere en su funcionamiento; como efecto del lenguaje, este se nos presenta, a primera vista, como instrumento para asir la llamada realidad. Gracias al lenguaje, el pensamiento adquiere forma y, mediante el pensamiento, también es posible (re)presentar sentimientos, estados de ánimo, aspiraciones, anhelos; en pocas palabras, nuestro actuar. Si solo en apariencia es su instrumento, no es menos cierto que mediante él es posible ejercer y recibir influencias, lo cual se constituye en fenómeno digno de inquietud para los interesados en investigar, no solo el estatuto de lo humano, sino también el de lo social, su orden. El lenguaje es el cimiento más firme y profundo de la estructura humana y su organización social (Saussure, 1987; Benveniste, 1971; Volóshinov, 2009; Bajtín, 2012); no obstante, el hombre no conoce su funcionamiento (Kristeva, 1988; Bourdieu, 2000; Bourdieu *et al.*, 2008; Freud, 1990; Lacan, 2007; Miller, 1990; Zuleta, 1986, 1999). Así, el problema que se plantea es el de la imprescindible conceptualización del sujeto en sus determinaciones².

¿Qué sería, entonces, la posibilidad de distinción entre el sentido común y otras formas de conocer? ¿Es posible diferenciar la información y los datos del sentido común y, a su vez, distinguirlos de un campo de producción simbólica —como la ciencia—, cuyo horizonte está en la posibilidad de saber? En otras palabras: ¿es posible elaborar criterios para su diferenciación³?

Si las palabras en su devenir histórico ganan una normalización de sus regímenes de interpretación, entonces nos es posible pensar que lo hallado en los documentos no sean ventanas hacia la realidad; en consecuencia, podríamos preguntarnos por los hallazgos, por ejemplo, de ciertas palabras y de ciertas formas de razonamiento consignadas en los corpus documentales que son motivo de análisis. Analíticamente, no podemos referirnos a los asuntos aludidos en los documentos como si fueran algo natural, algo inherente a una especificidad

2 Como efecto del proceso mediante el cual nos hacemos sujetos se produce un fenómeno, que, en términos generales, llamamos *ideología*: de la conciencia o lingüística. Dicho fenómeno se materializa mediante tres suposiciones: a) que el sujeto es fuente y origen del discurso; b) que el *yo* goza de autonomía y que puede expresarse recurriendo a la infinita variabilidad que el sistema de la lengua pone a su disposición; c) que se habla de la “realidad”, es decir, que existiría correspondencia entre las palabras y las cosas. En consecuencia: hablar está fundamentado en un error a investigar.

3 La elaboración sobre la noción de *campo* es inicialmente tomada del trabajo emprendido por Pierre Bourdieu, quien por varias décadas dedicó su labor académica a proponerla. Postuló que al funcionamiento de lo social le subyace la operación de los campos, idea productiva analíticamente.

ahistórica, a una “esencia”. Desnaturalizar, desestereotipar es un punto de partida para proceder analíticamente con los documentos: así se procede en el campo de la ciencia, cuyo horizonte está dado por la posibilidad de saber⁴. En pocas palabras, la investigación va en contravía del sentido común, que acepta los estereotipos y que, en consecuencia, no interroga los efectos de ciertos mecanismos —sociales, institucionales y psicológicos— que han contribuido, a su vez, a la normalización de sus regímenes de interpretación, asunto que merecería, también, procesos de investigación.

Bourdieu (1999), en sus *Meditaciones pascalinas*, nos coloca sobre el estatuto del sentido común:

El sentido común es un fondo de evidencias compartidas por todos que garantiza, dentro de los límites de un universo social, un consenso primordial sobre el sentido del mundo, un conjunto de lugares comunes (en sentido lato), tácitamente aceptados, que posibilitan la confrontación, el diálogo, la competencia, incluso el conflicto, y entre los cuales hay que reservar un lugar para los principios de clasificación tales como las grandes oposiciones que estructuran la percepción del mundo. (pp. 130-131)

La opinión, la sensación, las emociones, la experiencia y la observación hacen parte de ese reservorio compartido de saberes inmediatos que llamamos *sentido común*: saberes legítimos y propios que obedecen a la estructura de funcionamiento social y cultural que caracteriza el estatuto humano. Ahora bien, como punto de partida, reconocer que hemos advenido en sujetos —como parte de un proceso que se hace necesario explicitar— implica reconocer que funcionamos en los marcos de los rituales prácticos de la vida cotidiana y que ello no nos proporciona —en absoluto— el conocimiento científico del mecanismo de este reconocimiento, asunto que merece ser interrogado.

Frente a los documentos y las formas de razonamiento que vehiculizan, no estamos ante una escena en la que un sujeto —investigador— contempla un objeto y lo describe. El conocimiento se ha pensado así, por ejemplo, mediante una

4 Bourdieu postuló que era necesario construir una teoría general de los campos, pero esta idea no la materializó. La configuración de una teoría general de los campos y la precisión de campos posibles es motivo de trabajo. Por campo, entonces, entenderemos aquí un régimen de uso y producción de enunciados, cuyas secuencias de símbolos en un soporte físico —a las cuales atribuimos sentido— configuran cierto circuito. Soporte físico y atribución de sentido constituyen aspectos relevantes en la perspectiva de campo que buscamos elaborar, ya que su lógica —específica secuencia de símbolos— se nos figura luego de un trabajo de intelección; soporte físico y atribución de sentido contribuyen a vislumbrar y comprender ciertos contornos en las palabras, permitiendo entender la lógica que subyace a los discursos en su realidad material. En pocas palabras, el campo no pertenece a los “hechos observables”; su lógica se evidencia al momento que presuponemos una estructura, de forma tal que resulte comprensible un conjunto dado de actuaciones. Así, los campos existen con anterioridad ontológica; su intelección es el efecto que determinada lógica le impregna al discurso; lógica que es posible establecer, por supuesto, más allá de las variaciones circunstanciales, para explicar, entre otras, justamente tales variaciones (Bustamante *et al.*, 2018; Díaz-Soler, 2015).

pregunta elaborada de la siguiente forma: “¿cómo el sujeto conoce el objeto?”. Así, también, se ha pensado el lenguaje, bajo la imagen de que “el sujeto nombra la realidad mediante el lenguaje”. De igual manera, se piensa, la investigación, con preguntas como: “¿cuál es el método, el mejor para conocer tal o cual *problema*, o tal o cual *tema*?”.

Ante este esquema —como lo sugiere Braunstein (1980)—, el gran problema ante el que nos hallamos es suponer tres existencias independientes (sujeto, objeto y lenguaje) que, solo después de configuradas, vendrían a relacionarse: cada una tendría existencia previa, *ex nihilo*. O sea, como implicación de esta postura ante el mundo y de esta manera de comprender los asuntos relacionados con la investigación, no sería posible pensar la génesis de uno de esos elementos en función de los otros. Detengámonos ante estas ideas unos momentos; observemos la escena y analicemos:

- Un sujeto —más o menos terminado—: sus cambios no transforman su estatuto de sujeto.
- Un instrumento —lenguaje, método—, también, más o menos terminado: de nuevo, sus cambios no transforman su estatuto de instrumento, por eso —como implicación de esta postura— pensamos y asumimos que en algún lugar “hay un método” que garantiza el saber y que permitiría *hacer bien la investigación*.
- Finalmente, hay un *objeto*, también más o menos terminado: sus cambios, otra vez, no le quitan su estatuto de objeto; por eso pensamos que hay “problemas de investigación”, “temas” que podríamos detectar o descubrir.

No obstante, este esquema es susceptible de refutación, tanto desde la filosofía, como desde la lingüística, o en la misma lógica que proviene de la epistemología, configurando, de esta manera, otra postura frente a la investigación. Así, son preguntas relacionadas con ¿cómo es posible saber?, ¿cómo es posible la ciencia?, ¿cómo conozco esto? o, en pocas palabras, ¿cómo el sujeto conoce al objeto? las que indican un camino para el pensamiento:

- De un lado, el sujeto que investiga, no con el deber ser, sino con deseo de saber, buscando una *relación con el saber*, está en proceso; podemos decir que se están generando condiciones de posibilidad para su transformación: investigar es *investigarse*, entender por qué me está dado pensar de cierta forma, por qué solo puedo ver ciertas cosas y hablar de cierta manera, por qué mi fascinación por determinado *asunto* y no por otro. Constituir, configurar, anhelar una relación con el saber, sería *investigarse* (Zuleta, 1999; Charlot, 2007; Bourdieu, 2000; Bourdieu *et al.*, 2008).

- De otro lado, el método podríamos relacionarlo con la manera, con cierto camino de transformarse el sujeto. La idea de un comprador eligiendo —a la manera como son presentados los métodos en los manuales de investigación— presta flaco favor a los procesos de formación en investigación en las universidades. La idea de un supermercado de métodos para comprar, aplicar y usufructuar a voluntad no nos seduce. Por el contrario, sería interesante pensar que tal vez sería una manera de *resonar* con tal o cual método, en el marco del acucioso problema planteado por cada uno. La metodología no está afuera esperando a que la escojamos, sino que es una potencialidad de nuestro empuje que halla —en el trabajo de otros— una resonancia.
- Finalmente, el objeto, como no es un objeto sensible (aunque tengamos que pasar por los objetos sensibles), sino inteligible, será aquello que seamos capaces, mediante nuestro trabajo de esfuerzo analítico, de construir con nuestra fuerza de intelección. Desde esta postura, que nos ubica de una manera distinta frente a los documentos, lo que ocurra con esa relación, mediante el trabajo, no es previsible.

Una cosa es la investigación entendida como operación sobre los objetos materiales, sin interrogarse acerca de ellos y por cómo devinieron en *cosas*, y otra cosa sería la investigación como la construcción de la inteligibilidad. Esta idea tiene nexo con un conjunto de conceptos sobre el estatuto de lo humano, el sujeto y el lenguaje⁵.

Es posible, en consecuencia, colegir dos posturas, tanto en los procesos investigativos como en el tratamiento dado a los corpus documentales:

- Primera postura: un sujeto cognoscente-consciente, delante de un objeto anterior e independiente de él, al que interviene con un instrumento (el método científico) que se ha ido volviendo cada vez más independiente de la cultura. Escenario solidario con el que presupone la siguiente manera de comprender el lenguaje: un hablante intencionado, que nombra un objeto concreto, con ayuda de un instrumento —el lenguaje— terminado. Es un agregado al sujeto, cuya especificidad permanecería.
- Segunda postura: la mirada (la perspectiva) precede al objeto, lo interpola a la realidad (Bachelard, 1981; Bourdieu, 2000; Bourdieu *et al.*, 2008). El sujeto no estaría frente a los objetos para aprehenderlos; más bien habría un sujeto *en proceso*, delante de los códigos de la cultura. El lenguaje no sería un sistema que señala hacia las cosas (deixis); no sería una relación

5 Postura que está siendo presentada y discutida por, entre otros, Kristeva (1988), Zuleta (1999), Freud (1990), Miller (1990), Bourdieu (2000) y Bourdieu *et al.* (2008), quienes destacan la experiencia que el sujeto mismo de la teoría pueda tener en el funcionamiento de los sistemas conceptuales.

directa entre palabras y cosas, sino el medio humano mismo que, precisamente, nos permite hablar en ausencia de las cosas.

Así, la cultura —a la vez que es efecto— *produce*: de un lado, los mundos posibles en los que los sujetos se representan; es decir, la producción de los mundos materiales, inclusive si son excluyentes y pugnan entre sí. De otro lado, es productora de sujetos con capacidad suficiente de incorporarse, de insertarse en los códigos de la cultura —momento lógico cero de la producción del sujeto— para, posteriormente, desplegar su condición y, si fuese el caso, oponerse —momento lógico uno: funcionamiento de lo humano, la cultura—. Desde esta postura, se morigera la frontera entre sujeto y objeto: no hay sujetos ni objetos terminados, y, por lo tanto, tampoco el sujeto “aprehende” meramente el objeto.

Entonces, retomando la discusión sobre las fuentes documentales, se puede decir que: a) materializan (de forma imbricada, compleja y difícilmente discernible en su multiplicidad) las relaciones sociales, de ahí que la posibilidad de que algo se haga “visible” dependa de su historia; b) lo visible es producto de la cultura, se nombra por efecto del lenguaje, *formas inventadas* (contingentes) gracias a la existencia del lenguaje; c) su análisis sería una posibilidad, en la medida en que lo social siempre pasa por decisiones de los investigadores; d) dado que todo saber tiene que ser sabido por alguien para poder existir —lo que hace pasar las cosas siempre por el sujeto que es historia—, lo posible de saber tomando las fuentes documentales va a depender de la forma específica que asume el desafío de su análisis. Investigar, en consecuencia, podría ser planteado, no en la idea de un sujeto que mira objetos para describirlos. Interesante, formadora y desafiante es, por el contrario, la idea de una historia hecha sujeto que, al mirar a la historia misma (hecha también, por supuesto, de documentos y objetos), la interroga.

En consecuencia, podríamos decir que investigar es *investigarse*: investigar mostraría cómo la ceguera que omite ciertas determinaciones es una forma de ser cultura (ignorancia del hombre sobre sí mismo); investigar muestra cómo una forma de ser cultura es producir la idea de que existen ciertas determinaciones.

La historia del pensamiento es relevante a condición de tomar en consideración los obstáculos epistemológicos, que son confusos y polimorfos (Bachelard, 1973). Así, no solo importan los documentos producidos; importan, también, las variaciones, las formas de razonamiento y, gracias a ellas, las perspectivas a que dan lugar. No obstante, es necesario resaltar que las variaciones, para que existan, requieren de una estructura. Diacronía y sincronía serán procesos por investigar gracias a las fuentes documentales.

Las dos posturas presentadas son incommensurables; cada una —a su manera— asume explicaciones en torno al problema del conocimiento, del lenguaje, del sujeto, de los objetos. Sin embargo, queda por precisar la consistencia lógica que se desprende de cada una. Como inquietud, aparece el interrogante

sobre las resistencias al saber; los obstáculos derivados de dicha pretensión de acceso a él —o no— se nos imponen como pregunta.

3. ¿Es posible formarse como investigador?

Siempre que está vivo el pensamiento es posible vislumbrar que es mucho más que la docencia y los meros recuerdos de ideas. Es vigilancia crítica, terreno fértil para el debate, incluso un impulso a la fecundidad del propio pensamiento, mediante la avidez frente al trabajo. Tal vez sea una imagen que permita imaginar una idea de formación, más allá, por supuesto, de aquella que se ventila en los escenarios escolares.

Conocimiento y pensamiento están emparentados, pero guardan diferencias. Si bien el conocimiento aparece como un problema para el hombre desde los tiempos más remotos, bien sabemos que adquiere contornos diferentes y que hoy, por ejemplo, disponemos de puntuales recursos cognitivos para ello. No obstante, estos nuevos recursos han sido posibles gracias al pensamiento, el cual es perenne. Con el pensamiento asistimos a una inveterada fuerza humana que se materializa y, gracias a su cristalización en conocimientos, las nuevas generaciones están en condiciones de acceder a ellos, merced a los esfuerzos requeridos para su transmisión.

Sujeto y objeto son un enfrentamiento que lleva más de veinticinco siglos; problemática planteada que queda plasmada desde Platón (2002) en un texto datado casi cinco siglos antes de nuestra era; en este documento escrito encontramos atisbos que nos colocan frente al horizonte de nuestra discusión. Gracias a Platón, asistimos al reconocimiento de uno de los acuciantes problemas con los que se enfrenta la pedagogía: ¿la formación es posible? ¿Qué se requiere para ello? ¿Contar con instituciones de educación es suficiente?

Escuchemos a Platón (2002):

Estaría bien, Agatón, que la sabiduría fuera una cosa de tal naturaleza que, al ponernos en contacto unos con otros fluyesen de lo más lleno a lo más vacío de nosotros, como fluye el agua en las copas, a través de un hilo de lana de la más llena a la más vacía. Pues si la sabiduría se comporta también así, valoro muy alto el estar reclinado junto a ti, porque pienso que me llenaría de tu mucha y hermosa sabiduría. La mía, seguramente, es mediocre o incluso ilusoria como un sueño, mientras que la tuya es brillante y capaz de mucho crecimiento, dado que desde tu juventud ha resplandecido con tanto fulgor y se ha puesto de manifiesto anteayer en presencia de más de treinta mil griegos como testigos. (175 d)

En estas líneas quedan plasmadas ya dos ideas. La primera: algunos son portadores de conocimientos. La segunda está referida a una teoría sobre la transmisión de conocimientos, en pocas palabras, sobre las condiciones de posibilidad para la formación, es decir, sobre la posibilidad de que algunos otros accedan al él. Queda

claro que en este texto a Platón le interesa discutir y cuestionar que el acceso al conocimiento —a la sabiduría— no es producto del roce, del contacto físico con aquellos que detentan un saber; podríamos decir que tampoco sería producto de los buenos propósitos institucionales. El conocimiento y la sabiduría no fluyen con el solo contacto entre las personas “como el agua en las copas, a través de un hilo de lana de la más llena a la más vacía”. Ya desde Platón, sabemos que el mecanismo para acceder al conocimiento, a la sabiduría, es fruto de otro proceder que será necesario investigar y que pasa, necesariamente, en primer lugar, por comprender la lógica intrínseca de uno de los campos del funcionamiento de lo humano, un campo de producción simbólica cuyo funcionamiento obedece al horizonte caracterizado por la pregunta por el saber, por el estatuto del conocer; en segundo lugar, por investigar mecanismos y procesos que, como efecto, posibilitan el desencadenamiento de ciertas acciones que producen la formación, precisamente, en el horizonte planteado por el campo señalado.

Estanislao Zuleta (1999), en su artículo “Acerca de la naturaleza de las ciencias sociales”, sostiene una idea que bien valdría la pena auscultar: “La ignorancia del hombre sobre sí mismo forma parte de lo que es, en tanto sujeto” (p. 106). Idea luminosa, cuando de pensar la investigación se trata, máxime en tiempos en los que gana protagonismo —cada vez más— la consigna de que la investigación que se refiere, de alguna manera, a la sociedad o al sujeto *debe* dedicarse a consignar aquello que las personas dicen de sí mismas o acerca de “algo” —es el caso de aquellas investigaciones, por ejemplo, hechas bajo cierta idea de representaciones o elaboradas con encuestas y entrevistas— que no se interrogan, no se preguntan por la manera como devino en aquello que “vemos” y que logramos percibir. Caso similar puede acontecer ante la posibilidad de realizar investigaciones que toman como punto de referencia corpus documentales. Con una postura como esta, podría estarse conformando un circuito que contribuye a producir, sencillamente, la “reproducción de la ignorancia” de aquello que somos.

Una postura así delimitada establece una indiferencia sobre el mundo humano, que se asume sin vida; desde esta perspectiva, se escoge hacer nacer un mundo así. Esta manera de entender la investigación sobre lo social “ceba la transformación de los hombres en cosas, la anuncia, qué digo, la instala” (Milner, 2007, p. 25). No hace falta que esto sea sabido, ya que los efectos equívocos sobre el término *hombre* se conocen desde hace tiempo, olvidando que tenemos como referencia a los seres hablantes: ¿acaso no hay una matriz social, más o menos compartida, de producción de enunciados?

Carencia de pensamiento, entorpecimiento en el despliegue psicológico, inmadurez, frustraciones, deficiencia en el desarrollo, debilidad de los sentidos o del entendimiento, una tara de algún tipo o, simplemente, falta de estudio no se corresponden, en nada, con la discusión que sobre la ignorancia plantea Zuleta (1999). Tampoco coloca su idea de ignorancia al servicio del déficit en los

procesos de evolución o en las dificultades en el progreso. Cuando Zuleta (1999) dice que esa ignorancia es *constitutiva*, está sugiriendo que en concomitancia con la *producción del sujeto* se efectúa, se instala, dicha ignorancia: hace parte de su estructura, es decir, no requiere ser aprendida, ni necesita ser consciente. Ante este panorama, ¿cómo es posible, a pesar de todo, en ciertas circunstancias, llegar a dudar de algo en lo que se había creído?

Hablar de producción implica preguntar: ¿producción de qué? Producción del sujeto. Durante el proceso mismo de hacernos sujetos (no lo somos sencillamente al nacer: es necesario *operar* sobre la cría de humano para volverla sujeto) se efectúa un proceso caracterizado —rápidamente lo señalo, pero es necesario detenerse en él— por la imbricación en el lenguaje de un cuerpo, que produce, como efecto, un sujeto y, subproducto concomitante, dicha ignorancia; por eso Zuleta (1999) plantea que la ignorancia nos constituye como sujetos.

Pensar de manera diferente, asumir una concepción distinta sobre los sujetos y su mundo no es mejor ni peor: más bien, reporta a la existencia de contextos distintos a aquellos para los que sirve la mencionada ignorancia (ideología). En escenarios especializados en el saber —como la universidad—, hacer pasar la creencia como explicación genera confusión. Se entiende, entonces, por qué Zuleta (1999) sugiere que estudiar los asuntos de lo humano supone una transformación de la posición del sujeto.

A Sigmund Freud (1990) le debemos la interesante idea que *el sujeto no conoce su propia condición*. Además, somos deudores, también, de una idea que conmociona toda la filosofía de la conciencia: al sujeto se le escapa su propio saber sobre sí mismo. Así, la ignorancia del hombre sobre sí mismo forma parte de lo que es, como sujeto, concepción que resuena con lo planeado por Zuleta (1999) y que sugiere que comparten la visión de que existe un desconocimiento que contribuye a configurar el mundo social.

La distinción propuesta implica una pregunta por la formación, por las condiciones de posibilidad para que un sujeto se transforme, gracias al trabajo que requiere el saber, el conocer; pregunta de investigación que acicatea el horizonte establecido hoy por la pedagogía: si la ignorancia nos constituye en calidad de sujetos, ¿cómo se estaría en condiciones de cuestionar, de preguntarse, más allá del establecido sentido común? Si el sujeto es sujeto gracias al lenguaje, y si cada uno de nosotros no inventó el lenguaje, lo encontró ya elaborado y funcionando, entonces, ¿cómo llegó hasta cada quien y cómo lo usa? ¿Qué efectos se produjeron? Con este escenario, ¿qué horizonte de comprensión es posible? ¿Podría el lenguaje configurar otros posibles horizontes? ¿Qué criterios usar para esos otros posibles horizontes? Lo que se produjo, gracias a la imbricación con el lenguaje, ¿no será parte de ese reservorio de ideas compartidas que denominamos *sentido común*?

Entonces, la distinción entre conocimiento común y conocimiento científico (saber) gana relevancia al instalar la pregunta por los criterios que acompañan la construcción de saber, en primer lugar; en segundo, gracias a la pregunta por la formación y, en ella, por aquellas resistencias y por los obstáculos a los que cada quien se enfrenta para acceder al saber. Así: ¿es posible o no enseñar dichos criterios? ¿Qué obstáculos se opondrían a ello?

Reflexionar sobre el saber lleva, como punto de partida, a reconocer que, inevitablemente, somos constituidos por representaciones sobre nosotros mismos y, por ende, sobre lo social. En otras palabras, podríamos decir que “un cierto espacio y tiempo histórico determina, enmarca lo que puede ser pensado y lo que puede ser dicho por cada sujeto hablante dentro de esa coyuntura espacio temporal, atendiendo a su posición, esto es, al lugar de sujeto ideológico que ocupa” (Braunstein, 1980, p. 78).

Entonces, existe un saber sobre nosotros mismos y sobre lo social que está estructuralmente a disposición de cada quien, como efecto de haber devenido en sujeto, merced a los efectos de la estructura simbólica (lenguaje). Toda organización social es estructurante de los sujetos humanos y de sus comportamientos. El sujeto no llega a serlo por unas experiencias singulares, ni por su desarrollo autónomo, ni por la maduración neurológica, ni por el despliegue de una libertad esencial, sino que está constituido como tal a partir de requerimientos emitidos por la estructura social (Braunstein, 1980, p. 74). Entonces, las representaciones han contribuido a ser aquello que somos en calidad de sujetos y, gracias a ellas, operamos en nuestro mundo social y psicológico; son, también, mecanismos que hacen funcionar a este.

Una vez hay sujeto, es decir, con los efectos del lenguaje en “un-alguien”, es posible, entonces, plantear que a toda experiencia humana le adosamos una representación; entre el sujeto y la experiencia median siempre las representaciones. Las prácticas sociales funcionan por acciones que nosotros mismos desencadenamos, pero eso no forzosamente tiene vínculo con lo que pensemos sobre nuestra relación con dichas prácticas. Con nuestros actos y nuestras representaciones damos lugar a que lo social funcione; no obstante, las creencias (representaciones) que todos agenciamos en la vida cotidiana no necesariamente tienen relación con las fuerzas profundas por las cuales la vida social funciona; están relacionadas, sí, pero con nuestra particular manera de inserción en la sociedad, no con su comprensión. Nos representamos nuestra relación con diferentes aspectos de lo social, legítimos para vivir, para justificar.

Es necesario distinguir una idea útil de una idea clara. Por ejemplo, nos representamos nuestra relación con la educación, con el aprendizaje, con el currículo, con el saber o con la formación, pero eso no quiere decir que tales representaciones sean comprensiones de la vida educativa o de procesos cuyo horizonte sea la formación. No es lo mismo hablar de las representaciones con el telón de fondo

de las relaciones entre sujetos, que con el telón de fondo del saber. Las representaciones se pueden caracterizar (investigar) en posiciones distintas, pero en función del horizonte del saber.

La inmensa mayoría de los asuntos sociales se juega por fuera del campo del saber; nuestra vida cotidiana transcurre sin que sea necesario —incluso, sin que se requiera— interrogar su funcionamiento, asunto absolutamente legítimo. Ahora bien, trasladar esta perspectiva a un ámbito donde funciona la lógica del saber (las instituciones de educación y, en ellas, las universidades) no es legítimo y, no conforme con esto, podrían estarse generando condiciones para obturar la posibilidad de saber.

Tenemos “opiniones”, conocimientos usuales y comunes. Ellos, en la medida en que son versiones de necesidades, obstaculizan el conocimiento: lo que cree saberse impide saber. La pregunta que aparece, en el marco de la investigación sobre la formación, es ¿cómo se las arreglan para estar cómodos con ese saber?

Interrogarnos sobre el Saber —la forma como opera un campo cuyo horizonte está dado por la posibilidad de comprender los criterios con los cuales es posible su producción— resuena, también, con aquellas preguntas relacionadas con la siguiente: ¿qué relación existe entre un campo cuyo horizonte es el saber y un escenario analítico como el de las fuentes documentales, en donde quedaron contenidas ideas, formas de razonamiento sobre lo social y, a la vez, sobre los sujetos? Al hablar del saber como horizonte, es necesario hacer diferenciaciones que, valga la pena mencionarlo, no son valoraciones. El conocimiento delimita su territorio, encuentra dentro de él nuevas relaciones, explicaciones y posibilidades de operación y transformación de su objeto. Opera a condición de delimitar, de demarcar, e, indefectiblemente, inmiscuyéndose —en un horizonte de inteligibilidad— en la problemática de los conceptos, que tienden hacia la abstracción y buscan la formalización.

Conocer lo que implica un reconocimiento de no-saber es lo que podría llamarse “investigar la formación”. Investigar el interés es contar con los instrumentos para tener la posibilidad de cambiar el régimen de satisfacción, la economía psíquica y, por qué no, dar lugar al placer de descubrir (lugar de lo humano, de lo abstracto). Esto exige estar en guardia contra los conocimientos familiares, comunes y las verdades de escuela, incluyendo la incredulidad sistemática (espíritu crítico), que tributa, en el marco de “todo vale”, a un escepticismo generalizado y no apunta al saber.

Conocemos *contra* conocimientos anteriores. Cuando interesa el esfuerzo de racionalidad y de construcción que asume los hechos como ideas, como formas de razonamiento, busca insertarlos en sistemas de pensamiento. Así, el trabajo del pensamiento es diferente de la adquisición de conocimientos o de los necesarios aprendizajes. Son procesos diferentes e imbricados que requieren precisiones. Para cada sujeto, el resultado del aprendizaje es el proceso de adquisición de

conocimientos disponibles (producto de esfuerzos de indagación), gracias a procesos anteriores y ajenos a su propio pensamiento.

El trabajo del pensamiento está sitiado, asediado por las resistencias que le acompañan, que son propias, son constitutivas al pensamiento mismo, que no se da, ni puede darse sino en lucha contra ellas. El pensamiento es una dificultad vencida, un obstáculo separado. La novedad del pensamiento no es un hecho cronológico, sino lógico. El saber al que conduce es nuevo, no porque nunca se haya producido en la historia, sino porque surge de la dislocación crítica de las nociones, los valores y los prejuicios que le prohibían (Zuleta, 1985, p. 38).

Ahora bien, en el marco de nuestra discusión sobre la formación, el asunto no sería adquirir algo que no se tiene, sino cambiar su cultura, derribar los obstáculos amontonados por la vida cotidiana; en otras palabras, *aprender* a satisfacerse con el saber. Incluso, es posible decir, soportar la incertidumbre de no saber y trabajar para saber, en consecuencia. Una cultura del saber (un proceso de formación) implica reconocer los obstáculos que se oponen al pensamiento, que son epistemológicos, conmover el saber estático mediante dinamizadores, dar motivos a la razón (Bachelard, 1973).

Ahora bien, generar condiciones de posibilidad para que el trabajo de pensamiento aflore hace necesaria la condescendencia del sujeto y transformar su relación con la esfera de la praxis en la que cotidianamente se desenvuelve, aquella que le permitió devenir en sujeto y que, posteriormente, es fuente inagotable de satisfacciones. Tomar la posta de una ciencia social o humana —a la manera como Bachelard (1973) plantea— para hacerla *producir* en función de sus posibilidades analíticas requiere, no solo el trabajo del pensamiento, sino también trabajar en torno a los obstáculos al pensamiento, que son epistemológicos. Es posible entender así por qué la realidad social no es dócil a los propósitos; por qué somos tan afectos a encontrar culpables de que las cosas sigan obedeciendo a las leyes estructurales que las determinan. Así, “la ambición mágica de transformar el mundo social sin conocer sus mecanismos se expone a reemplazar por otra violencia, a veces más inhumana, la ‘violencia inerte’ de los mecanismos que la ignorancia pretenciosa ha destruido” (Bourdieu, 1982, pp. 36-37).

Marc Bloch (2001) sabía, a propósito de nuestras coordenadas para pensar investigativamente los documentos, que “el espectáculo de la investigación con sus éxitos y sus trabas, rara vez aburre. La totalidad ya acabada es la que difunde frialdad y tedio. [...] la costumbre de la investigación no es de ninguna manera desfavorable a la aceptación, bastante fácil, de una apuesta con el destino” (pp. 92-96).

Referencias

- Bachelard, G. (1973). *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI.
- Bachelard, G. (1981). *El nuevo espíritu científico*. Nueva Imagen.
- Bajtín, M. (2012). El problema de los géneros discursivos. En *Estética de la creación verbal* (pp. 245-290). Siglo XXI.
- Benveniste, É. (1971). Comunicación animal y lenguaje humano. En *Problemas de lingüística general* (pp. 56-62). Siglo XXI.
- Bloch, M. (2001). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Fondo de Cultura Económica.
- Borges, J. L. (1974). *Inferno*, I, 32. En *Obras Completas* (p. 298). Emecé.
- Bourdieu, P. (1982) *Ce que parler veut dire. L' économie des échanges linguistiques*. Arthème Fayard.
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalinas*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Ediciones Nueva Visión.
- Bourdieu, P. (2002). *Lección sobre la lección*. Anagrama.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (1973). *El oficio de sociólogo*. Siglo XXI.
- Braunstein, N. (1980). Cómo se construye una ciencia. En N. Braunstein *et al.*, *Psicología: ideología y ciencia* (pp. 7-20). Siglo XXI.
- Bustamante, G. *et al.* (2018). *Formación e investigación. Hacia una teoría de campo*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Díaz-Soler, C. J. (2015). Formación e investigación: una discusión a propósito del Instituto Jean-Jacques Rousseau, de Ginebra - Suiza (1912-1947). *Pedagogía y Saberes*, (43), 133-147.
- Freud, S. (1990). Malestar en la cultura. En *Obras completas*, vol. XXI (pp. 57-140). Amorrortu.
- Kristeva, J. (1988). *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*. Editorial Fundamentos.
- Lacan, J. (2007). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. En *De los nombres del padre* (pp. 63-110). Paidós.
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Paidós.
- Miller, J.-A. (1990). Elementos de epistemología. En *Recorrido de Lacan*. Manantial.

- Milner, J.-C. (2007). *La política de las cosas*. Miguel Gómez Ediciones.
- Platón (2002). Banquete. En *Diálogos* (pp. 693-765). Biblioteca Clásica Gredos.
- Saussure, F. (1987). *Curso de lingüística general*. Alianza.
- Volóshinov, V. (2009). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Ediciones Godot.
- Zuleta, E. (1985). Tribulación y felicidad del pensamiento. En *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos* (pp. 33-51). Presidencia de la República, Procultura S. A.
- Zuleta, E. (1986). El proceso de desnaturalización. *Boletín de estudios psicoanalíticos*, 1(1), s. p.
- Zuleta, E. (1999). *Acerca de la naturaleza de las ciencias sociales*. Contravía.

TERCERA PARTE
Las institucionalidades
del patrimonio y la
memoria: archivos,
museos y comunidades



La construcción del Museo de Memoria Histórica de Colombia: aprendizajes, tensiones y desafíos*

Luisa Fernanda Hernández Mercado**

Introducción

En este artículo se presentan los antecedentes y el contexto en el cual fue creado el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y se expone el proceso social e institucional de construcción del Museo de Memoria Histórica de Colombia (MMEHC). Tanto el Centro de Memoria como el Museo fueron concebidos como medidas de reparación en el marco de una política pública de justicia transicional. Se exponen los lineamientos conceptuales del Museo, los ejes narrativos del guion museológico, sus proyecciones actuales y, finalmente, se presentan los principales aprendizajes, desafíos y tensiones que enfrenta la materialización de esta medida de reparación simbólica para las personas que han sido víctimas del conflicto armado en Colombia.

* Este artículo describe y presenta reflexiones sobre un proceso de intervención e investigación institucional que inició en el 2012 y continúa hasta el presente.

** Hasta el 2020, investigadora del Museo de la Memoria, Centro Nacional de Memoria Histórica.

1. Antecedentes y contexto en el que surge el Museo de Memoria

Comúnmente se conoce como justicia transicional al conjunto de medidas políticas y judiciales adoptadas por los Estados que han transitado de regímenes totalitarios hacia la democracia o que han superado conflictos armados internos para llegar a la paz. Estas medidas transicionales buscan garantizar los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición, tras escenarios de violaciones masivas a los derechos humanos y atrocidades sistemáticas (ICTJ, s. f.-b).

En Colombia se han implementado medidas de justicia transicional desde el 2005¹, a pesar de que el conflicto armado interno siga vigente y de que no se haya dado un tránsito exitoso de un contexto de guerra a uno de paz. En la adopción de este tipo de medidas transicionales influyeron varios factores: primero, la magnitud de las violaciones a los derechos humanos y la sistematicidad de las atrocidades ocurridas en el marco del conflicto armado; segundo, los procesos de desarme y desmovilización, así como los procesos de paz realizados con algunos de los actores armados irregulares que han hecho parte del conflicto; tercero, las luchas y reivindicaciones de las víctimas y las organizaciones de derechos humanos sobre la necesidad de esclarecimiento de la verdad y de ser reconocidas y dignificadas (CNMH, 2017b, p. 19). Por último, la formulación e implementación de este tipo de políticas públicas ha estado mediada por experiencias internacionales² en las cuales se ha propendido por garantizar a las víctimas el ejercicio de sus derechos. La primera medida de este tipo en Colombia fue la Ley 975 del 2005³ (conocida como Ley de Justicia y Paz).

De manera específica, los antecedentes de la creación del CNMH se encuentran en esa misma ley, con base en la cual se creó la institucionalidad para el proceso penal de Justicia y Paz por medio de la creación de salas en los tribunales de Bogotá, Medellín, Barranquilla y Bucaramanga. Con esta ley, además, se creó la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) y el Grupo de Memoria Histórica (GMH). La CNRR “fue la primera entidad encargada de construir el modelo de reparación de las víctimas e iniciar su implementación.

1 Para información detallada sobre todas las medidas de justicia transicional adoptadas en Colombia desde el 2005, se sugiere consultar la línea de tiempo “Mecanismos de justicia transicional en Colombia” (ICTJ, s. f.-a).

2 La información detallada sobre las leyes y experiencias internacionales que han tenido influencia en la adopción de medidas transicionales en Colombia puede ser consultada en el artículo “Origen y fundamentos de la justicia transicional” (Cuervo *et al.*, 2014).

3 Esta ley fue expedida como resultado del proceso de desmovilización colectiva que el presidente de la época, Álvaro Uribe Vélez, negoció con los grupos paramilitares. Este proceso permitió la desmovilización de 31 472 integrantes de las autodenominadas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) entre el 2003 y el 2006.

Elaboró varias publicaciones sobre criterios para la reparación de las víctimas y la construcción de memoria” (ICTJ, s. f.-b). Por su parte, el GMH, vinculado a las labores de la CNRR, “tuvo como fin elaborar y divulgar una narrativa sobre el conflicto armado en Colombia que identificara las razones para el surgimiento y la evolución de los grupos armados ilegales, así como las distintas memorias de la violencia, con una opción preferencial por las voces de las víctimas” (ICTJ, s. f.-b).

En diciembre del 2011, ambas entidades concluyeron sus labores porque durante ese mismo año fue expedida la Ley 1448 (Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, Congreso de la República, 2011). A través de esta ley, fueron creadas nuevas instituciones de justicia transicional como la Unidad de Atención y Reparación Integral a las Víctimas del conflicto armado (UARIV), la Unidad de Restitución de Tierras y el CNMH⁴. Esta última entidad fue creada con la misión de:

Contribuir a la realización de la reparación integral y el derecho a la verdad del que son titulares las víctimas y la sociedad en su conjunto así como al deber de memoria del Estado con ocasión de las violaciones ocurridas en el marco del conflicto armado colombiano, en un horizonte de construcción de paz, democratización y reconciliación. (CNMH, 2014c)

El CNMH asumió las actividades que venía realizando el GMH⁵, adoptó algunas de las funciones que tenía la CNRR y le fueron encargadas unas nuevas como la implementación de la Ley 1424 de 2010⁶, la formulación de la Política Nacional de Archivos de Derechos Humanos, Memoria Histórica y Conflicto, y la de “diseñar, crear y administrar un Museo de la Memoria, destinado a lograr el fortalecimiento de la memoria colectiva acerca de los hechos desarrollados en la historia reciente de la violencia en Colombia”, según el Artículo 148 de la Ley 1448 (Congreso de la República, 2011). Según esta ley, el Museo de Memoria se enmarca en las medidas de satisfacción y, en ese sentido, “deberá realizar las

4 Definido como un establecimiento público del orden nacional, adscrito al Departamento para la Prosperidad Social (DPS).

5 Por este motivo, en el 2013 fue publicado por el CNMH el informe *¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*, elaborado por el Grupo de Memoria Histórica atendiendo al mandato otorgado por la Ley 975 del 2005 (CNHM, 2013b).

6 Esta ley, por medio del Decreto 2244 del 2011, le atribuyó al CNMH —en específico, a su Dirección de Acuerdos de la Verdad— la función de implementar un mecanismo no judicial de memoria histórica con personas desmovilizadas de grupos paramilitares denominado Acuerdos de Contribución a la Verdad y la Memoria Histórica, el cual: “ofrece garantías jurídicas a las personas exparamilitares siempre que no estén encausadas ante la justicia por graves delitos y cumplan con los requisitos de no haber reincidido en delitos después de la desmovilización y de haber cumplido con la reintegración, a la vez que les exige contribuir con la memoria histórica y la reparación de las víctimas, para que los jueces puedan concederles el beneficio de la libertad, pero sin suspender el proceso penal ordinario al cual deben estar sometidos en aras de evitar la impunidad” (CNMH-DAV, 2014, p. 33).

acciones tendientes a restablecer la dignidad de las víctimas y difundir la verdad sobre lo sucedido” (art. 139, Ley 1448).

2. Las bases del Museo de Memoria: legado social y centralidad de las víctimas

Desde la creación del CNMH y de la Dirección del Museo Nacional de la Memoria, se establecieron diálogos con diversos sectores sociales, en especial con organizaciones de víctimas, académicas y de derechos humanos vinculadas desde hace varias décadas a la demanda por el reconocimiento de las víctimas, la búsqueda del esclarecimiento histórico y la lucha contra la impunidad. Para la Dirección encargada de construir el MMEHC, desde el comienzo fue una prioridad que las víctimas y sus organizaciones imaginaran el museo de memoria histórica que querían para el país. Como afirmó la académica Martha Nubia Bello, una de sus directoras, “el museo de memoria es un museo de las víctimas para la sociedad” (citada en CNMH, 2015).

Con el ánimo de apartarse “de cualquier intento de institucionalizar una versión de los hechos o de construirse como memoria oficial” (CNMH, 2017b, p. 27), entre el 2012 y el 2016 la Dirección del Museo Nacional de la Memoria generó espacios en donde distintas voces pudieron conversar sobre lo que consideraban que debía ser un museo de memoria histórica para el país: “dónde debía estar ubicado, cómo debía ser el edificio, qué historias debía contar, qué actores debían estar representados o a quién debía hablarle” (CNMH, 2018a). Se realizaron encuentros y diálogos en ámbitos locales, regionales y nacionales, que se sintetizan en la tabla 1.

La aproximación a los procesos de víctimas, a sus organizaciones y a las expresiones artísticas comunitarias que han buscado construir narrativas de memoria histórica y resistir en medio del conflicto no proviene solo de los espacios de diálogo mencionados. La Dirección del Museo de Memoria, entre el 2013 y el 2014, realizó distintas convocatorias de estímulos a Iniciativas de Memoria, “con miras a fortalecer, potenciar y apoyar iniciativas de memoria de carácter local y regional” (CNMH, 2014a), pero también con el objetivo de promover la apropiación social de los informes de memoria histórica elaborados por el CNMH⁷. Durante esos dos años, apoyó 72 proyectos en todo el territorio nacional por medio de becas, premios y financiación de proyectos expositivos comunitarios, entre otros.

7 Como ejemplo de esto, cabe mencionar la convocatoria pública nacional “Conflicto en Alta Resolución”, la cual recogió archivos digitales de óptima calidad técnica que evidenciaran procesos creativos desde las artes plásticas y visuales en torno al conflicto, capaces de simbolizar la memoria y expresar a través de la imagen lo que es indecible con la palabra (CNMH, 2013a). En su momento, una de las juradas explicaba: “Estos premios son una apuesta para que desde el arte se interpreten y propongan nuevas narrativas de los informes del CNMH” (CNMH, 2014b).

Tabla 1. Diálogos sociales promovidos por la Dirección del Museo Nacional de la Memoria (2012-2016)

Tipo de evento	Año	Evento	Lugar
Diálogos exploratorios con organizaciones sociales y de víctimas sobre memoria y museos	2012	Diálogo exploratorio sobre el MNM con experiencias similares de la región.	• Bogotá.
		Taller de Museología Social.	• Santa Marta (Magdalena).
	2013	Cinco Encuentros Regionales de Iniciativas de Memoria Histórica: • Encuentro regional “Memorias plurales, sentidos diversos”. • Encuentro regional “Entre trochas, llanos y selvas: construyendo memoria”. • Encuentro regional “Magdalena Medio - Suroriente: por una memoria regional”. • Encuentro regional “Memoria Caribe: nuestra construcción de paz”. • Encuentro regional “Tejiendo Memorias en el Pacífico y Sur de Colombia”. • Primer Encuentro de Iniciativas de Memoria Histórica de Pueblos Indígenas.	• La Ceja (Antioquia). • Villavicencio (Meta). • Barrancabermeja (Santander). • Cartagena (Bolívar). • Tumaco (Nariño). • Puracé (Cauca). •
		Cuatro talleres pilotos para la construcción participativa del Museo Nacional de la Memoria CNMH - DNP.	• Florencia (Caquetá). • Apartadó (Antioquia). • Tame (Arauca). • Cali (Valle del Cauca).

Tipo de evento	Año	Evento	Lugar
Diálogos exploratorios con organizaciones sociales y de víctimas sobre memoria y museos	2014-2015	• Proyecto Voces de la Memoria: Consultoría del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) - Colciencias. • 35 encuentros locales, 12 encuentros regionales y tres encuentros nacionales.	Bogotá, Cali, Isthmina, Bucaramanga, Libano, Cúcuta, Neiva, Tumaco, Santa Marta, Villavicencio, Pereira, Barranquilla, Popayán, San José del Guaviare, Soacha, Armenia, Río Viejo, Sogamoso, Aguazul, Santander de Quilichao, Ituango, Tarazá, Aguachica, Buga, Montería, Granada, Tadó, Itagüí, Curumaní, Comunidad de paz de San José de Apartadó, Lejanías, Pitalito, Duitama, Pasto, San Vicente del Caguán, Valledupar, Ibagué, Trinidad, Mocoa, Puerto Rico, Cajibío, El Tarra, San Martín. • Bogotá. • Buenaventura (Valle del Cauca).
	2015	Diálogos sociales y participación promovidos desde la Dirección del Museo de Memoria Histórica del CNMH.	
	2015-2016	• Grupo focal con invitados de los lugares de memoria regionales al Encuentro Latinoamericano de Lugares de Memoria. • Diálogo con la Red Colombiana de Lugares de Memoria sobre el documento de lineamientos y la participación efectiva en el MNM. • Encuentro de Lugares de Memoria Étnicos apoyados por el CNMH. • Diálogo en el marco de la Minga Muralista con comunidades indígenas nasa. • Primer Encuentro Regional de Daño Cultural.	• Bogotá. • La Chorrera (Amazonas). • Toribio (Cauca).
Diálogos con las organizaciones sociales y de víctimas sobre el Museo Nacional de la Memoria	2016	Las mujeres y sus presencias en el Museo Nacional de la Memoria.	• Bogotá. • Cali.

Tipo de evento	Año	Evento	Lugar
Eventos públicos con expertos y académicos	2014	XVIII Semana por la Memoria: Seminario Internacional de Museos y Lugares de memoria.	• Bogotá.
	2015	IX Semana por la Memoria: Encuentro de Memorias Vivas.	• Bogotá.
	2015	Latinoamérica hace memoria: Encuentro Latinoamericano de Lugares de Memoria.	• Bogotá.
	2016	Primer Plano: ciclo de diálogos arte, memoria y paz.	• Bogotá.
	2016	Conversatorio Visiones de la Memoria: Territorio, Comunidad, Museos y Encuentro espiral de crecimiento intercultural.	• Bogotá.

Fuente: CNMH (2017b, pp. 126-140).

Así mismo, la Dirección del Museo también ha adelantado distintas acciones para apoyar la consecución de labores misionales de otros equipos de la entidad. Como ejemplo de estas acciones se encuentra el apoyo técnico que la Dirección ha prestado al equipo de Iniciativas de Memoria Histórica (21 acciones de apoyo a Lugares e Iniciativas de Memoria), al equipo de Enfoque Diferencial, principalmente en su componente étnico y de género, y al grupo de Respuesta Judicial y Reparación Colectiva (acompañamiento a 13 procesos de reparación colectiva).

3. Finalmente, ¿qué es el Museo de Memoria Histórica de Colombia?

El Museo, desde su concepción en la Ley 1448 de 2011, fue definido como un mecanismo para generar garantías de no repetición y como una medida de satisfacción en el marco de la reparación integral a las víctimas. Como se plantea en el artículo 139 de esta Ley, este tipo de medidas están orientadas, principalmente, a reconocer y restablecer la dignidad de las víctimas, así como a difundir la verdad sobre lo sucedido en el marco del conflicto armado. Según el Programa de Exposiciones del Museo, a partir del artículo 141 de la Ley de Víctimas se puede afirmar que:

La misión del MMHC se enmarca dentro de lo que entiende la Ley como reparación simbólica, referida a asegurar la preservación de la memoria histórica, la no repetición de hechos victimizantes, la aceptación pública de los hechos, el restablecimiento de la dignidad de las víctimas, entre otros. (CNMH, 2018b, p. 4)

Como resultado de los espacios de diálogo social, el MMEHC es definido como una entidad cultural orientada al fortalecimiento de la cultura democrática y al compromiso con la no repetición a través del diálogo, la reconstrucción de las memorias, la promoción de ciudadanías críticas y la adquisición, conservación, difusión y comunicación del patrimonio material e inmaterial de la memoria histórica del conflicto armado en Colombia.

El Museo es concebido como “lugar de y para el reconocimiento” (CNMH, 2017b, p. 29) de distintos aspectos, según se trate de víctimas del conflicto armado, organizadas o no, o de visitantes generales, discriminados, a su vez, entre público directo e indirecto. Se entiende como público directo al conjunto de visitantes que tiene interés en las memorias del conflicto armado, ya sea en términos educativos, de investigación o de producción de conocimiento, o en términos de elaboración de relatos de memoria a partir de distintos lenguajes. Dentro de este tipo de público se encuentran el sector educativo, el sector académico, las instituciones, las organizaciones sociales y las audiencias extranjeras, entre otros. Por su parte, en el público indirecto se encuentra el grueso de la población, que no tiene un especial interés en profundizar sus conocimientos sobre el conflicto armado interno o que, debido a sus posturas ideológicas o políticas, no consideran pertinente la existencia de un museo de esta naturaleza.

En aras del reconocimiento, el Museo busca que los visitantes generales puedan dimensionar la magnitud, la diversidad y las transformaciones que ha tenido el conflicto armado interno durante las últimas décadas; también, que aquellos puedan identificar los actores que han hecho parte de la guerra, así como las responsabilidades diferenciadas de cada uno, y que puedan reconocer los rostros e historias de las víctimas. Se busca que, además, puedan sentirse interpelados en cuanto a las responsabilidades que toda la ciudadanía ha tenido frente al desarrollo del conflicto, con el ánimo de promover la transformación de imaginarios.

En cuanto a la población que ha sido víctima del conflicto armado, el Museo busca convertirse en un lugar para que se reconozcan como agentes de cambio aquellos que, a pesar de los episodios de victimización y los daños causados por la violencia, han generado resistencias y transformaciones sociales. En este sentido, tiene el propósito de promover que las víctimas reconozcan, además, las historias de miles de personas que en contextos distintos han padecido el mismo horror y desolación de la guerra, pero que han logrado visibilizarse para ser dignificados. De igual manera, se propone convertirse en un espacio que permita conmemorar y hacer el duelo mediante una pluralidad de prácticas individuales o colectivas.

Lo anterior permite aproximarse a las funciones del Museo. Partiendo de una perspectiva integral de la reparación, se ha determinado que esta entidad tenga una función memorial, una función esclarecedora, una función pedagógica, una función comunicativa y una función de preservación del patrimonio material e inmaterial relacionado con el conflicto armado.

Para materializar cada una de estas funciones, el Museo se ha planteado en tres dimensiones: física-espacial, territorial y virtual. En su dimensión física, el proyecto arquitectónico del Museo está ubicado junto a la Plaza de la Democracia, sobre la avenida Jorge Eliécer Gaitán (avenida El Dorado) de Bogotá, hito histórico en el que esta plaza fue erigida como el *Eje de la paz y la memoria*⁸ en el 2013, durante la alcaldía de Gustavo Petro. A pesar de que en el marco de los diálogos sociales hubo demandas para que el edificio del Museo de Memoria no estuviera centralizado en la capital del país, el hecho de que se encuentre ubicado en el corazón del centro urbano más grande de Colombia lo convierte en un escenario idóneo para la visibilización y el reconocimiento de las víctimas del conflicto armado en medio de un contexto de indiferencia:

En su dimensión físico-espacial, el Museo busca la restitución física y simbólica, en el espacio urbano, de la identidad de las víctimas, pasando de un

8 Este eje, reglamentado por el Decreto 632 de 2014, está conformado por otros lugares conmemorativos y patrimoniales de la ciudad, como el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, el Cementerio Central, los Cementerios Hebreo, Alemán y Británico, la Plazoleta de los Murales, la Plazoleta Galán, entre otros.

escenario para la violencia, la indiferencia y la incredulidad (como ciudad capital con sus ciudadanos), a un entorno inclusivo, símbolo del respeto y la defensa de los derechos humanos, de la pluralidad, de diferentes modos de recordar y dignificar a las víctimas, e incluso, del ejercicio democrático. (CNMH, 2017b, p. 61)

En la dimensión territorial, hay dos conceptos que permiten comprender el sentido de la relación que el Museo busca fortalecer en las distintas regiones de Colombia. En primer lugar, el concepto de red, ya que el Museo de Memoria hace parte de la Red Colombiana de Lugares de Memoria⁹ y busca posicionarse como un facilitador de los intercambios entre la multiplicidad de expresiones, iniciativas y lugares que, desde distintos sectores sociales del país, vienen trabajando alrededor de temas de memoria histórica; no obstante, también se propone “la circulación itinerante de contenidos, información y recursos, así como el apoyo a las iniciativas museográficas y de memoria en toda la nación” (CNMH, 2017b, p. 62). En segundo lugar, está el concepto de participación que, a la vez, es uno de los principios del Museo de Memoria. De acuerdo con este concepto de participación, el Museo construye sus relatos curatoriales a partir de la pluralidad de contenidos y sentidos de las expresiones de la memoria y aspira a visibilizar las propuestas e iniciativas regionales en el museo físico, ubicado en Bogotá.

Por último, la dimensión virtual comprende los recursos digitales y virtuales que se ponen a disposición de los ciudadanos a través de tecnologías de la información y la comunicación, para que un público más amplio pueda acceder al Museo de Memoria. Dentro de esta dimensión, se encuentran los dispositivos digitales que hacen parte de las muestras o exhibiciones del Museo físico y, también, los recursos virtuales contenidos en la plataforma web¹⁰ que permiten acercar a la población que no puede acceder fácilmente al museo físico o a quienes buscan complementar su experiencia en el museo. Asimismo, está pensada para aquellos que quieran interactuar con los recursos expositivos y pedagógicos del Museo mediante una dimensión virtual.

9 La Red Colombiana de Lugares de Memoria (RCLM) es una iniciativa social, comunitaria y participativa que contribuye a construir una memoria colectiva que garantice la reparación y la no repetición de la violencia sociopolítica. La RCLM agrupa 30 iniciativas de memoria a lo largo y ancho del territorio colombiano. Para información más detallada, se sugiere consultar el sitio web <http://redmemoriacolombia.org>.

10 Para aproximarse a los recursos digitales del Museo de Memoria Histórica, se sugiere consultar la plataforma web: <http://museodememoria.gov.co>.

4. Guion museológico: voces para transformar a Colombia

La construcción del guion del Museo parte del trabajo investigativo y de construcción de memoria histórica adelantado por el CNMH, así como de los informes de casos emblemáticos trabajados anteriormente por el Grupo de Memoria Histórica. En especial, parte de los resultados de los informes publicados, pero también de las iniciativas de memoria comunitarias, locales y regionales acompañadas y promovidas por distintos equipos de la entidad. No obstante la importancia de estos contenidos, para la Dirección del Museo era fundamental “buscar alternativas a las formas de contar que tradicionalmente había usado el Centro en sus informes y exposiciones” (CNMH, 2017a, p. 77).

Por este motivo, y con el propósito de representar y acercar a la población a la complejidad y diversidad del conflicto armado en Colombia, se optó por no elaborar el guion desde un enfoque cronológico del conflicto y se descartó la opción de elaborar el relato a partir de actores o de modalidades de victimización, dado que existían tensiones y demandas por parte de distintos actores por tener un espacio y verse representados en el Museo: académicos, organizaciones sociales, de víctimas, militares, entre otros, querían ver sus voces en la materialidad del Museo (CNMH, 2017a, p. 77).

El resultado de estos diálogos con investigadores de distintas áreas de la entidad llevó a varias definiciones por parte del equipo curatorial de la Dirección del Museo: 1) se seleccionaron tres ejes narrativos: cuerpo, tierra y agua, a través de los cuales se buscaría dar cuenta de la diversidad del conflicto; 2) se definieron mensajes centrales para cada eje: un mensaje explícito, que diera cuenta de la idea fuerza que cada eje buscaba transmitir, y uno implícito, que hiciera referencia a los imaginarios que se deseaban transformar; 3) se desarrolló una metodología en la que cada área del CNMH, a partir de su trabajo, aportaba referentes de casos o temáticas a través de las cuales pudiera materializarse cada eje narrativo.

A partir del trabajo del CNMH, se seleccionaron casos de tal forma que cada uno de ellos permitiera hilar los mensajes de cada eje (tabla 2). La selección de los casos debía representar la diversidad en varios niveles: la variedad de experiencias de acuerdo a características diferenciales (edad, género, pertenencia étnica), mostrar que la guerra ha implicado a varios actores armados y no armados, y dar cuenta de la profundidad espacial y temporal del conflicto (CNMH, 2017a, p. 79).

Tabla 2. Mensajes de los ejes narrativos del guion museológico

Eje narrativo	Mensaje explícito	Mensaje implícito
Agua	Los costos de la guerra son muy altos y los daños que ocasiona son irreparables.	Nada justifica la violación de los derechos humanos.
Tierra	La guerra es intencionada y responde a intereses y dinámicas económicas, políticas e institucionales.	Si bien la guerra en Colombia es compleja y difícil de explicar, no es azarosa ni irracional. Los compromisos y las responsabilidades comprometen no solo a los actores armados, sino a quienes la auspician y se benefician de la guerra.
	La guerra nos afecta a todos, pero no por igual.	Las responsabilidades por estas afectaciones deben ser asumidas y las víctimas deben ser reconocidas.
Cuerpo	La estigmatización, la intolerancia y la eliminación de las diferencias y del disenso político han caracterizado este conflicto.	El fortalecimiento de la democracia reside en el reconocimiento de la diferencia, el disenso y la diversidad en todas nuestras interacciones.
	La historia del país se teje tanto por la guerra y las violencias como por las iniciativas de paz, las resistencias, las reformas políticas, los procesos de paz y la institucionalidad de paz.	Terminar la guerra y sostener la paz depende de asumir nuestra responsabilidad como gestores de cambio.

Fuente: CNMH (2017b, pp. 88-108).

Cada uno de los ejes se puso en escena a partir de casos que se fueron construyendo con base en las investigaciones del equipo de curaduría sobre la producción del CNMH y las iniciativas sociales de memoria promovidas por esta misma institución. En ese sentido, la construcción de los casos que integraron cada eje se realizó con la intención de que cada caso respondiera a las siguientes preguntas: ¿qué le hace la guerra al cuerpo, a la tierra y al agua? ¿Qué hacen el cuerpo, la tierra y el agua en la guerra? ¿Cómo cuentan la guerra? Cada uno de los casos estaba integrado por piezas museográficas en distintos lenguajes y formatos — video, fotografía, tejidos, instalaciones, entre otros —, construidas con diferentes metodologías, dependiendo de lo que cada eje buscaba comunicar (figura 1).

Figura 1. Vista del vestíbulo y los paneles introductorios de la exposición *Voces para transformar a Colombia*



Fuente: fotografía del Equipo Laboratorio Digital. Dirección del Museo de la Memoria (CNMH).

Las piezas fueron construidas de manera colectiva e interdisciplinaria a partir de múltiples herramientas. Se realizaron recorridos con las comunidades en sus territorios, en los cuales se recogieron insumos para elaborar mapas, historias gráficas, piezas sonoras y audiovisuales, que se produjeron posteriormente. Se hizo curaduría colaborativa: artistas de distintas disciplinas trabajaron con las comunidades para elaborar sus obras o realizaron obras a partir de encargos específicos del Museo; se incluyeron piezas hechas por las mismas comunidades, así como piezas que hacen parte de planes o medidas de reparación simbólica, según exhortos de sentencias judiciales. En algunos casos, los investigadores y curadores de la Dirección del Museo elaboraron piezas museográficas con base en el trabajo realizado con las comunidades (figura 2). En todas estas modalidades de producción de contenidos se realizaron procesos de validación con las comunidades o las personas a quienes se referían los casos de la exposición, a partir de los cuales se realizaron ajustes y modificaciones (CNMH, 2018b).

Figura 2. Eje cuerpo. Caso *Varias voces, una conversación*



Fuente: fotografía del Equipo Dimensión Virtual. Dirección del Museo de la Memoria (CNMH).

El Museo de Memoria ha sido el primer museo en Colombia que ha tenido la posibilidad de poner a prueba su guion museológico antes de abrir formalmente sus puertas al público. Mediante la exposición *Voces para transformar a Colombia*, se presentó el guion por primera vez en la Feria Internacional del Libro de Bogotá del 2018; unos meses después, se llevó a la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín. La presentación del guion antes de que este se constituyera como el de la muestra permanente del Museo tenía varios propósitos. Por una parte, se buscaba sensibilizar al público sobre el conflicto armado, las víctimas y los daños que este ha dejado alrededor de 60 años de guerra en el país, así como generar espacios de encuentro y de diálogo sobre estos temas, y conversar con los visitantes en relación con lo que les dejaba la exposición y cómo dialogaban con ella a partir de sus propias trayectorias y experiencias¹¹. Fue una apuesta de la Dirección del Museo para probar cómo funcionaría este en sus tres dimensiones: física, virtual y territorial.

Tanto en Bogotá como en Medellín, la exposición tuvo el reto de materializar lo que, desde la Dirección del Museo, se ha denominado *guion expandido*, es decir, la concepción de que los recursos con los que se busca transmitir los mensajes propuestos desde el guion no se agotan en lo expositivo. La programación académica, artística y cultural que acompañó la exposición, la participación de

11 Durante un mes se alcanzaron casi los 100 000 visitantes en las dos muestras. La exposición de Bogotá contó con 73 567 visitantes entre el 17 de abril y el 2 de mayo del 2018, y la de Medellín con 23 123 entre el 7 y el 16 de septiembre del 2018.

nutridos grupos de víctimas que hicieron parte de la elaboración de los casos —y quienes, en varias ocasiones y de manera espontánea, realizaron la mediación de los casos que construyeron—, así como los rituales y las prácticas conmemorativas y performativas que se llevaron a cabo en espacios del pabellón de la exposición, fortalecieron los mensajes propuestos desde lo expositivo y sirvieron para visibilizar las memorias vivas que circulan en los distintos territorios del país (figura 3).

Figura 3. Grupo Echembelé. Conmemoración de la masacre de Bojayá en la exposición *Voces para transformar a Colombia*



Fuente: fotografía del Equipo Dimensión Virtual. Dirección del Museo de la Memoria (CNMH).

De igual manera, desde la dimensión virtual se pudieron poner a prueba distintos dispositivos digitales: se realizó una experiencia virtual para visitar algunos lugares de memoria comunitarios —lugar de memoria de El Placer, Putumayo, el de Pueblo Bello en Turbo, Antioquia, y el río Magdalena como lugar de desaparición forzada—; se realizaron aplicativos para los ejes de cuerpo y tierra con el objeto de generar mediaciones más profundas (figura 4); y se realizó una multimedia para el eje agua, en la cual se podía acceder fácilmente a distintos recursos para ampliar la información sobre la desaparición forzada en la zona del Magdalena Medio. En el marco de las exposiciones, se elaboraron recorridos virtuales que se encuentran disponibles en la plataforma web del Museo.

Figura 4. Experiencia virtual de lugares de memoria en la exposición *Voces para transformar a Colombia*



Fuente: fotografía del Equipo Dimensión Virtual. Dirección del Museo de Memoria (CNMH).

A partir de esta experiencia de construcción social del Museo de Memoria, se han identificado numerosos aprendizajes, aspectos a mejorar y aspectos para seguir trabajando, así como desafíos y tensiones que se dan en la coyuntura actual del país y del lugar que va adquiriendo la memoria histórica en dicha coyuntura. Este proceso afianza, además, la necesidad de fortalecer, promover y circular los relatos contruïdos desde las víctimas, en aras de reparar y transformar los imaginarios que han favorecido la pervivencia del conflicto armado en Colombia.

5. Los aprendizajes: aciertos y aspectos para seguir construyendo

El primer acierto del proceso de construcción social del Museo fue la puesta en escena del guion museológico antes de que se convirtiera en la muestra permanente del edificio del Museo, cuya construcción está próxima a iniciar¹². A partir de las exposiciones de Bogotá y Medellín, se visibilizaron las acciones del CNMH, en especial las de la Dirección del Museo; sin embargo, resultó mucho más importante la visibilización de las voces y las historias de las víctimas (individuales y colectivas), de los daños y las afectaciones que sufrieron, además de las resistencias y las transformaciones subjetivas y sociales que han generado. Las muestras en estas dos ciudades, a pesar de estar circunscritas a espacios

¹² Se tiene proyectada la inauguración del Museo de Memoria Histórica de Colombia para el 2021, año en el cual termina la vigencia de la Ley 1448 del 2011.

culturales como ferias del libro, contribuyeron a posicionar en la esfera pública el tema de la memoria y las políticas públicas de memoria como una respuesta a las reivindicaciones de las víctimas y sus organizaciones y como un aporte a la construcción de la paz.

Figura 5. Acto performativo en el marco de la exposición *Voces para transformar a Colombia*



Fuente: fotografía del Equipo Dimensión Virtual. Dirección del Museo de Memoria (CNMH).

Por otra parte, la puesta en escena de *Voces para transformar a Colombia* fue una oportunidad para fortalecer la articulación interna con otras áreas y equipos del CNMH, a través de la utilización del acervo investigativo de la entidad y mediante la programación académica y cultural, que contó con muchas actividades facilitadas desde el Equipo de Género y las áreas de Pedagogía, Comunicaciones, Enfoques Diferenciales, entre otros, las cuales enriquecieron las conversaciones sobre distintas aristas de la memoria. Adicionalmente, la exposición fue una plataforma de visibilización y distribución de la amplia producción de informes y materiales de memoria histórica producidos por el CNMH.

Otro acierto de las exposiciones tuvo que ver con el desarrollo de un estudio de públicos con un componente cualitativo y cuantitativo en cada una de las muestras. Por medio de distintas herramientas de investigación social —observaciones etnográficas, grupos focales, encuestas y sistematización de aportes de los visitantes—, se pudo caracterizar sociodemográficamente a los visitantes en cada ciudad, medir el impacto de la exposición frente al conocimiento de la población sobre el conflicto armado en el país, sus sugerencias sobre la mejor manera de hacer realidad la dimensión territorial del Museo, la apropiación de los mensajes

que se buscaban transmitir y la capacidad de recordación de la exposición, entre otros.

El estudio de públicos también mostró el potencial del enfoque del guion expandido, ya que se valoraron positivamente: la programación artística, cultural y memorial protagonizada por las víctimas (figura 6), invitadas desde distintas regiones del país y quienes participaron en la construcción de los casos de la exposición; los diálogos que se generaron en las actividades de activación pedagógica en los conversatorios académicos; y la mediación, que contó con la participación de mediadores de las regiones y mediaciones espontáneas por parte de las víctimas, lo cual guardó estrecha relación con el enfoque de reparación simbólica que el Museo ha promovido desde el comienzo. Estas mediaciones posibilitaron, en algunos casos, encauzar las experiencias emotivas de los visitantes (indignación, rabia, tristeza) hacia la reflexión e incluso la interpelación. El estudio de públicos se acompañó de un exhaustivo trabajo de sistematización de la retroalimentación, suministrada por investigadores del CNMH a través de entrevistas, así como de la experiencia de cada equipo de la Dirección del Museo en el marco de la exposición.

Figura 6. Presentación de la obra *Tocando la Marea* en el marco de la programación artística de la exposición



Fuente: fotografía del Equipo Dimensión Virtual. Dirección del Museo de Memoria (CNMH).

Otro de los aciertos y lecciones aprendidas durante el proceso de construcción del Museo ha estado relacionado con el desarrollo de metodologías colaborativas con las víctimas individuales, las comunidades y las organizaciones de víctimas que

han tenido experiencias de trabajo con otras áreas de trabajo del CNMH o con quienes se comenzaron procesos para la construcción de los casos de la exposición. El hecho de que el Museo haya sido pensado con un carácter de reparación ha implicado que, desde el comienzo, se haya tenido un enfoque de cuidado psicosocial de las víctimas y de todos aquellos que han participado en la construcción del guion. Para el Museo, ha sido una prioridad que las víctimas sean escuchadas, reconocidas y dignificadas desde la parte expositiva, así como desde las áreas de pedagogía, programación artística y cultural, por mencionar algunas.

En contraste con lo anterior, el estudio de públicos, así como la sistematización de aportes de investigadores y de los equipos de la Dirección del Museo, permitieron identificar varios aspectos en los cuales debe enfocarse el trabajo de construcción del guion museológico y la búsqueda de caminos para materializar las tres dimensiones del Museo. Teniendo en cuenta la pluralidad de la población que visitó la exposición en Bogotá y en Medellín, se hace necesario, sobre todo para el público más joven, incluir algunos elementos que permitan que los visitantes se relacionen de una mejor manera con la exposición (figura 7). Esto quiere decir que se requiere incluir información para comprender cómo se ha desarrollado el conflicto en el país, el marco temporal de la exposición, en dónde están ubicados los casos que se exponen o definiciones sobre los actores armados (muchos visitantes no sabían, por ejemplo, cuál es la diferencia entre grupos guerrilleros y paramilitares), entre otros.

Figura 7. Visitantes de la exposición observando el caso de La Pola y Palizúa del eje tierra



Fuente: fotografía del Equipo Dimensión Virtual. Dirección del Museo de Memoria (CNMH).

También debe reconsiderarse la forma en que se busca transmitir los mensajes de cada eje. El hecho de que no fueran explícitos los mensajes que se estaban proponiendo llevó a que muchos visitantes no relacionaran el contenido de la exposición con los conceptos que se buscaba comunicar. Las reflexiones de los visitantes muchas veces se encaminaban hacia lugares distintos a los del conflicto armado y las víctimas, o no llegaban a establecer la relación entre problemáticas más amplias, como las ambientales, y el conflicto armado. Este fue el caso del eje agua, que precisamente buscaba abordar el tema de los daños culturales y ambientales que genera la guerra.

Para otros visitantes, a pesar de que había mucha información escrita en los paneles, faltaban elementos de contexto que hicieran más comprensible la exposición en términos históricos, espaciales y demográficos, por citar algunos ejemplos. Es necesario encontrar estrategias que permitan una mejor articulación narrativa entre los tres ejes de la exposición (cuerpo, tierra y agua), para que los visitantes puedan comprender mejor las formas en que los casos se relacionan, que los casos corresponden a realidades compartidas y que son un ejemplo de miles de historias similares que se han vivido en otros territorios colombianos. La falta de diálogo entre los ejes, percibida por algunos visitantes, puede deberse al hecho de que cada eje estuvo a cargo de curadores distintos; vale aclarar, sin embargo, que todo el trabajo se emprendió con base en los mismos principios y lineamientos conceptuales.

Otra de las falencias identificadas por parte de los visitantes es la inclusión de otras voces en el guion del Museo. Si bien fue exaltada la pertinencia y la necesidad de escuchar las voces de las víctimas en contextos urbanos marcados por la indiferencia a la realidad de millones de colombianos que deben hacer frente a la guerra en los territorios, fue recurrente la solicitud de incluir las voces de los victimarios y de otros actores sociales y económicos involucrados en el conflicto armado. Esta fue una de las razones por las cuales, desde el 2018, se inició la línea de investigación curatorial *Voces Plurales* para la inclusión de voces de los actores armados regulares e irregulares en el Museo. Durante la exposición de Medellín, se realizaron distintas actividades con excombatientes de grupos armados ilegales, cuyo propósito era explorar su lectura de la muestra expositiva e identificar formas en las que podrían verse representados en un Museo de Memoria Histórica.

Cada uno de los aspectos a trabajar es una oportunidad para fortalecer los procesos de construcción colaborativa con las comunidades, para establecer vínculos con otros actores interesados en la memoria histórica y para construir un museo que permita formar ciudadanías críticas y reflexivas que realmente se conviertan en una garantía de no repetición.

6. Tensiones de un proceso social

El inicio de un nuevo gobierno en 2018 trajo consigo el cambio de directivas en el CNMH. El proceso de nombramiento del sucesor del académico Gonzalo Sánchez, quien había dirigido el Grupo de Memoria Histórica y, posteriormente, el CNMH desde su creación, duró varios meses debido a los fuertes pronunciamientos que distintos sectores de víctimas, sociales y académicos hicieron frente a los nombres postulados desde la Presidencia de la República. Tras fuertes polémicas y en medio de un ambiente de desaprobación, se posesionó el académico Rubén Darío Acevedo, quien se había pronunciado en numerosas ocasiones en contra del Acuerdo de Paz firmado con las FARC, en oposición a la institucionalidad transicional resultante del acuerdo, y quien, desde la academia, ha cuestionado la existencia de un conflicto armado interno en el país y ha tendido a calificarlo como una expresión de violencia política.

Así las cosas, una de las principales tensiones que enfrenta el proceso de construcción social del Museo de Memoria tiene que ver con el carácter que los nuevos directivos busquen darle a la institución. Como ha sido ampliamente señalado desde la academia, la memoria histórica es un campo constantemente disputado. A partir del mandato legal, el CNMH y el Museo, en específico, se constituyen en instancias que deben contribuir a la reparación de todas las víctimas; no obstante, el enfoque de reconocimiento, dignificación y construcción colaborativa que ha determinado las acciones del Museo podría verse afectado con los cambios que establezca el nuevo equipo directivo.

Otra tensión se relaciona con los recursos que, desde el Gobierno nacional, se le asignen al CNMH para continuar con su mandato de contribuir a la reparación de las víctimas. Actualmente, el país se encuentra en una coyuntura de austeridad en el gasto público que implicó fuertes recortes presupuestales a las entidades que se crearon a partir del Acuerdo de Paz: la Comisión de la Verdad, la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas y la Jurisdicción Especial de Paz. Si bien no se han dado recortes de esta magnitud en el CNMH, se empiezan a identificar limitaciones presupuestales para que la entidad lleve a cabo actividades misionales en las regiones, limitaciones relacionadas con contrataciones, desplazamientos, actividades con las comunidades, entre otras.

La intensificación del conflicto armado y la violencia en distintas regiones del país se configura como otra de las tensiones que enfrenta el Museo. Esta situación no solo dificulta la posibilidad de realizar trabajo en campo por parte de los equipos de la Dirección del Museo, sino que en muchos lugares limita, e incluso impide, la participación de los líderes sociales y las comunidades en actividades de memoria histórica. Inclusive, en algunos departamentos se han tenido que suspender encuentros y otras actividades relacionadas con procesos de reparación colectiva en donde participan víctimas y líderes, debido a que existen amenazas contra sus vidas o porque los actores armados han advertido a la población sobre

las represalias que tendría su participación en temas de memoria histórica, reparación a víctimas o restitución de tierras.

A pesar de las expresiones públicas del Gobierno frente a su compromiso con la implementación del Acuerdo de Paz y con la reparación a las víctimas del conflicto, se requiere que haya un efectivo apoyo político y financiero a las instituciones, a través de las cuales se pueden materializar los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación.

7. Desafíos y retos de un museo de memoria que sea reparador y contribuya a la no repetición

Si se considera la trayectoria de construcción social del Museo durante estos últimos años y el proceso gradual de generación de confianza con distintos colectivos y organizaciones de víctimas, uno de los principales desafíos del Museo es mantener la confianza de las organizaciones de víctimas y de derechos humanos para seguir avanzando en el proceso de construcción de un Museo orientado a la reparación simbólica. Tras la polémica dirección de la entidad en el gobierno Duque, se hace necesario restablecer los diálogos para disminuir las prevenciones de las víctimas frente al enfoque que se le puede dar al CNMH a partir de las posturas académicas e ideológicas de la nueva dirección.

Poco tiempo después de su nombramiento, varias organizaciones anunciaron su intención de retirar los materiales y documentos aportados al Archivo Nacional de Derechos Humanos del CNMH, así como su intención de no continuar con los procesos de memoria histórica que venían adelantando con distintos equipos de la entidad. A lo anterior se sumó el proceso de empalme institucional que ha retrasado el inicio de algunas actividades en los territorios y, de cierta manera, ha ahondado la distancia entre el CNMH, el Museo y las comunidades.

Esta dificultad se relaciona con otro desafío del Museo: ampliar y mantener su dimensión territorial. Más allá de generar agendas de programación artística y cultural y de circulación de contenidos en las regiones, se requiere que se fortalezca la articulación con la Red Colombiana de Lugares de Memoria y con otras entidades que en las regiones se puedan convertir en aliados para promover el carácter reparador y transformador del Museo.

De manera simultánea, el Museo enfrenta el reto de generar interés en públicos indirectos. Como se expuso en un apartado anterior, el grueso de la población permanece indiferente frente a los temas relacionados con el conflicto armado en el país; por este motivo, se hace necesario generar estrategias desde las tres dimensiones del Museo para sensibilizar a los públicos indirectos sobre la necesidad de generar solidaridad hacia las víctimas y frente a la necesidad de transformar los imaginarios que han contribuido a naturalizar los distintos tipos de violencia que azotan al país.

Otro de los desafíos del Museo en los próximos años es la incorporación curatorial del informe de la Comisión de la Verdad¹³, en cuanto a los patrones y las causas explicativas del conflicto armado interno, tal como lo determina su mandato y como se planteó en el Acuerdo firmado entre el Gobierno y las FARC. Esto implica que el Museo debe comprometerse con evidenciar responsabilidades diferenciadas con relación a actores, escenarios y víctimas, propias de la complejidad y diversidad del conflicto armado en las últimas décadas. Lo anterior contrasta con las posturas de la nueva Dirección del CNMH, que considera que la labor de esclarecimiento le corresponde al sistema judicial y no a una entidad de memoria histórica¹⁴.

Finalmente, un gran desafío de un Museo de Memoria en el contexto colombiano actual tiene que ver con la necesidad de que se convierta en un espacio que posibilite encuentros, diálogos e intercambios que contribuyan a la transformación de imaginarios sociales arraigados que han favorecido dinámicas de exclusión, estigmatización, resolución violenta de conflictos y naturalización de la discriminación. Del sentido que se les dé a las memorias plurales del conflicto, de la posibilidad de que todas las víctimas sean escuchadas y se sientan reconocidas en el Museo, y de que la inclusión de otras voces (por ejemplo, de los victimarios y de los financiadores de la guerra) contribuya al esclarecimiento y la dignificación de las víctimas dependerá que el Museo de Memoria Histórica de Colombia promueva la no repetición y no sea un escenario desde el cual se promuevan nuevas olas de odios y venganzas.

Consideraciones finales

A manera de conclusión, vale resaltar que, durante el 2019, la Dirección del Museo continuará ampliando su presencia en distintas regiones del país mediante recursos expositivos, digitales, pedagógicos y de programación artística y cultural. Se pondrá en escena la exposición *Voces para transformar a Colombia* en Cali y, de manera, simultánea, se realizarán muestras más reducidas del guion en otras ciudades intermedias. En estos escenarios también se buscará poner a prueba recursos digitales a cargo de la dimensión virtual.

Por otra parte, en el 2019 y el 2020 se continuará el proceso de definiciones museológicas y curatoriales, pedagógicas, de programación y de colecciones con

13 El punto 8 del artículo 13 del Decreto 588 de 2017, por el cual se organiza la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV), estipula que el Museo Nacional de la Memoria debe tener en cuenta las conclusiones de la CEV.

14 En una noticia publicada en el portal web del CNMH el 7 de marzo del 2019, el nuevo director afirma que: “Nuestro trabajo no será el de buscar culpables, eso será tarea de la justicia. Lo que buscamos es una visión integral de lo que pasó, para poder reparar a las víctimas y garantizar que estos hechos no se vuelven a repetir”. No obstante, se considera que contribuir al esclarecimiento implica también la visibilización de responsabilidades puntuales y diferenciadas en el marco del conflicto armado que han sido determinadas en ámbitos judiciales.

el fin de avanzar en el alistamiento para la inauguración del edificio del Museo, cuya construcción está prevista que inicie en los próximos meses¹⁵.

Finalmente, vale mencionar que el Museo continúa apoyando las actividades asignadas al CNMH en el marco de los procesos de reparación simbólica definidos a partir de sentencias judiciales. Durante el 2019, la Dirección del Museo apoyará la realización del Lugar de Memoria que se estableció como medida de reparación en la sentencia emitida para la comunidad de Yurumanguí, en zona rural de Buenaventura (Valle del Cauca). También se encuentra en proceso de fortalecer la relación con la Red Colombiana de Lugares de Memoria y de generar alianzas con entidades nacionales y organizaciones internacionales. Con todo lo anterior, se evidencia que el proceso de construcción social del Museo continúa y se transforma a medida que se transforman las realidades del país.

Referencias

- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013a, 11 de diciembre). *Exposición de ganadores de convocatoria*. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/en/noticias/noticias-cmh/exposicion-de-ganadores-de-convocatoria>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013b). *¡BASTA YA! Colombia, Memorias de Guerra y Dignidad*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2014b, 2 de octubre). *Ganadores de la convocatoria Conflicto en Alta Resolución*. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/noticias/noticias-cmh/ganadores-de-la-convocatoria-conflicto-en-alta-resolucion>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2014c). *¿Qué es el Centro de Memoria Histórica?* <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/somos-cnmhque-es-el-centronacional-de-memoria-historica>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2015, 6 de abril). Así será el Museo Nacional de la Memoria. *YouTube*. <https://www.youtube.com/watch?v=-nOmgXPHbL8>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2016, 11 de noviembre). *La memoria, una aliada para la paz*. Presentación institucional. Documento interno de trabajo.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2017a). Así se contará el conflicto en el Museo Nacional de la Memoria. *Revista Conmemora*, 5, 76-79.

15 Este artículo fue el resultado de una ponencia realizada en marzo del 2019. Por este motivo, corresponde a un análisis sobre la coyuntura del Museo de Memoria en un periodo de transición de gobiernos y, por ende, de transición entre un director saliente del CNMH y uno que recién se había posesionado en febrero del mismo año.

- Centro Nacional de Memoria Histórica (2018a). *Publicaciones*. <http://museodememoria.gov.co/publicaciones>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2018b). *Programa de exposiciones*. Vol. 2. [Documento digital]. Dirección del Museo de la Memoria. No publicado.
- Centro Nacional de Memoria Histórica y Dirección de Acuerdos de la Verdad (2014). *Yo apporto a la verdad. Acuerdos de contribución a la verdad y la memoria histórica. Informe No. 1. Dirección de Acuerdos de la Verdad*). CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2014a, 10 de marzo). *Kilómetros de vida y memoria continúan tejiéndose*. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/noticias/noticias-cmh/kilometros-de-vida-y-memoria-continuan-tejiendose>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2017b). *Museo Nacional de la Memoria: un lugar para el encuentro. Lineamientos conceptuales y guion museológico*. CNMH.
- Decreto 632 de 2014 (2014, 30 de diciembre). Alcalde Mayor de Bogotá, D.C. Registro Distrital 5503. <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=60318>
- ICTJ - International Center for Transitional Justice (s. f.-a). *Mecanismos de justicia transicional en Colombia*. <https://www.ictj.org/sites/default/files/subsites/colombia-linea-tiempo>
- ICTJ - International Center for Transitional Justice (s. f.-b). *¿Qué es la justicia transicional?* <https://www.ictj.org/es/que-es-la-justicia-transicional>
- Ley 1424 de 2010 (2010, 29 de diciembre). Congreso de la República. Diario oficial N.º 47.937. <http://wp.presidencia.gov.co/sitios/normativa/leyes/Documents/Juridica/Ley%201424%20de%202010.pdf>
- Ley 1448 de 2011 (2011, 10 de junio). Congreso de la República. Diario oficial N.º 48.096. http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley_1448_2011.html
- Ley 975 de 2005 (2005, 25 de julio). Congreso de la República. Diario Oficial N.º 45.980. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=17161>
- Museo de Memoria Histórica (s. f.). [Sitio web]. <http://museodememoria.gov.co/>
- Red Colombiana de Lugares de Memoria (s. f.). [Sitio web]. <http://redmemoriacolombia.org/>

Ruralidad, memoria y construcción de paz: experiencias de organización y resistencia campesina en Colombia tras la firma de los Acuerdos de La Habana. La ZRC del Pato-Balsillas

Johanne Estrada Rodríguez*

Introducción

Colombia ha experimentado durante las últimas décadas un complejo conflicto social y armado que ha provocado profundas brechas sociales y políticas a lo largo y ancho del país. Las víctimas se cuentan en millones y los hechos victimizantes exponen su nivel de devastación; según cifras del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), en el informe titulado *¡BASTA YA! Colombia. Memorias de guerra y dignidad* (2013), las víctimas de secuestro entre 1970 y 2010 se aproximaron a 27 023; entre 1985 y 2012 las de asesinato selectivo fueron aproximadamente 150 000; en el mismo periodo, 1 982 masacres dejaron 11 751 asesinados; 25 000 desaparecidos; 1 754 personas abusadas sexualmente por hechos ocurridos en el conflicto armado; 10 189 víctimas de minas antipersona; 5 156 reclutados forzosamente; 5 712 506 víctimas

* Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, magíster en Investigación Social Interdisciplinaria, doctoranda en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, docente universitaria, investigadora y consultora en temas de memoria, conflicto y paz.

de desplazamiento forzado; y se estima que en total ha habido cerca de 8 000 000 personas afectadas por estos hechos.

En el 2012 el Gobierno nacional y la insurgencia de las FARC-EP, con aproximadamente 60 años de existencia, y luego de varios intentos fallidos por encontrar una salida negociada al conflicto, iniciaron un nuevo proceso de diálogo que se concretó con la firma del *Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera* el 23 de noviembre del 2016. Este pacto, además de la reparación integral de las víctimas a través de un Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y no Repetición, busca impulsar proyectos de inclusión social en aras de garantizar la justicia social y los derechos humanos en los territorios rurales, los más afectados por la confrontación.

Buena parte de estos proyectos están dirigidos a la reducción significativa de la pobreza, la superación de la desigualdad y el desarrollo del campo colombiano a través de los Programas de Desarrollo Agrario Integral con Enfoque Territorial (PDET). No obstante, el periodo posterior a la refrendación de dicho Acuerdo ha evidenciado la persistencia de dinámicas de violencia, especialmente por parte de grupos paramilitares —opuestos a la aplicación del Acuerdo y a los que se atribuye alrededor del 90 % de los casos de violencia en el marco del conflicto—.

Si bien ha sido el campo colombiano el más afectado por la guerra y sus consecuencias, ha sido también en estos territorios en conflicto donde se ha erguido históricamente un movimiento agrario, que no solo se expresa en su diversidad territorial, cultural y de vocación de la tierra, sino que, además, ha hecho frente al abandono del Estado al quedar en medio de la confrontación armada; ha resistido las dinámicas del desplazamiento, el asesinato, la desaparición, la estigmatización; y nunca ha dejado de reivindicar el derecho de “la tierra para el que la trabaja” y de vivir dignamente en los territorios rurales.

Los retos que impone la construcción de paz pasan también por comprender, dimensionar y reconocer las huellas de los acontecimientos del pasado reciente. Implican en el campo de la memoria una constante tensión sobre el estatus de verdad de la narrativa del conflicto (Jelin, 2017), una puja por la visibilización de relatos subalternos (Calveiro, 2006) y una puja por la necesidad del recuerdo en la búsqueda de la verdad y el esclarecimiento de los hechos.

Por tanto, se pretende visibilizar y exaltar el proceso de organización campesina antes y durante el conflicto social y armado en Colombia a partir de la memoria, evidenciando la importancia de la lucha por la defensa del territorio que esta ha emprendido, así como identificar sus potencialidades en el trabajo por la paz y la necesidad del reconocimiento como ejemplo organizativo para la consolidación de planes y proyectos que mejoren la vida en las zonas rurales. El surgimiento de desafíos por la memoria y sobre el “quién” y “para qué” se configuran como un escenario propicio para el reconocimiento de dichos procesos, como experiencias

que, a través de su potencialidad creadora y transformadora (Candau, 2003), pueden aportar a la consolidación de la transición democrática.

Reconocer la experiencia organizativa de las comunidades campesinas en Colombia (Molano, 2016) en el escenario del conflicto social y armado reciente implica para los estudios sociales de la memoria no solo un marco de comprensiones históricas en su condición originaria, sino una emergencia metodológica en torno a cómo recoger dichas experiencias a la luz de los testimonios de quienes han hecho parte de la consolidación de los procesos.

Aunque a lo largo y ancho del territorio nacional la organización campesina ha estado presente históricamente y de diversas formas, en este artículo se analizará principalmente la experiencia de una de las más sobresalientes del territorio rural colombiano en las últimas décadas: las Zonas de Reservas Campesina (ZRC), específicamente la del Pato-Balsillas, la primera fundada en el país, sinónimo de lucha y dignidad agraria.

1. La tierra para el que la trabaja

Esta frase se hizo célebre en la historia reciente de Colombia y es un parafraseo de una afirmación de Emiliano Zapata, quien durante la Revolución mexicana en 1911 pronunció lo siguiente: “La tierra es de quien la trabaja”. Hace alusión a la importancia de la titularidad de la tierra en el país, situación siempre conflictiva en el devenir político y económico de la República (Fajardo, 2002), y por la que se ha originado la mayor parte de las desigualdades y conflictos bélicos de la historia reciente.

En efecto, y aunque la actividad económica colombiana está dada por su vocación agrícola, la titularidad de los territorios rurales nunca ha sido una situación que le interese resolver a quienes han ostentado el poder a lo largo de la historia de la nación. Sobre su tenencia hubo, desde la colonización española, grandes intereses económicos en los que se sustentaba el crecimiento de una élite criolla, que a sangre y fuego se hizo de la tierra, incentivando el monopolio, la acumulación latifundista y los proyectos productivos a gran escala. Estos generalmente quedaban en manos de los terratenientes, quienes junto con ejércitos privados (paramilitares) desde un poco antes de la primera mitad del siglo XX, sembraron el terror en los territorios, con lo que estimularon un desplazamiento forzado de vieja data y la emergencia de resistencias campesinas de diferente índole, que motivaron, en su versión más radical, el surgimiento de las insurgencias de los años cincuenta.

Gran parte del movimiento agrario surgido entre las décadas de 1940 y 1950 lideró la aparición de las primeras Autodefensas Campesinas, bajo la consigna “La tierra para el que la trabaja”, que luchaban por el derecho a vivir en el territorio y trabajar dignamente la tierra (Sandoval, 2015) — asunto que no era posible debido a los intereses de la élite política y la poca participación de los campesinos

y trabajadores, así como de estudiantes y gentes del común, en la democracia de la República—. Otras expresiones organizativas surgieron posteriormente como nuevas formas de resistencia al margen de las armas.

2. Las zonas de reserva campesina (ZRC)

Como producto de lo que se conoce en la historia de Colombia como La Violencia, confrontación bipartidista en la disputa por el poder y la tierra que dejó miles de asesinados, sobre todo en los territorios rurales del país, nació una resistencia campesina liberal denominada Autodefensa Campesina, que se concentró principalmente en la región centro-oriental. Prontamente, producto de la represión estatal a dichas formas organizativas coloniales y de control territorial campesino, que el gobierno de turno denominó “repúblicas independientes” —contra las que comenzó una fuerte ofensiva militar—, estas derivaron en una resistencia armada y se dio paso a la conformación de las primeras guerrillas liberales y, posteriormente, las insurgencias de izquierda.

Mientras se agudizaba la represión armada del Estado contra los campesinos organizados, crecía el abandono del campo colombiano, sumado a que se prolongaba la inexistencia de una política agraria que resolviera el problema de la tenencia de la tierra (Fajardo, 2014); los campesinos colonos de varias regiones del país, principalmente de los Llanos Orientales y el Tolima grande, comenzaron un proceso organizativo en el que exigían al Estado reconocer la territorialidad de las tierras colonizadas y otorgar a sus organizaciones la potestad sobre el desarrollo del territorio, una disputa que lleva más de seis décadas.

Aunque mediante la Ley 160 de 1994 el Estado colombiano reconoce la figura jurídica de las ZRC, la lucha por la independencia y el reconocimiento de los territorios rurales y la gestión del campesinado en aras de su desarrollo ha sido compleja; el Estado, aun cuando ha reconocido jurídicamente la existencia de varias de ellas, también las ha asociado históricamente con el movimiento insurgente, lo que las ha puesto en la mira de las organizaciones violentas en el marco del conflicto armado; han sido perseguidas, estigmatizadas y receptores de la violencia estatal y paraestatal.

Sin embargo, dada su histórica lucha por la tenencia y el uso de la tierra y el desarrollo de la vida agraria en condiciones de dignidad y desarrollo rural integral, en la actualidad las ZRC representan una iniciativa nacional de protección de los ecosistemas y del territorio, según la vocación de la tierra y el trabajo productivo en las regiones y su diversidad. Han demostrado ser, además, formas autoorganizadas del control legítimo del área, han construido sus propios escenarios de participación social en la consolidación de la economía campesina y propenden por el respeto de los derechos humanos, la inclusión y la igualdad social. Actualmente hay 64 ZRC que están funcionando en el territorio sin ayuda

estatal (13 ya reconocidas o en trámite, 12 que están proyectadas con delimitación de hectáreas y 39 proyectadas sin delimitación).

La ZRC del Pato-Balsillas, primera ZRC oficialmente reconocida en Colombia en 1997, a pesar de que fue la primera instituida y organizada por los colonos que llegaban a la región cerca de 1920 (Molano, 2016), comprende parte del territorio caqueteño que colinda con el Meta y el Huila. Tiene una larga trayectoria organizativa, en la que los procesos autogestionados, la defensa de la tierra y el respeto por la vida han sido sus primeras banderas; representa, como forma organizativa en medio del conflicto debido a su ubicación geográfica, un ejemplo de lucha y organización agraria sin igual en el territorio nacional.

La defensa del territorio y la vida en esta ZRC ha sido una disputa de largo aliento en la que, en confrontación directa con el Estado por su reconocimiento, ha enfrentado la estigmatización de sus pobladores, varios ataques armados y el abandono generalizado. Sin embargo, dada su fortaleza orgánica, ha garantizado el respeto por sus formas de organización, gestión y desarrollo; así mismo, el consenso como parte fundamental de la convivencia y el respeto por las normas establecidas han sido sinónimo de unidad y trabajo colectivo, lo que les ha permitido ser un poder en el territorio.

Con el advenimiento del proceso de paz y las perspectivas de futuro que este escenario implica, la comunidad de la ZRC ha decidido fortalecer los procesos comunitarios y ha emprendido una lucha por la memoria en el territorio.

La comunidad organizada, a partir de su reconocimiento ante entidades gubernamentales y otras organizaciones tanto públicas como privadas, ha desarrollado diversos convenios para apoyar el crecimiento y fortalecimiento de la región y sus habitantes; es así como en el 2016, con la colaboración del Centro Internacional de la Justicia Transicional (ICTJ, por sus siglas en inglés), la Embajada de Noruega y la Asociación Municipal de Colonos del Pato (AMCOP), comenzó un ejercicio por la memoria que permitiera un reconocimiento histórico de la zona y su proceso colonizador.

Como se mencionó anteriormente, en Colombia las disputas por los ejercicios de memoria tienen en algunos casos un componente que va más allá de la memoria histórica o reivindicativa; hay también un escenario en el que se configura la necesidad del reconocimiento de la identidad y la organización en medio del conflicto y sus procesos. Pero en este contexto surge una pregunta fundamental: ¿quién debe hacer la memoria, dónde, para qué?

El lugar desde el que se rememora tiene fuerte incidencia en la narrativa, pues como lo asegura Sarlo (2012), la cercanía del pasado con el presente hace que quienes recuerdan no estén retirados de la lucha política; por lo tanto, tienen legítimas razones para traer al presente sus opiniones sobre lo ocurrido en el pasado; los campesinos de la ZRC comprenden que este ejercicio debe implicar una gestión de la memoria desde y para quien tiene sentido; en este caso, la comunidad.

Para Halbwachs (2004), la memoria depende del entorno social; para que los recuerdos reaparezcan, es necesario que en la sociedad donde los campesinos se encuentran en un momento presente se les muestren a estos una serie de imágenes (esta alusión no es necesariamente literal) que permitan al grupo “reconstruir” el recuerdo de donde este ha sido removido: se debe apelar, evocar, al recuerdo.

En este contexto, se cuestiona la forma en que las comunidades recuerdan y olvidan, el porqué del recuerdo y para quién la memoria. Los campesinos organizados de la AMCOP de la ZRC del Pato-Balsillas, región que ha sido fuertemente estigmatizada durante el conflicto social y armado, han discutido sobre la memoria, sobre su importancia y necesidad en defensa de la historia de la colonización de la región, pero también como forma de mantener vivo el recuerdo del pasado, como guía de los pasos que hay que andar en el futuro. Emergen en este escenario las formas de la rememoración como eje principal de la discusión teórica, epistemológica y metodológica sobre la memoria como elemento articulador del recuerdo, la identidad y las formas organizativas de la población, especialmente en la relación entre territorio, campesinado y paz.

Si, en efecto, el recuerdo es una evocación sobre el pasado desde el presente (Piper, 2015), es necesario preguntarse cómo se configuran la memoria y la identidad, vistas desde la representación, como percepciones socioculturales. Candau (2003) asume que “memoria e identidad se compenetran. Indisociables, se refuerzan mutuamente, desde el momento de su emergencia, hasta su ineluctable disolución. No hay búsqueda identitaria sin memoria, e inversamente. La búsqueda memorialista está siempre acompañada de un sentimiento de identidad” (p. 16).

La preponderancia de las narrativas como escenario metodológico cualitativo de gran fuerza durante las últimas décadas en las ciencias sociales, en la historia y la memoria, desde el cual se da validez a las experiencias del propio sujeto, tiene como objetivo resaltar las vivencias, prácticas y formas de autorreconocimiento de los procesos individuales, colectivos o comunitarios, así como la exaltación de su labor en aras de la construcción de paz y el empoderamiento de dichos actores en la consolidación de nuevos escenarios de participación en los que estos acumulados se conviertan en ejemplos significativos de organización futura y de afianzamiento de los ya existentes, más aún cuando se entiende que la paz implica el fortalecimiento de los espacios democráticos de participación de quienes han sido históricamente excluidos.

Las narraciones no ficcionales como los testimonios, historias de vida, entrevistas, autobiografías, recuerdos y memorias —es decir, la dimensión subjetiva que caracteriza los estudios sociales contemporáneos— parecen capaces de dar sentido a la experiencia y devuelven el derecho a la palabra como forma identitaria a través de la memoria social y personal. En este escenario, el campesinado de la ZRC pide a las organizaciones acompañantes del proceso que sean ellos mismos quienes gestionen su propia memoria, en una suerte de lo que se podría

denominarse *autogestión de la memoria*, donde los procesos del recuerdo surgen del seno de la misma comunidad que quiere recordar, con sus mecanismos y elecciones sobre qué rescatar del pasado; es la propia experiencia del sujeto y su capacidad de comunicar.

Ahora bien, esta narración de la experiencia en primera persona debe ser una *verdad irreflexiva*, pues aunque permite la emergencia de *lo excluido* en las narraciones identitarias reivindicadas por un grupo, una minoría —en este caso, los colonos y los pobladores de la ZRC— debe someterse a saber que la historia nunca podrá contarse del todo y que nunca tendrá un cierre. Sin embargo, el valor de la verdad del testimonio narrado en primera persona sostiene la veracidad de la experiencia y la capacidad de contribuir a la reparación del daño sufrido, así como a la exaltación de lo vivido y su contribución al entendimiento del presente y la garantía de futuro.

La existencia de historias orales es suficiente para probar que estas han emergido en el campo disciplinar de la memoria de forma disruptiva con el fin de incubar nuevas maneras de acercarse al pasado y validar la memoria del sujeto, pues es allí donde está su construcción de la verdad.

En el recuerdo están implicadas las posibilidades de restauración de subjetividades afectadas por el conflicto y, en general, por hechos traumáticos. Se encontrará en la materia prima del recuerdo la posibilidad de que en la retórica de la narrativa se hallen contradicciones; estas, si en efecto son producto de lugares divergentes, pueden encontrar una potencia unificadora en la memoria como bien común anclado a una necesidad de justicia, reparación moral y política e identitaria como motor de cambio; por tanto, no se puede poner en duda la capacidad de verdad de la narración de los sujetos del recuerdo.

“El discurso de la memoria, convertida en testimonio, tiene la misión de la autodefensa; quiere persuadir al interlocutor presente y asegurarse una posición en el futuro; precisamente por eso también se le atribuyó un efecto reparador de la subjetividad” (Sarlo, 2012, p. 68). La memoria *coloniza* el pasado y lo organiza sobre la base de las concepciones y las emociones del presente; la narración le da sentido al pasado. Sin la imaginación se desprende la inmediatez de la identidad; la subjetividad de una historia la sensibiliza, pero la distingue conceptual y metodológicamente de la propia narración.

3. Resultados

El momento que vive Colombia es coyuntural, pues dada la nueva condición política —en la que la derecha retornó al poder durante las elecciones para el periodo 2018-2022, haciendo grandes esfuerzos por truncar la consolidación del Acuerdo—, sigue siendo crucial el trabajo por el fortalecimiento de los procesos de *autogestión* de la memoria para el fortalecimiento organizativo y la participación política de las comunidades afectadas por el conflicto y en resistencia civil. La memoria se

configura, pues, como una serie de formas restaurativas del recuerdo que permiten la identidad comunitaria y el reconocimiento de reivindicaciones aún por conquistar; son motor de cambio y movilizador de la acción colectiva.

La organización campesina, principal víctima y protagonista del conflicto social y armado, ha logrado a través de su histórica lucha mantenerse en el escenario de la resistencia y la reivindicación por el derecho a la tierra, a la titularidad, a la vida digna y al desarrollo del campo en condiciones de equidad y justicia social. Debido al escalamiento del conflicto armado en las últimas décadas, hasta hace algunos años no era posible acceder a una gran parte del territorio nacional, lo que conllevaba el desconocimiento de sus dinámicas y formas de vida; el nuevo momento histórico permite acompañar metodológicamente a dichas organizaciones para que hagan *su propia gestión de la memoria* al margen de los relatos instituidos y hegemónicos.

El conflicto dificultaba visibilizar la vida de las comunidades rurales en algunos lugares del país y, por tanto, resaltar las luchas que se habían emprendido décadas atrás en lo concerniente al proceso organizativo, reivindicativo y de resistencia narrado en primera persona, pues aunque aquellas tuvieron una activa participación en el escenario político nacional, sus experiencias organizativas a través del testimonio constituyen todavía un escenario poco explorado y conocido.

Narrar la experiencia permite reconocer y valorar el pasado como forma de aprendizaje sobre él y, al tiempo, como forma de exaltación de la labor, en este caso, organizativa de los campesinos de la ZRC del Pato-Balsillas. Es necesario que la academia, y en especial las ciencias sociales, se acerque a las narrativas de quienes resistieron los embates del conflicto y de quienes, aun en medio de la guerra, constituyeron formas de participación civil en defensa de los derechos colectivos, en este caso, a la tierra y la soberanía de los territorios.

Restituir el lugar del campesinado en Colombia a través de la exaltación de sus luchas y formas organizativas permite reconocer los orígenes del conflicto, la necesidad de la participación en la construcción de paz y la exaltación de la labor en defensa de los derechos de los más vulnerados.

Conclusiones

La organización campesina en Colombia tiene mucho que testimoniar sobre el conflicto social y armado, sobre la responsabilidad de los hechos victimizantes y sobre cómo se mantuvieron organizados resistiendo a la guerra y al despojo de tierras, haciendo frente al desplazamiento, el asesinato selectivo, las masacres, las desapariciones, la violencia sexual y, en general, a la vivencia del conflicto en los territorios rurales. El ejercicio de la memoria puede configurarse en un mecanismo indispensable para lograr dicha empresa.

El Estado tiene mucho que reivindicar a los campesinos en el país: reconocer sus ausencias y abandono, y asumir su responsabilidad en la prolongación

del conflicto y en la estigmatización del movimiento social. La reforma agraria aún es urgente, y aunque el Acuerdo Final no contempla el desarrollo del campo desde una reforma estructural, tampoco hay por el momento evidencia real del cumplimiento de dichos acuerdos en materia de reestructuración del campo colombiano; por el contrario, la voluntad política necesaria para materializarla parece alejarse de las prioridades del reciente gobierno.

El reconocimiento de la experiencia organizativa campesina en Colombia es un primer paso para poner sobre la mesa la discusión sobre la memoria y la construcción de paz en la nación, exaltando la labor organizativa y la imperiosa necesidad de la apertura en la participación política y en la construcción de planes y proyectos que benefician a las comunidades vulneradas, criminalizadas, estigmatizadas y excluidas por las prácticas monopolistas de la tierra. Estas últimas prácticas solo agudizarán la inequidad y la pobreza en un país que espera construir la paz.

Todos los esfuerzos de la sociedad civil en sus distintos escenarios deben estar orientados a la recuperación y el desarrollo del territorio rural, al reconocimiento de sus formas organizativas, a la facilitación de mecanismos para la autogestión de la memoria y a la garantía de la vida digna de las comunidades, entendiendo la vocación agrícola del país y comprendiendo que es allí donde está la verdadera opción de superación de las condiciones de pobreza y desigualdad que por décadas han mantenido a Colombia en guerra.

Referencias

- Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera (2016). Poder Legislativo, Colombia.
- Calveiro, P. (2006). *Los usos políticos de la memoria*. CLACSO.
- Candau, J. (2003). *Memoria e identidad*. Ediciones del Sol.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). *¡BASTA YA! Colombia, Memorias de Guerra y Dignidad*. CNMH.
- Fajardo, D. (2002). *Tierra, poder político y reformas agraria y rural*. Antrophos.
- Fajardo, D. (2014). *Las guerras de la agricultura colombiana*. ILSA.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Antrophos.
- Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado*. Siglo XXI.
- Ley 160 de 1994. (1994, 5 de agosto). Congreso de Colombia. Diario Oficial N.º 41.479. <https://www.minagricultura.gov.co/Normatividad/Leyes/Ley%20160%20de%201994.pdf>
- Molano, F. (2016). *A Lomo de mula*. Aguilar.

Piper, E. (2015). *Violencia política, miedo y amenaza en lugares de memoria*. Athenea Digital.

Sandoval, R. (2015). *Tierra, conflicto y posacuerdo*. ARFO Editores.

Sarlo, E. (2012). *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI.

Instituciones, recreación y *mass media* como espacios vitales para el relato hegemónico de la memoria: un análisis desde el mito fundacional de Pablo Escobar

Jaime Andrés Wilches Tinjacá*

Introducción

La memoria del conflicto social en Colombia como narrativa, siempre dinámica, enérgica, contradictoria, siempre viva, guarda en sus más grandes fortalezas sus más conflictivas debilidades. En un mundo dominado por la clara división entre poseer y no poseer objetos materiales, la memoria resulta ser ese rincón privilegiado para los sometidos al olvido y la exclusión, ese derecho inalienable para visibilizar identidades, sentidos y raíces. No obstante, la memoria y sus espacios de libertad, pluralidad y sentidos caleidoscópicos se someten al principio de ser un derecho para todas y todos, o, acaso, ¿a quién se le prohíbe recordar y olvidar? ¿A quién se le impide narrar y expresar? Otro asunto muy distinto son los medios utilizados

* Profesor asistente de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano y catedrático de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

como vehículo de la información para amplificar, movilizar y generar las empatías de lo que se ha decidido que sea un legado para los otros o los iguales.

Es en este punto donde la memoria, entendida como esa capacidad colectiva de estructurar el sentido de lo que somos, sufre un punto irremediable de quiebre. Antes se creía que la historia oficial era contada por los vencedores y que en la memoria de enfoque oral se podría contar la historia de aquellos que no aparecían como héroes en los relatos de los textos escolares (Gómez, 2015). Ahora, los vencedores, siempre ambiciosos y expectantes al monopolio de la representación, encuentran también en la memoria un espacio para posicionar sus sentidos de mundo, para entrar en la lucha por el significado y para reproducir los sistemas hegemónicos. La pregunta es ¿quién les prohíbe no hacerlo? ¿Prohibirlo no sería despojar a la memoria de su carácter abierto y deliberativo?

He ahí unos de los asuntos problemáticos de la lucha por las memorias. Se ha caído en el error de afirmar que la única memoria que es válida o transgresora es la perteneciente a las víctimas de los usos y abusos del poder, la economía, la cultura y la religión. Se edifican centros de memoria, se organizan exposiciones itinerantes, se promueven congresos académicos, se articulan redes nacionales e internacionales, casi siempre enfocados a una visión contrahegemónica que se prohíbe dar voz a los victimarios, a riesgo de caer en visiones apologizantes de la realidad, o, si se les da voz, se suele elaborar una narrativa con tonos denunciastas y obsesivos por refrendar la obligación a recordar y no el derecho a reflexionar.

Por su parte, el poder hegemónico, antes apático a la perspectiva de memoria como una vía para construir proyectos de sociedad, ha entrado de manera lenta, pero muy decidida, a los trabajos del recuerdo y olvido, en ocasiones más desde una perspectiva de espejo retrovisor o comparación vindicativa, entre un *nosotros* y un *ellos*, que de relato propositivo, hermenéutico y con perspectiva de futuro (*ellos* nos acusan de permitir crímenes de Estado, pero *nosotros* también fuimos víctimas de la insurgencia; *ellos* nos acusan de no promover políticas de empleo e inclusión social, pero *nosotros* hemos sido invadidos por ideas foráneas que limitan el acceso a la propiedad y la generación de riqueza). En suma, es una memoria que está en el ejercicio de la excusa y la justificación.

Así, cada relato entra en una cápsula autista que cuenta su versión de la realidad con el desbordado derecho a la memoria como un patrimonio individual y colectivo: es, al final, más una confrontación ideológica que una lucha por la memoria (Wilches y Guerrero, 2016). Por esa razón, es exótico que el antiguo director de este centro de memoria (caso de la oposición a Darío Acevedo, director del Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]) sea representante del poder hegemónico, o que un líder social y vinculado a la memoria del conflicto otorgue una entrevista o sea columnista de un medio tradicional de comunicación (caso de la oposición a León Valencia como columnista de la revista *Semana*). Cada memoria está en su campo de batalla, con sus radicales líderes y fieles

soldados, renuentes al diálogo y con el pacto implícito de generar cada uno sus significados, en sus espacios, lugares y estrategias narrativas. Souroujon (2011), en referencia a Ricoeur, afirma:

La primera opción parece desprenderse de los escritos de Ricoeur (2000), quien considera que en el nivel práctico de la memoria, donde se definen la identidad y la legitimidad, siempre interviene la ideología, la cual operaría en tres niveles: 1) distorsión de la realidad, 2) legitimación del poder, 3) integración del mundo común por medio de sistemas simbólicos inmanentes a la acción, que permiten la edificación de la identidad (Ricoeur, 2000, p. 12). La memoria colectiva se convierte así en un sinónimo de ideología al servicio de los grupos en el poder, siendo la misma contextura narrativa de la memoria la que abriría las puertas para esta perversión. (p. 250)

No obstante, la lucha ideológica por el significado inclina la balanza una vez más al poder hegemónico, quien conquista los espacios claves de desarrollo rutinario en la sociedad, refuerza el estereotipo, fija el imaginario social y alimenta la división social entre las borrosas fronteras de la legitimidad y la legalidad. Los representantes del poder hegemónico, estrategias audaces y simplificadores de la realidad, no entran en el terreno de la significación para intentar ocupar los espacios descritos en el párrafo anterior. Su competencia se traslada a dominar los espacios en los que la masa social busca la comprensión de su existencia y las reglas que rigen su orden social. Han entendido la vieja pero vigente frase de McLuhan *et al.* (1987), “el medio es el mensaje”, y se han orientado a posicionar las narrativas en tres espacios vitales: instituciones estatales, entretenimiento y medios masivos de comunicación. Un favor les hace el poder contrahegemónico al denominar estos tres espacios como banalizadores de la realidad y terrenos que extraen la historia de la memoria de su esencia conceptual.

Para complementar el postulado de McLuhan *et al.* (1987), se necesita que el mensaje tenga un cuerpo y una voz, que sirva de portador de las emociones, expectativas y motivaciones de la sociedad, para encontrar respuestas que le den un sentido al mundo que los rodea. Mientras la memoria contrahegemónica trabaja bajo el enfoque de un caleidoscopio de voces, miradas y actores, sin tener la pretensión de otorgar protagonismos y liderazgos que lleven a una disputa interna por la visibilización e invisibilización, la memoria hegemónica unifica su relato en el código generalizado y polémico de un personaje que represente a la Colombia ilegal, pero a su vez moralizada bajo el legalismo. El actor escogido se llama Pablo Escobar, erigido como mito fundacional ante la ausencia de proyectos populistas en Colombia (Pécaut, 2014), y enquistado en la memoria como el sujeto que dio a conocer a nuestro país ante el mundo. Esta escogencia es, a la vez, útil en la moraleja de mantenerse fiel a los principios del *statu quo*, si no se quiere caer en las trampas de la ilegalidad y la muerte. Parafraseando a Zizek (2002) en su texto *¿Quién dijo totalitarismo?* —como amenaza ideológica de no cuestionar el sistema capitalista, a riesgo de ser visto como comunista, fascista

o populista—, en Colombia se dice *¿Quién dijo narcotráfico?*, como un sutil pero efectivo discurso en el que se vacía de significado cualquier cuestionamiento a la memoria como reproducción del orden establecido, y se alimenta un relato que se interioriza por estar en áreas estratégicas donde el grueso social ocupa los tiempos de su vida cotidiana.

De acuerdo con lo planteado, este capítulo se propone mirar cuáles son esos espacios en los que la memoria hegemónica se asienta para producir relatos moralizantes, pero con significantes vacíos (Laclau, 2005), que apelan a las emociones sociales, sin prestar mayor atención a las evidencias empíricas que sustentan la promoción de dicho relato como estatuto de verdad. Tomando como referencia a Pablo Escobar, este texto analiza los tres escenarios en los que la historia del narcotraficante —y luego la herencia de la violencia armada en los grupos paramilitares— ha servido como catalizador para normalizar la idea de un país que, como lo afirma Darío Acevedo (2008), nunca ha tenido conflicto armado, sino una amenaza terrorista que desafía al Estado y sus instituciones democráticas.

En el primero, desde la institucionalidad, se expone el caso del Museo de la Policía Nacional de Colombia. Inspirado en el trabajo de Kraus *et al.* (2017), se analiza cómo la construcción museística del cuerpo policial ha basado en Escobar un espacio de legitimidad para dar cuenta de su importancia en la historia del país. De manera previa, la conclusión a la que se llega es que la Policía intenta sustentar su aporte a la sociedad por su lucha en la persecución del extinto jefe del cartel de Medellín.

El segundo, desde la recreación, presenta a los “narcotours”. Tomando como referencia el trabajo de Adriaensen (2015), se plantea cómo la venta de paquetes turísticos por los lugares emblemáticos que recorrió Pablo Escobar elabora una curiosa interpretación de los lugares de la memoria como espacios de transformación, pero sin anclajes en lo que implicó este espacio para la configuración de la narcocultura, entendida como aquel sistema de comportamientos que exacerban al límite los conceptos de la propiedad, el prestigio y el reconocimiento social (Quiñones, 2011). En un ejercicio similar, de síntesis previa, es curioso concebir que la Hacienda Nápoles sea un espacio de ocio y para tomar fotografías divertidas, pues, a excepción de algunos imprudentes visitantes que se las toman sonriendo en los campos de concentración nazis, no se entiende cómo un lugar de la memoria sirve para visitas familiares que generen espacios de distensión. Ello parece sugerir que el legado de Escobar es haber dejado un gran parque para la familia colombiana.

El tercero, desde los *mass media* y la producción de narcoseries¹, basado en el trabajo del Observatorio de Medios de la Universidad Nacional de Colombia

1 Mención especial merece también la conexión que han generado los *narcocorridos* en la cultura popular. Estos son historias que, desde la música y la fiesta casera, van contando de manera festiva

(Sotomayor *et al.*, 2018), consolida la idea de que Escobar ha sido una marca útil para exportar el narcorrelato local a un narcorrelato globalizado, en el que se proyecta una idea de nación, mediada por las intenciones de Pablo Escobar de acceder al mundo de la política por la vía de un discurso populista (Morales, 2017).

Pareciera que lo que se moraliza es que Escobar haya intentado entrar a la política, y no que hubiera sido el precursor de uno de los negocios más exitosos en Colombia. Por supuesto, este texto no se inscribe en la lucha ingenua contra el prejuicio de que “no todos los colombianos somos narcos” o que “Colombia tiene más cosas positivas —mares, animales, flores— que negativas —corrupción, violencia, inequidad—”; de lo que se trata aquí es de comprender las rutas que han hecho exitoso un relato de Escobar, desde el exotismo que representa un narcotraficante con ambición de implicarse de manera directa en asuntos de la vida política, una osadía que jamás se imaginó ni el mismo Al Capone.

1. “Todo se me ocurre, todo es porque se me ocurre”

La frase que titula esta sección hace parte de la entrevista concedida por el mayor Humberto Aparicio, director del Museo de la Policía Nacional, a los investigadores Kraus *et al.* (2017), quienes en un ejercicio cartográfico establecen las líneas narrativas que sustentan la estructura museográfica de este espacio institucional. En un hábil recurso argumentativo, los autores en referencia prefieren citar las palabras del oficial, dejando espacio para las dudas que aparecen en el momento de juzgar la capacidad y el profesionalismo que tienen los colaboradores del museo. El mismo mayor reconoce en la entrevista que no tiene colaboradores expertos, sino entusiastas voluntarios del cuerpo policial que van ayudando a darle una cara nueva al museo, mientras ponen las cosas como se les va ocurriendo.

Este enfoque museístico, a pesar de sus buenas intenciones, va en contravía de los principios fundadores que componen la estructuración de un museo, y más los relacionados con hechos que conectan a la sociedad con un pasado violento. El folclorismo con el que se asume la organización iconográfica de los objetos itinerantes va dejando rastros de relatos ideológicos que quieren pregonar una visión de la realidad, en este caso la de instituciones buenas que vencen a personas malas. En esta dirección, se hace prioritario establecer diferencias entre la promoción de valores nacionalistas y la reconstrucción memorística de hechos que engranan el tejido social. No se trata de excluir uno del otro, pero sí de contar con equipos interdisciplinarios que estén atentos a comunicar alertas tempranas en los momentos en que una intención quiera sobreponerse sobre otra. En sintonía con esta precaución, Ferguson *et al.* (2019) acuñan la expresión de

las aventuras de los narcotraficantes y la victoria de sus negocios “coronados” o el fracaso de sus inversiones (“cementerio en Colombia antes que muerte en Estados Unidos”), como asuntos que tienen que ver con la naturaleza de la vida y del destino que les tocó llevar. El estudio de Valenzuela (2002) es uno de los más reveladores en esta área de investigación.

Harkin (2015) "*pains of policing*" ("los dolores del servicio policial"), en relación con la experiencia de museos de la policía, como narrativas tendientes a imprimir sentidos aleccionadores de la justo y lo injusto, de lo permitido y lo prohibido:

Al igual que McNair (2011), Chazkel (2012) sugiere que los museos policiales están diseñados para presentar la aplicación de la ley de manera positiva, al tiempo que desvían la responsabilidad y la culpa de sus actores por dar relevancia a los dolores del servicio policial. Argumenta que esto es problemático porque, como museos, estos sitios tienen la responsabilidad de educar sobre las realidades y los impactos de dicho servicio policial. Las representaciones compartidas dan forma a las narrativas históricas en direcciones que tienden a ignorar las implicaciones de las irregularidades de la policía y representan la violencia asociada con su actuación, como un servicio esencial. (Citado en Ferguson *et al.*, 2019, p. 320, traducción propia)

En el caso colombiano, el Museo de la Policía Nacional ha construido la narrativa de los dolores del servicio policial desde un sentido de heroísmo y contraposición a la figura de Pablo Escobar. Por esa razón, en el espacio museístico se exhiben como trofeos de guerra las pertenencias del capo. Hay serias dudas de que los objetos de Escobar que circulan por el museo generen un repudio generalizado; más bien, estos pueden estar causando otros efectos, como empatía, admiración o incluso respeto por la valentía del mafioso. El asunto de pensar más un museo desde la decoración de una casa, que desde los significados que se exponen al público, llega a su representación más interesante cuando de mostrar la historia de Pablo Escobar se trata. En el trabajo de Kraus *et al.* (2017), los investigadores apuntan de manera directa a la excesiva exposición de la figura de Escobar dentro del museo (hasta el punto de ser referenciada en varias reseñas sobre el Museo de la Policía Nacional de Colombia como una de las "atracciones" más interesantes de su visita). Algunas de estas referencias señalan:

Mi fetiche preferido es *Pablo Escobar Gaviria en caricaturas, 1983-1991*, un libro que parece ser una novela gráfica de la que, según Brandon, solo existe esta copia. Le pregunto por qué no puede hojearse y me responde que contiene demasiados comentarios ofensivos contra la policía. (Caellas, 2017)

Con relación al tema Escobar, la respuesta del mayor Aparicio parece refrendar la obsesión de la institucionalidad colombiana por desmarcarse de su legado y presentarlo como un ser excepcional que irrumpió en las buenas costumbres de la institucionalidad en Colombia. En el recurrente tono irónico del artículo citado, los autores describen cómo los objetos de Escobar son puestos a modo de trofeos de guerra, muy lejos de ser concebidos como objetos que dan cuenta de una época del país que tiene aún repercusiones en la actualidad. Cuando se le pregunta por los objetos de Escobar y las polémicas que genera, el mayor Aparicio responde:

AMF: Mayor, ¿cómo respondieron a las críticas a la sala que alude al narcotráfico?

MHA: Ah no, callados, callados. No, cuando a mí me entrevistaban, yo decía: “Es historia”. En la historia, Bolívar cometió muchos errores [...].

DK: Ante esas críticas, ¿tomaron medidas para evitar que la gente pensara que hacían una apología al narcotráfico?

MHA: No, no, no. Nunca quitamos nada de lo que estaba allí. Pues son personas que son como las beatas, ¿no? Que de pronto critican algo en una iglesia, entonces nosotros también tomamos las cosas así: de buena fe. Esas personas de buena fe no veían bien que se hablara “bien” —entre comillas— de Pablo Escobar, que se diera a conocer la figura de él, que estuviera ahí. (Kraus *et al.*, 2017, p. 178)

Hasta la aparición de Pablo Escobar —década de los ochenta—, la Policía de Colombia jugaba un papel de segundo orden dentro de la estructura estatal, y su acción urbana se había limitado a la represión de algunas protestas sociales y la neutralización de algunos bandoleros. La historia cambió con la llegada del narcotráfico, pues obligó a modernizar el cuerpo policial en la década de los noventa y, con las lecciones aprendidas en la década de los ochenta (Casas *et al.*, 2018), se dotó de entrenamiento extranjero y se ganó el favor de un sector de la sociedad al ser víctima de las órdenes de ejecución del capo.

Sin que se llegue a sugerir una extrapolación histórica, sino como los primeros síntomas de un diagnóstico, se plantea como premisa la idea de una Policía que sustenta la aparición del mito fundacional que representa Pablo Escobar y su etapa de incursión terrorista en zonas urbanas —objetivo que nunca lograron los paramilitares y que desarrollaron de manera tímida las FARC—. Sin este relato, parece que la apuesta museística de la Policía perdería sentido. Por eso, el mayor Aparicio prefiere improvisar moviendo las cosas y dejándolas en un rincón, a que desaparezcan por completo del imaginario social.

En ese sentido, y siguiendo a Hughes (2017) con su trabajo sobre el caso del Museo de Memoria en Camboya, se incentiva la idea del nacionalismo a través de las fuerzas militares y policiales, quienes años más tarde verán su marca registrada como “Héroes de la patria”, con un despliegue publicitario que narra sus hazañas, sacrificios y partes de victoria (Castiblanco, 2017). El Museo de la Policía retrata esta idea y, con los buenos oficios del mayor Aparicio, va escribiendo una historia oficial con muy pocas preguntas sobre los orígenes del narcotráfico y las complicidades/responsabilidades de este fenómeno y su supervivencia en el tiempo y espacios.

De nuevo, aparece la paradoja, y es que, en contextos donde los cuerpos policivos nacieron de una relación cercana con la comunidad, la relación fluye más y, por ende, el espíritu nacionalista queda soportado en cimientos compuestos por significantes vacíos y mediaciones improvisadas en la organización de exposiciones museográficas. Sin embargo, ¿qué sucede en contextos donde el relato emotivo no es aceptado y, por el contrario, ofrece violentas resistencias o mimetismos sociales (entre legalidad e ilegalidad)?

En el caso colombiano, dicha memoria es digerida sin hacer un proceso de digestión cognitiva. Por un lado, los patriotas asumen de manera fanática los designios de una Policía aséptica de cualquier síntoma de corrupción; en otra orilla, sectores sociales que han vivido las complicidades criminales de la institucionalidad policial configuran relatos de resentimiento, venganza o silencio; y, en la mitad —el caso más preocupante—, ciudadanos que no tienen reparos en asumir los relatos de una experiencia museística que da cuenta de un momento coyuntural, pero en la que se sienten representados porque están adaptados a cumplir la ley cuando se permite o a incumplirla cuando las motivaciones personales o intereses sectarios lo exigen. Lo que se edifica de manera silenciosa, pero avanzada, es una paramemoria (entendida no desde el paramilitarismo, sino como una alternativa no confrontada de relatos acomodados a las motivaciones individuales).

En esta misma dirección, Rojas (2016) pone la lupa sobre el papel de los museos en la renarrativización de la violencia en Colombia en el contexto del posacuerdo. Las conclusiones no son alentadoras, pues parece existir desde la institucionalidad ese enfoque de “ir poniendo las cosas como se les va ocurriendo”, privando a los expertos y estudiosos en el tema de hacer apuestas estéticas y coherentes, en las que exista una frontera demarcada entre el objeto histórico y el juguete anecdótico. De nuevo, se pone de manifiesto el caso del Museo de la Policía Nacional, donde se exhibe una moto Harley Davidson, propiedad de Escobar, como uno de los objetos más reputados. En palabras del investigador:

Sin embargo, lo más interesante del museo es el trato que se le da al otro, a la antítesis de la mitología policiaca; al criminal. Gran parte del museo está dedicado al crimen, a su historia, a sus excentricidades y sobre todo a su derrota [...]. Pero un personaje tiene un papel principal, “El Capo de capos”; Pablo Escobar, a quien se le dedica toda una sala, en la cual se exhibe la chaqueta con la que fue dado de baja, algunas de sus excéntricas armas, una mesa con una “caleta” o escondite, entre otros objetos personales que recuerdan el momento en que fue baleado por personal de la policía. Más que eso, llama la atención que el museo mismo tiene en su centro, en el sótano, visible desde todos los pasillos de las plantas superiores, una motocicleta Harley Davidson roja, propiedad de Escobar, en una vitrina de vidrio, casi como la pieza principal de la institución. [...] Lo anterior nos permite concluir que la idea de la lucha contra el mal desde el bien, desde la institución, es la idea principal del museo y el mensaje que se intenta reforzar en todas las salas, esto a pesar de que

en la exhibición de ese otro, el enemigo, parezca incluso apologética, aunque la intención sea solo demostrar su desenfreno, descontrol y excentricidad. En la propuesta museográfica el conflicto armado es simplificado como una dicotomía. (p. 127)

La exposición de la figura de Escobar como trofeo de guerra le da el poder al Museo de la Policía Nacional y la institucionalidad estatal de invocar un actor clave para sustentar su existencia y justificar la necesidad de generar antagonismos que perduren en la conciencia colectiva (Thomassen, 2005). Narrar la historia del derrotado otorga importantes créditos que se van contando como aventuras míticas para las nuevas generaciones (por supuesto, en este espacio algunos se congraciarán con el villano de la historia, hasta el punto de llegar a la admiración o el deseo de tener una moto parecida, independientemente de los medios legales e ilegales para conseguirlo). Por supuesto, la responsabilidad sobre los impactos de la instrumentalización de la figura Escobar, para la construcción de imaginarios colectivos, no es asumida por la institucionalidad, más preocupada de sostener su hegemonía que de aportar relatos orientadores y pedagógicos de la memoria.

En las consecuencias, y como se ampliará en la siguiente sección, el Museo de la Policía Nacional queda inventariado como una de las atracciones turísticas para la promoción de “narcotours” —en una especie de promoción callejera que pregona: “Vengan, vengan a conocer las aventuras del capo que desafió al Estado”—. En términos de Laclau (2005), el Museo queda despojado de su significado, se apela a la emocionalidad y las pasiones en razón de una política del orden y del imperio de la ley, bajo la figura exitosa del antagonismo, ese que desde una otredad es culpable de las dislocaciones socioculturales (Laclau, 2012). La memoria queda reducida a las justas proporciones de recordar sin reflexionar, vivenciar sin comprender y proyectar sin asumir las dimensiones éticas.

2. “Pablo Escobar tour”

La investigación de Adriaensen (2015) sobre los turistas que hacen peregrinación para observar las hazañas de Pablo Escobar constituye uno de los trabajos más sugestivos sobre el impacto del héroe local, convertido en referente global. No es casualidad que el trabajo de Enkvist (2008) sobre los personajes representativos del populismo en Latinoamérica incluya a Escobar entre el abanico de las nueve figuras públicas, entre las que destaca junto al Che Guevara, por ser los únicos provenientes de la ilegalidad.

Esa pasión por lo prohibido, por supuesto, se ve agenciada por una industria cultural que los vende en camisetas, portavasos, llaveros y todo tipo de artilingio que haga las funciones de *souvenir*. No hay que ser muy audaz para entender que estos dos personajes reflejan ese resentimiento social contenido por la exclusión política y la concentración de la riqueza, y que sus objetos tendrán mayor flujo

en el mercado que una camiseta de Gabriel García Márquez o Rigoberta Menchu (Enkvist, 2008).

El objetivo de acercar a la memoria a los sectores sociales indiferentes sufre una transgresión al convertirse en un espacio para el ocio y el entretenimiento. Viajar con la familia en un plan de recogimiento por la historia nacional no hace parte de un itinerario que agrade, en la mayoría de los casos, al grupo familiar. Si algo caracteriza al turismo es que despoja al individuo de las preocupaciones cotidianas y las preguntas sobre el sentido de su vida (Fontan, 2013). En esta suspensión por las preguntas que deben cuestionarnos como integrantes de una comunidad imaginada, aparece Escobar no como el único, pero sí como uno de los más atractivos planes para hacer el ocio y el entretenimiento en Colombia, y, a juicio del autor de este capítulo, como el potencial diferenciador que activa la llegada de extranjeros. Cartagena, San Andrés y Amazonas son sitios exuberantes, pero que pueden ser prescindibles frente a ofertas similares en el resto del mundo. Visitar los lugares que recorrió un personaje que promovió el producto más exitoso del mercado mundial, desafiando las estructuras legales y el poder hegemónico de Estados Unidos, es un relato que en la promoción de marca es imposible dejar de contar y que se ha extendido en los territorios donde el narco ha hecho presencia, como es el caso de Sinaloa y Mazatlán (Gamboa y Mendoza, 2018).

Entre las variables para analizar este tipo de turismo se han acuñado cuatro categorías: “narcotours”, turismos de morbo, tanatoturismo y entretenimiento. En la categoría “narcotours”, se aprecia una analogía con un turismo religioso, peregrino, basado en el sistema de creencias y asumido en la idea de conectarse de manera espiritual con la figura de culto. En otro caso del típico enfoque prohibicionista que ha sido parte de la tradición institucional en Colombia, los “narcotours” quedaron etiquetados como ilegales y dañinos a la moral colombiana.

Este factor aumentó el grado de fascinación por estos espacios y libró a buena parte de sus promotores del pago de impuestos. Ni siquiera el Centro de Memoria de Medellín se ha podido desmarcar de la figura de Escobar, y después de hacer tres trabajos de campo en dicho lugar, se ha logrado, no comprobar de manera absoluta, pero sí evidenciar como tendencia, la orientación de visitantes extranjeros a leer la historia de Escobar, oculta en una narrativa paradójica, como parte de un hecho excepcional que perturbó a la tranquila y bucólica capital de Antioquia. En la perspectiva de Silva (2017), los “narcotours” traen como consecuencia:

La refuncionalización [que] implica cambiar la función de un objeto concebido en otro marco histórico. Centrándonos en el *narcotour*, este estudio analizó las propiedades de Pablo Escobar como producto del turismo cultural de Medellín y cómo este itinerario implica comportamientos contradictorios en los agentes del territorio [...]. De esta forma, se concluye que el turismo, a pesar de otorgar nuevos sentidos, valores y significados a los objetos incluidos en el itinerario del *narcotour*, no ha venido induciendo una refuncionalización

de la forma-contenido de estos objetos, con miras a convertirlos en aptos para el consumo turístico. (p. 51)

En la categoría del turismo de morbo, se encuentran aquellos curiosos que intentan revivir, en medio de la excitación de un juego prohibido, las aventuras del capo, y, en experiencias como las de Tierra Santa o los campos de concentración nazis, asimilar el sentido de la experiencia ya convertida en patrimonio nacional (aunque su procedencia sea conflictiva en el caso de Jerusalén, perturbadora en Auschwitz e ilegal en Colombia). El hermano de Escobar encontró una fuente considerable de ingresos en la promoción de una guía turística que, en el mismo caso del Museo de la Policía Nacional, va contando rapsodias del capo como se les va ocurriendo y como vayan saliendo —una mezcla extraña y sórdida de humor y naturalización del acto violento— (Adriaensen, 2012). Los videos en las plataformas digitales (tema que amerita un proyecto de investigación) dan cuenta de un sinnúmero de narrativas que, independientemente del estupor o la empatía, van dando cuenta del poder del narco para representar la colombianidad. En casos mexicanos, Adriaensen (2012) relata el esquizofrénico impulso por la prohibición y la vivencia:

De todos modos, es interesante notar cómo el turismo morbo en México tiene un auge también en otros ámbitos. En el informe del Grupo Multisistemas de Seguridad Industrial anteriormente citado, se comenta no solo la existencia del narcoturismo, sino también un tour en la frontera del Norte, que permite la posibilidad de conocer, mediante el pago de 750 dólares, la verdadera historia de los inmigrantes haciendo el tour que, entre otras visitas, incluye ir a un refugio de indocumentados deportados y tener entrevistas personales con ellos. Esta tendencia al voyeurismo, en algunos casos relacionado con una preocupación social, es característica asimismo del llamado “slum tourism”, fascinado —y en ocasiones, sin duda, indignado— por la miseria que es producto de la violencia sistémica del tardocapitalismo globalizado. (p. 145)

En relación con el tanatoturismo, práctica no exclusiva de Colombia, pero sí articulada al circuito de experiencias mundiales ya documentadas y alojadas en formato audiovisual en plataformas como Netflix (Hartmann *et al.*, 2018), se presenta la inusitada atracción por revivir experiencias asociadas al dolor, al sufrimiento, pero no como experiencia de recogimiento, sino en un juego psicológico ecléctico, como una experiencia que genera goce y explotación de las dimensiones de la muerte como estado enigmático del ser humano. En el Museo de la Policía Nacional, como lo señala Cortes (2016), se vive esta experiencia al recorrer las fotografías de cadáveres de los delincuentes dados de baja en actitud de derrota frente a la victoria final.

En la última categoría, turismo de entretenimiento, se tiene a la Hacienda Nápoles como parte de ese anhelo freudiano de simular la experiencia de Disneylandia

(por la cercanía cultural a Estados Unidos, inspiración enquistada en la idea de “poseer” de la narcocultura). Es un parque temático con atracciones y distintos planes para el ocio de niños y adultos. Una experiencia que se ubica en el sitio emblemático que construyó Escobar como su lugar de operaciones y que siguió de manera fiel el esquema de la estructura terrateniente en Colombia: acumulación de tierras por vías legales o violentas. El debate apenas comienza, y cuenta de ello se da en el progresivo aumento de tesis académicas en relación con este tema. Entre las destacadas, Koolen (2019) concluye, al comparar el turismo de memoria con el turismo de morbo, lo siguiente:

El turismo relacionado con la memoria pretende incluir el lado de las víctimas y presentar una política de “Nunca Más” y una voluntad de la comunidad local a conmemorar el pasado (Bilbija y Payne, 2011; Nora, 1989, p.7). Además, es una forma de turismo iniciada por bien el gobierno u otras instancias gubernamentales, o instituciones no-oficiales con carácter del activismo de derechos humanos (Lazzara, 2011, p. 56) [...]. Como ya se estableció, el turismo morbo vinculado con Pablo Escobar pretende glorificar y mercantilizar su figura, mientras que también ofrece la idea de que es una forma del turismo morbo ligero. Para una construcción de una identidad colombiana y la distribución de una imagen de Medellín, significa que presenta una idea de que la gente colombiana ha aceptado la historia de Escobar y que se puede narrar la historia del país desde la perspectiva de Escobar. Lo que sugieren las páginas web relacionadas con Escobar, entonces, es una idea de que Medellín y Colombia son indisolubles de Escobar, drogas y violencia. (pp. 23, 37)

Una perspectiva turística del Parque Temático sugeriría que es un espacio para olvidar las atrocidades cometidas y emprender la nueva Colombia. Las realidades de su territorialización indican que poco o nada se ha hecho para dar un sentido histórico al lugar (a excepción de un espacio de memoria que, después de entrevistas realizadas por el firmante de este texto a los turistas, no es muy visible porque la idea es que no entorpezca la atracción de miles de familias que vienen a divertirse).

Por el contrario, los emprendedores del Parque están lejos de redimensionar su perspectiva estética y han dejado inmortalizada la entrada que diseñó Escobar, y que hace parte de las fotografías para el recuerdo que se toman los turistas en señal del sueño cumplido y de anhelo por “la tierra prometida” que dejó heredada el narcotraficante. Como se anunció algunos párrafos atrás, a pesar de las imprudencias de algunos turistas, es excepcional que haya caras alegres y en señal de victoria al lado de un campo de concentración nazi o en las bodegas donde ocurrieron las torturas a líderes estudiantiles en las dictaduras en Argentina o Chile.

El antes y después de la entrada de la Hacienda Nápoles (figura 1) revela la indiferencia de sus promotores por reestructurar los valores ostensivos de Escobar. Incluso el avión revela esa capacidad transnacional de la droga.

Figura 1. Hacienda Nápoles en los años ochenta



Fuente: Báez (2011); Club Marco Polo (2019).

En lo relacionado con la actitud institucional, existe cierta permisividad y actitud formal frente a estas apuestas turísticas de la memoria. A pesar de los intentos de Velásquez *et al.* (2014) por justificar el papel de las autoridades y moderar la discusión frente a la tendencia apologizante de los “narcotours”, argumentando que no son del gusto de buena parte de los habitantes de Medellín y que los guías oficiales tienen la tendencia a mostrar la cara amable de Medellín, no se puede eximir de responsabilidad a las instituciones estatales y autoridades del turismo en el momento de encontrar alternativas que impidan los caminos inevitables de entender a Pablo Escobar únicamente desde el morbo que produce su historia (González, 2017) o la sacralización que significan sus actos de barbarie. La propuesta metodológica de una memoria como pedagogía, reivindicación y reflexión constante de los marcos que sustentan las narrativas (Serna Dimas, 2009) evitaría

estos caminos sin salida, que terminan favoreciendo el chiste fácil y descontextualizado del hecho a recordar.

Augé (1998) diría que el llamado de atención que se está haciendo frente a la apropiación de la memoria hegemónica de espacios vitales para la interiorización de esquemas socioculturales, constituiría una obsesión por sacralizar la memoria, por estar recordando de manera constante la muerte y la victimización como elementos agobiantes del debate por la verdad. Un debate que no se agota en estas líneas, pero que sí deja sugerido que esos complejos límites entre recordar y olvidar, al no ser trabajados por intermediarios y expertos en estos temas, van dejando significantes vacíos, que son alimentados con elementos retóricos y emotivos por las instituciones del orden establecido, aquellas que van dejando entre la moralización, la banalización, la curiosidad y el entretenimiento el deber de recordar y el derecho a olvidar. Se deja en el aire la idea de que la memoria es un proceso desgastante, pues a la final, todos somos víctimas.

3. “El patrón del mal” y la banalidad del bien

Con el tráfico de narcóticos y su inusual éxito en las operaciones de oferta y demanda, Escobar desnudó las falencias de la solapada Colombia que creía vivir en paz por tener una ciudad moderna y tranquilas casitas rurales a sus alrededores, prendió las alarmas sobre la ausencia de economías industrializadas y generadoras de empleos, construyó un denso legado de los medios por encima de los fines para alcanzar objetivos personales, profundizó la ambigua relación de la sociedad con las élites —marcada por la indiferencia a la vida pública, el abstencionismo electoral y el resentimiento a los que tienen dinero— y dividió al país entre los que lo moralizan, al punto de despojarlo de su dimensión humana para tratarlo como un monstruo excepcional que irrumpió en la bucólica e ingenua Colombia, y los que lo mitifican como el héroe más popular en un país donde no existen héroes o estos han sido impuestos en los textos escolares o por imposiciones generacionales de padres y abuelos que vivieron el origen y la degradación del conflicto armado en Colombia (González, 2014).

El sector más beneficiado con los relatos morales y mitificados del narcomundo Pablo Escobar es la televisión colombiana y, décadas después, la televisión global. Escobar y los capos que le suceden se constituyen en personajes emblemáticos para construir, desde la televisión, un discurso político en torno a su figura y con una evolución que solo puede compararse con la capacidad de adaptación del narcotráfico al tiempo y el espacio —sin duda alguna, una de las razones para entender el éxito de un negocio que se configura como criminal—, pero que tiene unos modelos de producción, distribución y consumo que no se han estudiado por el miedo a que se sienta que se está elaborando una apología de este mercado. De acuerdo con Sotomayor *et al.* (2018):

Este proceso de creación de nuevas formas de interacción y de nuevas formas de construcción del yo nos permite comprender que, a la vez que la imaginación y la reflexión del espectador reproducen escenas de lo “real”, también se activa el *imaginario creador* (Soulages, 2008), que logra esas transformaciones y les da sentido. Pero, además, los modelos de representación que empiezan a mediatizarse reflejan un aspecto relevante en la construcción de las formas de interacción social, la exclusión y la marginalidad, ya no solo en términos económicos, sino también desde la invisibilización como herramienta para la exclusión. Es así como, desde la mediatización de los acontecimientos sociales, los individuos establecen relaciones de sentido que permiten configurar nuevas nociones de ser y nuevas opciones de autoconstrucción social desde una “realidad” cada vez más mediatizada. (p. 292)

El éxito de Escobar como personaje mediático es de tal magnitud que logra llamar la atención de los medios de comunicación globales, los cuales no querrían quedarse sin participar en el lucrativo mercado del relato en torno a este personaje, y entran también en el juego de mezclar los archivos fotográficos con las licencias narrativas de las partes de la historia no descifradas o enigmáticas; con ello, cada inversor con una buena cantidad de dólares ordena a los trabajadores de los medios de comunicación armar un rompecabezas que, sin importar la conciencia histórica, promueva una explotación de la imagen y un relato lo suficientemente creíble para ser consumido por las masas moralizantes o apologizantes (Antezana, 2015).

Por esta razón, una de las condiciones centrales para que el relato mediático sea exitoso es su capacidad de tener una trama narrativa que tenga matices, pero que se mantenga intacta en el desarrollo de los acontecimientos. Escobar logra la atención de los medios porque es rápidamente encasillado como un hombre emergente que quiere desafiar los designios del Frente Nacional y de la resignación popular a que los mismos de siempre van a mandar. En palabras sencillas —y tal vez reduccionistas para un proyecto de investigación—, los medios de comunicación ven en Escobar el personaje clave para darle a la televisión el impulso narrativo que necesitaba para consolidarse en la década de los ochenta. El siguiente paso para la construcción del personaje es dotarlo de un discurso político para que su incursión en las pantallas tuviera justificación. En las tramas narrativas se debe insertar una situación polémica para mantener a las audiencias expectantes por sintonizar la pantalla:

Es en su capacidad para provocar la discusión pública en torno a la historia representada y para la construcción de sentido(s) controversiales sobre el pasado que (re)construye, se revela la potencia de analizar *Narcos* desde la óptica de las relaciones entre ficción televisiva y memoria en un momento de rearticulación de las formas de producir televisión a nivel global. La discusión de los receptores y sus distintos posicionamientos con respecto a la serie, en tanto relato o narrativa de memoria, hace evidente no solo el potencial de la ficción televisiva en la construcción de memorias protésicas entre audiencias transnacionales, sino que permite entrever las implicaciones éticas y el

carácter conflictivo de este tipo de operaciones de representación ficcional del pasado. (Amaya y Charlois, 2017, p. 41)

No obstante, existen enfoques teóricos e investigativos que han coincidido en señalar que el relato televisivo y ficcionado va en contravía de la memoria (Vargas Llosa, 2008; Rodríguez, 2019). La televisión es un medio caracterizado por un estilo narrativo literal, que deja poco espacio a la imaginación y no tiene intenciones de entrar en los terrenos de la racionalidad argumentativa. Postman (2001) reduce la televisión a un espacio que solo sirve para evitar cualquier pregunta incómoda a la sociedad. El relato instantáneo hace que se acuda a sistemas de creencias básicos, que permitan ágiles conexiones con los sistemas representacionales. Las formas del discurso desplazan la profundidad de la reflexión, y cualquier discusión que toque los terrenos del argumento razonado será sometida al ostracismo por retar la simplificación de un lenguaje que reproduce audiencias apáticas de la esfera pública y los problemas sociales. En relación con la dictadura franquista en España, Durán (2008) sostiene:

En las postrimerías del franquismo, la televisión se había convertido en el medio más eficaz de reducir el pasado a un papel de mera diversión. Cualquiera que fuese su forma de expresión, su objeto o su utilización, le estaba vetado reavivar el recuerdo colectivo de la guerra fratricida. (p. 40)

Uno de los elementos que se ha mantenido en la figura mediatizada de Pablo Escobar y su condimento exótico de hombre emergente que quiso desafiar la corrupción y desidia de las élites centralistas del país es la combinación de elementos de ficción y realidad. En la década de los ochenta, la paradigmática entrevista de la periodista Virginia Vallejo (posterior amante de Escobar) dejaba explícito lo que en la prensa no se alcanzaba a detectar: el servilismo del periodista a los poderosos y el desplazamiento del periodista de fiscalizador de la realidad a promotor propagandístico del poderoso interesado en comunicar o aparentar una forma de ser. Con la entrevista de Vallejo, la revista *Semana* entra en el juego, y con el artículo titulado “El Robin Hood paisa”, le da entrada a la exaltación del mito. Escobar no decía nada diferente a los políticos: hablaba de las necesidades del pueblo, de justicia, de derechos humanos y de civismo. Incluso, como se desarrollará más adelante, Pablo Escobar, como todo personaje que entiende que lo que se dice en los medios queda en los medios, se preocupaba porque el discurso no desentonara con las retóricas de la política y de los delirios mesiánicos del cristianismo: yo soy el pueblo y él me ha elegido para salvarlo. Esta es una construcción identitaria que encaja en el vacío de una sociedad que nunca llegó a ver realizado un proyecto populista, o, en términos más precisos:

[...] las pautas comportamentales pueden estar influidas por las estructuras típicas, arquetípicas y estereotípicas que circulan en los medios de

comunicación. Pero ¿cómo pueden influir estos guiones en la construcción de las identidades? Los aportes del enfoque psicológico nos permiten entender la memoria como el espejo en el que la persona se reconoce y adquiere conciencia de sí misma. De manera que el origen de la idea de sí surge de las facultades de recordar y olvidar. En este lugar, el *self* obtiene el sentido de continuidad o mismidad (*sameness*). (Sola, 2013, p. 306)

La década de los noventa trajo consigo la globalización, la revolución de las comunicaciones y el posicionamiento de la televisión como el medio predilecto de los colombianos (Sarmiento, 2015). No era necesario pensar en ficciones del narcotráfico; Pablo Escobar las representaba sin generar altos costos en la producción. En junio de 1991, después de una Constitución que decía ser pluralista, descentralizada y participativa, pero que tenía en el fondo la intención de lograr la entrega de Escobar a las autoridades, se generó uno de los mayores escándalos de la historia: una cárcel diseñada por el narcotraficante para sus necesidades e intereses. Las imágenes desplazándose en helicóptero son inéditas en la historia de la televisión y contrastaban con las sobrias producciones costumbristas de la telenovela colombiana. Fue la televisión la que retrató los lujos de la cárcel, a modo de relato descriptivo de los hechos. Escobar era víctima del instrumento que le había creado su figura. La televisión, como sucede con la fama, se cansó de Escobar. Su poder había disminuido y la pantalla chica necesitaba otras figuras míticas y polémicas para renovarse.

En este contexto, las programadoras de televisión (desde 1998, privadas y con un laxo control de contenido estatal) se encaminan a repensar los contenidos de las nuevas ficciones. En ese momento aparece la serie *Sin tetas no hay paraíso* (Caracol Televisión, 2006), que narra la lucha de una adolescente de 18 años por encajar en un barrio popular y muy pobre de Pereira. La única manera de encajar era siendo la preferida de los mafiosos locales; a los mafiosos les gustan las mujeres con senos exuberantes, pero la protagonista no los tiene. Su objetivo: operarse los senos con el patrocinio de un narcotraficante a cambio de favores sexuales. Aunque algunos melodramas ya habían empezado a plantearse la ruptura del idilio de amor o la separación tajante entre buenos y malos, no hay ninguna duda de que esta telenovela marcó un hito en la televisión colombiana y rompió los esquemas narrativos con la idea de dejar una moraleja. Aunque el efecto de *Sin tetas no hay paraíso* promovió un debate sobre los referentes de las adolescentes en sus modelos de prestigio social y ascenso económico, el mensaje que finalmente germinó fue el del poder del narcotráfico para generar un relato con rentabilidad para la televisión y de una cada vez más jugosa torta publicitaria. Sin predecir las magnitudes del negocio, los empresarios de la información encontraron que el narcotráfico no solo era una economía ilegal, sino también una estructura axiológica que no cuestionaba la

frontera borrosa de la legalidad-ilegalidad-legitimidad. Ya no eran los noticieros contando ficciones: eran las ficciones contando las realidades.

Con *El cartel de los sapos*, de Caracol Televisión (2008), y *El Capo*, emitida por RCN Televisión (Fox Telecolombia, 2009), se consolidó el mercado de estas ficciones con un ingrediente adicional: la aparición de las redes sociales y la participación de ciudadanos acuciosos en marcar los registros de las series con los sucesos de la realidad. Este cambio en la recepción, de audiencias que esperaban en familia la televisión de la década de los ochenta a las nuevas generaciones que consumen los productos en distintos momentos del día, y la resignificación de contenidos (de alabanza o crítica) serán elementos característicos de las ficciones televisivas de la primera década del siglo XXI y claves para una función fijadora de la realidad, como concluyen Maass y González (2005) en su proyecto sobre el rol de los enunciados televisivos en los imaginarios sociales:

Con respecto a la memoria específica relacionada con los medios, las referencias relacionadas con la televisión fueron las más comunes, seguidas por los enunciados sobre la radio y con Internet, que fue mencionado menos. Hubo 579 enunciados relacionados con la memoria televisiva, generados principalmente por las clases medias y altas y por la generación de los jóvenes; hubo solo 53 enunciados relacionados con Internet, y exclusivamente de los jóvenes de las clases media y alta. [...] La historia popular, el “mundo real” y el imaginario social son construidos con base en estas referencias; como Anderson (2001) ha mencionado, la televisión ha sido el principal medio para que la gente aprenda historia y es una poderosa fuente de la narración de la vida cotidiana. (pp. 200, 215)

En la segunda década del siglo XXI, el terreno ya estaba abonado para revivir el relato de quien había capturado el interés mediático de los ochenta y noventa. No era un asunto de moral o de miedo a la censura. Cuando Escobar apareció en los medios en 1983, solo unos pocos lo censuraron, otros lo subestimaron y muchos voltearon la mirada para otro lado, como es costumbre en Colombia, y prefirieron estar tranquilos en el club, la iglesia o la academia. La tesis que defiende el autor de esta investigación es que los medios de comunicación trazaron un camino para presentar a Pablo Escobar como la ficción cumbre de las narcoseries y la marca registrada para imponer el relato del mafioso latinoamericano en el imaginario de la vida cotidiana (Reyes, 2015).

Cada etapa implicó ligeros cambios en la forma de presentar la figura del narcotraficante. En *Sin tetas no hay paraíso*, los protagonistas eran mafiosos sin un nombre que se asociara a la realidad nacional; en *El cartel de los sapos*, se cambiaron los nombres de los capos, pero fácilmente fueron asociados a un cartel ubicado en el norte del Valle del Cauca, que surge como proveedor de drogas ante el debilitamiento de los carteles de Medellín y Cali; en *El Capo*, la inclusión

del nombre “Pedro Pablo” hace un juego de palabras que ya empezaba a delinear lo que se buscaba en estos juegos narrativos de ficción-realidad.

Era el momento de lanzar el producto estrella: *Pablo Escobar, el patrón del mal*, serie producida por Caracol Televisión (2012) y basada en el libro *La parábola de Pablo* (Alonso Salazar, 2001), que intenta ser vendida como elemento moralizante con una frase que no exigió la creatividad de sus productores: “Quien no conoce su historia, está condenado a repetirla”. Como se intentará demostrar más adelante, no se sabe si por ingenuidad o por un interés reduccionista la frase que acuña la serie carece de valor histórico y fuerza argumentativa, pues si algo hizo Escobar durante su posicionamiento como víctima política que desafiaba al Estado fue hacer explícitas sus decisiones violentas de acabar con los enemigos de su causa.

El grueso de la serie, a pesar de sus flexibilidades narrativas (como la dimensión jocosa de Escobar), se ve obligado a transmitir imágenes que registraron los medios en la época de Pablo Escobar. En este primer esfuerzo de síntesis, la ficción se hubiera podido evitar si, en la misma franja horaria y en el mismo canal, se hubieran emitido los documentales que hasta el momento se habían hecho de Pablo Escobar y que coinciden en ser bastante críticos con su legado y el daño que generó en la construcción de relatos de país donde aceptemos al diferente y respetemos al otro. Por supuesto, en la ficción se introducen elementos míticos y sutiles discursos políticos que dotan al personaje de una dimensión que lo refuerza en lo que este trabajo intenta plantear: su posicionamiento en la historia y su ambigüedad en las fronteras del mal y el bien.

Entre los datos verosímiles (la mayoría sustentados en las amenazas violentas de Escobar a distintos estamentos de la sociedad colombiana) y las invenciones mitificadas (con poco registro y trabajo etnográfico sobre las condiciones que generaron el ascenso del personaje, a excepción de algunas elucubraciones freudianas de hechos fugaces de la niñez), se ha logrado crear un antagonismo que brinda los cimientos para generar los signos opuestos de Escobar como el patrón del Mal y del Estado-sociedad de Colombia como las víctimas en busca del Bien. Se ha hecho una lógica reduccionista para el relato audiovisual, pero ágil y efectiva para banalizar el mal (Arendt, 2013) y el bien, con una frase que ha hecho carrera en la mentalidad del colombiano: “Los buenos somos más” (frase que hace parte de la serie televisiva dedicada al general Óscar Naranjo, uno de los policías que persiguió a Escobar).

El camino, entonces, sería abandonar la televisión de manera definitiva como vehículo para catalizar los sentidos de la memoria. Es la salida más sencilla, pero se le presta un flaco servicio al terreno de la lucha por el significado. En un contexto de convergencia de medios (Jenkins, 2008), se abre la posibilidad de diversificar los lenguajes y los formatos, para llegar a otras audiencias con un lenguaje que no se reduzca al mero entretenimiento, pero tampoco a la densidad epistemológica

—restringida a sectores sociales especializados—. Melo (2011) añade que la imagen es un registro ineludible para la re-creación de relatos y la conexión sintetizada de hechos que requieren la apropiación social del suceso vivido.

En los últimos años, la calidad visual e iconográfica de las exposiciones itinerantes se ha cualificado por la participación de profesionales de la comunicación con un compromiso ético y con tendencia a salir de la falsa trampa de la televisión como un medio con lógicas reduccionistas de la realidad. No obstante, el impacto de la televisión también ha calado en la creación de ciudadanos con habilidad y disposición de intervenir los productos mediáticos (prosumidores) con reafirmaciones estereotipadas de la realidad (García y Valdivia, 2014). Un lector interesado en este tipo de temas encontrará un fecundo campo de investigación en la fructuosa pero constante batalla por la reinterpretación de Pablo Escobar como criminal, violador de derechos humanos, figura ironizada en memes, mito fundacional o precursor de un negocio ilegal, y referente en la meta de alcanzar reconocimiento social y prestigio económico.

Reflexión final

El objetivo de este capítulo ha estado orientado a reflexionar sobre la incidencia de Pablo Escobar como fenómeno sociocultural que influye en prácticas de memoria agenciadas desde instituciones de control social, servicios turísticos y medios de comunicación. Es un llamado para que desde la interdisciplinariedad se hagan trabajos que conviertan el tema en programas de investigación. Uno de los errores en Colombia es que los estudios en comunicación han sido subestimados por las ciencias sociales y han estado limitados al periodismo. Incluso, estudios en áreas como el museo, el turismo y la televisión han sido vistos como superficiales o carentes de rigor científico, pues se atiende a la obviedad de que son lenguajes manipulados por grupos minoritarios o que no tienen marcos teóricos ajustados a las reglas del método científico. Si este trabajo contribuye a que exista una discusión alejada de este estereotipo y se empiece a tomar el discurso televisivo y la inserción de Pablo Escobar como figura transversal de su posicionamiento, se empezará a tener nuevos recursos para desplazar el estereotipo sin acudir a moralizaciones ni apologizaciones. Basta con análisis que promuevan otros referentes identitarios en los que la ineptitud de las élites, el resentimiento a la injusticia o el ciclo de violencia física, simbólica y estructural tengan un punto de quiebre.

En este punto, es clave el papel de las nuevas generaciones de investigadores en temas sociales y audiovisuales. Trabajos de intervención en el Museo de la Policía Nacional, las prácticas turísticas o los imaginarios sociales de la ficción televisiva son un aliciente de un camino que ya se ha empezado a recorrer y que puede empezar a incidir en la política pública. Es absurdo que entidades como el

Ministerio de Cultura no tengan regulación sobre las exposiciones itinerantes de la entidad policial; igual de ilógico es que el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo no se empeñe en bajar los niveles de informalidad de los “narcotours” (no se trata de prohibirlos, pero sí de organizar y sistematizar los relatos que van a circular); y ni hablar del sector de regulación de las comunicaciones, dedicado en los últimos años más a reestructuraciones formalistas que a políticas del sector audiovisual (de la Comisión Nacional de Televisión a la Autoridad Nacional de Televisión, y hoy, Comisión de Regulación de las Comunicaciones).

Así, pues, en manos de la ciudadanía que ha trabajado por la memoria, que encuentra en las herramientas tecnológicas posibilidades inimaginables de transformar el relato que se ha configurado de Pablo Escobar —como patrón del mal y excepcional en el sistema político colombiano—, está darle su lugar en la memoria y en la historia, con el fin de pensar qué hizo posible que un personaje de estas características estuviera dentro de nuestra constitución de nación. Esas nuevas formas de narrar están evitando el discurso denunciista e ideológico en el que se suelen enfrascar víctimas y victimarios, para repensar el discurso hacia un asunto de responsabilidades sociales y no de culpabilidades personalistas y sectoriales.

El interés por abordar desde las prácticas sociales la construcción subjetiva del territorio, y del territorio urbano particularmente, como espacio comunicacional, inspira la crítica de las relaciones de fuerza que Foucault planteaba y que Gofmann identificó como un “arte de administrar impresiones”. Consideramos, sin embargo, que las impresiones son tanto marcas indiciales de la construcción de una topografía social, que devienen a través de la memoria histórica en correlato de las relaciones sociales desintegración/exclusión/marginación, como marcas en nuestra propia topografía emocional, que devienen a través de la memoria biológica corporal en correlato de las historias de vida. Acaso la interdependencia espacio-temporal entre memoria de largo y corto plazo no haya que buscarla en forma excluyente en la biografía personal o en su contexto social más próximo. (Gascón, 2005, p. 71)

El riesgo de relativizar las figuras de Escobar y abandonar los sistemas representacionales conquistados por la memoria hegemónica e ignorados por la memoria denunciista tendría graves repercusiones en el futuro inmediato. Nuevas generaciones impulsan transformaciones en Colombia y conviven con un estilo de narco más recatado, alérgico a la exposición pública y efectivo en ganar adeptos con micromanifestaciones de populismo mediadas por una cuidadosa infiltración de dinero (fortalecimientos comunitarios de los barrios, construcción de centros comerciales, inyección de capital a negocios de menor cuantía). Esto ha traído dos escenarios: por un lado, la normalización de estas transacciones como parte de la idiosincrasia nacional; por otro, perspectivas muy críticas que se preguntan dónde han estado las instituciones sociales para responder, no con limitadas políticas prohibicionistas, sino con programas sociales que eviten tomar decisiones de exponer la vida al límite y practicar el más elemental de los capitalismo

salvajes, con tal de sobrevivir en el sistema social. Se toma como referencia a Gómez (2009) para dejar enmarcado el objetivo que se ha propuesto en esta consideración final:

El caso es que, si a un nivel individual es necesario recordar para poder olvidar, desde un punto de vista social no podemos permitirnos dejar a un lado la memoria de la represión. Ninguna sociedad sana puede basarse en el olvido de sus errores, porque, si pretende hacerlo, reaparecerán como espectros y envenenarán la convivencia democrática de los ciudadanos. Que el olvido colectivo es imposible se demostró claramente en la Alemania de posguerra (Koshar, 2000). El trauma bélico era de proporciones tan gigantescas que la única forma de supervivencia que se pudo concebir fue el silencio. Sin embargo, la política del olvido alentada por las autoridades se hizo pedazos cuando apareció una nueva generación —la de los hijos de quienes vivieron la guerra— que rechazó el olvido y comenzó a reclamar un recuerdo activo y responsable del pasado nazi. Gracias a una serie de iniciativas ciudadanas (también en Alemania la sociedad civil se adelantó a la academia), desde los años setenta la memoria del nazismo ha constituido un pilar fundamental en la construcción de la identidad alemana y en la consolidación de su democracia. (p. 106)

Referencias

- Acevedo, D. (2008). ¿Qué pasó con el paramilitarismo en la era Uribe? En D. Acevedo et al., *Paramilitarismo. Verdades y mentiras* (pp. 260-266). Planeta.
- Adriaensen, B. (2012). El exotismo de la violencia ironizado: Fiesta en la madriguera de Juan Pablo Villalobos. En B. Adriaensen y V. Grinberg Pla (Eds.), *Narrativas del crimen en América Latina* (pp. 155-167). LitVerlag.
- Adriaensen, B. (2015). Turistas sin fronteras: representaciones literarias de viajeros en el territorio del narco. *Hispanic Journal*, 36(2), 139-159.
- Amaya, J. y Charlois, A. (2017). Memoria cultural y ficción audiovisual en la era de la televisión en *streaming*. Una exploración en torno a la serie *Narcos* como relato de memoria transnacional. *Comunicación y Sociedad*, (31), 15-44.
- Antezana, L. (2015). Televisión y memoria: a 40 años del golpe de estado en Chile. *ComHumanitas: Revista Científica de Comunicación*, 6(1), 188-204.
- Arendt, H. (2013). *Eichmann en Jerusalén*. Lumen.
- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Gedisa.
- Báez, J. R. (2011, 28 de marzo). La Hacienda Nápoles, un vacío de historias. *Hirara: El lugar de las palabras*. <https://josebaezg.wordpress.com/2011/03/28/la-hacienda-napoles-un-vacio-de-historias/>

- Caellas, M. (2017). Un paseo por el museo de la policía de Bogotá: de comisarios, narcos ilustres, rólex de oro y escopetarras. *Pliego Suelto. Revista de literatura y alrededores*. <http://www.pliegosuelto.com/?p=21584>
- Caracol Televisión (Productora). (2006). *Sin tetas no hay paraíso* [serie de televisión]. Caracol Televisión.
- Caracol Televisión (Productora). (2008). *El cartel de los sapos* [serie de televisión]. Caracol Televisión.
- Caracol Televisión (Productora). (2012). *Escobar, el patrón del mal* [serie de televisión]. Caracol Televisión.
- Casas, K., González, P. y Mesías, L. (2018). *La transformación policial para el 2030 en América Latina*. <https://bit.ly/3QdsZyx>
- Castiblanco, A. (2017). Instituciones y mutaciones en el espacio comunicacional: el ejército un actor del conflicto colombiano en clave de marca registrada. En R. García (Ed.), *Esta guerra que se va... Territorio y violencias; desigualdad y fragmentación* (pp. 289-308). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Club Marco Polo (2019, 22 de marzo). La Hacienda Nápoles: el pasado de Pablo Escobar en Colombia. *Club Marco Polo*. <https://www.comunidadclubmarcopolo.com/la-hacienda-napoles-pasado-pablo-escobar-colombia>
- Durán, J.-S. (2008). Televisión contra memoria. Uso y abuso de la historia en la televisión franquista. *Historia y Comunicación Social*, (13), 33-45.
- Enkvist, I. (2008). *Iconos latinoamericanos. 9 mitos del populismo del siglo XX*. Ciudadela.
- Ferguson, M., Piché, J. y Walby, K. (2019). Representations of detention and other pains of law enforcement in police museums in Ontario, Canada. *Policing and Society*, 29(3), 318-332.
- Fontan, A. (2013). Políticas públicas de revitalización urbana y fomento al ocio, turismo y entretenimiento: la creación de recintos urbano-turísticos en Manchester, Inglaterra. *Cuadernos de turismo*, 32, 11-139.
- Fox Telecolombia (Productora). (2009). *El Capo* [serie de televisión]. Fox Telecolombia.
- Gamboa, S. F. y Mendoza, V. V. S. (2018). Turismo Oscuro en Mazatlán, Sinaloa en las Huellas del Chapo Guzmán. *Anais Brasileiros de Estudos Turísticos-ABET*, 8(2), 81-90.
- García, M.C. y Valdivia, A. (2014). Prosumidores mediáticos. Cultura participativa de las audiencias y responsabilidad de los medios. *Comunicar*, 43, 10-13.

- Gascón, F. (2005). De ima(r)ginarios y memorias olvidadas. Reflexiones sobre redes de comunicación e interculturalidad. *Redes.com: revista de estudios para el desarrollo social de la Comunicación*, (2), 69-81.
- Gómez, A. (2009). Arte y memoria de la inhumanidad: acerca de un olvido de arena. Universidad Nacional de Colombia. Cátedra "Manuel Ancizar". <https://meopazoc.files.wordpress.com/2012/12/arte-y-memoria.pdf>
- Gómez, D. H. A. (2015). La enseñanza de las ciencias sociales en Colombia: lugar de las disciplinas y disputa por la hegemonía de un saber. *Revista de Estudios Sociales*, (52), 134-146.
- González, D. (2017). Las caletas de la memoria. Relatos de la memoria familiar y de la memoria de la violencia en *Pablo Escobar. Mi padre* de Juan Pablo Escobar Henao. *Revista de Humanidades*, (36), 203-228.
- Harkin, D. M. (2015). The police and punishment: Understanding the pains of policing. *Theoretical criminology*, 19(1), 43-58.
- Hartmann, R., Lennon, J., Reynolds, D. P., Rice, A., Rosenbaum, A. T. y Stone, P. R. (2018). The history of dark tourism. *Journal of Tourism History*, 10(3), 269-295.
- Hughes, R. (2017). Nationalism and memory at the Tuol Sleng Museum of genocide crimes, Phnom Penh, Cambodia. En *Memory, History, Nation* (pp. 175-192). Routledge.
- Jenkins, H. (2008). *Convergence Culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Paidós.
- Koolen, B. B. J. (2019). *Persiguiendo a Pablo: un análisis discursivo de la oferta del turismo alrededor de la figura de Pablo Escobar en Medellín, Colombia* [Tesis de maestría, Radboud Universiteit Nijmegen]. Archivo digital. <https://cutt.ly/jrAY5x8>
- Kraus, D., Andrade, X., Forero, A. M. y Salinas, M. (2017). Rótulos, etnografía y curadurías en el Museo Histórico de la Policía Nacional, Bogotá. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (59), 165-182.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2012). Antagonismo, subjetividad y política. *Revista Debates y Combates*, (2), 7-37.
- Maass, M. y González, J. A. (2005). De memoria y tecnología. Radio, televisión e internet en México. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 11(22), 193-220.
- McLuhan, M., Fiore, Q. y Agel, J. (1987). *El medio es el mensaje*. Paidós.

- Melo, J. (2011). Historia digital: la memoria en el archivo infinito. *Historia Crítica*, (43), 82-103.
- Morales, J. M. (2017). *¿La voz de Pablo, la voz del pueblo? Pablo Escobar y el populismo* [Tesis de maestría, Université de Montréal, Canadá].
- Pécaut, D. (2014). En Colombia todo es permitido, menos el populismo. *Revista de Estudios Sociales*, (50), 21-24.
- Postman, N. (2001). *Divertirse hasta morir, el discurso público en la era del espectáculo*. Ediciones de la Tempestad.
- Quiñones, B. (2011). *Mujer y narcomundo: una mirada desde los estereotipos de mujer y desde la feminización de la pobreza*. Universidad Nacional de Colombia.
- Reyes, M. (2015). Construcción de políticas de memoria desde la vida cotidiana. *Psicología & Sociedad*, 27(2), 341-350.
- Rodríguez, D. (2019). Biopolítica y memoria. La televisión como estructuradora de relatos nacionales en Colombia. *Eu-topías*, 17, 87-100.
- Rojas, C. (2016). Museos y conflicto: la representación de la guerra en la museografía colombiana. *Illapa Mana Tukukuq*, (11), 123-133.
- Salazar, A. (2001). *La parábola de Pablo*. Planeta.
- Sarmiento, F. (2015). *Historia Televisión Colombiana 60 Años: Televisión Colombiana. Telenovelas, Avances y Programa*. Sin editorial.
- Semana (1983, 19 de abril). "El Robin Hood paisa". <https://bit.ly/3aGVswq>
- Serna Dimas, A. (2009). *Memorias en crisoles. Propuestas teóricas, metodológicas y estratégicas para los estudios de la memoria*. Centro de Memoria, Paz y Reconciliación del Distrito, GTZ-Embajada de la República Federal de Alemania, Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud), Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Silva, F. X. D. (2017). *Narcotour em Medellín-Colômbia: contradições socioespaciais e refuncionalização* [Tesis de pregrado, Universidade Federal do Rio Grande do Norte]. Archivo digital. <https://cutt.ly/jrAYW2A>
- Sola, S. (2013). Memoria mediática y construcción de identidades. *Tabula Rasa*, (19), 301-314.
- Sotomayor, D., Wilches, J. y Peña, E. (2018). Narcomundo y Pablo Escobar: los relatos de la violencia y la ficción televisiva en las dos primeras décadas del siglo XXI. En B. Quiñones (Ed.), *Violencia y ficción televisiva. El acontecimiento de los noventa. Imaginarios de la representación mediática de la violencia colombiana: series de ficción televisiva (1989-1999)* (pp. 273-325). Universidad Nacional de Colombia.

- Souroujon, G. (2011). Reflexiones en torno a la relación entre memoria, identidad e imaginación. *Andamios*, 8(17), 233-257.
- Thomassen, L. (2005). Antagonism, hegemony and ideology after heterogeneity. *Journal of Political Ideologies*, 10(3), 289-309.
- Valenzuela, J. (2002). *Jefe de jefes: corridos y narcocultura en México*. Plaza & Janés.
- Vargas Llosa, M. (2012). *La civilización del espectáculo*. Alfaguara.
- Velásquez, C., Van Broeck, A. y Hincapié, L. (2014). El pasado polémico de los años ochenta como atractivo turístico en Medellín, Colombia. *Turismo y Sociedad*, 15, 101-114.
- Wilches, J. y Guerrero, H. (2016). La memoria de las violencias en Colombia: luchas ideológicas e indiferencia social. En N. Pardo y J. Ruiz, *Victimas, memoria y justicia: aproximaciones latinoamericanas al caso colombiano* (pp. 59-83). Universidad Nacional de Colombia.
- Zizek, S. (2002). *¿Quién dijo totalitarismo?: cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción*. Pre-textos.

La reconciliación en Colombia a partir de la memoria y sus sentidos

Wilson Díaz Gamba*

1. El sentido y la construcción de la memoria

De acuerdo con el psicólogo y sociólogo Maurice Halbwachs (2004), la memoria se crea a partir de dos marcos: uno espacial y otro temporal. El primero, el marco espacial, hace alusión a los hitos o puntos de referencia a los que se acude para encontrar o elaborar recuerdos desde lugares, objetos o construcciones, que a su vez permiten generar narraciones individuales y colectivas en torno a un espacio físico, produciendo así un constructo social en el que su ausencia o destrucción impide la estructuración de la memoria; un ejercicio de subjetividad que concede estabilidad y continuidad a los recuerdos sobre el pasado. El segundo, el marco temporal, se relaciona con las convenciones sociales que tienen significados como las efemérides, las fechas de nacimiento, las defunciones, los aniversarios y cambios que se actualizan permanentemente, consolidando una biografía congruente de individuos y grupos que tienen como elemento de referencia los distintos estadios históricos (Halbwachs, 2004). Estos marcos permiten que los seres humanos actualicen la realidad y concatenen elementos que están dispersos en el tiempo

* Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud), Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

y en el espacio, conjugando dichos elementos en una unidad integrada denominada narrativa (Ricoeur, 2000).

En esta perspectiva, los marcos de la memoria y las narrativas que se configuran a través de estas se relacionan con el conjunto de reflexiones desde las cuales se crea el recuerdo, con el fin de permitir que una sociedad o un grupo de individuos construya conocimiento de sí mismos o elabore vínculos colectivos que permitan la producción de identidades sociales (Halbwachs, 2004). En otras palabras, permiten configurar un relato histórico que deriva en narrativas de identificación, alineando mecanismos estratégicos de regulación social que, a su vez, generan cohesión y disciplina, como unidad en relación con fines colectivos que se consideran legítimos (Duero, 2006). Estos marcos del pensamiento colectivo son los que configuran los medios para desenterrar y unir los recuerdos o series de recuerdos que solo la acción colectiva puede evocar a partir de lo que quisieron ser y no han logrado, o lo que son a causa de unas variables externas que los afectaron.

La memoria no solo se sustenta en la historia aprendida, sino en la historia vivida, lo cual implica que, cuando se habla de memoria, se asume que esta es la interacción de la experiencia individual y colectiva del sujeto, sobre la que se disponen ciertos grados de consciencia, que tributan en la configuración de la identidad individual y colectiva desde un escenario intersubjetivo de la realidad social, es decir, concientiza al otro desde una perspectiva de alteridad que convoca a la intersubjetividad (Passerini, 2006). De ahí que la memoria sea uno de los artefactos fundamentales en la configuración de la identidad individual y colectiva; no como la sumatoria o el encadenamiento de las memorias o recuerdos individuales, sino como ejercicio de colectividad que impacta en las representaciones que han construido los miembros de una comunidad o sociedad.

Este argumento coincide con el esbozado por Darío Betancourt (2004), quien plantea que tanto la memoria individual como la colectiva y la histórica se construyen a partir de dos tipos de experiencias: la experiencia de vida y la experiencia percibida. La primera está relacionada con el acumulado histórico y cultural que los individuos y grupos asimilan a través de los años, y que configura un protocolo de respuesta como acción emocional y mental frente al conocimiento. La segunda da cuenta de los elementos históricos, culturales y sociales que se toman del conocimiento históricamente acumulado y producido a través de los objetos. Desde luego, en la construcción de memoria no intervienen únicamente el sujeto y su experiencia, sino la subjetividad de este y los grados de consciencia, así como los distintos tipos de identidad que se configuran en la colisión de intersubjetividades.

En rigor, la memoria no solo hace parte del recuerdo como hecho vivido o histórico, sino que, a través de ella, es posible entender la identidad del ser humano y su agrupación como sociedad, haciendo de esta una parte esencial

de la evolución humana (Arfuch, 2010). Entonces, se entiende que la memoria, más que un ejercicio individual, es una acción colectiva que aglutina narraciones de experiencias compartidas, configurando un marco social, político y cultural que se relaciona con las subjetividades presentes que la redelinean (Betancourt, 2004). Lo anterior establece que la memoria colectiva es un recorrido que parte desde los recuerdos individuales y va construyendo recuerdos compartidos, un proceso colectivo en donde la memoria se relaciona con recuerdos olvidados y experiencias pasadas que buscan resignificaciones en el presente para otorgarles nuevos sentidos (Duero, 2006).

De ahí la relevancia de Halbwachs (2004) al plantear que la memoria es una acción social y colectiva, en la medida en que evocar recuerdos depende de la presencia de un grupo social, ya que los elementos que se dan en la evocación son, por naturaleza, sociales, y estos tienen una función de la regulación social al actualizarlos. En este sentido, el autor plantea que hay un marco social y colectivo de la memoria, que no es la sumatoria de recuerdos individuales, sino la visión de un grupo social por encima de cualquier interpretación individual en el objetivo de reconstruir el pasado, lo que determina que el marco social y colectivo de la memoria no es otra cosa que el espectro o rango de consciencia y representaciones a partir del cual el grupo tramita sus recuerdos.

Lo anterior, en armonía a lo postulado por Halbwachs (2004), determina que lo susceptible de ser recordado, incluidos los sentimientos, está regulado por las representaciones de la sociedad que posee el sujeto o colectivo que recuerda. Esto determina que, siguiendo a Tafalla (2003), “solo la memoria puede dar un sentido a la existencia, y solo la narración de las historias les concede el sentido que en la realidad no existe” (p. 150). Esto implica que preguntarse por la memoria no solo se relaciona con el pasado, sino que remite a cuestionarse por las experiencias vividas, los sentimientos y las emociones que se gestaron, los significados que generaron estas experiencias, las rupturas en la subjetividad y su efecto en las remembranzas, dado que los sujetos pueden dar cuenta de la forma como se interpreta lo sucedido y los sentimientos que se gestan en el presente. La memoria, como lo expresa Joan Charles Mélich (2002), es un “movimiento temporal hacia el pasado y hacia el futuro, tanto del sujeto que construye la memoria como de aquellos que la acogen” (p. 91), lo que estipula que la memoria no es solo rememoración, sino presente y futuro.

En este sentido, preguntarse por el quehacer de la memoria en el marco del proceso de reconciliación por el que atraviesa Colombia es una acción pertinente, de allí que la construcción de memoria puede enfocarse en las diversas disputas históricas, ya sean económicas, políticas, sociales o culturales, que han sustentado el conflicto armado. Estos hechos dan cuenta de la realidad vivida, en la que los vestigios y las secuelas de hechos históricamente violentos, tales como las luchas bipartidistas por el poder político, la lucha de clases o las reivindicaciones

por una reforma agraria e, incluso, las demandas de justicia social, fueron y son hoy en día un inquietante antecedente de la forma en que la sociedad colombiana interactúa y resuelve sus conflictos.

2. La memoria como eje de la reconciliación

La reconstrucción del pasado y de la memoria, a diferencia de la fantasía y la ensoñación, ha de estar del lado de la realidad y del registro, es decir, de la documentación y el aprender a buscar (Giraldo, 2010). Por eso es que la memoria debe adquirir objetividad y lograr prevalecer sobre la rememoración y la configuración de una heurística del recuerdo.

En este sentido, y en la evocación que hace Paul Ricoeur de Aristóteles (1999), se debe entender que la memoria es la representación del pasado, una expresión en el tiempo presente de una cosa ya ocurrida, lo que determina que, si no se construye memoria histórica, se puede caer en lo que los griegos llamaban la *doxa*, una simple opinión; una expresión de lo ocurrido sin ningún argumento o evidencia empírica, que no es más que el enlace entre la información que se retuvo, la que no se quedó y la construcción tergiversada que presenta el poder instituido.

De allí la importancia de hacer uso de los dispositivos de la memoria para construir o reconstruir la historia; espíritu en el que se enmarca el trabajo desarrollado en este momento por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición; el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH); el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Ipazud) (Díaz Soler y Amador Báquiro, 2009; Quintero Mejía y Ramírez Giraldo, 2009; Serna Dimas, 2009; García *et al.*, 2012), entre otros, los cuales se han trazado como objetivo reconfigurar la memoria del país con el anhelo de tener elementos reales que permitan la construcción de un mejor futuro. No obstante, y respecto al tema de la verdad como eje articulador de la memoria, específicamente de la memoria histórica, autores como Rorty (1996) señalan que no existe una verdad única y absoluta; por el contrario, existen múltiples verdades, por ende, no podría hablarse de una distinción entre el conocimiento y la *doxa*, vista como lo sugieren los pensadores griegos, y tampoco existe una verdad única, cuando una determinada proposición corresponde con la realidad, como lo definen diversos autores desde el enfoque positivista.

Cabe anotar que las múltiples verdades y memorias compuestas por la oralidad, la palabra escrita y la iconografía son hechos que demuestran la importancia que tiene preservar la historia, la memoria, el recuerdo y el acontecimiento, tanto en la vida personal como en las historias de un país (Blair, 2002). Por cierto, una posición crítica permite trascender la costumbre de hablar de una sola historia, o una sola verdad, ampliando la visión a una multiplicidad de historias que alimentan las realidades y la sociedad, por cuanto la reconstrucción de la memoria

histórica y la verdad es un trabajo dual que redobla su esfuerzo cuando se intenta establecer el recuento y la configuración de la memoria de un conflicto como el colombiano. Dicho supuesto exige dar voz y participación a todos los actores de este, ya sean víctimas o victimarios, vencedores o vencidos, estos últimos desde la experiencia de injusticia que construyen (Giraldo, 2010).

Como lo plantea Reyes (2003), “nuestro presente está construido sobre injusticias pasadas, y nosotros los presentes somos los herederos de ese pasado injusto desde el momento que nos identificamos con las circunstancias de nuestro nacimiento” (p. 111). Es una anamnesis cultural que debe superarse a través del trabajo plural que abarca la participación de todos sus actores y de los múltiples representantes vinculados a la historia y a la reconfiguración de la memoria.

Por tal motivo, preservar y transmitir a futuras generaciones lo vivido, lo aprendido y lo sufrido, evitando repetir las desgracias recurrentes de las que habla la historia, ha sido una necesidad humana que obliga a comprender el pasado para construir un nuevo comienzo, en el que los errores del pasado no se repitan como un bucle maligno que lleva a la sociedad a revivir los horrores de la guerra sobre la negación de no comprender su historia, el imperativo categórico de la memoria que planteó Adorno (citado en Tafalla, 2003). Por consiguiente, la recuperación de la memoria es un elemento clave del mundo contemporáneo, donde no hay que abusar de ella ni otorgarle poderes y efectos que no tiene, pero tampoco hay que dejarla de lado para tomar decisiones, entendiendo que “la recuperación del pasado es indispensable; lo cual no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, al contrario, este hará del pasado el uso que prefiera” (Todorov, 2000, p. 18).

En tal sentido, el conflicto armado colombiano ha demostrado ser un proceso lleno de acontecimientos dolorosos, muchas veces olvidados por el consciente colectivo, que, justificado en la baja rigurosidad y voluntad política por conocer la historia, se ha quedado con una sola versión de los hechos, condenando al olvido los relatos y las memorias de aquellos que fueron protagonistas de estos. Por tanto, de nada vale tener estrategias de creación de archivos si con estos no se comunica ni se hacen públicos los hechos vividos en el marco del conflicto. Esto debido a que la memoria no es solo el recuerdo, es lo que se haga con él, y en Colombia la construcción de una memoria colectiva ha de ser uno de los primeros aportes para dilucidar el porqué del conflicto y, así, evitar futuros enfrentamientos.

Como lo esboza Leonor Arfuch (2010), la memoria hace visible el pasado ausente, lo que lleva a un reconocimiento y compromiso con ese otro al que no se le ha dado presencia ni existencia en la memoria colectiva; es una memoria del presente hacia el pasado y lo que esta puede aportar hacia el futuro, que, en otras palabras, es un futuro ausente (es decir, lo que pudo ser y no fue), estableciendo que esta acción de remembranza se relaciona con recuerdos y olvidos de experiencias pasadas, que se escrutan en el presente y se resignifican para así

otorgarles nuevos sentidos. Analizando a esta autora, se determina que la memoria se deshace y reconstruye constantemente en el presente con el fin de darle sentido a las experiencias, permitiendo, entonces, configurar una actitud crítica de lo vivido para releer y reinterpretar el pasado, pero no sin antes preguntarse ¿quién habla?, ¿para quién se habla? y ¿por qué ese pasado retorna a ese presente? (Arfuch, 2010). Esto implica que desde la memoria no hay nada definitivo en la vida humana, que las cosas no son como son, sino como las ve e interpreta el observador, determinando que los hechos pueden ser de maneras diferentes según quien los narre o los observe (Mélich, 2002, p. 97).

En esta perspectiva, hay un problema grande con la reconstrucción de la memoria de la que habla Todorov (2000): el “presentismo”, término al que se remite el francés Daniel Pécaut (2004) al hacer referencia a la imposición como categoría central de la experiencia y que va a la par con la discontinuidad temporal. En ella, de un momento a otro el acontecimiento cambia el universo social de las personas afectadas, pero el momento no crea memoria, sino más bien olvido, ya que cada acontecimiento nuevo va desplazando al anterior. Esto quiere decir que los actos oscuros y lamentables de la sociedad colombiana van siendo relegados y olvidados por el colectivo, y que los recuerdos infames que son expulsados de la memoria por nuevos acontecimientos que se suscitan día a día se diluyen debido al paso lento pero continuo del tiempo y a la fatídica predisposición que tienen nuestras estirpes de repetir la historia. Este planteamiento es apoyado por autores como Rüsen (2001) al señalar que la memoria es:

[...] un proceso de la conciencia en el que las experiencias del tiempo son interpretadas con relación a las intenciones de actuar y, en cuanto interpretadas, se infieren en la determinación del sentido del mundo y en la autointerpretación del hombre, parámetros de su orientación en el actuar y en el sufrir. (p. 59)

Es claro que la memoria exige un reconocimiento público, en el que tanto el Estado como la sociedad establezcan las responsabilidades que permitan encaminar a la nación en la configuración de estrategias que promuevan la solución del conflicto y las violencias estructurales que lo nutren. Como lo señala Gonzalo Sánchez Gómez (2018), exdirector general del CNMH, nuestra memoria no se refiere a una guerra lejana, sino al recuerdo de un eterno presente que pareciera repetirse. Esto determina que la memoria es un dispositivo eficaz para controvertir el pasado y los efectos que dicho tiempo tiene o tendrá en el presente y en el futuro, estipulando que la construcción de una memoria histórica objetiva es la mejor aliada para alcanzar la paz.

Sin embargo, para llegar a dicho reconocimiento, es necesario encontrar un lenguaje común que permita transmitir el sentir de la memoria y su valor histórico. En palabras de Gómez (2009), para hacer público el reconocimiento de la memoria se requiere de diversos lenguajes, entendidos como formas

específicas de expresión, representación y conceptualización que, a través de diversas expresiones como la narrativa artística, la narrativa poética, entre otras, logren asociarse con monumentos, memoriales y expresiones de recordación como museos y prácticas propias de la memoria. Aquí es importante resaltar la necesidad de la representación material que necesariamente ha de asumir la memoria como parte del reconocimiento público señalado por el autor; ejemplo de ello son las placas conmemorativas, los murales artísticos y los monumentos erigidos en conmemoración de un hecho trágico y violento.

No son pocas las razones para pensar en la memoria histórica como un baluarte necesario en la reconstrucción social y redefinición del futuro que ha de seguir un país tradicionalmente víctima de la violencia. Es necesario recordar no solo como un hecho propio contra el olvido, sino como mecanismo de reparación, sanación y verdad que forje los caminos propios de un nuevo futuro y que aliente a quienes hacen parte del conflicto y su promoción al reconocimiento de los daños causados y al esclarecimiento de lo sucedido durante décadas de confrontación bélica, para hacer de esta una nueva historia enfocada en el perdón y la garantía de no repetición como banderas de paz y reconciliación.

3. Memoria como acción colectiva y aparato de resistencia

La memoria es un campo que se ha constituido y se constituye bajo un entramado de luchas por el sentido de lo ocurrido, que van desde narrar la “verdad” de un acontecimiento hasta la construcción de proyectos futuros. En casos como el de los países latinoamericanos, que han sufrido dictaduras, conflictos y guerras de alta y baja intensidad, se hace necesaria la reconstrucción y rememoración para, por un lado, darle un sentido de reparación a quienes sufrieron o han sufrido los vejámenes de la guerra, y, por otro lado, generar nuevas visiones de la historia.

Según Jelin (2002), los momentos de cambio de régimen político crean escenarios de confrontación entre actores con experiencias y expectativas políticas diferentes que generalmente se contraponen, en cuanto cada una de estas posiciones trae una visión sobre lo acontecido y un programa. Es así como la memoria se convierte en un espacio de lucha política, pues no solo transita por el sentido del pasado, sino que se da en función del presente y del futuro. Asimismo, esta autora plantea que la memoria se ha convertido en un instrumento para legitimar discursos, pero también como constructor de identidades colectivas que configuran exigencias y reivindicaciones entre actores que reclaman el reconocimiento y la legitimidad de su palabra y de sus demandas.

De acuerdo con lo anterior, es válido plantear que, como instrumento de legitimación, la memoria ha sido usada para construir discursos dominantes en los cuales la voz de los vencedores se presenta como una verdad objetiva o una “memoria oficial”, la cual elimina o subordina la presencia de otros actores

subalternos, anunciando el fin de la historia, de la utopía y de las identidades colectivas. En esa misma dirección se encuentran concepciones que apuntan al perdón y el olvido, que se suelen presentar como una evasión a la moral y la culpabilidad de los actores que han operado como victimarios. Frente a esto, Giraldo (2010) señala que el olvido, además de aceptar los crímenes que victimizaron a la población, contribuye a estigmatizar a las víctimas, a reprimir y negar rasgos identitarios y culturales de estas, y a censurar no solo la memoria individual sino también la colectiva.

En contraposición a lo anterior, surgen reivindicaciones por la memoria colectiva y la memoria histórica como proyectos más amplios que se construyen sobre visiones críticas de la realidad, del pasado y del presente, que tienen la oportunidad de actuar contra el proceso de desvalorización del pasado o el acallamiento a otras historias (Reyes, 2003). De acuerdo con Halbwachs (2004), la memoria histórica pasa por un proceso en el que el individuo participa de la construcción de memorias individuales y memorias colectivas, donde cada persona interfiere sobre la otra en determinados momentos para precisar o confirmar recuerdos, pues el individuo hace parte de un grupo social. Por lo tanto, la historia por sí sola trasciende a una historia vivida y, con ello, ayuda a conservar y recuperar los recuerdos individuales o colectivos; el individuo debe ser visto como un personaje histórico. Así, pues, la relación entre memoria e historia puede ser entendida como el entramado de representaciones de lo individual y lo colectivo.

Como alternativa a la imposición de una historia hegemónica, Torres (2009) plantea que la memoria colectiva permite producir sentidos, experiencias y pertenencia social; además, esta guarda una relación dialéctica de mutua confluencia con la cultura y con la identidad, pues es allí donde el conjunto de creencias, representaciones y símbolos configuran la cultura. De la misma manera, es un escenario propicio para fortalecer la propia organización de las comunidades y de los sujetos, defender las narrativas propias, afianzar lazos y generar mecanismos de defensa ante el sometimiento generado por una racionalidad o ideología dominantes, lo que, en pocas palabras, se convierte en un acto político. Dentro de esta misma perspectiva, podemos incluir lo que se ha denominado *memorias disidentes*:

[...] en las perspectivas y tendencias de pensamiento poscolonial y decolonial, se denuncia la sujeción epistémica del pensamiento en el continente americano a los sistemas de conocimiento occidental, teniendo como consecuencia que otras concepciones de mundo y de realidad hayan sido in-visibilizadas y calificadas bajo denominaciones peyorativas, tales como no civilizadas, bárbaras, salvajes e irracionales. (Cyberia, 2009, p. 209)

Esta disrupción evidencia otra forma de sometimiento de la memoria que se da a partir de la validación de un solo conocimiento o un conocimiento hegemónico, que le atribuye un papel inferior o banaliza otras formas de pensamiento no occidentales. Sin embargo, esto permite visibilizar que hay una tensión constante

entre quién produce conocimiento, la forma como se produce y los fines. Esto abre otras lecturas y visiones contrahegemónicas; por ejemplo, de acuerdo con Jelin (2005), se evidencia que las disputas por la memoria en América Latina están enmarcadas en actos de resistencia, oposición al olvido y búsqueda de la verdad, en donde las luchas por la tierra, la soberanía, el territorio, así como hechos de desplazamiento forzado y la violencia son transversales a la configuración de la memoria como aparato de resistencia y reivindicación social. Así, apoyándonos en esta autora, se puede decir que: “La memoria tiene un papel altamente significativo como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia y a menudo para construir mayor confianza en sí mismos, especialmente cuando se trata de grupos oprimidos, silenciados y discriminados” (Jelin, 2005, p. 37).

Algunos de los ejemplos más notables sobre la reconstrucción de la memoria histórica y las luchas contra el olvido se han dado en el marco de los periodos posdictadura del Cono Sur (Roniguer y Sznajder, 2000), o en escenarios de pos-conflicto con los procesos de paz, como fue el caso de Guatemala, El Salvador y Honduras (Arias, 2018); procesos que, por lo general, fueron y son llevados por las víctimas en busca de su reparación.

En el caso colombiano, la violencia ha estado al servicio de intereses de grupos económicos que ven en la acumulación de poder político la estrategia para apalancarse, razón por la cual el desarrollo del conflicto político, social y armado ha estado delineado primordialmente por la hegemonía de discursos que tienden a desconocer actores con culturas e historias propias, un conflicto que se gesta en el surgimiento de nuevas identidades sociales y políticas, que buscan reconfigurar las estructuras de poder (GMH, 2013). Un ejemplo de esto son las luchas por una reforma agraria integral, cuya contraparte son unas élites arcaicas que ven en la posesión de la tierra la forma de subyugar al campesinado y así mantener el *statu quo*. Esto es la esencia y la base que ha alimentado el conflicto armado y las luchas por el poder desde los años treinta y que siguen presentes hasta hoy, en la medida en que la violencia ha estado trazada por la posesión de la tierra y los territorios, en el marco del despojo de estos a los campesinos y a los titulares de propiedad colectiva (Díaz y Castiblanco, 2013).

La imposición de una historia única desde un lugar de enunciación privilegiado, que responde a intereses específicos y se apalanca a través de los medios de comunicación masiva, los cuales, en su gran mayoría, son aparatos constitutivos y constructores de realidades moldeadas en función de un actor dominante (González *et al.*, 2007), es el punto de partida sobre el que se busca actualizar la memoria histórica en Colombia. En este sentido, múltiples organizaciones de víctimas y defensoras de derechos humanos, ONG nacionales e internacionales y algunas instituciones estatales promueven la reconfiguración y el reconocimiento de otras historias que visibilicen actores del conflicto político, social y armado que no aparecían antes en la historia. Las víctimas, los victimarios y la

población que, de una u otra manera, han sido tocados por el conflicto son el foco de atención de esta nueva reconfiguración de la memoria, de múltiples memorias colectivas que ayuden a reparar y también a reconstruir a las comunidades. El informe *¡Basta ya!* del CNMH (2013) es un buen ejemplo de esto y relata la variedad de expresiones y producciones de las comunidades:

El Grupo de Memoria Histórica (GMH) tiene registro de 177 iniciativas de memoria no estatales entre 1974 y 2010 que corresponden a 60 formas de expresión distintas. Algunas de estas iniciativas han perdurado en el tiempo, otras han sido temporales y otras más corresponden a procesos organizativos truncados por efecto del conflicto armado, lo que da origen a las memorias silenciadas por la guerra. (GMH, 2013, p. 387)

En estas perspectivas, las iniciativas de reconstrucción de memorias e historias de los actores del conflicto son variadas y se expresan de diversas formas, con fines y significados diferentes, de acuerdo con lo que las comunidades quieran expresar o contar; varios casos tienen como fin generar prácticas de transformación y educación; otros, denunciar, haciendo frente al silencio y la impunidad; y otros se promueven como una alternativa de resistencia. De acuerdo con esto, se puede evidenciar la pluralidad de acciones, de personas que luchan contra el olvido y por la conservación de sus narrativas y memorias, a partir de procesos que van conformando redes y relaciones entre distintas organizaciones (GMH, 2013).

Esto reafirma que la construcción de la memoria no es un ejercicio individual, sino una acción pública, en la que el reconocimiento del otro y la memoria colectiva suscitan la construcción de identidad y promoción de la dignidad humana. En este sentido, en los procesos de reinserción, reintegración y reincorporación a la vida civil, así como en la aprobación de la Ley 1448 de 2011 (Ley de Víctimas), se han promovido las reflexiones sobre la política pública de memoria histórica y el enlace con las iniciativas públicas entre las entidades territoriales y el CNMH, pretendiendo romper con la perspectiva limitada de la memoria que se ha utilizado para velar las causas, los sujetos y las relaciones que han configurado los fenómenos de violencia y violaciones a los derechos humanos de personas y colectivos sociales en el país.

De esta manera, la memoria debe trascender la evocación de hechos dolorosos para convertirse en la configuración de derechos o exigencias de verdad, de no repetición e impunidad, así como de reivindicación y transformación. Esto debido a que la limitación de la memoria a la reproducción del relato individual de la experiencia o el daño causado a partir de la exposición del dolor es caer en lo que se denomina memoria traumática (Iglesias, 2005), en la que las prácticas de la memoria, como recuerdo personal, se convierten en relatos aislados de los contextos y adquieren sentido en relación con la dignidad de las víctimas, cayendo en un ejercicio utilitarista como un hecho de morbo y mercadeo de la memoria.

Así, el rol de las víctimas en la construcción de las memorias de las resistencias o las luchas por la democracia y la justicia social debe trascender la individualidad e instrumentalizarse para, desde ahí, construir proyectos sociales y planes de vida (Betancourt, 2004).

Por esta razón, las acciones colectivas ponen de manifiesto que el ejercicio de la memoria y contribución a la verdad histórica es el centro de la discusión, lo que debe limitar la individualización de la memoria y su focalización en la persona víctima (Halbwachs, 2004). Luego, un lugar relevante de la memoria colectiva son las luchas sociales y políticas que han enmarcado el fenómeno de la violencia en el país y la forma de resolver los conflictos. El no abordar los problemas de fondo inherentes al desarrollo del conflicto armado y sus efectos en la sociedad civil lleva a construir una memoria instrumental o memorias tergiversadas, acomodadas para el beneficio del establecimiento (González *et al.*, 2007).

Estas memorias que terminan siendo las oficiales son configuradas por agentes sociales institucionalizados que construyen un discurso hegemónico —e intentan desconocer esa memoria histórica que busca visibilizar las violencias estructurales a las que ha estado abocada una población o una comunidad—, pretendiendo reconfigurar la memoria oficial y el olvido al que han sido relegadas dichas violencias, en la medida en que estas no se tienen en cuenta como insumo o conocimiento a la hora de configurar la identidad colectiva; esto crea discursos contrahegemónicos que buscan develar los relatos y hechos que han sido relegados u olvidados por el establecimiento en el desarrollo de la identidad histórica (Jelin, 2006).

Por lo tanto, y desde un enfoque político, la memoria histórica se asume como un asunto de lucha social, en el forcejeo entre los actores sociales de un momento histórico y quienes lo interpretan en el presente. De ahí la necesidad de que el análisis político de la memoria se centre en los efectos que las guerras, las dictaduras y otros tipos de violencias generan en los derechos humanos, buscando reivindicar el reconocimiento y la inclusión, así como las memorias colectivas de las víctimas, en los relatos históricos (Jelin, 2005).

4. La memoria en Colombia, apuestas y desafíos

En Colombia, la guerra y la violencia han delineado las relaciones de poder y sociales desde los inicios de su historia, haciendo que unas élites acumulen riqueza y poder; instaurando un proceso de reproducción de patrones de violencia que han ido estructurando una cultura de guerra en la sociedad colombiana (Pécaut, 2004). Una de las estrategias para revertir dichos patrones ha estado enfocada en reconfigurar la memoria histórica, con el fin de romper con los bucles repetitivos de violencia que se han vivido desde los inicios de la vida republicana (Díaz y Castiblanco, 2013). Todavía queda mucho por decir y recrear, aún más si se tiene en cuenta el momento clave por el que atraviesa el país, en el que la búsqueda de la paz y la construcción de una sociedad reconciliada pareciera que

sigue siendo una utopía, lo cual presenta desafíos muy exigentes para la verdad, la justicia y la reparación.

Un hecho recurrente en los procesos de posguerra es el fenómeno de la negación masiva, que tiene efectos nefastos en la reconstrucción de la memoria histórica y en la restauración de los supervivientes y víctimas del conflicto, quienes, en palabras de Cohen (2001), “terminan literalmente dislocados del tiempo histórico” (p. 242). De ahí que uno de los pilares fundamentales del proceso de paz entre las FARC-EP y el Gobierno de Juan Manuel Santos (2012-2016) fue el de fortalecer el sendero que había proyectado el Estado colombiano en la configuración de la memoria histórica para alcanzar la paz (CNMH, 2018), en donde la voz más importante sería la de las víctimas, y el ejercicio de memorización trascendería la idea de la victimización, en un sentido restringido o simplista, dado que, como lo plantea Steve Stern, relator del informe “La memoria nos abre camino. Balance metodológico para el esclarecimiento histórico” (en CNMH, 2018):

Las víctimas no son solo víctimas, ni tampoco son homogéneas, pues desde distintas posturas y experiencias son protagonistas. Es decir, son sujetos de la historia que saben o descubren cómo reclamar sus derechos, organizar su agencia, plasmar su dolor, buscar alianzas y encontrar en ellas solidaridad e incluso empatía. (p. 13)

Frente a esto, es necesario reconocer la importancia de las memorias que ya han sido narradas y se siguen narrando, así como la deconstrucción de las narrativas del conflicto, donde la lógica del antagonismo de los buenos y los malos prevaleció (Ricoeur, 2000). Sin embargo, hay que mencionar que reconstruir memoria también se hace desde el territorio, pues fue allí donde las comunidades tejieron identidades, por lo cual la lucha por la memoria debe ir de la mano de la restitución de las tierras de aquellos que fueron despojados.

En este objetivo, no solo deben intervenir organizaciones de víctimas, ONG y el Estado, sino que la academia debe cumplir un rol fundamental en el apoyo a las comunidades por el cumplimiento de lo pactado en el quinto punto del Acuerdo de Paz y lo estipulado en la Ley de Víctimas. Lo anterior con el objetivo de generar el reconocimiento, el análisis, la interpretación de sentidos y la difusión de las memorias colectivas, al revelar las otras historias y caras del conflicto armado, social y político que ha vivido el país desde hace varias décadas, y crear una memoria de lo que pasó y está pasando. También estos relatos deben servir de instrumento en la construcción de puentes entre las comunidades y sus saberes, y ayudar en la apertura de espacios de debate para el fortalecimiento de la democracia y la participación política.

Partiendo de lo anterior, es preocupante percibir que el Gobierno de Iván Duque (2018-2022) esté reactivando las posturas negacionistas del conflicto armado y, por acción o por omisión, permitiendo la reactivación de los sectores de ultraderecha que generan apología de las masacres y atrocidades de la guerra, así como rechazando las narrativas que por años han construido las comunidades de víctimas del conflicto sobre los hechos y sucesos acontecidos, con lo que desconoce el dolor y las creencias de las otredades. Retomando la antigua perspectiva de que la memoria está inscrita en el mundo social a partir de los principios y derroteros del *statu quo*, se olvida que la riqueza de la memoria, como lo expresa Jelin (2002), está en:

[...] rastrear y analizar las tensiones que brotan cuando esta se concibe como proceso en el que subyacen disputas sociales y políticas en torno a: 1) los sentidos construidos del pasado; 2) la(s) legitimidad(es) social(es) de esos sentidos; 3) las pretensiones de verdad que se otorgan a esos sentidos. (p. 17)

La reconstrucción de la memoria oficial implica un análisis exhaustivo, tanto de la memoria individual como de la colectiva, en la elaboración de la construcción de sentido e interpretación de lo acontecido en el pasado. Las interpretaciones son elaboradas a partir de los consensos colectivos y los paralelismos sociales que reflejan las cosmovisiones y perspectivas ideológicas que los sujetos han construido y, de una u otra manera, responden a proyectos de sociedad y de poder que se han edificado.

En tal sentido, la memoria agencia la pluralidad como su principal pilar, y esta configura un sentido de futuro, unas memorias transformadoras que, como lo plantea el CNMH (2013), son memorias para la paz, por cuanto la memoria tiene como objetivo que la historia no se repita. Con ello, aporta a la configuración de justicia a partir del resarcimiento de las víctimas, al explicar y rememorar hechos sociales del pasado, buscando que el orden social o político que lo generó o promovió no continúe o lo repita. Aquí toma relevancia el imperativo categórico de Adorno (1993): hay que recordar para que la historia no se repita, o, dicho en otras palabras, el que olvida la historia está condenado a repetirla; es decir, se requiere reorientar el pensamiento y la acción de tal forma que el pasado no se repita (p. 47). Para ello es necesario desarrollar una cultura de la memoria en donde lo olvidado se recuerde y empieza a ser parte del presente.

Se establece, así, que la memoria no es solo la acumulación de datos y hechos, sino, como lo plantea Tafalla (2003), “un conocimiento crítico del pasado, que lo devuelve a la vida para abrir, desde él, un futuro más justo; es una fuerza transformadora de la realidad” (p. 141). En este sentido es que la reconfiguración de la memoria histórica nacional se debe replantear, y mucho más en el marco de un proceso de reintegración como el que se pretende desarrollar en Colombia.

Algo que hay que tener claro es que no se puede forzar a la memoria para lograr fines que se salen de su resorte. Relacionado con ello, Todorov (2000) plantea que se debe distinguir entre recuperar un pasado e intentar borrarlo, así como entre el uso que se hace del pasado y la función que ese pasado cumple en el presente; por eso, este autor distingue entre la memoria literal y la memoria ejemplar, siendo esta última la que pretende que el dolor vivido sea superado por el recuerdo y el aprendizaje que allí se genera, con lo que el pasado se convierte en un hecho de aprendizaje que produce lecciones y principios orientadores para el presente y el porvenir. Esto expresa que una parte del pasado debe resignificarse para construir una marca, un símbolo, pero no una identidad para revivir con ese pasado el dolor sufrido, como lo propone Jelin (2006).

A todo esto, Mélich (2002) nos recuerda que “aprender a hacer memoria pasa hoy, ineludiblemente, por recuperar los lenguajes olvidados, es decir, la palabra, las palabras humanas, unas palabras y su haz en el tiempo y el espacio, la contingencia en la fragilidad y en la vulnerabilidad” (p. 103). Es decir, hacer memoria incluye acoger y reconocer la otredad a través de sus recuerdos y los discursos contruidos, por cuanto esto implica traer a los ausentes y sus vivencias al presente. Se logra, de esta manera, que la memoria cumpla su propósito de restaurar la justicia, una justicia anamnética (Reyes, 2003) que reconstruya los sucesos a través de los ojos de las víctimas, logre la reivindicación de los derechos vulnerados y las injusticias cometidas en el pasado y, así, reivindique la dignidad de las víctimas y sus historias olvidadas.

Dado que la memoria es un proceso subjetivo, así como frágil y con tendencia al olvido en su contexto colectivo (Passerini, 2006), es imperioso crear una cultura de la memoria, pues, como lo plantea Reyes (2003), “solo el recuerdo de los vivos puede hacer entender que allí se cometió una injusticia que sigue clamando por lo suyo” (p. 59). En la medida en que el pasado forma parte de nuestra realidad presente, la memoria es una fuente de justicia y reivindicación para las violaciones de los derechos humanos, lo cual convierte a la memoria en un sinónimo de justicia. Su antónimo no es la injusticia, como lo plantea Reyes (2006), sino el olvido.

Estas son apuestas y desafíos que se deben reivindicar en Colombia para trascender los discursos, la reflexión y el análisis que hacen hincapié en la denuncia y la condena, pues estos dan paso al desconocimiento y la revictimización de las comunidades afectadas, por causa de la primacía de una historia única que desconoce que los trabajos de la memoria deben generar transformación del mundo social (Jelin, 2002, p. 17). Por lo tanto, Colombia tiene el gran reto de reconfigurar y reescribir sus memorias y de romper con la tendencia de invisibilizar a las víctimas y sus percepciones, como una manera de romper con la *doxa*, en la medida en que, como lo expresaba Adorno (1993), la memoria es algo más que un deber moral: es un componente central del conocimiento y la acción social.

Referencias

- Adorno, T. (1993). La educación después de Auschwitz. En Th. Adorno, *Consignas* (pp. 80-95). Amorrortu Editores.
- Arfuch, L. (2010). La memoria como espacio en disputa. *Jornadas internacionales de topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudades en disputas*. Argentina.
- Arias, M. (2018). *Entre la violencia y la esperanza: testimonios de la guerra civil en el Salvador y Guatemala*. California State University.
- Betancourt, E. (2004). *Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica: lo secreto y lo escondido en la narración y el recuerdo*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Blair, E. (2002). Memoria y narrativa: la puesta del dolor en la escena pública. *Estudios políticos*, (21), 9-28.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). *¡BASTA YA! Colombia, Memorias de Guerra y Dignidad*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2018). *Publicaciones*. <http://museodememoria.gov.co/publicaciones/>
- Cohen, S. (2001). *States of Denial: Knowing about Atrocities and Suffering*. Polity Press.
- Cyberia, G. (2009). Memoria oficial y otras memorias: la disputa por los sentidos del pasado. *Ciudad Paz-andó*, 2(1), 203-218. <https://doi.org/10.14483/2422278X.7391>
- Díaz Soler, C. J. y Amador Báquiro, J. C. (2009). *Hacia la comprensión de universos Psico-Culturales. Las fuentes vivas: memoria y narración*. *Memorias en Crisoles. Propuestas teóricas, metodológicas y estratégicas para los estudios de la memoria*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Centro de Memoria, Paz y Reconciliación Distrital.
- Díaz, W. y Castiblanco, A. (2013). Componentes intersubjetivos de la acción y la cultura política: análisis de su incidencia en el conflicto armado colombiano. *Ciudad Paz-andó*, 11(2), 32-47.
- Duero, D. (2006). Relato autobiográfico e interpretación: una concepción narrativa de la identidad personal. *Atenea*, (9), 131-151.
- García, R., Jimenez, A. y Wilches, J. (2012). *Las víctimas: entre la memoria y el olvido*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Giraldo, J. (2010). Memoria histórica y construcción de futuro. En *Memoria, silencio y acción psicosocial: reflexiones sobre por qué recordar en Colombia* (pp. 183-198). Cátedra Libre.

- Gómez, A. (2009). Arte y memoria de la inhumanidad: acerca de un olvido de arena. Universidad Nacional de Colombia. Cátedra "Manuel Ancizar". <https://meopazoc.files.wordpress.com/2012/12/arte-y-memoria.pdf>
- González, F., Bolívar, I. y Vázquez, T. (2007). *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Cinep.
- Halbwachs, M. (2004) *La memoria colectiva*. Editorial Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Iglesias, M. (2005). Trauma social y memoria colectiva. *Historia Oral Online*, 1(6), 169-175.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Jelin, E. (2005). Exclusión, memorias y luchas. En *Cultura, política y sociedad: Perspectivas latinoamericanas* (pp. 219-239). CLACSO.
- Jelin, E. (2006). La narrativa personal de lo invivible. En V. Carvanoble, y F. Lorenz, *Historia, memoria y fuentes orales* (pp. 52-63). Cedinci Editores.
- Ley 1448 de 2011. (2011, 10 de junio). Congreso de la República. Diario oficial N.º 48.096
- Mélich, J. (2002). *Filosofía de la finitud*. Herder.
- Passerini, L. (2006). *Memoria y utopía. La primacía de la intersubjetividad*. Universidad de Valencia.
- Pécaut, D. (2004). Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible. En R. Belay (Ed.), *Memoria en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea* (pp. 87-103). IFEA.
- Quintero Mejía, M. y Ramírez Giraldo, J. P. (2009). *Narraciones, memoria y ciudadanía del desplazamiento forzado*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Reyes, M. (2003). En torno a una justicia anamnética. En J. Mardones (Ed.), *La ética ante las víctimas* (pp. 100-125). Anthropos.
- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado*. Arrecife.
- Ricoeur, P. (2000). *Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado*. http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php
- Roniguer, L. y Sznajder, M. (2000). *The Legacy of Human-rights Violations in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*. Oxford University Press.
- Rorty, R. (1996). *Consecuencias del pragmatismo*. Tecnos.
- Rüsen, J. (2001). *Razão histórica: Teoria da história, fundamentos da ciência histórica*. Universidade de Brasília.

- Sánchez Gómez, G. (2018). Testimonio, justicia y memoria. Reflexiones preliminares sobre una trilogía actual. *Estudios Políticos*, (53), 19-47.
- Serna Dimas, A. (2009). *Memorias en crisoles. Propuestas teóricas, metodológicas y estratégicas para los estudios de la memoria*. Centro de Memoria, Paz y Reconciliación del Distrito; GTZ Embajada de la República Federal de Alemania; Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud).
- Tafalla, M. (2003). Recordar para no repetir. El nuevo imperativo categórico de T. W. Adorno. En J. Mardones (Ed.), *La ética ante las víctimas* (pp. 126-154). Anthropos.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidós.
- Torres, A. (2009). Memorias de luchas y organizaciones populares en Colombia. En *Las luchas por la memoria* (pp. 59-72). Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud).

Sobre los autores

Angélica Aguillón Lombana

Candidata a doctora en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Lingüística Aplicada de Español como Lengua Extranjera de la Pontificia Universidad Javeriana. Licenciada en Idiomas de la Universidad Antonio Nariño. Profesora de lenguas extranjeras e investigadora de la Universidad Antonio Nariño de Bogotá.

Correo electrónico: aaguillon@uan.edu.co

Giovanny Araque Suárez

Magíster en Desarrollo Educativo y Social de la Universidad Pedagógica Nacional. Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Miembro del Consejo de Redacción de los periódicos *Le Monde Diplomatique*, edición Colombia y *Desde abajo*. Ha sido profesor e investigador de la Corporación Unificada Nacional de Educación Superior (CUN). Miembro del Grupo de Investigación Desarrollo y Crecimiento Económico Regional (GIDECER). Actualmente es profesor y líder de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Educación de la Fundación Universitaria Compensar.

Correo electrónico: gearaques@ucompensar.edu.co

Andrés Castiblanco Roldán

Doctor en Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Licenciado en Ciencias Sociales y magister en Investigación Social de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Ha sido investigador en temas de construcción y semiótica de memorias vivas (lúdicas y escolares) para la Secretaría de Educación Distrital y el Instituto para el Desarrollo Pedagógico (IDEP). Actualmente es profesor titular y director de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, así como docente de la Maestría en Desarrollo Humano y Educación Socioafectiva (MDHES) y la Licenciatura en Educación Artística (LEA) de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Investigador en temas de semióticas, memorias y lenguajes del paisaje y el territorio, adscrito al Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud), donde colabora en las líneas de Memoria y Conflicto y Territorios y Desarraigos.

Correo electrónico: afcastiblancor@udistrital.edu.co

Wilson Díaz Gamba

Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria y especialista en Desarrollo Humano de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Psicólogo del Politécnico Grancolombiano. Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Ha sido investigador en temas de capital social y emociones políticas, exdirector del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud). Actualmente es profesor titular del área de Humanísticas de la Facultad de Ingeniería y catedrático de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Correo electrónico: wdiazg@udistrital.edu.co

Carlos Jilmar Díaz-Soler

Doctor en Educación con énfasis en Conocimiento, Lenguaje y Arte de la Universidad Estatal de Campinas, Sao Paulo (Brasil). Magíster en Educación con énfasis en Historia de la Educación y la Pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional. Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Coordinador de la Maestría en Educación y profesor titular de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Correo electrónico: cjdiazs@udistrital.edu.co

Johanne Estrada Rodríguez

Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, magíster en Investigación Social Interdisciplinaria y candidata a doctora en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Profesora de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Correo electrónico: jestradaro@gmail.com

Luisa Fernanda Hernández Mercado

Magíster en Estudios Políticos y antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia. Investigadora de la Comisión de la Verdad. Hasta el 2020 fue investigadora profesional especializada de la Dirección del Museo de la Memoria del Centro Nacional de Memoria Histórica.

Correo electrónico: fernandahmercado@gmail.com

Manuel Andrés Hernández Moreno

Doctorante en Estudios Sociales, magíster en Investigación Social Interdisciplinaria y licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Docente de la Secretaría de Educación de Bogotá.

Correo electrónico: manuelandreshernandez@gmail.com

Absalón Jiménez Becerra

Historiador y doctor en Educación del Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Universidad Pedagógica Nacional y Universidad del Valle. Profesor titular del Doctorado en Educación de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Correo electrónico: abjibe2018@hotmail.com

Fabián Andrés Llano

Doctor en Ciencias Humanas del Patrimonio y la Cultura de la Universidad de Girona (España). Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria y licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Ha sido profesor e investigador de la Corporación Unificada Nacional de Educación Superior (CUN). Actualmente es profesor del Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y de la Universidad Agustiniana.

Correo electrónico: llanofabian@hotmail.com

Carlos Arturo Reina Rodríguez

Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Posdoctorado del Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Ha sido coordinador de la carrera de Archivística y Gestión de la Información Digital, así como coordinador de la línea de Memoria y Creencia del Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Actualmente es profesor titular del área de la Historia de la Facultad de Ingeniería y del Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Correo electrónico: careina@udistrital.edu.co

Diego Mauricio Rodríguez Arévalo

Doctorante en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Docente de la Secretaría de Educación de Bogotá. Correo electrónico: diegomauricio82@gmail.com

Adrián Serna Dimas

Doctor en Etnología y Antropología Social de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) en París (Francia). Estudios posdoctorales en la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de Salamanca (España). Antropólogo y magíster en Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido director del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud) y de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Profesor titular de la Facultad de Ciencias y Educación y de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria y el Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: aeserna@udistrital.edu.co

Jaime Andrés Wilches Tinjacá

Doctor en Comunicación *summa cum laude* de la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona, España). Magíster en Estudios Políticos y politólogo con grado de honor de la Universidad Nacional de Colombia. Comunicador social y periodista de la Universidad Central. Profesor del Politécnico Grancolombiano y de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Ha sido editor de las revistas *Ciudadpazando* y *Pensar Ciudad*, entre otras publicaciones. Fue investigador del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud), así como asesor de proyectos de investigación en el campo de la ciencia política y la comunicación. Actualmente es profesor titular del Politécnico Grancolombiano y catedrático de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria y la Maestría en Desarrollo Humano y Educación Socioafectiva de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Investigador asociado del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación. Correo electrónico: jawilchest@udistrital.edu.co

Este libro se terminó de
editar en marzo de 2023
en la Editorial UD,
Bogotá, Colombia.